

Isabel Lizarraga Vizcarra

La canción de mi añoranza

Isabel Oyarzábal, Embajadora de la República



siníndice
EDITORIAL

— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —

— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —



La canción de mi añoranza

*Isabel Oyarzábal,
Embajadora de la República*



ISABEL LIZARRAGA VIZCARRA

siníndice
EDITORIAL





**Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de
Editorial Siníndice y/o del autor, bajo las sanciones establecidas en
las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio o procedimiento,
así como su distribución, comunicación pública o transformación.**

Primera edición: febrero de 2013
Del texto: © Isabel Lizarraga Vizcarra, 2013

Diseño de cubierta y colección: Teresa Serrano Remón
Imagen de cubierta: "Cabeza de estudio", de Ceferino Palencia Tubau,
publicado en la revista *La Dama*, 1 de enero de 1908, pág. 13.

Reservados todos los derechos de esta edición para:
Editorial Siníndice. C/ Marqués de Murrieta, 37, Entr. Dcha.
26005 Logroño (La Rioja). España

www.sinindice.es
info@sinindice.es

ISBN: 978-84-940896-1-9
Depósito legal: LR-27-2013
Impreso en España





ÍNDICE

PRÓLOGO, por Amparo Quiles Faz	7
I. AMARRAS ROTAS	13
II. ATREVERSE A DECIR “NO”	25
III. MUCHAS LETRAS	73
IV. PATRIA, ESPEJISMO DE LA LIBERTAD	169
V. DESDE LA OTRA ORILLA	261



— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —



PRÓLOGO

“A pesar de tanta lucha, tanto sufrimiento y tantas esperanzas frustradas... doy las gracias por haber estado ahí y por ser lo que soy”¹. Así concluía Isabel Oyarzábal Smith (Málaga, 1879-Méjico, 1974) su *Autobiografía*, ejemplo, sin duda, de una vida plena donde prevaleció siempre el compromiso solidario y su ideario democrático.

La figura de Isabel Oyarzábal se nos muestra poliédrica, pues en ella se aúnan, entre otras facetas, la escritura con la política y la maternidad junto al feminismo. Sin embargo, y tras años de silencio editorial, es ahora cuando está siendo estudiada y reivindicada. Desde los primeros estudios de Antonina Rodrigo en 1998, hemos sido varias las académicas que nos hemos interesado por diversos aspectos de su dilatada biografía: R. Ballesteros; N. Capdevilla; J. Martínez; P. Nieva; O. Paz, A. Quiles o C. Rodríguez Alonso, entre otros autores.

Y en esta línea de investigación se enmarcan los trabajos de Isabel Lizarraga Vizcarra quien ya batió las armas literarias en estudios como *María Lezárraga, pedagoga* (2004) o *De Madrid a Ginebra* (2010), mientras que en su novela *Cándida* (Edit. Buscarini, 2012) entrelazó admirablemente la ficción literaria con la lucha feminista de la España de los años veinte. Y ahora, de nuevo, y siguiendo la senda de la recuperación de la memoria feminista, Isabel Lizarraga conduce, con especial rigor histórico y narrativo, los espacios biográficos de Isabel Oyarzábal en ésta su novela *La canción de mi añoranza. Isabel Oyarzábal, Embajadora de la República*.

¹ Isabel Oyarzábal, *He de tener libertad*, Madrid, Horas y horas, Ed. de N. Capdevilla-Argüelles, 2010, p. 468.





Partiendo del exilio mejicano, la voz de *Ela* Oyarzábal nos retorna a su Málaga natal, aquella en la que las niñas burguesas de la Alameda paseaban junto a sus *nurses* inglesas y en la que el Mediterráneo se asomaba a las casas de la Caleta. El mundo mágico de la infancia recorrerá los sueños de una exiliada que añoró siempre su lugar en el Sur.

El Madrid de principios de siglo arropó su juventud y madurez y en la capital desarrollaría sus primeros trabajos en la prensa nacional y extranjera. El acceso de la mujer al trabajo fue reivindicado por Oyarzábal no solo desde la tribuna periodística, sino también desde las filas de la Asociación Nacional de Mujeres de España y los salones del Lyceum Club. Y al igual que otras mujeres modernas, los continuos viajes al extranjero y sus ansias de libertad fueron conformando su identidad como mujer. Una mujer que fue evolucionando hacia posturas más liberales y comprometidas con la defensa de los derechos de las españolas. De la mano literaria de Lizarraga y de la voz narrativa de Oyarzábal vamos entrando en los salones del Ateneo y la Casa del Pueblo, visitaremos París y Londres y asistiremos a los entresijos feministas de la España de entonces.

Y así veremos cómo alternó su vida personal como esposa y madre con la actividad política, conciliando las dos esferas sociales, la pública y la privada. Y en este camino identitario se fue convirtiendo en ciudadana de pleno y firme derecho. Nunca abandonó a los desposeídos: su lucha abarcó a mujeres y niños, que fueron reivindicados tanto en la España republicana como en los foros internacionales. Su compromiso vital estuvo siempre firmemente unido a la II República española: por ella y con ella trabajó hasta la extenuación desde su puesto de embajadora en Suecia, en la Liga de Naciones y en sus giras por Europa y Estados Unidos.



***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

Con la derrota republicana, el camino del exilio se abrió como única salida para la familia Oyarzábal. Méjico acogió a miles de republicanos españoles que, como ellos, tuvieron que comenzar de nuevo. Y desde su posición de transterrada, Isabel Oyarzábal siguió escribiendo y levantando su voz en favor de los arrancados de la patria.

Desde las ventanas de un Méjico integrador, la mirada onírica de Isabel Oyarzábal vuelve sus ojos al sur mediterráneo y evoca sus alegrías, sufrimientos y vivencias, mostrando la serenidad orgullosa de quien ha vivido plenamente como una mujer ejemplar. Pero sus ojos no supieron que su memoria nunca se borraría, porque entre todos y todas y, en este caso, gracias a las palabras literarias de Isabel Lizarraga, el nombre de Isabel Oyarzábal Smith no se borrará de la Historia de muchos españoles y españolas del futuro.



Amparo Quiles Faz
Málaga, enero de 2013



— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —



La canción de mi añoranza. Isabel Lizarraga Vizcarra

La canción de mi añoranza *ha surgido de la lectura de las dos obras autobiográficas de Isabel Oyarzábal Smith, I must have liberty y Smouldering freedom, publicadas en inglés, entre 1940 y 1945, desde el exilio. En ellas, al poco de llegar a México y después de haber conseguido rehacer de algún modo su vida, la autora vuelve la vista atrás y quiere justificar la existencia de aquello que dejó a sus espaldas, tras el océano que la separa de España.*

Cuando soñé a la mujer que describo en La canción de mi añoranza la quise dibujar tan real que, siempre que he podido, le he cedido la palabra y he incorporado a mi texto su propia voz, vibrante y precisa.

La autora



— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —



I. AMARRAS ROTAS

Ciudad de México, otoño de 1945

—*Ela, ¿te has enterado?*
—*¿Qué? ¿Quién?... Esta vez, ¿quién?*— respondo repentinamente alarmada.

Y es que, con frecuencia, nos asaltan terribles noticias venidas de España. Todos sabemos que la pregunta: “¿Os habéis enterado?” siempre se refiere a una misma tragedia en la patria: una nueva ejecución; y de ahí la cuestión angustiosa: “Esta vez, ¿quién?”.

Sabemos hace tiempo, desde este otro lado del Atlántico, que Franco utiliza la represión como instrumento para mantener el terror: los periódicos españoles, con abrumadora frecuencia, publican listas con los nombres de sus víctimas, aunque ocultan tanto las torturas anteriores a las ejecuciones como la inexistencia de juicios. Para que la farsa resulte aún más grotesca, muchos son condenados bajo la acusación de “auxilio a la rebelión” o a veces bajo la mendaz imputación de “crímenes comunes”...

Lo peor, con todo, es esa interminable suma de cientos de personas que no son consideradas suficientemente importantes por las autoridades franquistas como para quedar registradas en las listas oficiales y desaparecen simplemente, arrancadas con violencia de sus propias casas y asesinadas por miembros de la Falange. ¡Hasta el propio Franco se ufanaba de haber hecho ejecutar a más de cien mil personas solamente en Madrid!

Además, los fascistas están fomentando la delación como forma de eliminar a los críticos del régimen: algunos lo hacen sólo para figurar en los libros de la Falange, otros por causa de mezquinas venganzas... ¡Se da el caso de quien denuncia falsamente al vecino sólo para robarle su mísero puesto de trabajo! Y esta lamentable suplantación ocurre en cualquiera de las profesiones, incluso en el caso de los médicos experimentados: los



mejores han sido suprimidos o se hallan en el exilio y, para paliar su ausencia, se llega a nominar a jóvenes sin experiencia como actuales y distinguidísimos científicos, con la intención de que ocupen urgentemente los puestos de trabajo de los que, con grandes méritos, siguen encarcelados o aislados en campos de trabajo.

Los profesores más destacados, que fueron leales al gobierno republicano, están ahora pagando sus ideas, la mayoría de ellos a pesar de no haber participado en la política, sino simplemente por su ideología liberal... Uno de los primeros intelectuales ejecutado fue el eminente Leopoldo Alas, rector de la Universidad de Oviedo, que cayó en manos de los rebeldes en 1937. La única acusación que pesaba sobre él consistía en haber asistido a una reunión en la que habló Azaña, y ni siquiera la intercesión de profesores de todos los países del mundo pudo salvarle de la sentencia de muerte.

¿A cuántos puedo recordar desde esta orilla?

Entre ellos, entre los ajusticiados, el más querido por mí... ¡mi buen amigo Federico García Lorca! ¡El poeta inmortal, amado profundamente por el corazón de todos los españoles! ¡Arrestado en su ciudad natal y fusilado en medio de la carretera sin un juicio siquiera! Él, que ni siquiera pertenecía a ningún partido político y cuyo único pecado fue su independencia ideológica... Su independencia y el ser capaz de sufrir por el pueblo, de sufrir por los oprimidos. Recuerdo el abismo angustioso de su mirada en una ocasión en que criticaba el ataque de Italia a Abisinia: le dejaba perplejo imaginar que un hombre fuera capaz de matar a sus semejantes. Y ahora, en la distancia, me obsesiona la remembranza de sus ojos en aquella ocasión y me pregunto cómo brillarían y con qué inquietud opresiva pudo mirar a aquellos hombres de su misma raza mientras lo fusilaban... ¡Dios mío, qué abismo insondable en los ojos de Federico reflejaría el destello de la explosión de los fusiles asesinos!

Pero han sido tantos... Tantos académicos y eruditos, tantos maestros ejecutados, asesinados, muertos sin juicio,



confinados, condenados por las infracciones más insignificantes... ¡Todos ellos sacrificados por la Falange por el único pecado de su superioridad intelectual!

Me viene a la memoria Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, arrestado en su propia casa sin ningún motivo. Y es que su sola presencia, frente a los mediocres líderes fascistas, ya suponía un insulto personal. El General Millán Astray nada más encontró una respuesta para poder anular su talla intelectual: “Muerte a la inteligencia”. ¡Ese fue el único argumento que la fuerza de las armas pudo oponer a la fuerza de la razón!

Sin embargo, el verdadero objetivo de los fascistas no se ha dirigido exclusivamente a destruir a las personas más brillantes: su real intención ha sido desterrar por completo la cultura desde sus propias raíces. Y por ello se ha perseguido a los maestros en las ciudades, en los pueblos, en las más escondidas escuelas rurales. En algunos lugares se ha llegado a encarcelar a un sesenta o setenta por ciento de los maestros, de los cuales la mayoría han sido ejecutados... Con ello el vasto plan cultural que emprendiera la República ha quedado lastimosamente anulado.

¿Qué puedo recordar de la última España que no sea un doliente mar de sangre y dolor?

La caída de Madrid, de Barcelona y de Valencia fue la señal de una monstruosa campaña de arrestos y encarcelamientos. Hubo un momento en que había cerca de un millón de personas en prisión, entre hombres, mujeres y niños de todas las edades. Sin embargo, el número se fue reduciendo progresivamente por las sentencias de muerte y por los decesos ocurridos a causa de las enfermedades y los trabajos forzados.

Según nuestras fuentes de aquí, todavía quedan en Madrid ocho cárceles de mujeres, todas ellas condenadas por razones políticas. Y en este punto la realidad cobra tintes delirantes... Hace poco me mostraron un periódico de la Falange, llegado de España, que se ufanaba de una fantástica ceremonia celebrada en una de esas prisiones: habían sido bautizados a la vez nada menos que



doscientos ochenta niños, ¡todos ellos nacidos en el mismo presidio!

Hace poco me telefoneó mi hijo *Cefito* para avisarme de que iba a invitar a comer a un amigo.

—¡Acaba de llegar, huido de España!— me explicó sin poder dominar la emoción.

El recién llegado, a quien llamaremos X por motivos de seguridad (su padre todavía permanece en la cárcel y toda su familia sigue padeciendo mil privaciones) contó su aventura ejemplar.

Él era un oficial del Ejército de la República que ocupaba su puesto en un aislado enclave del oeste de Extremadura. De improviso, recibió la orden de suspender las hostilidades, sin saber exactamente qué estaba pasando. Nadie se movió de su sitio, pero unas horas después un batallón de las fuerzas franquistas los rodeó y asaltó el pueblecito donde tenían su cuartel general.

—Nosotros hubiéramos preferido seguir luchando, pero no sabíamos la causa de la orden recibida...

El oficial de más alto rango del batallón franquista les ordenó formar en la plaza del pueblo, les desarmó y les dirigió una cálida arenga para alabar el coraje que habían mostrado, “como verdaderos españoles”, según sus propias palabras. A continuación, les propuso presentarse en el cuartel general de Madrid, con la inocente promesa de que, después, volverían a casa.

—Yo, ingenuamente, así lo hice, pero a los cuatro días la policía se presentó repentinamente en mi casa y no sólo me detuvo a mí, sino también a mi padre. Nos encerraron en prisión.

Los dos fueron acusados de “rebelión militar” e inmediatamente fueron separados: al anciano lo enviaron a una prisión de provincias, y al hijo a una de las de Madrid, donde lo alojaron en una celda tan extremadamente llena que los internos apenas podían moverse: si la capacidad máxima del presidio era de seiscientos prisioneros, allí se apiñaban seis mil. Los reclusos no



podían sentarse y mucho menos dormir todos a la vez sobre sus mantas (naturalmente, dormían en el suelo).

—Cada noche era una nueva tortura —relataba—. La mitad nos quedábamos de pie junto a la reja, mientras la otra mitad se tendía en el suelo de costado para ocupar menos espacio. Después de unas horas, cambiábamos el puesto.

Pero eso no era lo peor. Todas las noches, después de las doce, llegaba un grupo de Falangistas armados, que abrían la puerta de cada celda y leían dos o tres nombres de sus listas. Los nominados sabían que iban a ser conducidos en camiones hasta el cementerio para ser fusilados, a veces después de haber cavado la propia tumba.

Solo en aquella prisión, en unos pocos meses, fueron asesinados dos mil prisioneros, todos ellos sin juicio previo; pero no había peligro de que el lugar quedara vacío: el espacio que dejaban las víctimas era ocupado a la mañana siguiente por otros reclusos.

—Lo más detestable eran las horas previas a la media noche —confesaba nuestro amigo con la mirada ensombrecida—. Primero nos preguntábamos quién sería la víctima destinada a la muerte... y después veíamos que era cualquier camarada, quizás el mejor amigo. Sin embargo —y entonces los ojos del chico se iluminaban brevemente—, ese era el momento de mayor exaltación: ¡todos queríamos ser *el único* que llevasen! Todos quisimos salvar otras vidas más importantes...

X relató muchas historias sobrecogedoras, la más emotiva, quizás, la del joven euskaldún, que ya había mostrado gran coraje durante las torturas de los interrogatorios para no delatar el paradero de sus camaradas, y que, cuando lo arrancaban hacia la muerte, se inclinó contra el marco de la puerta, con las manos atadas, y gritó: “¡No desesperéis! ¡Finalmente, venceremos! ¡Viva la República!”





—El eco de sus palabras quedó flotando en el estrecho pasillo de la cárcel —recordaba nuestro amigo— y volvía a nosotros para consolarnos en las asechanzas de la desesperación.

Mientras tanto, los Falangistas, que continuamente entraban en la cárcel, les torturaban durante el día intentando provocar disturbios, humillando a los prisioneros o acusándoles de crímenes terribles, y muchas veces se divertían obligándoles a cantar los himnos falangistas, bajo la amenaza de una pistola. ¡Cuántos valientes se jugaron la vida frente a ellos en defensa de la República!

Unos meses después, el director falangista de la prisión fue sustituido por otro, esta vez miembro del ejército requeté. Católico hasta el fanatismo, era distinto a los gángsters anteriores y las condiciones de la prisión mejoraron: ya nadie fue excarcelado sin órdenes escritas. Un buen día X fue conducido inesperadamente ante su presencia: iba a ser liberado y sólo debía atender a unas sencillas instrucciones para no volver a ser arrestado. Eufórico y excitado, apenas comprendió del todo las indicaciones: le devolverían parte del dinero que le habían retirado en la detención y le conducirían a la Gran Vía, en Madrid. Una vez allí debía caminar lentamente durante unos metros y después entrar en un café frecuentado por intelectuales. Después de comer, podía ir libremente a su casa.

Cuando el aire fresco de la libertad le saludó, casi no podía creerlo, y sólo enturbiaba su felicidad el hecho de dejar atrás a los buenos amigos, a quienes quizás nunca más volvería a ver. Sin embargo, mientras paseaba por la Gran Vía fue saludado medrososamente por antiguos conocidos, que apenas se atrevían a mirarlo y mucho menos a detenerse junto a él. En una ocasión, al volver la cabeza para despedir a un antiguo amigo, observó que al instante era rodeado por falangistas que le pedían la documentación. Preocupado, pero todavía sin advertir el peligro verdadero, entró en el café acordado y cuando se dirigía a abrazar efusivamente a un antiguo camarada republicano cuatro falangistas se lanzaron sobre el pobre hombre y lo arrestaron. Entonces



***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

entendió la verdad: ¡estaba siendo utilizado como reclamo! ¡Él solamente era un sueño para capturar a otros republicanos!

Desesperado, corrió a refugiarse en su casa. Su hermana, tan contenta de verle como sorprendida, confirmó sus temores:

—Muchas veces sitúan como cebo a un hombre durante horas, en un coche o en cualquier otro lugar. Cuando un amigo, sin sospecharlo, le saluda, lo arrestan inmediatamente.

Eran los métodos de la Gestapo... Himmler hacía poco que había estado de visita en Madrid...

Afortunadamente, como en este hemisferio no hay guerra, hemos podido recabar noticias de otros exiliados con más facilidad que en la maltrecha Europa. Por ejemplo, he sabido que hay muchos refugiados españoles en Argentina. Allí se encuentra el famoso abogado y líder católico, que ya fuera embajador en Buenos Aires durante el último año de la guerra, Don Ángel Ossorio y Gallardo, quien se ha erigido en el centro de un nutrido grupo de intelectuales cuyo propósito más firme consiste en mantener y alentar el más vivo espíritu de la República Española. Junto a él está Luis Jiménez de Asúa, que fue embajador en Checoslovaquia; el escritor Ricardo Baeza y su esposa María, gran amiga mía en el tiempo de mi vida en Madrid; Augusto Barcia; el fino escritor Paco Madrid; el dramaturgo Eusebio de Gorbea y su mujer, Encarnación Aragoneses, que ha escrito con gran éxito en España muchos libros infantiles bajo el pseudónimo de *Elena Fortún*; el famoso psiquiatra doctor Mira, llegado hace poco tiempo desde Uruguay... En este país los españoles están recibiendo una gran acogida por parte de los argentinos y de la colonia de los trabajadores emigrantes, e incluso se ha fundado el Club Republicano Español.

En Chile los españoles republicanos también se han unido para ayudar a los exiliados y mantener contactos que sirvan para una organización de cara al futuro. El embajador republicano,



Rodrigo Soriano, antiguo enemigo de la monarquía, ha sido cesado por Franco, pero todavía es considerado en Chile, frente al enviado estatal, el verdadero representante de España.

Las noticias que llegan de Colombia también son alentadoras. En Santa Fe de Bogotá, el profesor Luis de Zulueta y su hija Inés, compañera de colegio de mi hija Marissa, siguen trabajando incansables: don Luis como abogado, e Inés en el campo de las Ciencias Naturales... Junto a ellos se ha establecido el doctor Trías, que atiende en su consulta tanto a los exiliados como a cualquiera que lo necesite. Herschel Brickell, embajador americano en Bogotá, me envió noticias de muchos amigos comunes: de Rafael Ureña, Secretario General del Ministerio de Estado de la República Española; del profesor José de Benito, que actualmente trabaja como corresponsal del periódico colombiano *El Tiempo* y es presidente de la Asociación de Periodistas de México, y de su esposa...



En Venezuela se ha establecido Amós Salvador, diputado de la República y más tarde Ministro de la Gobernación tras el triunfo del Frente Popular; en Cuba, a pesar de haber llegado el activismo propagandístico de la Falange de Franco, se ha reunido una numerosísima colonia que apoya a la República; en Estados Unidos, aunque en menor escala, se han exiliado famosos profesores como Tomás Navarro Tomás, Pedro Salinas y Jorge Guillén; Concha de Albornoz, hija de don Álvaro de Albornoz, presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales; el doctor José Antonio de Aguirre, presidente del Estado Autonómico Vasco; don Fernando de los Ríos, embajador de la República en Estados Unidos, con su mujer y su hija Laura, que ahora se ha casado con otro exdiplomático, Francisco García Lorca, el hermano del gran escritor... Mientras tanto, otros muchos siguen buscando dónde establecerse, como el poeta Juan Ramón Jiménez, el compositor Gustavo Pittaluga, Gustavo Durán, el famoso pintor José Mezquita, el General Asensio, el activo periodista Antonio de la Villa... Don Luis Zulueta, hijo del profesor de Colombia, y Demetrio de Torres





trabajan en el Museo de Arte Moderno de Nueva York... La esposa del doctor Juan Negrín y sus hijos también viven en Nueva York, y Álvarez del Vayo, Ministro de Estado en la República... ¡e incluso ese conocido sacerdote católico, el Padre Lobo!

Un gran ejército de españoles exiliados, a pesar del dolor y las adversidades, extiende sus redes incansables para que no se olvide el nombre de España y su lastimada República en estas tierras del Hemisferio Sur.

—Allez, allez! —gritaba la Guardia Móvil Francesa, como si esa fuese la respuesta a las miles de preguntas que las olas de hambrientos refugiados se hacían al cruzar la frontera.

—¿Dónde está mi anciana madre? ¿Dónde están mis otros chiquillos?

—Allez, allez!... —pronunciaban los guardias con aspereza, desde la altura incommensurable de desdén que a veces utilizan las personas sin cultura cuando la fuerza ha sustituido a la razón.

—Por aquí, los hombres; por aquí, las mujeres y los niños.

Y seguían las oleadas que no parecían tener nunca fin.

—¿Qué hacías en España? Allí no hay nada tuyo... —espetaban a un grupo de hispanoamericanos que se habían apresurado a defender la democracia en el viejo continente—. Seguid todos adelante. ¿Es que esto no se va a acabar nunca?

Eso mismo se preguntaban los pobres refugiados. ¿Cuándo acabaría esa marea sin término? Algunos llegaban tan exhaustos que caían desvanecidos al suelo, mientras otros se abalanzaban sobre un carro con naranjas, que devoraban sin tan siquiera pelarlas.

Los senegaleses secundaban con alegría los esfuerzos de la Guardia Móvil: era estupendo sentirse superiores al empujar con sus rifles a oficiales extranjeros de alta graduación. Sin embargo, algunos gendarmes franceses se mostraban más humanitarios: se



sentían orgullosos por no haber sido todavía contaminados por el fascismo en la vieja Francia.

—Allez, allez!

Y pensaban los refugiados: “¡Avanzar! Pero... ¿hacia dónde?”.

Al grupo donde se hallaba mi hijo lo dirigieron hacia Argelès-sur-Mer. Algunos se tuvieron que tapar los oídos para no oír a las mujeres, que quedaban atrás llorando, mientras ellos partían arrastrando los pies, con los ojos clavados en el suelo.

Argelès-sur-Mer era un pequeño lugar cerca del mar, pero cuando llegaban no podían imaginar que, en realidad, era sólo el infierno: una estrecha franja de playa, donde no había casas, ni siquiera una choza, castigada por un viento hiriente y helado mezclado con arena, una arena que se metía en los ojos, en la piel, en el pelo, en la boca reseca y en el fondo de la garganta. Allí no había agua fresca para beber, ni había comida, ni sillas para sentarse, ni mantas, ni medicinas para los que estaban enfermos o heridos. No había nada: sólo viento y arena. Viento y arena y, por supuesto, la guardia senegalesa.

Aquella noche, un número entre setenta y cinco mil y cien mil hombres durmieron sobre la arena sin nada con que poder protegerse del frío... ¿Cómo pudo Francia tratar así a los refugiados españoles, que habían cifrado en ella el sueño de su salvación? Al amanecer, algunos habían muerto de frío. Sin embargo, muy pronto el sol tomó la contrapartida. Un sol brillante y torturador golpeó sin clemencia a los internos del campo con la misma intensidad con que el viento anterior los había lacerado. En lugar de hielo... ¡fuego! Apenas pudieron conseguir un poco de paja para levantar unos toldos. No había nadie a quien poder preguntar... no había nadie que tuviera una respuesta.

Entrada la mañana les trajeron un poco de comida: la Guardia Móvil les lanzó a la arena unos pequeños panes que devoraron como lobos hambrientos y les prometió un poco de agua





para después y una lata de sardinas para cinco personas cada veinticuatro horas.

Sin embargo, todavía faltaba otra nueva desazón. Al poco llegaron unos agentes de Franco que les sermonearon con una retahíla vomitada de memoria: les hacían un llamamiento oficial para que volvieran a España, especialmente los aviadores, a quienes se necesitaba con urgencia. Según decían en un tono neutro de lección recién aprendida, nadie debía temer ninguna represalia: todos iban a ser acogidos con los brazos abiertos... Algunos pocos ingenuos aceptaron, pero la mayoría prefirieron la muerte a servir a Franco y su Falange.

Ahora que ha terminado la opresión del nazismo en la mayor parte de Europa, los españoles republicanos pensamos que no es suficiente con soñar con un futuro mejor... ¡Es necesario prepararlo! Un nuevo rayo de esperanza nos ha dado fuerzas para no desmayar en nuestro anhelo y, más que nunca, cada día deseamos el regreso a la patria y la reconstrucción de una nueva España. Desde México seguimos trabajando por conseguir la unidad de todos los refugiados, y nos enorgullece la pretensión de ser los primeros en la lucha pacífica por mejorar el mundo y por mejorarnos. La Casa de España en México, cuyo objeto es extender la cultura española, el Colegio de México, la editorial Fondo de Cultura Económica, la publicación de nuevos libros, y tantas empresas más, sólo son una pequeña muestra de nuestro deseo de cultivar lo mejor de nosotros mismos en el país de acogida. Todo ello es el pequeño legado de nuestro trabajo, que agradece a la tierra mexicana su generosa ayuda hasta poder regresar a nuestras casas.

Sin embargo, a pesar del esfuerzo día a día renovado, hay veces que el corazón se empeña en volver la vista atrás antes de coger nuevo aliento para afrontar el futuro. Volver la vista atrás... y recordar. ¿Quién soy y qué me ha traído aquí? ¿Qué espíritu



La canción de mi añoranza. Isabel Lizarraga Vizcarra

impetuoso y atrevido me ha guiado hasta esta tierra hermosa y lejana?

Cuando en esos días de sino brumoso me asaltan los recuerdos, sólo me consuela la vista del mar. Siempre me ha gustado mirar el mar. Desde esta orilla del Pacífico recuerdo aquel otro mar de la infancia que ya no puedo contemplar y, observando las olas acompañadas y monótonas, sueño que son las mismas que me divirtieron en la infancia. El pasado se pliega en mi memoria buscando refugio y se enroca en el encierro profundo de la caracola. ¿Quién soy y cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué remembranzas se esconden en el secreto irisado de esta leve concha que oprimo en la mano? Miro en la lontananza y quiero recordar, piso la arena y suspiro por la otra arena de Málaga: el aire salado, el sonido de las olas, la caricia del viento... ¿Te acuerdas, dolorida alma mía? ¿Te acuerdas?

Desde la lejanía de aquella otra playa de mi patria, más allá de esta muralla de agua, quizás alguien más esté ahora recogiendo, como en un espejo, la misma canción de mi añoranza...





II. ATREVERSE A DECIR “NO”

—*Ela*, vuelve aquí. No te mojes los pies. ¡No corras!

El azul brillante del Mediterráneo competía con el ocre de la arena, mientras los niños tejían sobre ella con sus juegos un laberinto de huellas menudas.

—¡María, Juan, Isabel!— gritaba la criada, esperando las órdenes del ama.

—¡Ay, Señor! ¡Ay Dios mío!— se santiguaba la abuela, la elegante viuda de Oyarzábal, sin atreverse a indicar de nuevo a su nuera la inconveniencia de que unos niños bien educados se comportasen como los hijos malcriados de los pobres.

La joven madre, Ana Smith y Guthrie, casada con Juan Oyarzábal y Bucelli, aún desconocía la importancia de adaptarse a los usos sociales que la alta sociedad malagueña había establecido para quienes la formaban y miraba a sus tres pequeños con el secreto deseo de unirse a sus juegos: María, Juan e Isabel, la más pequeña, nacida el 12 de junio de 1878, la más revoltosa.

—*Ela*, no te mojes los pies —ordenó de nuevo la madre, aunque después cambió de opinión— ¡Mejor, nos vamos a casa!

Los tres hermanos, que jugaban a perseguirse a trompicones por la arena sin preocuparse de sus vestidos planchados ni de sus zapatos nuevos, por fin atendieron a la llamada y se resignaron a volver a casa. A sus espaldas, las matronas bien vestidas que habían observado los juegos descarados se ocuparon de justificar la inconveniencia.

—No es extraño que sean unos niños tan mal educados — comentó una de ellas frunciendo los labios—. La madre, además de ser escocesa, es protestante...

—¡Claro, si es protestante...!

Ante la desaprobación general por semejante excentricidad, la más piadosa quiso a cambio encumbrar los merecimientos del marido.



—Sin embargo, la familia Oyarzábal es una de las más selectas de Málaga... La abuela, tan elegante, vestida de negro de la cabeza a los pies, es una mujer de un comportamiento impecable. ¡Qué matrimonios tan diferentes los de sus dos hijos!

—Su hija María, casada con el Gobernador de Militar de Málaga... ¡Hace poco se instalaron en el Castillo de Gibralfaro! Pero el hijo, Juan, casado con una extranjera...

—¡Una extranjera... que era casi una niña cuando llegó!

—Una pobre huérfana con tan solo diecisiete años... Es normal que sepa poco de educar a los hijos...

—El bueno de Juan Oyarzábal, ¡casado con una joven veinte años menor que él...!

—Sin embargo, ¡parecen felices! —concluyó la más piadosa para dar por terminada una conversación tan poco elegante.



Las fiestas infantiles eran una excusa habitual en casa de los Oyarzábal para estrechar lazos con los integrantes de su misma clase social.

—Pero, sobre todo, tenéis que demostrar vuestra buena educación —era la recomendación de todas las madres a sus hijos cuando iban de visita, aunque suponían, por otra parte, que en el caso de los suyos eso se daba por descontado.

La residencia de los Oyarzábal era una bonita y espaciosa casa andaluza de dos pisos construida alrededor de un patio interior. La fachada encalada, las rejas de puertas y ventanas y la amplitud de la entrada permitían adivinar que aquella era digna morada de una familia acomodada.

Cuando llegaron los nuevos amigos, Isabel estaba jugando con sus primos Rafael, María, Rosario e Isabelita, hijos de su tía María, pero al poco se erigió en guía para realizar una cumplida excursión a lo largo y ancho de las habitaciones de su casa. Después de admirar altos techos, pisar suelos relucientes de mármol y





constatar la calidez de los tejados en terraza, Isabel les quiso mostrar sus máspreciados tesoros: en primer lugar, la caja de los gusanos de seda y, después, su mascota Morenita.

La caja de los gusanos de seda permanecía guardada debajo de la cama de su habitación desde la temporada anterior y albergaba una colección de pequeños huevos de mariposa, que esperaban la llegada de la primavera. *Ela*, antes de abrir la tapa, les obligó a permanecer en un ceremonioso silencio.

—No hay que asustar a las larvas, para que puedan nacer sin problemas— añadió silabeando en susurros desde la sabiduría portentosa de los seis años.

Pero mientras los más tímidos se concentraban en la contemplación de la inmovilidad aparente, ocurrió un accidente habitual en el dominio infantil: Juan Oyarzábal y sus primos irrumpieron de improviso con estruendo de risas, trompetas y tambores, con la decidida intención de molestar a los incautos.

Con semejante susto, *Ela* experimentó una metamorfosis asombrosa, mucho más inexplicable que la misteriosa mutación de los gusanos de seda. Olvidando sus anteriores previsiones de silencio temeroso, comenzó a desgañitarse en gritos y amenazas contra su hermano y se lanzó en su persecución para lanzarle la tapadera de la morada de los gusanos de seda. La caja rodó por el suelo, algunos huevecillos se esparcieron debajo de la cama, los pasos de la anfitriona resonaron en el piso inferior, y los niños, roto el hechizo y la expectación, bajaron al patio, donde estaba prevista la merienda. Una vez abajo, la disputa entre hermanos ya se había saldado con un tirón de pelo y algunas risas.

Aunque todavía no había pasado la Semana Santa, la temperatura de la tarde era agradable y los niños pudieron merendar al aire libre. *Ela* se situó junto a sus amigas para explicarles las novedades de su existencia:

—Ayer fui con mi madre a la capilla protestante —dijo haciendo alarde de darse importancia—. Está en el Cementerio Inglés... ¡Sólo la visitan los residentes británicos y alemanes!





Las concurrentes, inmediatamente, volcaron en ella toda su atención, ya que, aunque conocían desde siempre su asistencia a los ritos protestantes, mantenían despierta la curiosidad por un tema que los mayores trataban de forma veladamente maledicente.

—¿Y cómo son esas celebraciones? —preguntó una ingenua.

—Se rezan salmos... —contestó Isabel con voz campanuda—.

¡Se rezan muchos salmos!

—Pero yo también te he visto con tu papá en la Iglesia del Carmen —bisbióse la prima Rosario, evitando que los mayores oyieran sus palabras.

—Sí... también voy con papá a la Iglesia del Carmen...

—¿Vas con tu mamá a la Capilla protestante y con tu papá a la Iglesia del Carmen? —volvió a preguntar una nueva amiguita para acabar de calibrar la originalidad de la pequeña anfitriona.

—Sí.

—¿Y cuál de las dos misas te gusta más?

Isabel sopesó brevemente el posible alcance de su respuesta y respondió con gran seriedad:

—Prefiero la misa de la Iglesia del Carmen... —y aquí, por la confidencia, brillaron sus ojos con alegría infantil— ¡Es más corta!

Al acabar la merienda, Isabel les mostró el segundo de sus tesoros, la mascota Morenita. En esa época, en muchos lugares de Andalucía, en el tiempo de la Pascua y quizás como reminiscencia del rito judío, algunos padres regalaban a sus hijos pequeños corderos que ellos cuidaban como animales de compañía y que probablemente estaban abocados a desaparecer para la celebración del Domingo de Pascua. Casi siempre se trataba de corderitos blancos, aunque en algunas casas se adquirían cabras pequeñas. Sin embargo, los animalitos de los Oyarzábal, según dijeron, no desaparecían en Semana Santa, sino que duraban hasta el verano, y entonces “sus padres los enviaban a pastar a un corral más amplio y más cerca del campo”. Mientras tanto, esas mascotas vivían plácidamente en la azotea de la casa, comiendo alfalfa.





—Ese, el más grande, es el de mi hermano Juan —aclaró Isabel señalando a un cordero muy blanco—. El que está a su lado es de María.

A continuación, se acercó a abrazar a Morenita, una chivita graciosa de pelo oscuro con una mancha blanca en la cara.

—¡Ésta es la mía! ¡Aquí está mi Morenita!

La prima Rosario estalló en una cruel carcajada.

—¡Pero si es una cabra!

Isabel la miró sin comprender. ¡Claro que Morenita era una cabra! Cuando los tres hermanos fueron con su padre al mercado, cada uno eligió al animal que más le gustaba, y ella no pudo sustraerse a la mirada dulce y mimosa de Morenita.

—¿Qué tiene de malo que sea una cabra? —preguntó sorprendida.

Su prima le aclaró una evidencia que todo el mundo ya conocía:

—¡Las cabras sólo las compran las niñas pobres!

—¿Y qué importa? —le contestó ella con altivez.

—Además, es muy fea —añadió Rosario, viendo que la primera objeción no interesaba a Isabel—. Los lazos y las cintas sólo quedan bien en los corderitos blancos, y a esa cabra tan fea no se le pueden poner.

Sin embargo, *Ela* no estaba dispuesta a dejarse engañar por las opiniones comunes.

—¡No es fea! —estalló con dignidad, aunque lo hizo a costa de tragarse las lágrimas— ¡Y yo no le quiero poner lazos! No me gustan los lazos. ¡Ni siquiera yo misma los pienso llevar!

El resto de la tarde transcurrió con rapidez. Isabel había quedado enojada por las palabras de su prima y remoloneaba en soledad por los rincones. El hecho de que sólo las niñas pobres comprasen cabras no era un obstáculo para querer a Morenita... ¿Qué tenía que ver el cariño con el dinero? Además, su chivita, tan diferente a cualquiera de los corderos blancos de sus primas con cintas y lazos, solo por eso ya era mucho más linda.





Ela siempre se sintió una pequeña rebelde, objeto de desaprobación para parte de su familia y de la sociedad malagueña. Es cierto que casi todos los niños sienten que en muchas ocasiones los mayores reproban sus actos, pero en su caso era evidente que la clase social a la que por nacimiento pertenecían consideraba a los Oyarzábal unos pequeños malcriados y ruidosos, que además... eran protestantes. Una familia excesivamente diferente para una sociedad muy pagada de sus propias virtudes.

Pero, si en España parecían diferentes a los otros niños, en Escocia, junto a la familia materna, tampoco se acomodaban del todo a la normalidad. El primer verano de los seis años quizás resultó el más cómicamente escandaloso.

El viaje en barco desde Málaga hasta Liverpool fue terrible y *Ela* creyó morir por causa del mareo. Una vez arribados milagrosamente a tierra firme, llegaron a Prestwick, al suroeste de Escocia, donde sus tíos habían alquilado una casa cerca de la playa, para poder tomar baños de mar y aprender a jugar al golf. Aquel lugar no le causó en un principio una gran impresión, ya que todo parecía ser excesivamente tranquilo y silencioso, e incluso los primos resultaron extrañamente tímidos y reservados, extraordinariamente bien educados...

Durante los primeros días, debido a las incongruencias de los adultos, se concentró en recordar unas nuevas normas de conducta: así como en Málaga estaba estipulado que las puertas debían quedar siempre abiertas, en Prestwick le reñían constantemente porque había de cerrarlas. ¡Qué banales resultaban a veces las verdades universales! Sin embargo, las principales diferencias entre la vida malagueña y la escocesa se referían al ruido, o mejor, a su ausencia: en la pequeña y ordenada casa de los tíos nadie gritaba, los sirvientes tampoco cantaban, los primos no se disgustaban a voces como en España... Era un universo aséptico y





silencioso, como una gran pecera donde los sonidos se diluían suavemente como si se produjeran en el agua...

Un domingo, sin proponérselo, los pequeños y salvajes hispanos causaron un grave disgusto a la familia entera. La madre y las tías habían ido a la iglesia después de advertirles cumplidamente que estaba expresamente prohibido tocar cualquier cosa y que debían comportarse adecuadamente. Los hermanos miraban el cielo azul y la tarde serena, la casa en silencio invitaba a una siesta imposible y la quietud del ambiente sugería que el tiempo se había detenido para toda una eternidad... Estaban terriblemente aburridos... hasta que Juan tuvo una idea brillante.

—¡Vamos al jardín de atrás a jugar a toreros!

¡Ese sí que era un plan estupendo, que además traía recuerdos de otros juegos en Málaga!

Buscaron un trozo de madera y le sujetaron dos palos para que sirviera de cabeza de toro, rescataron como capa el paño rojo donde se tendía el perro para dormir... ¡y así comenzó el espectáculo!

Como era mucho más divertido ser torero que toro, acordaron los turnos para la fiesta taurina. María fue la primera en perseguir a Juan e Isabel para atropellarlos con la cabeza del toro y, aunque alcanzó a *Ela* en unas cuantas ocasiones, Juan siempre conseguía escapar y la esquivaba cimbreado como los diestros verdaderos.

El juego era tan entretenido que no advirtieron que, desde detrás del seto, los vecinos, unos niños bastante desarrollados, estaban espiando, observándolos adustamente, asustados por la inconveniencia de semejante diversión.

—¡Eh, toro! —gritaba Juan mientras ondeaba frenéticamente la capa, hasta que María se lanzaba de nuevo a perseguirle pisoteando la hierba.

De improviso, una voz desagradable les sobresaltó.

—¡Vosotros, basta ya! ¿No sabéis que hoy es domingo? —dijo el mayor de los muchachos.





—¿Y qué importa? —respondió Juan, desafiante.

—¡Españoles!... ¡Moros renegridos! —escupió el chico con desprecio.

Juan tiró la capa al suelo y se dirigió hacia él sin dudarlo, y el muchacho, seguido de otros dos o tres, saltó la valla del jardín. Al poco rato rodaban los dos cabecillas por el suelo dándose puñetazos. María soltó al toro y corrió a refugiarse en la casa, pero Isabel, para colaborar, comenzó a chillar lo más fuerte posible.

Otros vecinos entraron a separar a los combatientes, justo cuando regresaban las tías y la madre de la iglesia.

Después de muchas explicaciones y de sufrir la repremisión de todos los familiares, *Ela* seguía sin entender qué había pasado y por qué aquellos muchachos les habían atacado de ese modo.

—Se han escandalizado porque estabais jugando en el día del domingo —explicó de nuevo la madre.

—Pero... ¡las corridas de toros son siempre en domingo! —se quejaba Juan, conteniendo la sangre que le manaba del labio.

Las tías, sin embargo, nunca entendieron ese juego y ellos, naturalmente, tampoco lo volvieron a emplear. Estaba claro que, en Escocia, los Oyarzábal también eran diferentes... peligrosamente diferentes a los otros niños.

A la vuelta reconocieron con sorpresa y alivio que Málaga se había convertido en una ciudad mucho más pequeña, sus calles eran mucho más estrechas... y, afortunadamente, todo era mucho más ruidoso. Su casa era un refugio muy agradable y, además, ¡iba a ser estupendo volver a jugar en el patio!

Un tiempo más tarde, después de haber nacido un nuevo hermano, al que llamaron pomposamente Ricardo Gervasio Protasio, la familia Oyarzábal fue a pasar la Semana Santa al cercano Alhaurín, famoso por su representación de la Pasión, que llamaban “El Paso”. *Ela*, Juan y su padre realizaron el viaje en una



diligencia arrastrada por seis caballos; mientras que María, menos aventurera, la madre, la abuela y el bebé recién nacido viajaban en un amplio carroaje.

La ascensión hasta el techo de la diligencia, donde se aposentaron junto a un fornido cochero y su minúsculo ayudante, fue realmente emocionante, pero el traqueteo del vehículo y las imprecaciones del conductor, resultaron difíciles de olvidar.

—¡Ay... ay... Paloma! ¡Lucero! ¡Bonita! —gritaba el cochero.

—¡Ay... ay... Bonita! ¡Lucero! ¡Paloma! —contestaba *Ela* en voz baja, ya que había tomado la firme decisión de ser en su mayoría de edad conductora de diligencia.

¿Qué felicidad mayor que notar en el rostro la caricia del viento y extasiarse con el olor de los naranjos durante el camino? El campo ofreciendo la voluptuosa libertad del viaje perpetuo, el cielo que promete su amparo lechoso, el sonido restallante y alegre de los cascos de los caballos sobre las piedras del camino... Esa era una vida tremadamente atractiva... incluso para una niña de buena familia.

Las aventuras de Alhaurín, con todo, también tuvieron algunos tintes oscuros. Después de una de las comidas familiares, con hijos y primos reunidos alrededor de la mesa opulenta de la abuela, Rosario, una de las hijas de tía María, emplazó a Isabel misteriosamente:

—¿Quieres ver algo realmente interesante?

Las dos primas salieron de la lujosa mansión por una pequeña puerta sin que nadie se percatase de su ausencia, enfilaron la calle hacia arriba y se colaron en una casa con ventanas oscurecidas, cuya puerta permanecía abierta. En la habitación principal dos mujeres estaban llorando en la oscuridad. Cuando los ojos se acostumbraron a la falta de luz, las niñas pudieron vislumbrar una caja negra en cuyo interior yacía un hombre aterradoramente pálido, vestido con un traje negro y calzado con unos zapatos de piel que sobresalían grotescamente de la caja.





—¿Qué es eso, Rosario? ¿Qué es? —preguntó *Ela* sobre cogida.

—No lo ves? —contestó la prima arrastrando las sílabas— ¡Es un hombre muerto! Pero no ha muerto él solo... Lo ha matado un marido celoso sin darle tiempo a recibir los últimos sacramentos... ¡así que quizás no lo puedan enterrar en sagrado!

La niña salió precipitadamente, sin querer oír nada más, para ir en busca de su madre. ¡Un hombre muerto! ¡Calzado con aquellos enormes zapatos que no querían alojarse dentro de la caja negra!

—La muerte es, simplemente, como un sueño, querida... — intentó consolarla doña Ana, procurando hacerle olvidar la palidez del hombre y la atmósfera opresiva del velatorio.

Isabel sabía que no se duerme con los zapatos puestos y que en la blandura del sueño no era posible esa rigidez de los miembros del muerto, pero tuvo que procurar serenarse con esa explicación. Nunca olvidaría esta primera visión del duelo de la muerte...

Sin embargo, la Semana Santa andaluza era generosa en las emociones y la niña, desde uno de los balcones del Ayuntamiento, justo sobre la plaza, observaba con ojos desmesuradamente abiertos los desfiles y procesiones, entre el miércoles y el viernes, aturdida a ratos por lo vívido de las representaciones.

Casi todos los espectadores conocían la identidad de los figurantes del Paso: un sacerdote de Málaga solía encarnar a Jesucristo y muchas personas conocidas se disputaban el honor de representar a Abraham, a San Pedro y San Pablo... Sólo había problemas para encontrar un voluntario que hiciera el papel del traidor, Judas. Sin embargo, Isabel no podía sustraerse al encanto de suponer que todo ello no era sólo una representación y desde su inocencia infantil llegó a padecer por un espectáculo que resultaba verdadero para ella. Presenció el sacrificio de Abraham y su hijo Isaac absurdamente preocupada por la suerte del carnero, que fue efectivamente inmolado ante los ojos de los espectadores; creyó en la aparición del ángel en el Huerto de Getsemaní y no perdió detalle de la presentación de Cristo ante Caifás y Pilatos.



Pero la mayor impresión la recibió a partir de una apreciación de los hechos poco común, absolutamente alejada de la sensibilidad general. Después de soportar el teatral sonido del martillo que en la ficción clavaba a Jesucristo en la cruz y de sobrellevar el eco de las protestas de las plañideras, apareció la figura de un hombre que llevaba una bolsa en la mano y miraba con temor a izquierda y derecha buscando un lugar para la huída. El grito de la multitud que asistía al espectáculo ahogó cualquier otro sonido:

—¡Es Judas! ¡Judas, el traidor! ¡Matadle! ¡Que no escape!

Ela se sintió aterrorizada: pensaba que, al igual que al carnero, también iban a matar a Judas en el escenario.

—¡Es Judas! ¡Matadle! —seguía rugiendo la plaza entera, mientras la niña se echaba a llorar: no entendía por qué todo el mundo quería asesinar a ese pobre hombre.

Finalmente, Judas se fue y al poco apareció la imagen de la Virgen, con unas visibles lágrimas, a la que ofrecieron grandes ramos de flores. Mucha gente lloraba y se lamentaba, e incluso los primos de Isabel se mostraban pesarosos. Por fin, la Virgen volvió a ser introducida en la iglesia y estallaron los lamentos de las saetas.

Cuando volvían a casa, Isabel seguía obsesionada con la suerte de Judas.

—¿Dónde está Judas? —preguntó a su prima Rosario, ya que no consiguió que ninguno de los adultos le hiciera caso —¿Por qué quieren matarlo?

—¡Porque es el peor hombre del mundo! —respondió ella con voz rencorosa—. Si pudiera, yo misma lo mataría. No existe nadie, absolutamente nadie en la tierra, que no lo odie.

Isabel quedó pensativa. ¿Odiar a Judas? Ella no comprendía ese sentimiento violento e irreflexivo. Ella no odiaba a Judas: más bien sentía lástima por esa escuálida figura que huía asustada, y compartía su angustia al sentirse acorralado por una multitud desbordante de odio.





—Yo no odio a Judas; sólo siento pena por él —respondió con un hilo de voz.

—Si tú no odias a Judas, es porque también eres mala —se ensañaba Rosario, y añadió dirigiéndose a los otros primos—: ¿Sabéis que Isabel siente lástima por Judas?

Todos la miraron con absoluta incomprendición, sin poder creer lo que oían, mientras ella se sentía cada vez más desgraciada.

Sólo su madre, cuando la acompañó al acostarse, la pudo consolar.

—Mamá, ¿tú odias a Judas?

La joven madre se sorprendió.

—¡Oh, no! ¡Pobre Judas! ¡Sólo siento lástima por él!

Isabel quedó aliviada: había al menos dos personas en el mundo que no odiaban a Judas, y sólo sentían una lástima, profunda y misericordiosa, por esa pobre figura que sufría la persecución despiadada de sus semejantes.

Poco tiempo más tarde, la joven escocesa Ana Smith y Guthrie, obligada probablemente por las circunstancias, adoptó el rito católico. Isabel se alegró ingenuamente: ¡así no tendría que volver a la capilla protestante!

Para la ceremonia, celebrada en el Colegio de la Asunción con asistencia de toda la familia, incluidos tíos y primos, Juan estrenó un traje de marinero y las dos hermanas unos vestidos blancos con cintas amarillas, y con esta indumentaria los niños fueron efusivamente abrazados por todos los asistentes como si acabase de ocurrir algo extremadamente importante.

—Si alguien os pregunta por mí, debéis decir que éste ha sido el día más feliz de mi vida —les advirtió su madre, de vuelta a casa.

Nada debía quebrar la recién conquistada tregua entre la biempensante sociedad malagueña y los Oyarzábal, que por fin volvían al redil de la comunidad.





Unas semanas más tarde, en el mes de agosto, al poco de cumplir los siete años, a Isabel le tocó realizar la Primera Confesión, después de recibir unas clases preparatorias en el Colegio de la Asunción. Algunos de sus familiares le habían augurado que eso supondría para ella un incuestionable cambio espiritual.

—Dicen que, después de hacerlo, todo el mundo se siente muy feliz... —fantaseaba—. ¡Debe ser algo maravilloso!

Pero llegó el día esperado y nada resultó como ella había soñado. El sacerdote encargado de la iniciación tuvo que atender en poco tiempo a una larga fila de beatas antes de que le tocase el turno a la niña. Cuando le llegó la vez, se acercó a la oscura cabina de madera convencida de que iba a vivir un momento inolvidable, aprestándose a comenzar una vida de eterno y feliz sacrificio espiritual. Sin embargo, no atinó a contestar más que con monosílabos a las preguntas de la voz que salía del fondo del confesonario y salió decepcionada. Ni se sentía más feliz que antes, ni había descubierto el misterio del gozo a través de la penitencia por sus inexistentes pecados. ¡Las promesas de los adultos o sus vanos ensueños no siempre coincidían con la realidad de los niños!

La familia Oyarzábal, poco a poco, se estaba convirtiendo en morada de una numerosa prole de hijos que hacía falta educar según los usos de las clases pudientes; pero el padre, siempre ocupado, y la madre joven, al cuidado permanente de los hijos que iban llegando, apenas podían realizar tan compleja labor... Hacía falta tomar medidas contundentes para que los chiquillos abandonasen los hábitos de la inculta naturaleza para adentrarse en las costumbres de la refinada sociedad a la que, en realidad, pertenecían. Por eso, ese mismo año, Juan fue enviado al Colegio de los Jesuitas, a las afueras de Málaga, y María e Isabel ingresaron internas en el Colegio de la Asunción. La joven escocesa Ana Smith hubiera preferido que Isabel, su hija pequeña, sólo asistiera a las clases durante el día, pero la Superiora, observando a la niña



inquieta y revoltosa que correteaba alrededor de su madre, aseguró que eso no era apropiado.

—Para conseguir los efectos de una educación esmerada es preciso no abandonar la disciplina después de las clases —espetó con autoridad, y añadió para suavizar esa primera impresión contundente—: En realidad, sería todavía más duro para su hija hacerlo de otro modo...

Doña Ana miraba a la niña y dudaba, y la Superiora silabeó con lentitud, derrochando gran seguridad en sus palabras:

—Sólo conseguiremos un perfecto aprendizaje si permanece aquí durante todo el tiempo, sin nocivas influencias externas.

Isabel no estaba de acuerdo con que fuera bueno para ella dejar de ver a su madre todos los días, pero no pudo oponerse a una decisión que ya estaba tomada. Al poco tiempo ya tenía preparados sus tres uniformes (los dos grises para los días de diario y el tercero, espantoso y azul, para los domingos) y el resto de los utensilios del internado: la jarrita plateada, los cubiertos, la cestita de costura... todo ello marcado con las señas de un número.

Sin embargo, a pesar de los parabienes de la madre y las criadas, *Ela* se sentía patética con la nueva indumentaria: una falda que llegaba más abajo de las rodillas, una chaqueta ajustada adornada con un cuello de estilo militar cruzando sobre otro cuello blanco almidonado, un delantalito de lana negro y un capotillo de la misma tela que el traje. El uniforme de los domingos, azul e idéntico en todo, excusaba la ignominia del delantalito negro.

—Ni siquiera llevan mis iniciales —suspiraba ante su madre, observando la colección de objetos y ropa del internado—. Mi número es el 35, y el de María, el 43...

El día de la despedida Isabel ensayaba el nuevo peinado, exigido en el Colegio, con el pelo recogido y tirante, sujetado en la nuca con una cinta negra o azul oscura, y miraba su colección de muñecas, alineadas en formación sobre el cobertor adamascado de su cama.





—Está prohibido llevar juguetes... —le dijo tristemente doña Ana—. Ellas se quedan en casa.

La niña partió decepcionada: con sólo siete años sintió que abandonaba todo aquello que amaba... a cambio de nada.

Las reglas del Internado, para lograr en las niñas el deseado efecto de adiestramiento en la sumisión, eran muy estrictas. Las internas se levantaban a las seis de la mañana para acudir a la misa en la capilla y la posterior meditación; tras el desayuno, que se realizaba en un cuarto de hora, llegaba el tiempo de las clases, hasta las 11 y media, hora de comer, que culminaba en una gozosa media hora de asueto en el exterior. Tras el breve descanso, se empleaban dos horas para la lectura en voz alta de la vida de los santos, que se compensaban con otra media hora de descanso. A continuación, de nuevo, el estudio hasta la cena, a las seis en punto. Y entonces llegaba el momento real del verdadero tiempo libre durante una hora entera, que, a la postre, se utilizaba en cantar o en una conversación en común bajo la supervisión de una monja.

Lo más doloroso, para *Ela*, fue la falta de libertad, tanto física como espiritual. Debían caminar siempre en fila, en eterna retahíla, recitando un rosario que tampoco tenía fin, ya que los ecos se confundían con los propios rezos, y ni siquiera estaba permitido conversar durante las comidas. Hablar estaba absolutamente prohibido y la más mínima infracción tenía su castigo: una simple mala nota, cualquier tipo de humillación en público, una reprimenda, la sanción de agacharse a besar el suelo...

En este ambiente represivo a Isabel tampoco le gustaban las lecciones, a las que, en realidad, no prestaba ninguna atención. Las largas horas inclinada por obligación sobre los libros y cuadernos abiertos, con las manos apropiadamente cruzadas sobre la mesa y la espalda sin ningún apoyo, le parecían una tortura. La imposición del estudio restaba todo tipo de interés al hipotético provecho del esfuerzo realizado, que perdía cualquier poder de seducción. Pasaban los segundos, los minutos, las horas, con morosidad implacable y, frente al dolor de los miembros atenazados por la



inmovilidad, afuera, en el campo que rodeaba la cumbre de Gibralfaro, el resplandor del sol entre los eucaliptos y el brillo del seto de geranios la llevaban a la desesperación por no poder salir.

Por la noche, el amplio dormitorio con ventanas cerradas se poblaba de los sueños prisioneros de las niñas pudientes. Isabel creía que se ahogaba y no podía quedarse dormida suponiendo que faltaba aire fresco. Desvelada, se encorajinaba a base de vueltas y vueltas en la cama, pero ni llegaba su madre a desechar las buenas noches como antes, ni podía olvidar a sus muñecas abandonadas; en cambio, la sobresaltaban las voces de los centinelas del Castillo de Gibralfaro y los aullidos de los perros que se retaban en la oscuridad de fuera. Tragando de rabia las lágrimas, se ovillaba en el fondo de la cama y se tapaba la cabeza con las sábanas para rezar en voz baja una oración que no había aprendido en el Colegio y que allí nadie debía oír. Era un susurro inaudible y tenaz, recitado en inglés por el recuerdo de su madre, que sólo cesaba cuando el agotamiento conseguía adormecerla:

—I must have liberty, I must have liberty... ¡I must have liberty!

María a veces lograba escapar a consolar a su hermana pequeña. A ella sí le gustaba el Internado: le agradaba la quietud y el orden, se sentía protegida por las blancas paredes y los susurros de los rezos y, además, adoraba a las monjas.

—¿Por qué no juegas con las otras niñas? —le preguntaba al ver que progresivamente se aislabía dentro de sí misma—. ¡Ahora sí está permitido jugar!

Ela miraba las diversiones con que se entretenían mansamente sus compañeras y pensaba que ninguna se parecía a las que habían practicado en su casa: en el Colegio todas eran mucho más aburridas.

—Aquí las niñas no saben correr y se cansan en seguida —decía con desencanto, encerrándose en su propia soledad.

—¿Cómo explicar un malestar que no radicaba exactamente ni en las compañeras, ni en la dureza de las obligaciones diarias? Isabel





se sentía tan abandonada y tan sojuzgada por la disciplina del Internado que ni siquiera lo podía expresar en la visita que recibía de los padres dos horas por semana. Un silencio denso y opaco, agarrado a la garganta, le impedía echarse a llorar en presencia de la madre para decirle que no soportaba la obediencia ciega a las órdenes incuestionables, que no comprendía la sumisión obligada y desprovista de razón, y que no conseguía parecerse a las otras niñas, tan dóciles, que se amoldaban a las normas del Colegio. Ella era distinta y la arcilla que la formaba no consiguió dejarse moldear: ese fue el secreto que guardó para sí misma durante todo ese tiempo.

Al llegar Navidad, las hermanas por fin tuvieron permiso para volver a su casa durante una semana. Los padres fueron a recogerlas, pero antes del regreso se llegaron a visitar a Juan, a quien no le estaba permitido ausentarse del Colegio de los Jesuitas. Isabel deseaba verlo con vehemencia, ya que, como hermano dos años mayor, era su compañero de juegos y su ídolo, pero su presencia en aquellos momentos la desorrientó. Después de esperarlo durante unos minutos en la Sala de Visitas, apenas se atrevió a acercarse para abrazarlo. Iba vestido con el triste uniforme negro de los domingos y llevaba el pelo extremadamente corto. En comparación con la masa imponente del edificio y los lujosos sillones de cuero para las visitas, le pareció pequeño y amedrentado. De repente, creía estar viendo a un extraño.

Sin embargo, en cuanto partieron, dejándolo atrás, a Isabel le resultó insopportable abandonar a ese pobre chiquillo que parecía tan triste: creía ver en un espejo la desolación de sus días pasados y sentía la amargura del naufrago que consigue salvarse a costa de los compañeros ahogados.

Cuando terminó su primer curso escolar en el Colegio de la Asunción, Isabel volvió al hogar pensando que había olvidado todo lo que sabía desde antes del Internado y que, además, tampoco





había aprendido nada nuevo. Con todo, no quiso filosofar acerca de sus desventuras, ya que había decidido desquitarse de lo pasado y divertirse durante el verano como solía.

Sin embargo, el tiempo pasa y las cosas cambian. Sus padres, en continua dependencia el uno del otro, parecían más enamorados que nunca y habían introducido ciertas novedades en las normas del hogar: en primer lugar, ahora estaba terminantemente prohibido correr por la casa y en segundo lugar... una nueva figura, estricta y estirada, les aguardaba para adherirse a sus espaldas como una sombra: Mademoiselle Marie, la nueva institutriz francesa, les iba a acompañar durante todas las horas del día, tanto dentro de la casa como en las salidas obligadas a la iglesia.

El verano, finalmente, no surtió en el ánimo de Isabel el efecto benéfico del olvido absoluto y cuando llegó septiembre con la obligación de volver al Internado el regreso fue aún peor que la vez primera. Ahora ya nada resultaba novedoso: todo seguía exactamente igual que el año anterior y el pesado sonido de la puerta al cerrarse le hizo volver a revivir el mismo sentimiento angustiosos.

Los largos pasillos por los que deambulaba en silencio, los altos techos, las paredes encaladas que guardaban de los peligros del mundo hacían que Isabel se sintiera atrapada. El Colegio de la Asunción no era un refugio, sino una cárcel aséptica, una jaula dorada donde languidecía el espíritu. Además, *Ela* se sentía absolutamente sola: era incapaz de hablar con las niñas de su edad porque no tenía nada que decirles; sólo encontraba refugio en su propio desconsuelo y en su propia soledad. Desde fuera, las monjas del colegio, la mayoría inglesas o francesas, y también alguna española, veían una niña silenciosa que obedecía las normas sin remedio, unos ojos redondos alucinados que se limitaban a mirar fríamente, una niña extraña, seguramente desagradecida e insensible... ¡Pero es que *Ela* no sentía que tuviera nada que agradecer! Durante los siete cursos del Internado el único





sentimiento profundo e inevitable fue un deseo recurrente, un ansia singular y desesperada de volver a casa.

—¿Qué tienes aquí dentro? —bromeaba a veces una de las monjas, Madame María Casilda, golpeando con los nudillos brevemente su cabeza por hacerle una broma.

Isabel nunca pudo responder. Una mordaza invisible y angustiosa se lo impedía. Para huir, puesto que no existía posibilidad de escapatoria hacia el mundo de afuera, sólo existía el túnel oscuro, condensado y pastoso que lleva hacia el propio interior.

Doña Ana, la madre, no dejó de advertir el cambio operado en su hija, cada día más huraña e introvertida, pero las monjas la consolaban: quizás la celebración de la Primera Comunión devolvería a la niña la alegría de la infancia... ¡muchas chicas cambiaban por completo a partir de esa fecha!

—Algo nuevo va a surgir en tu interior... De ahora en adelante verás la vida con una luz diferente —le habían prometido tanto las monjas como las compañeras que ya la habían hecho.

Sin embargo, a pesar de los regalos, medallas y crucifijos, a pesar de los libritos de misa y el velo de muselina estrenado para el evento, casi nada impresionó a la protagonista el día de la celebración del sacramento. Es cierto que durante la mañana *Ela* se dejó sugerir por cierto sentimiento edificante, que la capilla estaba hermosamente adornada con flores y que el sonido del órgano durante la ceremonia le hizo sentirse cercana al llanto. Además, ese día se suspendieron las clases y todo el mundo estaba pendiente de las niñas que celebraban la Primera Comunión. Pero no ocurrió nada más: como sucediera con la Primera Confesión, ningún milagro vino a trastocar el mundo... y al día siguiente todo volvió a resultar como el tiempo anterior.

Los días continuaron deslizándose con lentitud fastidiosa y apenas alguna noticia de fuera logró impresionar a Isabel: el nacimiento de su nueva hermana Anita, la muerte súbita de la abuela... Cuando meditaba sobre las noticias de su casa de Málaga



le parecía que, en realidad, correspondían a la existencia de otra persona, que se movía en una nebulosa que desde el Colegio no se podía distinguir con claridad. Por eso esperaba los meses de vacaciones con impaciencia; pero tras su llegada, los días transcurrían como en un vértigo alucinado que no le permitía volver a encontrarse a sí misma. Algun año, en verano, tomó lecciones de baile, la única ocasión en que una señorita podía saltar y moverse sin que fuera inadecuado, y casi todos retornaba a la casa familiar con una enorme canastilla donde debía practicar el arte de zurcir y bordar que en el Internado se le daba tan mal.

—¿Qué tienes aquí dentro? —volvía a bromear Madame María Casilda cuando, año tras año, la veía deambular inexpresiva y callada y obedecer al milímetro, aunque sombríamente, las tan sabidas normas.

En realidad, sí había algo dentro que había que ocultar. Con el paso del tiempo y el ejercicio del silencio, Isabel se había forjado un secreto que le permitía encontrar un consuelo dentro de su propia cabeza. ¡Había encontrado una estupenda sustitución para el mundo de muñecas y de afectos que obligatoriamente abandonaba al volver al Colegio! Con un aspecto muy similar al de su hermana pequeña Anita, se había inventado a una niña que era precisamente su amiga. Esta creación era un ejercicio sencillo, que pasaba totalmente desapercibido en las horas opacas e interminables de estudio. ¡Su compañera imaginaria era tan alegre y tan linda! Si entrecerraba los ojos parecía aún más real que la mesa de madera y la banqueta del aula. Pero la delicia de la nueva compañera propició que pronto aumentase el número de criaturas en su imaginación: a la niña le siguieron dos amiguitos más, y a ellos otra nueva amiga. Era muy divertido hablar todo el tiempo con ellos en su mundo de fantasía, aunque eso le procurase un quehacer constante, ya que debía recordarlos en todas las circunstancias: en la capilla, durante las lecciones del día, durante las interminables horas de estudio... Siempre estaba pensando en ellos. Solamente en el caso de alguna de las pocas clases que le parecían interesantes, quizás matemáticas,



los dejaba descansando, dormidos por fin en uno de los pliegues de su fantástica imaginación; pero en cuanto se disipaba el pasajero foco de atención (¡todas las asignaturas eran tan fáciles!) *Ela* volvía apresuradamente a conversar con ellos. Era maravilloso verlos nacer desde el silencio del Colegio y rodearlos con su calidez y su cariño, y resultaban casi más reales que las monjas o las compañeras de clase. ¿Era ridículo ese amor y esa atención permanente a los hijos de su fantasía? *Ela* no lo sabía, no quería preguntárselo a sí misma porque no le importaba. Se conformaba con sentir su presencia, porque, en el fondo de su alma, también los utilizaba como escudo frente a las normas del Internado, con el poso de un sentimiento de venganza: esos amigos imaginarios eran más importantes que las normas absurdas y la disciplina del Colegio. Allí le habían arrebatado todo lo que tenía: su familia, sus amigos reales, su alegría, su libertad... pero los compañeros ficticios, que eran sólo suyos y nadie conocía, esos amigos fantaseados, eran el secreto profundo, el talismán verdadero que nadie le iba a poder arrebatar.

Mientras tanto, junto al mundo de normas obligatorias dictadas por las monjas, las chicas inventaban también sus propios códigos punitivos entre las paredes del Internado: casi todo lo que escapaba de las más férreas convenciones era considerado ridículo y acaparaba las burlas de la censura omnipresente. Si alguien se confundía en la lectura de las vidas de los santos, las compañeras se reían con ataques surgidos del enervamiento de tantas horas en silencio, y la causante pasaba días bajo la amenaza de chanzas crueles. Pero, además de estas pequeñas confusiones, la cuestión que generaba los conflictos más despiadados siempre nacía a causa de la apariencia física.

Las muchachas se espiaban mutuamente para descubrir los defectos ajenos que más tarde servirían para el oprobio. Por ejemplo, cuando murió la abuela, para el sentir de la comunidad el luto de Isabel fue poco, y algunas de sus compañeras se lo recriminaron hasta conseguir que arrastrase durante algún tiempo cierto sentimiento de culpa. Pero la desazón de no resultar aceptada





por las compañeras surgió más tarde por una menudencia aún más absurda: su madre se negó a comprarle corsé cuando algunas de las niñas ya lo llevaban.

—Todavía no lo necesitas —le había aclarado la madre—. No te hará daño esperar a crecer lo suficiente antes de usarlo.

Muchas chicas del internado presumían de sus estrechas cinturitas de avispa e Isabel se veía a sí misma como la única muchacha ridícula que no la poseía, aunque finalmente se consoló y acabó mirando a sus compañeras con cierto escepticismo. En realidad, no tener cintura de avispa era un asunto bastante indiferente, al igual que el resto de los atributos físicos. Las monjas, desde luego, también eran enemigas de cualquier vanidad corporal y avisaban incansables sobre los peligros que entrañaba la sumisión ante las vanaglorias de la carne, a pesar de lo cual, las chiquillas, que se observaban sin descanso mientras sus cuerpos crecían y cambiaban, se preocupaban permanentemente por su aspecto exterior.

Ela las observaba sin comprender. No veía que entre las compañeras existiera verdadera amistad o admiración; en realidad, su principal ocupación consistía en vigilarse mutuamente para descubrir cuál conseguía sobrepasar a las otras en aquellas cualidades inanes tan superficialmente importantes, y podían morirse de envidia por alcanzar un reconocimiento banal. *Ela* deducía que la suma de estas pequeñas rivalidades sólo podía nacer, en realidad, de una insufrible mediocridad...

—¿Qué está haciendo María Josefa Derqui? —preguntó a Isabel Madame Marie Louise después de invitarla a acercarse a su mesa en la hora de estudio.

—¿María Josefa Derqui? —respondió Isabel mirando a la compañera que se sentaba a su espalda, tres años mayor que ella, tristemente obtusa y falta de luces—. Creo... que está escribiendo.



Madame Marie Louise hizo un gesto de asentimiento, pero añadió con cierta complicidad:

—Sí. Pero... ¿qué está escribiendo?

—No lo sé —exclamó *Ela* encogiéndose de hombros.

—Ve a tu mesa e investigalo. Cuando lo hayas hecho, vuelve a decírmelo sin que ella lo note.

—¿Tengo que... enterarme y luego decírselo? —preguntó Isabel para ganar tiempo mientras se acorazaba bajo la máscara inexpresiva de casi todos los días.

Madame Marie Louise bajó la voz en una confesión que escondía cierta fruición:

—Estoy segura de que está escribiendo una carta a escondidas... ¡para alguien de fuera!

Isabel miró de nuevo a la chica, ensayó un pequeño paso dando la espalda a Madame Marie Louise y luego volvió a girar sobre sus talones para encararse con ella. La sonrisa húmeda de la monja se trocó en una mueca.

—Madre, no lo voy a hacer.

—¿Te niegas a obedecer mis instrucciones? —silabeó la monja intentando controlar su ira para no elevar el volumen.

Isabel se reafirmó en una postura a la que le había llevado más el instinto que la reflexión. ¿Era posible que Madame Marie Louise le exigiera que espiara a su compañera para “chivarse”? Ella *eso* no lo podía hacer.

—¡Quédate aquí! —ordenó la monja.

Madame Marie Louise se levantó sigilosamente, se acercó a María Josefa y, de pronto, dejó caer su mano sobre el brazo de la alumna.

La chica, con un movimiento de sorpresa, dio un respingo y después de mirar a la religiosa con terror se metió rápidamente en la boca el papel que estaba escribiendo.

Madame Marie Louise, que la vio tragarse el papel, a duras penas consiguió moderar el asombro que en un primer momento la había enmudecido, y después gritó:



—¡Niña traviesa y desobediente! Informaré de esto inmediatamente a la Madre Superiora —y se volvió hacia Isabel señalándola con un dedo—. ¡Tú también nos tendrás que acompañar!

Maria Josefa Derqui e Isabel Oyarzábal esperaban de pie en el pasillo. Embutidas en sus uniformes grises, ofrecían el contraste de una chiquilla delgada y huraña frente a una muchacha, casi una mujer, vestida de colegiala, y aunque se habían visto durante muchos días ahora se miraban por primera vez sin reconocerse a sí mismas en la mirada de la otra. Desde detrás de la puerta, la voz aguda de Madame Marie Louise desgranaba la retahíla de las culpas individuales.

Isabel nunca supo qué le dijo la Madre Superiora a María Josefa Derqui, pero al salir de su propia entrevista concluyó que la Madre Carolina era la única persona del internado que, en realidad, había conseguido entenderla.

La Madre Carolina, la Superiora del Colegio, era norteamericana y se había hecho católica en una visita a Europa, pero tenía una visión de la disciplina y de sus límites que la diferenciaban del resto de sus pacatas compañeras. Cuando Isabel le contó que no había querido delatar a su compañera e insistió tozudamente en que, además, *nunca lo pensaba hacer*, ella le sonrió de forma divertida.

—¿No crees que la palabra *nunca* es ciertamente un poco exagerada? —quiso hábilmente desdramatizar, y después intentó justificar a su colega—. En realidad, Madame Marie Louise sólo quería que tú ayudaras a tu compañera a no incumplir las normas... María Josefa no tiene todavía un perfecto sentido de la responsabilidad...

Isabel acusó el cambio de tono con un atisbo de incredulidad. ¿Una monja dando explicaciones? ¿Era posible que alguien en el Colegio fuera suficientemente flexible como para adecuar las normas a la razón en lugar de subordinar la razón a las instrucciones?





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

—Yo estoy realmente dispuesta a ayudar —balbució Isabel todavía dudando— pero no a costa de...

—Muy bien —le interrumpió la Superiora—, será suficiente con que atiendas por si ella lo vuelve a hacer, para que le indiques que eso no está bien.

A Isabel no le seducía la idea de vigilar a su compañera, pero veía que esa ligera reprimenda era un saldo pequeño para una desobediencia mayor. Además, sabía que la Madre Carolina, en realidad, estaba de su parte, así que finalmente se ocupó de convencer a María Josefa de que, si quería escribir, lo hiciera cuando saliera del colegio.

Tras el verano, Isabel tuvo que volver sola al Internado, ya que su hermana María ya había terminado la escolarización e iba a viajar a Londres para completar su educación. La renovada soledad, sin embargo, tampoco le preocupó. Apenas sentía ambiciones ni deseos y solamente se ocupaba en dejar transcurrir los días procurando eludir cualquier sentimiento, como si transitara por una vida prestada. Las monjas, pese a todo, estaban contentas con su rendimiento y le habían dado varios premios por sus calificaciones. A ella, en realidad, también sus éxitos le producían indiferencia: todo era muy fácil y sin apenas estudiar era capaz de entender todas las asignaturas y recordarlas. El tiempo se empecinaba en seguir su curso circular y monótono a lo largo de los días y las noches... Siete años, con sus meses y sus fiestas señaladas, pueden dar lugar a muchas aventuras o a ninguna, y a Isabel le daba la impresión de que en ese tiempo no había ocurrido absolutamente nada.

El avanzar de los días, sin embargo, comenzó a galopar un poco más deprisa y *Ela* finalmente llegó a interesarse por alguna materia: la historia, la literatura, la geografía... Las enseñanzas de religión también ocupaban muchas horas de cada uno de los días del Colegio y ella consiguió sumergirse en esa inercia de tal modo



***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

que en ocasiones terminó por sentirse confortada: la música que sonaba en la capilla durante las prácticas religiosas o el bisbiseo de los rezos de sus compañeras la narcotizaban y la sumergían en un mundo lechoso sin sensaciones, pero entonces, en lugar de concentrarse en las imágenes piadosas, sin sentirlo, acababa reflexionando exclusivamente sobre su propia y vacía existencia. Las monjas, cuando la observaban, se congratulaban por el trabajo bien hecho: por fin, Isabel Oyarzábal se había convertido en una jovencita satisfactoriamente disciplinada.

Durante el último año del internado, las monjas pidieron a Isabel que prestase su ayuda en la “escuela para niños pobres” que mantenían más allá de las puertas del Colegio. Durante unas pocas horas al día acogían a los niños andrajosos que vivían en las chozas de la ladera del Gibralfaro y les enseñaban gratuitamente a leer y escribir, sólo a cambio de que sus padres asistieran a los oficios religiosos. En una época en que un ochenta y cinco por ciento de los malagueños eran analfabetos, la mayoría de las familias pobres veían con indiferencia esta pequeña obligación a cambio de que a sus hijos les regalasen de vez en cuando alguna prenda de abrigo, les diesen una comida suplementaria o les enseñasen las primeras letras. A Isabel esta nueva ocupación le pareció realmente divertida y le hizo concluir, por primera vez, que las tornas podían cambiar: ahora era ella quien tenía la responsabilidad de *educar* a los niños bulliciosos. Los chiquillos pobres, además, eran mucho más divertidos que los otros: eran inquietos diablillos siempre dispuestos a inventar nuevas travesuras y se adaptaban con dificultad a unas mínimas normas. Tras bastantes esfuerzos, lograba disciplinar a sus alumnos... pero la obediencia conseguida nunca se llegó a asemejar a la que mantenía ella misma en el Colegio...

A los catorce años, por fin, Isabel acabó de ascender a la clase de más dificultad, junto a otras compañeras dos años mayores, y al concluir el curso las monjas pidieron a su madre que pasase a recogerla: su labor había terminado, ya que no podían enseñarle nada más.





El día de la despedida se desembarazó del uniforme y lo arrojó debajo de la cama, en un renacido impulso de volver al desorden; recibió junto a las otras compañeras que también terminaban las obligadas admoniciones que un famoso padre jesuita les dedicó en la capilla acerca de los peligros y engaños del mundo al que se enfrentarían; escuchó los adioses y los lloros de las colegialas... pero ella no consiguió llorar. Solamente al despedirse de la Madre Superiora sintió que dejaba algo tierno a sus espaldas: la Madre Carolina, al bendecirla, reprimió las lágrimas que le nacían tras las gafas de concha, aunque las dos, de común acuerdo, en el supremo instante del último abrazo, prefirieron reír.

Isabel quiso guardar en su corazón ese único recuerdo amable de los siete años de educación en el Colegio: la remembranza agridulce de la monja, gemela de su alma, con quien se entendió sin palabras...

Cuando Isabel, por fin, volvió a casa habían cambiado muchas cosas. Habían llegado otros dos nuevos hermanos y los Oyarzábal ya eran siete: María, Juan, Isabel, Ricardo, Ana, José Luis e Inés. Como la madre estaba permanentemente ocupada en atender a la recién nacida y la hermana mayor se encontraba fuera, fue *Ela* quien tomó para sí la obligación de convertirse en la *nurse* de sus hermanos. El efecto inmediato fue la desaparición de los amigos imaginarios, ya que utilizaba casi todo su tiempo en acompañar a los niños de carne y hueso. El resto de las horas del día las emplearía en leer.

¿En leer? En leer... ¿qué?

—¡Han desaparecido! —increpó a su madre— ¡Casi todos han desaparecido! Benito Pérez Galdós, *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas... ¡y todos los libros de Maupassant y Balzac!

—Era una literatura demasiado realista —contestó ella procurando excusarse—. Tu padre los quemó porque no los aprueba



la iglesia. Dice que los católicos no los deben leer... Sin embargo, puedes leer a Dickens...

—A mí me encanta *Oliver Twist...* —se desesperó Isabel— Pero, ahora, no me apetece leer a Dickens...

Una prima benévolamente dispuesta, al conocer el disgusto, se presentó al día siguiente con las últimas novedades literarias previstas para señoritas: una pequeña colección de libros de héroes caballerescos. *Ela* los tomó con precaución con la punta de los dedos, como haciendo un esfuerzo de cortesía.

—Yo ya los he leído —le dijo la prima—: son la última moda en Málaga. Cuentan las aventuras de los caballeros y sus princesas... ¡Viven en castillos, con sus criados y sus pajes y se divierten en fiestas y torneos!

A pesar del desdén del primer día, *Ela* los leyó y, como su prima, seguramente soñó durante largas horas con un apuesto caballero que iba a venir a rescatarla de las tardes tediosas, montado en su ligero corcel y bajo los colores de un hermoso estandarte. ¿Quién no ha soñado a los quince años con algo así?

Isabel estaba creciendo y un amigo del padre, de visita, lo hizo notar.

—Juan, deberías hacer que tu hija se cubriera esas preciosas piernas... ¡Son una tentación para cualquiera!

A partir de entonces los vestidos de Isabel se alargaron hasta el suelo y las trenzas se le subieron hasta encaramarse en lo alto de la cabeza: pese a la molestia de las horquillas y los primeros tropiezos al pisarse las faldas, podía ser divertido convertirse en una señorita. Su madre le prometió celebrar un baile el próximo invierno, cuando su hermana María volviera del extranjero, para presentarla en sociedad: ese era el camino habitual para ocupar el lugar que le correspondía en la refinada comunidad de las buenas costumbres.

Por otra parte, la alta sociedad malagueña no era absolutamente pacífica en aquellos momentos, y menos todavía en la familia de Isabel, que vivía en permanente división y discusión



entre liberales y conservadores, representados respectivamente por la tía María y la tía Amalia. La primera, casada con el Gobernador Militar, era cuñada del General López Domínguez, del Partido Liberal, y mantenía gran influencia entre las clases medias malagueñas y los profesionales. Tía Amalia, casada con Jorge Loring Oyarzábal, Marqués de Casa Loring y primo de su padre, tenía una hija casada con Francisco Silvela y, como apoyaba a Cánovas del Castillo, del Partido Conservador, contaba con una enorme influencia y con grandes amistades entre la jerarquía eclesiástica y la sociedad más selecta. Juan Oyarzábal, a pesar de las indicaciones de su confesor, que le empujaba hacia Amalia, se debatía en la indecisión, ya que, en el fondo, adoraba a su hermana María.

Mientras tanto, Isabel reflexionaba acerca de las discusiones y diferencias entre ellas.

—En realidad, tía María y tía Amalia hacen lo mismo: se pasan el día escribiendo cartas a Madrid pidiendo favores para sus amistades... Que si un empleo para unos u otros... que si la concesión de una casa... ¡A veces quieren inaugurar las dos la misma escuela!

La popularidad de una se ampliaba en detrimento de la otra para cambiar de signo al poco tiempo, así que Isabel proponía prudentemente que, si las dos perseguían los mismos fines, unieran sus fuerzas en lugar de discutir... Pero frente a la sociedad del refinamiento y la opulencia, había otras realidades soterradas que querían salir a la luz. Un día se acercó hasta la casa un campesino que pretendía entrevistarse con tía Amalia. Isabel, enfundada en sus faldas de señorita, quiso hacerle un recibimiento caluroso de anfitriona y le preguntó por su familia.

—¿Cómo quiere que estén, señorita? —se extrañó el hombre—. Tienen hambre... ¡Siempre tienen hambre!

Isabel lo miró expectante, sin comprender que el hambre pudiera ser algo más que una sensación levemente molesta y pasajera.



—Pero... ¿usted no trabaja para mantenerlos?

—Claro que lo hago... ya lo ve usted —contestó mansamente—. Trabajo en la finca del Marqués, pero ¿cómo quiere que mantenga a una familia de seis personas con cincuenta céntimos al día? Aunque yo me esfuerce de sol a sol, con cincuenta céntimos sólo nos llega para un plato de gazpacho...

El campesino miraba tozudamente al suelo mientras esperaba, sin otra muestra de impaciencia que el vaivén de los ojos de uno de sus zapatos al otro, y *Ela* parecía más azorada que el hombre por la explicación de su infortunio. Nunca lo olvidó: la mansedumbre resignada del labrador y su dolor la persiguieron durante años para recordarle que debía procurar la justicia.

Al poco, *Ela* presenció también cómo surgía de la nada el mundo doloroso de la muerte y de la guerra.

—¡Estamos en lucha! —voceó alguien en la calle—. ¡España ha comenzado una guerra en Cuba contra los Estados Unidos!

Nadie conocía las causas profundas que habían provocado el conflicto ni la marcha de las hostilidades en aquel remoto lugar del Caribe, pero casi todo el mundo en la calle estaba seguro de que la guerra se iba a ganar. Entre los conocidos, solamente el padre de Isabel se mostraba preocupado. Durante algunos días, hubo ligeros disturbios y circularon ciertos rumores acerca de un ataque español a un puerto americano, pero no llegaron noticias claras hasta un tiempo después. De improviso, los periódicos trajeron la información del desastre de Cuba y unos meses más tarde arribaron al puerto unos cuantos barcos llenos de soldados enfermos.

El Paseo de la Alameda y las calles principales de Málaga se llenaron de cientos de hombres desfallecidos que yacían moribundos en el suelo, porque los hospitales estaban ya abarrotados con los primeros que llegaron. Hubo un tímido llamamiento por parte de las autoridades para que cada cual ayudara en lo que pudiera y, cada vez que arribaba uno de aquellos barcos repletos de soldados enfermos y hambrientos, las campanas de la catedral avisaban con su tañido mordiente para que los malagueños



se apresurasen a llevar comida al embarcadero. Entre aquellos miles de hombres jóvenes no había ni siquiera uno que no estuviera enfermo.

—¡Es la fiebre amarilla! —cuchicheaban algunos, con repugnancia, y no se atrevían a acercarse.

Lo cierto era que los habían embarcado precipitadamente sin comida ni ropa y los traían apiñados en la cubierta del barco como ovejas que van al matadero de su patria, sin otro objetivo que llegar a tiempo de morir allí.

—El Atlántico es una enorme tumba —decían los soldados—. ¡Cada noche hemos tirado por la borda cincuenta o sesenta cadáveres!

Las calles se llenaron de hombres que mendigaban un poco de comida o de dinero para poder volver a sus hogares.

—Todos están tristes, ¡pero ninguno protesta! —se sorprendía Isabel— ¡Ni siquiera tienen fuerzas para eso!

Un grupo de teatro aficionado, al que *Ela* se incorporó, representó una obra de teatro para recabar un poco de dinero para los evacuados y, después de algunos meses, el tropel de soldados hambrientos desapareció: la gran mayoría había vuelto a su casa para morir y muy pronto casi todos los que los habían visto olvidaron la guerra.

Como la sociedad acomodada prefería la fiesta frente al luto y era propensa a disfrazar de diversión la necesidad ajena, uno de aquellos veranos se celebró una corrida de toros de carácter benéfico, a la que invitaron a Isabel, a su hermana María y a sus primas. Ellas iban a ocupar la presidencia, junto al Alcalde, así que acudieron vestidas con trajes de raso rojos, mantilla y peineta, después de llegar a la plaza en una carroza arrastrada por hermosos caballos enjaezados y escoltada por jinetes jóvenes.

El sol relucía en la arena del suelo, los abanicos bailaban en el calor de la tarde y la plaza de toros reventaba de alegría y de color. Un entendido, a sus espaldas, les avisaba de cuándo tenían que hacer ondear los pañuelos blancos en los cambios de tercio,



según los protocolos obligados de la fiesta, y ellas se maravillaban de la emoción y el criterio que consumía las gradas. Ese día toreaba “el Guerra”, un famoso diestro que debía matar él solo a los seis toros de la tarde. El paseíllo del comienzo fue apoteósico y, mientras los toreros daban la vuelta al ruedo, las chicas se emocionaron hasta las lágrimas con el brillo de oro y plata del traje de luces y el rosa chillón de las medias de los toreros. Concluido el desfile, “el Guerra” y sus dos acompañantes les lanzaron sus capas bordadas para que adornasen la cerca del palco presidencial.

Comenzó la faena con el primer toro, pero mientras el público aplaudía las suertes y se dolía en los lances de peligro, Isabel comenzó a velarse con un gesto adusto. Cada poco se tapaba la boca con el pañuelo de encajes y desviaba la mirada del torero a las gradas, de las gradas al cielo, y del cielo a sus propios abismos. Había comenzado a sentirse vagar en el horror.

—No aguanto ver tanta sangre... en la arena, en el caballo, ¡en el toro!

—¡Es medio inglesa! —la disculpó Rosario, benevolente, y las otras primas rieron todas.

—Es una corrida benéfica —terció María—. ¡Con las entradas se ha recaudado mucho dinero para que coman los pobres!

—¡Sangre derramada para que los hambrientos coman algo más que gazpacho! —pensó *Ela* procurando sujetar la náusea que le hacía volcar el estómago.

El mundo seguía su curso y ella seguía siendo diferente...

En aquella época Isabel se convirtió en una muchacha bastante atractiva, pero no era consciente de sus encantos ni de la posibilidad de coquetear con los chicos, de acuerdo con las tácitas convenciones que imitaban sus amigas. Durante el siguiente invierno, en la casa de los Oyarzábal se celebraron muchas fiestas, de modo que se convirtió en uno de los centros preferidos de contacto social en Málaga. Entre una y otra reunión, las primas esperaban alguna confidencia acerca de los chicos que habían conocido.



—¡Son terriblemente aburridos! —solía decir Isabel, olvidada ya del fantasma del príncipe azul— Sólo saben hablar de caballos, corridas de toros o de su próxima boda con una señorita rica y de buena familia.

—¡Nosotras somos de buena familia! —se ufanaban las primas —A lo mejor uno de ellos quiere casarse contigo...

Isabel negaba con la cabeza y las miraba con desaprobación por los malos augurios: no tenía intenciones de casarse ni le divertía coquetear con ninguno de aquellos muchachos soporíferos. En las fiestas casi siempre parecía un poco distraída y se sentía más bien fuera de lugar.

Una de aquellas veladas, al llegar la primavera, se celebró en casa de una amiga que vivía en una zona de Málaga oriental, cerca del mar. Era una hermosa noche de luna llena y cenaron en el jardín.

—¡Vamos a ver el reflejo del rayo de luna en el agua! —propuso una de las chicas.

Las acompañantes de las señoritas, las “carabinas”, quedaron esperando en la casa mientras ellas se acercaban al agua. Al poco, cuando *Ela* ya se disponía a volver, notó que dos brazos la aprisionaban.

—¡No te muevas! —dijo un hombre en voz baja.

Era el primo de una de las chicas, recién llegado de Madrid, un joven guapísimo en opinión de la mayoría, diez años mayor, que en aquellos días se consideraba el partido más codiciado de Málaga, un verdadero hombre de mundo.

—¡Por fin te tengo! —siguió el conquistador femenino— ¿Por qué no me quieres prestar atención?

—Me tengo que ir... —dijo ella, más desorientada que asustada.

—¡No! —insistió él, sujetándole ahora la cara entre las manos—. Debes mirarme primero...

Cuando ella lo miró y vio sus ojos ardientes comenzó a sentirse extrañamente enferma, como narcotizada por la dulzura de





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

la noche serena y la influencia de la brisa cálida. Él bajó las manos hasta la garganta desnuda.

—¡Pequeña! —murmuró suavemente—. ¿Eres feliz? ¿Me quieres?

Afortunadamente, se oyó la voz de su hermana María llamándola y *Ela* empujó al enamorado para echarse a correr. Él la siguió despacio hasta la casa.

Cuando la fiesta acabó, él se despidió presionando sus manos durante algunos segundos, pero ella apenas se atrevió a mirarlo. Se sentía miserable y estúpida. ¿Por qué se habían comportado de ese modo? ¿Por qué había sucumbido durante algunos segundos a la caricia de las manos del hombre en su cuello? Apenas se conocían y aquello era absurdo...

En casa, María mencionó el nombre del muchacho.

—¡Ah, es un inútil! —dijo el padre—. Y un presuntuoso... Piensa que todas las chicas están enamoradas de él...

Isabel estaba furiosa. ¡Ella no estaba enamorada de aquel chico! Debería haberlo rechazado inmediatamente, sin dar lugar a que sucediera aquella deplorable pantomima.

A los pocos días, a través de una prima, recibió una carta del hombre, en la que proponía entrevistarse con ella. Después de tirarla a la basura, recibió otra más, con el mismo mensaje insistente.

—¡Deseo verte! —se quejaba el enamorado—. Voy a partir de Málaga y, antes, quiero hablar contigo...

Ella envió la segunda carta al mismo lugar de la primera y, por fin, descansó. ¿El chico iba a irse? ¡Estupendo! Si no se volvían a ver, así terminaba el problema.

Sin embargo, la asaltaron ciertos remordimientos religiosos. El muchacho la había abrazado y ella... ¡se tendría que confesar!

Después de resistirse durante algún tiempo, por fin no tuvo otra opción que decidirse a describir el encuentro. El sacerdote la escuchó en silencio y, al final, le arrancó una promesa: ¡nunca más se dejaría sorprender a solas por un hombre!





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

“¿No dejarse sorprender a solas por un hombre? ¿Y eso cómo se haría?”, pensó tras cumplir la penitencia. Sin embargo, todo aquello, probablemente, sólo eran “los peligros del mundo” de los que tanto le hablaron en el Colegio...

Isabel no quería casarse, así que evitaba establecer relaciones, y mucho menos del tipo del noviazgo, con ninguno de los jóvenes que la cortejaban con regalos y cumplidos. Como la veían huyendo de los halagos del mundo, algunos llegaron a temer que tuviera alguna tentación de profesar en un convento, como había hecho su hermana María hacía poco tiempo. Con esta decisión de la joven de hacer votos, la extravagante familia de los Oyarzábal aumentó su prestigio en la buena sociedad: ya no se les consideraba tan diferentes ni tan alejados de la mediocridad omnipresente. Sin embargo, Isabel no acababa de hallar su lugar y, por buscarse a sí misma, representó con todo su ardor diferentes papeles entre los que naufragaba por no haber encontrado con certeza el que llevaba su nombre.

Al poco de irse María, *Ela* asumió el papel de hermana mayor y pasó a ocuparse, según eran los usos sociales, de su casa y su enorme familia, compuesta por padres, hijos y criados.

—La cocinera y su ayudante, dos doncellas, el ama y su ayudante, una lavandera y su ayudante, dos criadas para la limpieza...

A pesar de estar ocupada durante todo el día, nunca se sentía contenta.

—No es suficiente —se desesperaba de aburrimiento—. Alguien cuya hermana es monja no puede utilizar todo su tiempo en cuestiones mundanas. ¡Tiene que haber algo más importante!

Y se exasperaba por no encontrar una vocación que la salvase del hastío de todos los días. Por fin, una visita de la infancia le trajo una nueva ilusión: se llamaba Trini Álvarez y le empujó a



ocuparse de los pobres. Respaldada por una asociación religiosa a la que ella pertenecía, comenzaron a visitar a los más necesitados, para socorrerles. Era una actividad emocionante, aunque dolorosa, ya que las condiciones de vida de los miserables eran inhumanas. Habían de subir a cuartuchos inmundos por escaleras oscuras y malolientes, para encontrar mujeres enfermas, niños hambrientos y quejumbrosos y hombres demacrados. Después de cada visita piadosa Trini Álvarez salía exultante por el beneficio conseguido, pero Isabel solía abismarse en un silencio tenso y finalmente terminaba sucumbiendo ante una rabia que no le permitía alegrarse de sus buenas acciones.

—¡Pobrecillos! —se torturaba— ¡Es tan injusto que sean tan pobres!

Al tiempo adivinó qué se escondía detrás de las palabras de consuelo con que se demoraba su amiga en casa de los pobres.

—Ya sé lo que les dice cuando nos despedimos. Ya sé lo que les susurra al oído cuando les deja en las manos cada trozo de pan —confesó con rabia a su madre—. ¡Les hace prometer que irán a confesarse y a comulgar!

Doña Ana no veía que eso fuera realmente un problema.

—¿Y qué importa que les arranque esa promesa a cambio de la ayuda?

—¡No se puede! ¡No se debe! —se desesperaba recordando a los niños que habían recibido sus lecciones en el Colegio de la Asunción—. Cada uno tiene que obrar según sus convicciones... ¡No está bien este tipo de intercambios con gente enferma que ni siquiera tiene un colchón sobre el que acostarse!

—El dinero lo recauda una asociación religiosa...

—¡No! Yo no me quiero prestar a ese juego... ¡No se puede pedir fe, a cambio de una maldita limosna, a la gente que se muere de hambre!

Trini Álvarez no compartía las opiniones de Isabel ni entendía su rebeldía, así que las actividades de beneficencia eran cada vez más difíciles. El último día visitaron a un joven viudo,



padre de cuatro niños, que estaba enfermo. Uno de los hijos, que correteaba en la calle descalzo, las acompañó hasta el cuartucho donde yacía su padre, acostado sobre el propio suelo. Las chinches corrían enloquecidas por la pared y no existía ni un solo mueble en toda la estancia.

—Hace tiempo que vendí todo para comprar pan —aclaró el enfermo al ver que buscaban con los ojos cualquier sitio donde dejar lo que llevaban en la mano.

La felicidad de Trini Álvarez por poder ayudar era superior a la repugnancia por la pobreza y la suciedad del enfermo y sonreía beatífica mientras extendía en el suelo las mantas que habían llevado. Mientras, el hombre, a pesar de la fiebre que lo consumía y de su necesidad, las miraba con cierta desconfianza. Después de acomodarlo y de prometerle comida para los hijos, Trini comenzó con su irrefrenable vocación pastoral y, suponiendo que estaba más enfermo de lo que él mismo creía, le quiso convencer de que a la vuelta aceptase la visita de un sacerdote. El hombre las observó con mirada extraviada, apretó con fuerza los dientes y respondió que no. Trini Álvarez se jugó a un órdago la visita benéfica y le amenazó:

—Si no acepta al sacerdote, nos lo llevamos todo...

Las muchachas nunca habían presenciado una ira tan encendida: el pobre hombre se levantó magnífico sobre el lecho improvisado y escupió un segundo “¡no!” rabioso, fruto de la dignidad heroica y gloriosa de los desvalidos. Isabel bajó a Trini a la calle casi a empujones, se despidió de ella para siempre y, en compensación, trajo de su propia casa un poco más de comida, algunas ropas y un colchón, que subió con la ayuda de los vecinos.

Al día siguiente su padre le reservó una pequeña reconvenCIÓN.

—Puedes llevar de mi casa cualquier tipo de limosna a quien lo necesite —le dijo con cautela—. Pero procura no provocar a los revoltosos...

—Provocar a los revoltosos? *Ela* lo miró sin comprender.



—¡Seguramente ese hombre era socialista! —concluyó el padre.

Isabel nunca había oído la palabra *socialista* y en esos momentos le pareció teñida de un significado confuso y amenazador. Todavía no podía adivinar que, años más tarde, esa palabra cambiaría su vida.

A la llegada del verano, Isabel se ofreció para ir al pueblecito de Yunquera, a 60 kilómetros en el interior, en lugar de su madre, con el objetivo de acompañar a sus dos hermanos Anita y José Luis, que necesitaban un cambio de aires. Si le preguntaban, alegaba que su presencia era imprescindible por motivos de salud familiar, pero en realidad escapaba del fantasma que la perseguía y que se hallaba escondido entre las brumas de su propio y desconocido corazón.

En el verano de 1898 *Ela* se sentía la “capitana” de una tropa compuesta por el ama, la cocinera y sus dos hermanitos. Sus “armas”, unos enormes baúles y los varios artilugios destinados a bañar a los niños; y su cometido, sustituir a su madre y representar el papel protagonista en la farsa del destino reservado a las muchachas de buena familia a finales del siglo XIX.

Iniciaron el viaje en tren hasta llegar hasta Álora, pueblo famoso por sus frutas y sus flores, desde donde estaba previsto recurrir a la ayuda de tres muleros para coronar la ascensión a Yunquera. Como éstos llegaron una hora tarde, *Ela* y sus acompañantes se entretuvieron mirando a los trabajadores de la zona. Gran cantidad de mujeres se dedicaba a envasar pasas para exportarlas en barcos: Isabel las miraba, de pie, unas enfrente de otras, con flores en el pelo, recogiendo los frutos hábilmente desde los racimos para meterlos en unas cajas con un dibujo de España, que adornaban con un hermoso lazo dorado. Le pareció un quehacer tan hermoso que soñó durante algunos minutos que, quizás, a ella también le gustaría realizar esa labor. Sin embargo,



cuando le contaron que ganaban una peseta diaria después de muchas horas de interminable trabajo y que esa ocupación sólo les daba de comer durante dos o tres meses del año, cambió de opinión...

Para subir hasta Yunquera, colgada de la cima de un risco, tuvieron que sortear grandes precipicios, balanceándose sobre sus cabalgaduras, durante una travesía de más de cinco horas. Al llegar a su destino, según era costumbre, les salieron a recibir el cura y el médico y les escoltaron hasta su casa provisional. Estaban asombrados de que una señorita como *Ela* llegara sin una acompañante mayor que la vigilara y protegiera; así que Isabel se prometió a sí misma que les iba a demostrar que no necesitaba ni vigilancia ni protección: ¡su conducta sólo podía ser ejemplar!

El médico era bastante joven y volcó gran atención en la recién llegada: apenas había imaginado que una muchacha tan joven y atractiva pudiera endulzar el encierro y la soledad del pueblo. Vivía en compañía de su madre, un hermano más joven y dos hermanas más, que acogieron a Isabel con verdaderas muestras de amistad. Al poco tiempo *Ela* supo que el hermano menor iba a consagrarse a la Iglesia y él mismo le confesó la felicidad que este hecho proporcionaría a toda la familia.

—¡Con mi hermano médico y yo cura, mi madre va a vivir muy confortablemente!

Isabel hizo un gesto de sorpresa y dio un paso hacia atrás. ¡Esa no era la idea que ella tenía de la medicina ni de la religión! ¿No eran éstos oficios terriblemente vocacionales, incompatibles con cualquier interés material? A aquello le hizo pensar que sus nuevos amigos, quizás, tenían ideas encontradas a las suyas; aunque, de todas formas, le siguió resultando agradable su compañía.

Sin embargo, ¿cuál era su propio objetivo? Isabel seguía representando la función de “señora de la casa”, gobernando el cuidado de sus hermanos y las labores del hogar y desde Yunquera, la aldea colgada en la falda de una montaña, con sus casas blancas y





sus tardes perfumadas, se seguía preguntando cuál sería, en realidad, su vocación.

Un día creyó alcanzar una verdadera ilusión, un objetivo alto que sirviera para colmar de alguna manera su vida. Mientras estaba en la iglesia esperando la “llamada de algo”, notó que una niñita flaca, de aspecto enfermizo y ojos oscuros, de unos tres años, tiraba de su manga para pedir limosna. Enterneida por su aspecto, se interesó por ella y conoció que no tenía madre y que su padre siempre estaba trabajando fuera, sin poderla atender. De hecho, la niña vivía con una tía... ¡que tenía también otros siete chiquillos que cuidar! Aquella era una situación que alguien debía remediar e Isabel decidió acogerla inmediatamente bajo su protección. El primer día que la llevó a casa la tuvo que bañar (¡cuánto se asustaba del agua!) y hasta le cortó el pelo porque no la podía peinar. Desde entonces la niña comía con ella dos veces al día, recibía mimos, atenciones e incluso vestidos decentes. ¡Estaba preciosa, tan limpia y aseada! Al poco, Isabel la consideró tan “de su propiedad” como su propios hermanos. Cuando partieran a Málaga, no la pensaba abandonar... estaba decidido que iría con ellos.

Pero, incomprensiblemente, frente al entusiasmo de Isabel por quedarse con la niña, casi nadie más consideró que eso fuera una buena idea. El cura, aunque había encomiado en sus comienzos la caridad realizada, muy pronto le aclaró que, en su opinión, si el padre de la criatura no se podía hacer cargo de ella, para una niña pobre era más adecuado un orfanato... El ama y la cocinera le apoyaban sin fisuras y se escandalizaban de la posibilidad de volver a Málaga con la pequeña. Isabel se desesperaba: ¿Qué tenía de malo hacer aquella caridad? ¿A quién podía perjudicar que ella se hiciera cargo de un ser humano tan indefenso?

Mientras los días de Yunquera llegaban a su fin, el joven médico también se debatía en la duda. Isabel partiría y quizás ya no la iba a volver a ver. Por ello, poco antes de la marcha se atrevió a componer una cita para decirle que se sentía profundamente enamorado.





Ela no lo tuvo que pensar demasiado. Era halagador suponer que alguien se interesaba de nuevo por ella, pero imaginarse a sí misma en un futuro cercano, en aquel pueblecito aislado del mundo, como “la respetable esposa de un médico” le hacía sonreír como si se viera disfrazada de princesa de un castillo de juguete. ¿Quedar cargada de niños envejeciendo en la soledad de esos riscos? ¿Quedar esperando eternamente a un marido que vuelve de trabajar?

Para no herirle, le contestó que la visión del mundo de cada uno de ellos era muy diferente, aunque quizás él no entendió. En todo caso, dejar atrás Yunquera, ese pequeño y escondido universo, finalmente le pareció una suerte de alivio.

Nadie la había convencido en el pueblo de la inconveniencia de traer a su propia casa a la huérfanita: ni las admoniciones del párroco, ni las declaraciones de sus propios allegados. En Málaga, doña Ana insistió hasta el infinito acerca de la gran responsabilidad de educar a un niño, mientras su padre callaba. Sin embargo, al poco tiempo y probablemente a instancias del señor Juan Oyarzábal, se presentó en la casa el padre de la chiquilla y se la llevó sin darle a ella ninguna justificación.

A todos resultaba patente que, en la vida, hay cosas difíciles de explicar pero fáciles de entender sin palabras. Sin embargo, *Ela* en esos momentos, en su terquedad, no estaba dispuesta ni a comprenderlas, ni a escucharlas. En Málaga la aparición de la huérfanita se consideró un asunto muy extraño... Una muchacha de buena familia, soltera, que va de vacaciones y vuelve con una niña de la mano... ¿Quién era esa niña? ¿Por qué había estado escondida? Una cosa así, tan oscura e incongruente, daba mucho que pensar... ¿No sería la pequeña el *efecto* de un pecado que había que ocultar? ¿De quién era hija, en realidad, esa pobre niña?



***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

Isabel sufrió la pérdida por partida doble. Sentía el abandono y la miseria a los que volvía irremisiblemente su huérfanita, pero ella misma también se consideraba mutilada: le habían arrancado la ilusión de dedicar su vida a un empeño importante. El espejismo de las fiestas sociales y la búsqueda de marido hacía tiempo que le producían un vacío insufrible, la responsabilidad de organizar a su numerosa familia era una obligación impostada que realizaba a la sombra de su madre, las obras benéficas resultaban insuficientes... *Ela* se desesperaba a base de hacerse preguntas sin respuesta. ¿Cuál era su vida? ¿Qué objeto tenía si no había una exigencia, un empeño, un deber que la obligase a levantarse por la mañana y luchar? ¿Qué iba a hacer para poder consumar el final de todos aquellos días tan largos?

Alguien cercano le aconsejó confesar estas ansias extrañas y la encaminó al magisterio espiritual de un famoso padre jesuita, que advirtió de forma clarividente sus mortales afanes.

—Sí, padre, es cierto. Tengo un gran deseo de sacrificio. Quiero dedicar mi vida a los demás, mortificarme por algo más importante que la vanidad de las fiestas sociales... No, padre, no quiero novios ni maridos; lo que busco sin encontrarlo no es una familia, ni los hijos... Sí, padre, es cierto: aspiro a algo alto, más alto... más elevado que esta miserable rutina superficial de las apariencias del mundo... No, padre, no... no me es suficiente con superar un poquito la ramplonería cotidiana del mundo... Es algo así como... ¡rozar el heroísmo o el martirio!

El padre jesuita comprendió que *Ela* estaba llamada a un gran sacrificio personal y que necesitaba de una ayuda inminente, así que no dudó en comprometerse a interceder ante la familia Oyarzábal: ¡iba a escribir a la Superiora del Convento del Sagrado Corazón en Madrid para que la admitiese en un breve plazo...!

Isabel quedó consternada.

—¿Entrar en un convento? —se volvió a confesar, esta vez con su propia conciencia— Yo me veo a mí misma navegando en canoa por un río de África, como misionera entre tribus salvajes, o



siguiendo al Padre Damián entre los leprosos... pero dedicar mi existencia y mi sacrificio a enseñar, como me enseñaron a mí en el Internado de la Asunción... ¡Esa es una vida muy insulsa!

Naturalmente, no se volvió a confesar con el preclaro padre jesuita, pero sus cambios de humor y sus angustias espirituales acabaron alarmando a la familia, que decidió la única solución sensata y práctica en aquellos momentos: debía realizar algún viaje para cambiar de aires, quizás a Inglaterra...

Cuando llegó el invierno, Isabel comenzó un periplo que la habría de transformar: las costumbres distantes y los lugares distintos son a veces un espejo que permite ver, en el fondo que ocultan, el propio corazón.

En un principio se alojó en Inglaterra en casa de unos conocidos, los Im-Thurns, allegados de Miss MacCullochs, la amiga que había presentado a sus padres cuando se hicieron novios. Todo era muy distinto a lo que *Ela* conocía en Málaga, pero al principio... ¡tampoco le gustó! Si en su ciudad natal casi todas las conversaciones giraban en torno a las corridas de toros, en Gran Bretaña parecía que todo el interés se debía a los juegos: el fútbol, el cricket, el billar, el ping-pong, el tenis... ¡Todo aquello que consistiera en introducir una pelota en cualquier sitio! También allí se sentía fuera de lugar. La única amistad salvadora fue la de Mrs. Clemens, una viuda sin hijos a la que en seguida se sintió fuertemente unida: era protestante e Isabel la definía como la mujer de mayor finura espiritual que había conocido.

El verano siguiente lo pasó en Escocia, en Gare Loch, en compañía de dos hermanas de la madre, visitando a la extensísima familia: una sucesión interminable de primos segundos y terceros. Pero allí, por primera vez, se sintió realmente a gusto: sus tías, cultivadísimas, le enseñaron a comprender la literatura inglesa y le pusieron en contacto con personas muy interesantes. A través de la mayor, casada con un abogado de Glasgow, llegó a conocer al doctor David Murray, conocidísimo abogado e investigador y gran viajero, Vicepresidente de la Sociedad Arqueológica de Escocia, y a



su esposa, Frances Murray, americana de nacimiento, brillante oradora y mujer de arrolladora personalidad. Tenían tres hijas: la mayor estudiaba Filosofía en Alemania; la mediana, graduada en Derecho, ayudaba al padre en sus negocios y la pequeña, la más original, estaba empeñada en toda causa humanitaria y se estaba construyendo una famosa leyenda entre las sufragistas escocesas.

Eunice Guthrie Murray era un año mayor que Isabel, pero su experiencia en todos los aspectos de la vida era francamente superior. Así como *Ela* se debatía buscando su propio y extraño camino, Eunice sabía perfectamente cuál era el sendero que ella deseaba sin duda recorrer: desde poco tiempo de comenzar su amistad, la arrastró por distintas villas de la costa escocesa para participar en improvisados mítines a favor de una doctrina que pretendía extender al mundo entero: la igualdad de la mujer respecto al hombre y la necesidad del sufragismo. Cuando la gente, en su mayoría, se reía de ella, nunca se desanimaba y *Ela*, aunque en un principio no estaba totalmente convencida de que tuvieran razón, puso todo su empeño en entender su punto de vista. Con el transcurso de los años, la imagen de Eunice y sus discursos cobraría para *Ela* un cariz premonitorio y una dimensión enternecedora...

Un hermoso día Eunice le presentó a Charlotte Despard, la famosa sufragista. Charlotte Despard había sido, de joven, escritora de novelas románticas y después de que su marido muriera se dedicó a todo tipo de causas filantrópicas: fundó un hospital para pobres, organizaba comida gratuita para desempleados y se acabó implicando en política a través del Partido Laborista Independiente. Cuando Isabel la conoció, con más de sesenta años y el pelo totalmente blanco, era una de las voces sufragistas más combativas y estaba impulsando el nacimiento de la Women's Freedom League. Ya había sido encarcelada en más de una ocasión por clamar por los derechos de las mujeres, pero su mirada, en parte gélida y azul, en parte fogosa y joven, mostraba que seguía dispuesta a dejar su vida en manos de su ideal.





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

—¡Ojalá España se sume pronto a nuestro movimiento! —fue el saludo con que recibió a la joven española.

Isabel no se atrevió a responder que, por el momento, ninguna de sus amigas o conocidas de la infancia estaría dispuesta a participar en semejante aventura.

Después de tantas emociones, el regreso a Málaga fue desolador. Los estrechos círculos que la habían ahogado hasta entonces parecían haberse restringido aún más. Todas las amigas se estaban casando y ella se sentía absolutamente fuera de lugar.

—No soporto esta falta de libertad —confesaba—, ni tampoco el cotilleo constante y la vigilancia perpetua de esta sociedad tan hipócrita...

En cuanto podía, volvía a escapar, unas veces a Inglaterra y otras a Escocia y desde allí refería aventuras y encuentros fabulosos. Un verano conoció al famoso actor Sir Henry Irving, de quien había traducido al castellano dos conferencias sobre el teatro y el arte de actuar, y otra vez a la actriz Ellen Terry, mientras representaba a Shakespeare en Londres; incluso llegó a contactar con la bailarina Anna Pavlova, que la invitó a su casa y le pidió que le mostrase una cosa tan famosa en España como son... unas castañuelas. Sir Henry Irving y Ellen Terry vivían para el teatro, Anna Pavlova para la enseñanza de la danza... Esas eran vidas que merecían la pena... El teatro, los escenarios, el trabajo y el triunfo...

Cuando *Ela* regresaba a su tierra natal se sentía tan extraña que pensaba que se convertía en una persona distinta. El Paseo de la Alameda se alargaba a sus espaldas y el Castillo de Gibralfaro, en lugar de protección, parecía una amenaza a sus deseos.

—No puedo seguir así —se desesperaba—. Tengo que encontrar mi propio camino... Necesito expresar con mi vida algo que siento muy adentro...

Un día reunió suficiente valor como para plantear su problema a su padre.



***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

—Pero, en realidad, ¿qué quieres? —le preguntó él, sin comprender.

—No lo sé. Sólo sé que precisamente quiero “algo” —no se atrevió a confesar que lo que más deseaba en aquellos momentos en el fondo de su corazón era actuar en un escenario—. Quiero... ¡Creo que debo ganarme la vida!

—¡Pero tú no lo necesitas! —se sobresaltó el padre—. Ya tienes todo lo que quieras...

—Lo único que realmente quiero... lo que necesito... —se corrigió— es simplemente ganarme la vida... ¡Hacer mi propia vida!

El padre de Isabel murió al poco tiempo, después de una agonía de seis semanas, y las costumbres de la familia hubieron de reorganizarse de nuevo. Las puertas y ventanas de la casa fueron clausuradas, como exigían las convenciones sociales, y las mujeres que quedaron dentro eran vigiladas por los vecinos para comprobar si seguían las restricciones del luto. El hijo mayor, como era de esperar, se hizo cargo de los negocios del padre, mientras los pequeños continuaban con su educación: Ricardo estudiaba Ingeniería en Escocia, José Luis continuaba el Bachillerato en los Jesuitas, y las hijas pequeñas, Inés y Anita, fueron inexorablemente enviadas al Internado. *Ela* y la madre quedaron solas en la gran casa, apoyándose mutuamente y deseando escapar de las miradas curiosas cuando decidían salir a algún sitio que no fuera la iglesia.

Así pues, en aquella época Isabel tuvo que idear nuevamente un método para sobrevivir, aunque fuera inventando fantasmas, como había hecho en el Colegio. Un día, doña Ana se extrañó de oír voces y gritos en su dormitorio y la vio, a través de la rendija de la puerta, amenazándose a sí misma ante el espejo mientras recitaba los versos de Lope de Vega.

—¿Qué te ha parecido? ¿A que podría ser una gran actriz? —le preguntó la hija a modo de saludo.



***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

—¿De verdad te gustaría salir a un escenario? —se interesó doña Ana.

Pero aún había un secreto más: en el fondo del armario de madera labrada Isabel guardaba una pila de cuartillas escritas con su letra elegante y angulosa. Era una novela que escribía de noche, acerca de un personaje socialista que, además, tenía una hija que hacía... que hacía y decía precisamente las barbaridades que ella hubiera hecho o dicho en su lugar, de haber sido ella pobre y socialista.

—Isabel, ¿siempre vas a seguir nadando a contracorriente? —suspiró doña Ana— ¿No sería más fácil dejarte llevar... como todo el mundo?

Sin embargo, la señora ya sabía la respuesta.

Al poco tiempo *Ela*, casualmente, obtuvo su primera oferta de trabajo: unos conocidos de los Im-Thurns, que vivían en Sussex aunque tenían negocios en Buenos Aires, necesitaban que alguien les enseñase español durante el verano. Tras una larga deliberación con la madre, que efectivamente comprendía las necesidades de su hija, aceptó. Sus empleadores, afortunadamente, eran personas tan poco convencionales como ella: la cabeza de familia era una joven viuda que llevaba personalmente sus negocios y vivía con dos hijos pequeños y una hija; así que pronto *Ela* se convirtió en un miembro más de la familia, mientras nacía una amistad que se conservaría durante muchos años.

Al acabar el verano Isabel Oyarzábal había cambiado: la niña indecisa que no sabía su destino quedó en Sussex y quien regresó fue una mujer orgullosa y decidida, que traía las manos llenas de libras, chelines y peniques.

—Esto no es sólo dinero —decía con una sonrisa en su mirada profunda—. Esto es la prueba de que yo también puedo ganarme la vida. ¡Es la llave del futuro que deseo!

— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —



III. MUCHAS LETRAS

Hay veces que, por causa de extraños azares, la monotonía se diluye momentáneamente y nace el milagro. Isabel dedujo que eso había pasado cuando su primo Rafael, el hijo mayor de tía María, se presentó en su casa en el verano de 1905 para invitarla a la fiesta con que se iba a agasajar a la compañía teatral de María Tubau en los jardines del Hotel Hernán Cortés. Él sabía que su prima adoraba el teatro y ésta era una ocasión que no debía perderse.

Ela se acercó al lugar del banquete absolutamente emocionada y cuando le presentaron a María Tubau, todavía bellísima, y a su marido, el autor Ceferino Palencia, se sintió tímida y apocada. Afortunadamente, durante la comida, la sentaron entre los dos hijos de la pareja: Ceferino y Julio. Aunque el primero era el mayor, ambos compartían como hermanos gemelos los mismos ojos azules y la misma alegría desenvuelta. Pronto la conversación general derivó hacia el ambiente malagueño:

—Esto está extraordinariamente distinto —oyó que se quejaba el autor—. Antes, Málaga era un lugar de talante liberal y, sin embargo, ahora...

—Los periódicos critican que en el repertorio de mi madre se hayan incluido dos obras de Alejandro Dumas —aclaró Ceferino, hijo, a Isabel al ver que ella no comprendía.

Mientras *Ela* callaba avergonzada recordando que Dumas había sido pasto de las llamas en la biblioteca de su propio padre cuando ella vegetaba en el Internado, don Ceferino siguió:

—*La dama de las camelias* se estrenó hace más de cincuenta años y en Madrid a nadie le sorprende que la llevemos en nuestro repertorio... Además, María hace una Margarita Gautier excelente... En cuanto a *Francillon*... no creo que la aparente infidelidad de una mujer deba suscitar tanto disgusto.

—Ceferino —le interrumpía con tono mesurado María Tubau—, ya sabes que la Iglesia no tolera hablar en voz alta de la prostitución o del adulterio...





—¡Dumas, prohibido por la Iglesia! ¡Por eso muchos no acuden a los teatros!

Sin embargo, antes de que Isabel, que recordaba a su hermana monja, se sintiera absolutamente culpable de las deficiencias de la Iglesia, los hijos de la Tubau consiguieron mudar de conversación. Ambos habían estudiado Derecho en Madrid, aunque no compartían la misma afición por las leyes. Ante el asombro de Isabel, que no comprendía que alguien desdeñase dedicarse al teatro cuando tenía la posibilidad de hacerlo, Julio declaró que le gustaba su profesión de abogado, pero Ceferino, con una sombra oscura sobre sus ojos azules, suspiró:

—Yo he estudiado leyes simplemente por agradar a mi madre...

Terminada la cena, la velada se alargó en amable tertulia. El tiempo era cálido y la brisa del mar acariciaba las risas y las voces que se diluían en las sombras. María Tubau, magnífica, se arrebujó en un chal de plumas mientras el marido bromeaba:

—Pronto veremos quién gana la partida en esta ciudad recalcitrante: la Iglesia o el arte de María...

Ceferino y Julio, rubios y hermosos, reían las ocurrencias del padre y conversaban con Isabel, relajados y amables, de arte, de literatura, de sus ilusiones, de su vida. ¡Qué diferentes resultaban de los señoritos malagueños que sólo se interesaban por las fiestas y los toros! Ella misma acababa de cumplir veintisiete años y sólo había podido disfrutar de veladas semejantes en contadas ocasiones: cuando coincidió en Escocia con los Murray o en sus vacaciones en Inglaterra... Acaso sólo había sido absolutamente feliz cuando enseñaba español a los Im-Thurns...

Durante los días siguientes no perdió ninguna de las representaciones y frecuentó la compañía de los Palencia, extasiada por su proximidad con el arte. Finalmente, cuando ya faltaba poco para que partieran, con la ayuda de su primo Rafael consiguió arrancar a María Tubau una promesa que podía suponer el visado para una vida distinta...



Para que esa ilusión se cumpliera, quizás lo más difícil fuera convencer a su madre... Sin embargo, doña Ana Smith y Guthrie se limitó a sondear la angustia profunda que ocultaban los ojos de su hija.

—¿Es lo que realmente deseas? Si es así... no veo que exista ninguna razón para no hacerlo —Y añadió entre risueña y aventurera—: Para que nadie te critique, yo podría acompañarte...

Sin embargo, salir indemne de los juicios ajenos era una misión imposible.

—¡¡Ir a Madrid para hacer una prueba como actriz!!! —¡¡Aparecer en un escenario!!! —repetían los más allegados a la familia, temiendo la indignada reacción del resto de la sociedad malagueña.

Aquello pareció tan incomprensible que incluso los más cercanos se irritaron. Juan pasó unos cuantos días sin hablar a ninguna de las dos y María, por carta, sugirió que no sólo era un paso equivocado para su propia hermana, sino que ese atrevimiento podría traer la desgracia a toda la familia. Las tablas, indudablemente, no eran la carrera adecuada para alguien “de su clase”, aparte de los peligros que podía correr una chica inocente en aquellos tugurios del pecado.

Ninguna razón sirvió para que Isabel desistiera ni para que el apoyo de la madre se tambalease.

—Si mi hija María ha profesado como monja para seguir la vida que ella sola ha elegido, Isabel puede hacer lo mismo —se justificaba, sin adivinar que para los otros la comparación entre aquellas dos opciones era una herejía aún mayor que el propio deseo de actuar.

En octubre ya estaban en Madrid, recorriendo la Calle de Alcalá, la Puerta del Sol y el Paseo del Prado. Al llegar, se alojaron en una pequeña pensión y enseguida efectuaron una visita a la tía María. Ella les ofreció la colaboración de la dama de compañía que custodiaba a sus propias hijas, pero ellas declinaron el ofrecimiento:





en realidad, estaban encantadas de gozar de una libertad que nunca habían sentido tan apasionadamente.

—Salir sola a la calle aún no me da miedo —confesaba Isabel a su madre—. Lo que realmente me aterra es otra cosa...

Doña Ana, aún más ilusionada que su hija, le tapaba la boca para conjurar sus temores y deseaba con toda su alma que consiguiera cumplir sus propósitos de estrenarse como actriz.

La prueba de fuego resultó favorable. Don Ceferino Palencia, después de proponerle recitar unas cuantas cuartillas en verso y en prosa, le prometió un pequeño papel en el próximo estreno, una obra que él mismo había compuesto acerca de la que fuera primero amante y después esposa de Manuel Godoy, *Pepita Tudó*. La ilusión de volcar su vida en el arte, que le había henchido tantas veces el pecho de deseo, se mezclaba con otro sentimiento quizás menos confesable, pero aún más estimulante. Doña Ana sonreía con picardía ante la alegría pueril de la hija.

—Además de hacer lo que quieras, resulta que eso es justamente...

—¡Lo contrario a las buenas costumbres! —estalló Isabel en cascada de risas—. ¿Tú no lo hubieras deseado?

La señora callaba, recordando tantas cosas en que había cedido y que quisiera olvidar: la educación monjil de las hijas, su conversión obligada al catolicismo, las tertulias con las beatonas de su misma clase social...

—Sólo quiero que seas feliz... ¡Aún más feliz que yo!

Los ensayos resultaron bien distintos de lo que *Ela* había previsto. A pesar de que, en realidad, no fue difícil aprender el papel, el ambiente de la compañía estaba jalónado de celos entre los actores, que se vigilaban unos a otros sospechando que quizás el compañero recibía favores inmerecidos. Isabel se sentía mejor tratada por los hombres que por las actrices, y entre ellas creyó revivir algunas de las impresiones envidiosas que ya había padecido en el ambiente cerrado del Colegio.





Pero se sentía presa de sentimientos contradictorios. ¿Iba a ser capaz de actuar satisfactoriamente el día de su debut? ¿Era aquella realmente su vocación? Por otra parte, todas las supercherías que había oído acerca de los peligros e inmoralidades del teatro se le aparecían en su vertiente más cómica. Trabajando para la compañía de los Palencia Tubau el único peligro que corría su integridad física o moral se cifraba en un posible tropezón en algún oscuro pasillo; su madre, como una sombra silenciosa, vigilaba los ensayos desde su asiento del patio de butacas y el único enemigo eran los nervios del estreno.

Ese día el mundo no se acabó: las rodillas, que tanto le temblaron al comienzo, la sujetaron hasta el fin de la función y pudo recibir las felicitaciones de don Ceferino. En los camerinos, todo fueron flores y bombones y, como en tantas otras ocasiones, los aplausos nublaron la mente de los actores con el fantasma de la victoria y de la dicha.

El estreno de *Pepita Tudó* fue reseñado al día siguiente por todos los periódicos, que, además, indefectiblemente citaban a Isabel Oyarzábal. Sin embargo, doña Ana la encontró malhumorada.

—Aparte de que mi papel es casi insignificante, no hablan de mí para comentar mi actuación... Lo único que se les ocurre es sorprenderse de que haya pisado las tablas... una persona “de mi clase”. Yo hubiera querido triunfar por mi arte... no por mi valor “para desafiar las convenciones sociales”.

Sin embargo, el disgusto que Isabel sintió por la prensa no podía durar mucho y pronto fue sustituido por el asombro de que la obra no consiguiera éxito comercial: a las pocas semanas *Pepita Tudó* desapareció de los escenarios, a la vez que doña María Tubau enfermaba de neumonía. Debido a estos problemas, la compañía acabó por disolverse y los actores se apresuraron a buscar su lugar en otros escenarios, mientras Isabel quedaba reflexionando. Cerrado el teatro de la mejor actriz del momento, ¿para qué buscar un pequeño papel en otra compañía que no la iba a poder





satisfacer? A ella no le agobiaba la falta de dinero, sino la pérdida de sus esperanzas de vivir para el arte, así que no se quiso preocupar por continuar una carrera tan rápidamente truncada. Quizás el teatro no era una pasión tan absorbente como había soñado... quizás su ilusión y su empeño se podrían colmar de otro modo igualmente noble... en cualquier otra arte.

Unos pocos meses más tarde María Tubau la llamó para proponerle una sorpresa disfrazada de aventura: su compañía iba a representar una pequeña función en el Teatro de El Pardo para celebrar la próxima boda de Alfonso XIII con Victoria Eugenia de Battenberg. ¿Quería volver a actuar? Era una obra escrita por Ceferino Palencia, elegida para esa ocasión, y aunque *Ela* tenía de nuevo un pequeño papel, no quiso sustraerse a la emoción de este nuevo desafío.

Cuando la fecha del evento llegó, Isabel pudo adentrarse en los palacios recónditos y vigilados para apreciar las convenciones y forzadas cortesías de la Corte y se vio a sí misma, como actriz bisoña reflejada en un espejo, codeándose con el público más escogido: la familia real española y algunos otros miembros de otras dinastías europeas.

Al día siguiente, el 31 de mayo de 1906, tras la boda, en una mañana alegre y soleada, la carroza real desfilaba por la calle Mayor desde la iglesia de San Jerónimo hacia Palacio. De pronto, las risas y los vítores se convirtieron en lamentos y gritos aterrados: el anarquista Mateo Morral, que se alojaba en la posada del número 88, había lanzado contra la comitiva un ramo de flores que escondía una bomba casera. Eran las dos y cinco de la tarde. El artefacto desvió su trayectoria al chocar contra unos cables y en lugar de alcanzar a los reyes, causó 23 muertos y más de cien heridos entre el público. La cola del traje de novia, de más de tres metros, se tiñó de sangre y se astilló con metralla.

María Tubau y su hijo Ceferino visitaron al día siguiente a Isabel, con la prensa en la mano. La dama, consternada, se lamentaba:





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

—Dicen que la víspera de las bodas se vio al anarquista merodeando ante el Palacio Real, mientras celebrábamos la función!

—Si lo hubiera conseguido, habría cambiado el curso de la historia —se le ocurrió a *Ela*.

—Y seguramente, también el curso de vuestras pobres vidas —añadió Ceferino con acento trágico.

Isabel se debatía entre el susto y la necesidad de comprender.

—El asesinato de cualquier persona es odioso... aunque, probablemente, el anarquista pretendía cambiar el mundo...

—Madrid se está convirtiendo en un pozo de miseria y la monarquía no ayuda a mejorar las cosas. Sin embargo... —Ceferino miró a Isabel con cierta turbación— yo no dejo de asustarme del peligro que habéis pasado y lo lamento tanto como la desgracia en la calle.

Cuando terminó la visita y los Palencia Tubau salieron doña Ana callaba, pero advirtió que, por primera vez, su hija había prendido la mirada en la puerta que se acabó de cerrar. La señora sonrió.

—Dentro de unos días cumples los años...

—Veintiocho años —suspiró Isabel.

—Yo a tu edad ya tenía varios hijos, pero tú nunca te has querido casar...

—Mamá —se impacientó la hija, y añadió con ironía:— ya sabes que no he congeniado con ningún señorito elegante “de mi clase social”.

—Ya sé... —la interrumpió doña Ana, suspirando— Ya sé.

Un tiempo después, la pequeña Anita, una vez recibida su “perfecta educación femenina”, salió del Colegio y llegó a Madrid para vivir con su hermana y con su madre. Isabel se apresuró a convencerla para que participase de sus nuevas ilusiones.



—¿Una revista femenina? —preguntó Anita cuando *Ela* le contó entusiasmada sus proyectos.

—¡Sí! ¡Una revista femenina! A las mujeres no les gustan los periódicos que leen los hombres...

Doña Ana, como en la aventura del teatro, se dejaba arrastrar por el entusiasmo de su hija.

—Ahora que están decayendo algunas publicaciones madrileñas, quizás surja un espacio nuevo para una revista femenina... A mis amigas bien podría interesarles... En Inglaterra o en Francia también se venden muchas publicaciones de este tipo, que hablan de modas, de bailes y fiestas, de historias de amor...

—¡Mejor, una revista artística que incluya música y teatro! Ya estoy viendo la primera gran portada... —se animaba Isabel— ¡El retrato que Sir Joshua Reynolds hizo a la actriz Sara Siddons! ¡Una efígie trágica! La dama, sentada en su sitial de piedra, blanquísimas y bella, con su traje dorado y su gargantilla de perlas encarnando a Melpómene, la musa de la tragedia; a su espalda dos figuras representando el terror y la pena; la mirada de la dama, elevada a lo alto, recordando el esfuerzo del arte... ¿Qué mujer no compraría una revista con un envoltorio de semejante belleza?

—Estás loca... —reía la hermana—. ¿Con qué dinero la piensas sufragar?

—Estoy loca... pero he conseguido reunir con la ayuda de mi amiga Raimunda Avecilla las dos mil pesetas que necesitamos para comenzar...

—Si quieres que alguien la compre, tendrá que tratar de la moda y los ambientes mundanos —sugirió la madre.

—Necesitará presentar muchas fotografías de los Reyes... ¡y todas las fiestas de la mejor sociedad! —concluyó Anita.

El ocho de diciembre de 1907 salió el primer número de la Revista *La Dama*, con el prometedor subtítulo de *Mundo. Música. Modas*. ¡Había que compaginar las exigencias del arte con la posibilidad de las ventas!



Como no consiguieron insertar en la portada la pintura de Sir Joshua Reynolds, acudieron a la reproducción del retrato que Thomas Gainsborough hizo de la actriz, de perfil, con un gran sombrero negro con grandes plumas. A Isabel le gustaba la impresión de gran personalidad que producía su nariz prominente y su blanco y estilizado cuello. Una banda azul sobre el brocado blanco del pecho contrastaba con las franjas doradas del traje.

—Una mujer enérgica y decidida, cómoda en su elegancia, pero abierta a una espiritualidad profunda... Así tendrán que sentirse nuestras lectoras... —reflexionaba la redactora-jefe.

Anita, embaucada por el entusiasmo de la hermana, consintió en ser la secretaria y mecanógrafa de la revista, mientras Isabel se desdoblaba en personalidades distintas para encarnar al ingente número de colaboradoras de cada número y, según las distintas secciones, firmaba como Thalíe en los artículos dedicados al teatro, Jeanne de Leconte en los de moda o Siegfried en los de música, sin contar con el consultorio sentimental, las recetas de cocina y los ecos de sociedad, que aparecían sin firma. Para completar el número de páginas, que no debía bajar de veinte, ya que la revista costaba una peseta, *Ela* tradujo una novela inglesa titulada *Dafne*. El trabajo era agotador, pero muy divertido, y doña Ana, la primera y más entusiasta lectora.

—Sombrero de terciopelo marfil con pluma verde y nudo del mismo tono, confeccionado por Madame Alphonsine, de París; telas bordadas con lentejuelas y terciopelos *chiffon* en tonos pastel; *crêpe de soie* y *ninon* para las damas que debutan en su primer baile; traje de visita de *crêpe de Chine*, color cobre, con peto de *mousseline plissée*... ¡Jamás hubiera supuesto que mis hijas tenían un gusto tan cultivado para la moda!

—No te rías, mamá. Aún tienes que sopesar esta idea para adorno de cabeza con *torridos* de perlas y trenzas hecho de cinta o tisú color de plata, y con borlas intercaladas en el cabello. ¡Seguro que hace furor!





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

Isabel se jactaba de redactar “sólo por obligación” la sección de la moda, mientras que el verdadero interés lo volcaba en las crónicas teatrales y la publicación de partituras musicales. La revista no podía carecer de fotografías de reyes y de señoritas elegantes, a lo que se sumaba, a veces, la colaboración de algunos amigos.

Un día recibieron la visita de María Tubau con sus hijos, que quiso agradecer la reseña que le habían hecho en el número 2 de *La Dama*, junto a la actriz Sarah Bernhardt. Ceferino Palencia Tubau llevaba unos dibujos bajo el brazo.

—No sabía que los abogados dibujaran tan bien... —se sorprendió Isabel.

—Por ahora sólo estoy empezando, pero adoro el dibujo y la pintura. Si yo pudiera hacer un trabajo creativo... ¡quizás sería tan feliz como tú lo pareces ahora!

Isabel reía.

—Esto es sólo una aventura... quizás como el teatro. No me puedo comparar con los profesionales, pero procuro, en la medida de mis posibilidades, seguir los dictados de mis intereses personales. Sin embargo, la vida es algo mucho más amplio que lo reflejado en estas páginas... Si yo pudiera...

Ceferino observó el rostro arrebolado de la joven. Su cabello abundante y ondulado enmarcaba un rostro fino y risueño y en el trasfondo de sus ojos brillantes se adivinaban mil ideas en ebullición: una señorita de la mejor sociedad malagueña, desdeñosa de los bailes de salón y entusiasmada con su revista femenina...

—Si yo pudiera —continuaba la joven—, reduciría las escenas “encantadoras” de la sociedad madrileña y ampliaría la información musical y artística...

—¡Y entonces no venderíamos ningún número! —le cortó Anita, muy en su papel de administradora—. Una de cal y una de arena, querida hermanita...

Isabel se encogió de hombros.

—No puedo eliminar del todo los bailes y las fiestas, pero sí puedo incluir esta muestra del arte —concluyó tomando de las



manos de Ceferino uno de sus dibujos—. En el próximo número publicaremos, al menos, una de estas maravillas...

Así que en la revista de enero apareció algún dibujo de Ceferino y alguna que otra colaboración desinteresada, entre ellas el artículo de un hijo de Ricardo de la Vega, el famoso dramaturgo autor del género chico, llegado a través de la influencia de María Tubau.

—“Sólo para hombres” —leyó doña Ana—. Este título en una revista femenina es casi una provocación. ¿Qué mujer se podrá resistir a leer un artículo que está dedicado a los hombres?

Anita se llevó un dedo cómicamente a la boca y le impuso silencio.

—Es mejor no decir nada... Me costó mucho trabajo convencer a *Ela* de que lo incluyera... Hubiera sido una descortesía, cuando llegó a través de la Tubau.

Doña Ana, transgresora de las convenciones por naturaleza y liberada en su senectud de la obligación de ocultarlo, echó un rápido vistazo al contenido.

—“... no hay nada que sea más adecuado para los hombres que hablar de mujeres, y de las mujeres voy a hablar...” Mmm, no parece tan escandaloso...

Mientras doña Ana se calaba las lentes y continuaba la lectura con cierto regocijo, una alargada sombra se acercó subrepticiamente a sus espaldas y canturreó con voz afectada y ridícula:

—No hay mujer fea, como dice Ricardo de la Vega, hijo. “No hay más que dos clases de mujeres: guapas y menos guapas. Feas, de ningún modo”.

Isabel, con los brazos en jarras, clavó una mirada asesina en su madre, que la miró sin comprender.

—Hija, ¿qué te disgusta de esa galantería?

Ela echaba fuego por los ojos.

—¡Sí las hay! ¡Sí hay mujeres feas! ¡Hay mujeres feas, feísimas y mujeres sin arreglo posible! —y concluyó en un tono



excesivamente acalorado— ¡Yo he visto muchas y me encanta mirarlas!

Anita hacía gestos expresivos hacia su madre indicando que no continuase con sus indagaciones, pero su hermana seguía ahondando en sus motivos de desagrado.

—Hasta ahora nadie me ha dicho que yo sea fea, acaso nadie se haya atrevido... ¡pero quizás no me importaría tanto! Hay muchísimos adjetivos para describir a las mujeres que no tienen nada que ver con la belleza: yo puedo ser simpática, bondadosa, agradable... ¡gentil!

Ante la mirada estupefacta de la madre, que la consideraba hermosísima, Isabel se enterneció ligeramente y prefirió explicar más claramente sus escrúpulos morales.

—Yo no quiero ser sólo guapa. Por ahora, ya he agotado la ilusión de ser bella... Preferiría gustar por poseer una “personalidad personalísima”... ¡La belleza suele ser tan superficial y tan efímera que no debería ser la mejor cualidad de las mujeres!

Doña Ana comprendió.

—Eso está muy bien... Pero no te enfades... Tú también puedes expresar en tu revista lo que piensas. ¡Escríbelo para tus lectoras!

Isabel, por fin, sonrió. Se acercó a la mesa donde reposaba un rímero de cuartillas y con su caligrafía angulosa y torturada dibujó en la parte de arriba un título que sabía a venganza: “Sólo para damas”. En la parte inferior, garabateó unas tímidas iniciales: “I. O. S.”.

—Esta vez sí que debo firmar el artículo con las iniciales de mi nombre... ¡Creo que también me merezco este pequeño alarde de independencia femenina!

La Dama siguió su elegante andadura y adoptó distintos subtítulos: *Revista quincenal ilustrada* o *Revista ilustrada*, hasta que fundió su nombre en uno solo, *La Dama y la Vida Ilustrada*. Como no era posible mantener entre sólo dos personas la publicación quincenal a la vez que se ampliaba el número de páginas, se redujo



la publicación a un único número mensual. Anita hacía milagros con las finanzas.

—Podemos salir adelante gracias a las aportaciones de las casas comerciales —y recitaba, ordenando los recibos correspondientes:— “Parfum Rose Soleil, de París”; “Productos Harem, para la belleza de la cara”; “Antiséptico Elixir del Dr. Hedd”; “Modas Miss Loxwood”; “Jabón Kenott, un Dentífrico Racional a la Quina”... Mira, Isabel, éste te encantará: “Tratamiento científico y razonado para la desaparición de las arrugas, manchas y espinillas, con masajes y electrólisis de Maison de Mora”...

Ela sonreía con escepticismo.

—A mí me gustaría anunciar solamente los paraguas y abanicos de M. de Diego, en la Puerta del Sol, o mejor aún, algo aún más moderno: La Compañía Española de Automóviles Hispano-Suiza...

Un tiempo después llegó la tabla salvadora para una economía al borde del colapso.

—¡Una página entera! —exclamó Anita—. Me han pedido para ellos solos la segunda. ¡Un dineral! ¡Con el precio de esta propaganda se salva casi toda la revista!

Isabel miró los impresos que su hermana llevaba en las manos. Desde lejos pudo adivinar unas extrañas figuras de mujer de distinta envergadura que mostraban ante el objetivo de la cámara fotográfica contornos de gordura variable. Sus ojos, al pronto, se abrieron como platos.

—“Corsé anatómico y científico de la Academia de París. Ejecutado por Mademoiselle E. Agier, avenue de l’Opera, 22, Paris. Medalla de oro en la Exposición Franco-Inglesa de Londres de 1908, la primera Exposición donde ha figurado el corsé anatómico”.

Doña Ana se acercó muy interesada, acariciando con aprensión el contorno de su cintura, aprisionada por el corsé de ballenas. En las fotografías aparecía una mujer de anchas caderas y





barriga prominente con una lacerante aclaración en el pie de foto: “Cuerpo deformado por llevar un corsé ordinario”, a la que se oponía la imagen de otra dama, con carnes también generosas, provista de un busto voluminoso y espectacular que se adelgazaba en la cintura y en el vientre. Un mensaje sucinto aclaraba el milagro: “Cuerpo repuesto en posición normal por el corsé Agier”. Otra pareja de fotografías enfrentadas volvía a materializar la contrafigura del cuerpo deformado por el corsé ordinario frente al “cuerpo enderezado por llevar el corsé anatómico”.

Doña Ana se hacía cruces.

—¡Pero esto es increíble! ¡Menuda diferencia! ¡Qué figura más elegante! ¡Esto es otra cosa!

—Mamá, ¿tanto te interesa un corsé? —le espetó Isabel, sorprendida por el entusiasmo de la madre y sin recordar sus pretensiones infantiles de llevarlo durante el internado.

—El corsé siempre ha sido el secreto de la figura femenina. Cuando una mujer ha tenido hijos... ¡no es tan fácil conservar la esbeltez de las formas!

Ela no quería discutir, pero miró a su madre con piedad afectuosa. Sabía lo que sufría al embutirse en su corsé de varillas. ¡Tantas veces la había visto vestirse! Cuando era pequeña incluso había ayudado a la doncella a tirar de las cintas hasta casi asfixiarla. ¡Qué esclavitud, a veces voluntaria, la de las mujeres!

La oferta publicitaria le quemaba en las manos. Junto a las fotografías anteriores, aparecían otros dibujos que reproducían costillas, hígado, intestinos, hueso de la cadera, falsas costillas y esternón, tanto según la disposición que la propia madre naturaleza había previsto en el “cuerpo natural”, como su versión comprimida en el “cuerpo deformado por el corsé ordinario” y en el “cuerpo enderezado por el corsé anatómico”.

Anita observaba a su hermana con mirada entre prevenida y contrariada, previendo sus posibles objeciones al contrato de difusión publicitaria. Isabel sacudió la cabeza, pero se rindió ante la evidencia: aquello no tenía remedio... no se podía negar a la opción





de un aporte económico que propiciara conservar la revista. Además, todos los anuncios, por igual, aparecían en casi todas las publicaciones comerciales.

—¡Pobres mujeres! —suspiró— ¡Con qué triquiñuelas nos engañan! ¡Si nos dejásemos educar!

Era preciso contrarrestar el mensaje publicitario con una venganza subrepticia, así que en aquel mismo número apareció la consulta de una “lectora curiosa” que se interesaba ingenuamente por las propiedades del corsé y de otras prendas ajustadas. Isabel Oyarzábal, disfrazada de “My Lady”, contestaba doctoral:

Llevar corsé ajustado es, además de incómodo, sumamente perjudicial; además, no favorece nada. Lo más bonito que puede tener una mujer es un talle flexible, y esos cuerpos agarrotados no resultan ni tan siquiera elegantes.

Diga a su modista también que le haga los trajes todo lo más holgados posible; un traje bien cortado y bien hecho debe ceñir el cuerpo, pero no aprisionarlo; las líneas del cuerpo se deben adivinar tan sólo, y esas faldas ajustadas dan a los movimientos una rigidez altamente ridícula y poco modesta.

La Dama y la Vida Ilustrada fue sólo el comienzo. Después de unos cuantos números, un amigo inglés le propuso trabajar como corresponsal para una agencia de noticias londinense, *The Laffan News Bureau*, a la que enviaría todo tipo de informaciones, desde las de actualidad política hasta los crímenes vulgares o los sucesos más curiosos. Casi a la vez, el diario *The Standard* también solicitó su colaboración para la redacción de las noticias políticas.

Aquello era el primer paso hacia el periodismo profesional e Isabel se ilusionó con su nuevo oficio, que podría cumplir de manera muy satisfactoria: tanto sus amistades como sus primos y familiares le permitían recabar informaciones fidedignas desde las más altas esferas. ¡Por fin iba a conseguir hacer algo de verdadera



***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

utilidad! Sin embargo, ¡qué triste era el panorama económico y social español! Las interferencias de la iglesia y del ejército obstaculizaban la labor de los partidos políticos, que se turnaban, liberales o conservadores, en una espiral sin sentido, mientras el pueblo se consumía en un abyecto estado de pobreza e ignorancia. El analfabetismo llegaba casi al 52 por ciento de la población, los salarios eran bajísimos y la mortalidad infantil, la más alta de Europa... La única esperanza residía quizás en el movimiento obrero y en la incipiente organización propiciada por Pablo Iglesias... Para realizar su labor, *Ela* estaba conociendo, en toda su virtualidad, la España dramática y triste que se desangraba más allá de las clases pudientes y de sus fiestas...

Claveles amarillos y dalias color de naranja. Isabel paseaba por los Jardines del Retiro cuando lo vio a lo lejos. Él se acercaba y de su figura desgarbada cobraron vida las piernas largas y las manos nerviosas. Segundos después se hacían visibles los ojos y la boca. Ojos azules y labios gruesos. Cuando se cruzaron, la boca del hombre se abrió como para suspirar o decir algo, pero no se oyó ningún sonido. Ella intentó responder a una pregunta que no había nacido y apenas pudo bisbisear unas letras que tampoco significaron nada en concreto. La barbilla de Ceferino Palencia, partida en dos graciosas mitades, dejaba en el aire el interrogante de un saludo que apenas había surgido, de una promesa que aún no tenía dueño o de un gemido que no llegó ni a la garganta. El tupé, abundante y aplastado por la gomina inclemente, dejaba al descubierto una frente cuadrada, como de estudiante martirizado, que hacía juego con el cuello duro y los puños blancos bajo la chaqueta cruzada.

—Isabel, ¿por qué no le has hablado?

Las palabras de Anita, de golpe, despertaron a su hermana.

—Yo iba a decir... pero él tampoco...



El bulto del muchacho se movía como queriendo volver hacia atrás mientras los pasos de la joven la hacían trastabillar sin querer avanzar hacia delante. Un aroma como de flores marchitas volvió a turbar los corazones.

—Él iba a decir, pero no ha hecho falta...

Anita sonreía ante el repentino desconcierto de su hermana.

—Es verdad... en ese saludo os habéis entendido sin palabras...

Un poco más adelante las chicas se detuvieron junto a la Fuente del Ángel Caído. Ceferino Palencia, como por casualidad, se acercaba de nuevo.

—Es muy hermosa —farfulló mirando a la estatua, por tener un motivo para entablar conversación—. La esculpió Ricardo Bellver hace sólo treinta años, y el pedestal de granito, bronce y piedra, Francisco Jareño.

Isabel siempre se entusiasmaba con los conocimientos artísticos de sus amigos madrileños, tan cultos y tan distintos a los señoritos andaluces de la época malagueña, amantes exclusivos de saraos y fiestas taurinas, y se esforzó en continuar una conversación que prometía ser interesante. Con cierto embarazo incomprensible, se acercó aún más a la fuente, como para alentar al chico para que hablase.

Ceferino suspiró sin motivo aparente, como participando del sufriente sentimiento que simulaba la estatua, y se ensimismó en la contemplación de la figura retorcida del Ángel.

—El autor realizó la figura del ángel en yeso, y después de ganar la Medalla de Primera Clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes, se fundió en cobre.

Como Ceferino pareciese dudar si continuar o no en la iniciativa divulgadora y naufragaba en un ir y venir de titubeos y suspiros, Isabel, de pronto, olvidó las reglas tácitas de las convenciones sobre la relación entre los sexos y, para ayudarle, se aventuró en una larga cita filológica:





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

—Por su orgullo cae arrojado del cielo con toda su hueste de ángeles rebeldes para no volver a él jamás. Agita en derredor sus miradas y, blasfemo, las fija en el empíreo, reflejándose en ella el dolor más hondo, la consternación más grande, la soberbia más funesta y el odio más obstinado.

Ceferino, sorprendido, calló y ella, odiándose a sí misma por no poder evitar ciertas inflexiones doctorales en la voz, añadió con voz pastosa:

—*El paraíso perdido*, de Milton, canto primero, estrofas tercera y cuarta... Son los versos que sirvieron de inspiración para la escultura...

La chica pensó que ningún hombre normal podría soportar su pedantería y se aborreció de nuevo a sí misma como la habrían aborrecido probablemente los señoritos malagueños, pero Ceferino la miraba sonriendo, como agradecido por haberle liberado de la obligación de hablar.

—El Ángel Caído, el bien y el mal... —acabó diciendo— ¡Buen tema de inspiración! ¡Ojalá yo también fuera capaz de dibujar ese misterio!

A Isabel se le vinieron a la cabeza los escrúpulos religiosos que la torturaron en el Colegio durante su infancia y siguió evocando la poesía del poeta:

—Milton lo expuso muy bien, pero ¿será posible que un Dios bueno y todopoderoso permita sufrir a los hombres y les aboque al pecado y a la pérdida del Paraíso?

Ceferino, que se había asombrado del temblor de la voz femenina, no se sentía inclinado a atender a razones profundas y, alejándose de razonamientos complejos, exclamó:

—No es preciso torturarse interpretando cada misterio. ¡Yo me conformo con sentir la emoción del artista!

Isabel se ahogaba en el azul de sus ojos, que reflejaban un sentimiento acendrado de inmensa bondad.

—¿La emoción, Ceferino? —dijo ella tontamente.



—Llámame Cefe —contestó él, distraído, y sin darse cuenta extendió los brazos, como para protegerla de un peligro improbable, pero ella escapó con un salto de susto.

En la Fuente del Ángel Caído, los caños por los que manaba el agua representaban distintas caras de seres infernales. Las figuras de piedra, como riendo, los miraron alejarse el uno del otro para seguir la rutina del paseo; pero a pesar de todo, a Isabel le embargó una sensación de paz inexplicable.

A partir de aquel día, todas las mañanas, Isabel Oyarzábal se asomaba al balcón de su casa a las nueve de la mañana. Desde abajo, Ceferino Palencia, que se dirigía a su obligada asistencia al Juzgado, la saludaba con un leve movimiento de cabeza y la sonrisa bailando en la boca carnosa.

—A ti lo que te gusta es su cara bonita —bromeaba la hermana— ¡Su barbillita partida te ha partido a ti el corazón!

Isabel se resistía.

—Nadie me ha partido el corazón... aunque la verdad es que Cefe es un chico agradable...

—Sólo tiene veintiséis años... y tú ya tienes treinta... —intervino, agorera, doña Ana, por ver si sonsacaba a la hija.

—Mamá, no seas antigua... Papá era realmente mucho mayor que tú y fuisteis felices.... ¡Y no va a ser sólo el hombre el que pueda sobrepasar a la esposa en edad!

—Entonces, sí es cierto que... ¡te gusta tanto que ni siquiera te importa la edad! —concluyó rápidamente Anita, aprovechando el descuido de la confidencia.

—¡Yo no he dicho eso! —se defendía Isabel, consciente de que se había traicionado— Lo que quiero decir es que... no van a ser distintos los efectos de la diferencia de edad en el hombre que en la mujer... Ceferino Palencia es un muchacho excelente: es culto y agradable, es bondadoso... pero eso no quiere decir que me tenga enamorada.

—¡Ah, claro! —concluyó doña Ana escondiendo la risa.





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

—¡Ah, claro! —imitó la hermana hurtando de la vista de Isabel el guiño de su gesto.

Y así pasaron algunos meses. Isabel, desde su balcón, se escondía o alternativamente se asomaba, según sus cambios de humor, para ver pasar al muchacho cada mañana, y Ceferino sufría con paciencia los desplantes o celebraba ilusionado cada nueva sonrisa. Los paseos del domingo o el encuentro fortuito en algunas tertulias en casa de amigos les daban ocasión de cambiar impresiones y seguir profundizando la naciente amistad, pero siempre quedaba en el aire la impresión de que ella se complacía en imponer al muchacho una espera.

Con la llegada del otoño Cefe se decidió a precipitar los acontecimientos. Llegó a la casa con la excusa banal de proporcionar nuevos dibujos para *La Dama* y en cuanto pudo esquivar la vigilancia de la madre y de la hermana le susurró entrecortadamente:

—Tengo que verte. Tengo que hablarte.

Isabel lo miró con sobresalto. Por una parte, deseaba fervientemente acercarse a él, pero por otra temía que él le exigiera un compromiso. Era cierto que cada mañana anhelaba verle bajo su balcón buscándola allá arriba y que sentía la necesidad, que antes nunca había imaginado, de buscar su aprobación y su cariño. Pero, ¿era eso amor? Ceferino la atraía e, indudablemente, también de algún modo le quería... Pero, ¿le quería suficiente? Aún más, ¿iba a ser capaz de quererle... “para toda la vida”? Cuando llegaba a este punto, le venían a la cabeza los ecos de la infancia y recordaba con terror la promesa de su hermana María cuando se obligó a profesar en el Convento hasta la muerte. Frente a esta imposición de amor eterno, miraba el semblante de Ceferino, que la apuñalaba con mirada ferviente y afligida, y le asustaba defraudarle más aún que la opción de obligarse a sí misma si el amor moría.

—No puedo seguir así... Tengo que verte... —insistía el joven.



Y ella intentaba escapar de la encerrona para poder alargarle la espera. Pensaba que mientras huía del riesgo del compromiso podía disfrutar de la ilusión de una felicidad que permanecería intacta para el futuro, una felicidad tan perfecta que no se podía arriesgar a consumar.

Al poco tiempo, los Jardines del Retiro fueron nuevamente testigo de sus indecisiones. Después de larguísimos paseos y acercamientos infructuosos, cuando Anita propició que su hermana quedase a solas, Ceferino aprovechó la ocasión para desprenderse del sufrimiento que hacía tiempo llevaba en silencio.

—Te quiero con toda la fuerza de mi alma y de mi corazón — se le escapó sin poder dominar unas palabras que habían nacido por sí solas.

Ela apenas quiso hablar, porque ya estaba dicho lo que no podía haber dejado de oír. Te quiero con toda la fuerza de mi alma y de mi corazón. Tequierocontodalafuerzademialmaydemicorazón. Te-quiero-con-toda-la-fuerza-de-mi-alma-y-de-mi-corazón. ¿Cómo resistirse a una emoción semejante? ¿Cómo contrariar a esos ojos azules que tenían una gota de lluvia temblando en el fondo? Resistir, contradecir, contrariar, disgustar...

Isabel, en aquella ocasión, hubo de enfrentarse a unos sentimientos que apenas podía domeñar. Clavó sus ojos oscuros sobre las marismas cambiantes del chico y, sobreponiéndose al instinto de abrazarle, tuvo que sujetar fuertemente las manos de él para poder culminar cruelmente su examen de conciencia.

—Yo... —era preciso sufrir o hacer sufrir tanto para decir las verdades!— Yo aún no estoy segura...

¿Quién podía prometer el amor para toda la vida? ¡No le había quedado otra opción para no defraudarse a sí misma! Pensó que Ceferino se impacientaría o la odiaría y le dolió a ella más su sufrimiento que la opción de que él, por despecho, la rechazase. Él se mantuvo inexpresivo durante algunos instantes, pero después de serenarse un poco y sopesar los efectos de su amor desengañado, por fin sonrió.



—Está bien. Esperaremos. Esperaremos hasta que estés segura —y la miró desde su amargura con una bondad que no dejó de emocionarla—. No te voy a presionar. Eso yo nunca lo haría.

A partir de ese día y a pesar de que la entrevista amorosa no había resultado tan satisfactoria como hubiera sido razón, las relaciones entre los dos amigos adquirieron unos tintes apacibles. Isabel ya no temía los encuentros y disfrutaba de la compañía de Ceferino en toda su cordialidad. Valoraba su sensibilidad y su cultura, y se admiraba de su inclinación por el arte (las tardes pasaban veloces en tertulias, exposiciones o representaciones teatrales), pero lo que más la solía conmover era su bondad sin límites. Ella le hacía partícipe de sus intereses y sus ilusiones, de sus trabajos para su revista *La Dama*, para la agencia inglesa *The Laffan News Bureau* y el diario *The Standard*. Él la comprendía y la adoraba: ¡qué valiente mujer la que, por gusto, realiza con pulso firme y sereno el trabajo de un hombre! Él le confesaba sus problemas y sus disgustos en la Corte de Justicia, por la lentitud de los procesos, la indefensión de los pobres, el comadrejo entre los abogados y los jueces... o la suciedad de unos trámites que empañaban tantas veces la justicia y la razón. Ojalá él se sintiera valiente como para abandonar la obligación del Juzgado y dedicarse a la pintura. Pero había que comer...

El otoño había dado paso al invierno y, por fin, llegó Navidad. La familia Palencia Tubau se desplazó hasta Sevilla para pasar las fiestas y los amigos hubieron de separarse, aunque se escribieron todos los días. A la vuelta, Isabel le reservaba otra sorpresa, que en el fondo tenía dibujada la sombra de un disgusto:

—Me han invitado a visitar Londres durante tres semanas —y añadió para aliviar la mala noticia: — Me vendrá bien para mejorar mis relaciones con la agencia inglesa...

Ceferino acusó el golpe con amargura:

—¿Separarnos otra vez? ¿Y yo debo quedarme aquí, de nuevo, sin saber apenas si puedo esperarte o si me vas a querer algún día?



Una profunda tristeza velaba los ojos del chico y *Ela* advirtió que era injusto mantenerlo eternamente en aquella esperanza dudosa.

—Antes de irme te daré la respuesta... —se obligó a prometer.

Y así fue. Ella le hizo esperar hasta el momento de la despedida en la escalerilla del tren que la llevaría a París, y desde allí a Londres, para entregarle la carta que había estado redactando durante el insomnio de la noche anterior. Mientras el tren se alejaba, Ceferino fue volviéndose pequeño en la lejanía del andén agitando, como si acaso fuera la bandera blanca de la rendición, el sobre blanco que tenía escrito el final de su anhelo.

Mientras tanto, en la soledad protectora del vagón vacío, el sonido del tren arrullaba los lloros de *Ela*. ¿Cómo había sido capaz de una crueldad semejante? ¿Cómo había podido despedir a Cefe con una sonrisa desvaída y un flojo apretón de manos pusilánime? ¡Qué tonta y qué cruel! ¡Qué mujer cobarde, esclava de su estúpido orgullo! Ella le quería. “Yo también te quiero”. (Mejor hubiera sido decir: Yo también te quiero con toda la fuerza de mi alma y de mi corazón.) Y eso no se debía decir por carta. Eso tenía que haberlo gritado, como una loca, en la estación del tren, en el Retiro, en las escaleras de su propia casa... “Yo me conformo con sentir la emoción”, decía su amigo... y ese sentimiento adorable y temido era precisamente (“¿la emoción, Ceferino?”, le había preguntado ella junto a la Fuente del Ángel Caído) lo que Isabel no se atrevía a probar...

A su vez, Ceferino Palencia, sentado en un banco, miraba hacia arriba la estructura de hierro forjado de la estación de Atocha, una de las más bellas del mundo, y volviendo la vista hacia abajo sonreía a la carta que tenía en la mano, una de las declaraciones de amor más insípidas que nunca un hombre había recibido. Aquello era realmente entrañable.





Cuando partió para Londres abandonando a su suerte su apocada e insustancial declaración de amor, Isabel hizo examen de conciencia y descubrió que el tiempo, sin Cefe, le resultaba eterno e insufrible y que la separación le había provocado una impaciencia que antes no conocía. Esperó la respuesta sin conseguir sosegarse y cuando llegó la carta de amor y consuelo propuso a su amante encontrarse en París, a su vuelta, para aminorar el tiempo de espera. Después de tres semanas de estrujarse las manos, reír o llorar por momentos, *Ela* aguardaba en el Quai D'Orsay la llegada del tren que venía de Madrid.

—¡Señora! —le gritó el Jefe de Estación— ¡Está prohibido acercarse a la vía! ¡Los acompañantes deben esperar a los viajeros en el vestíbulo!

Pero, aparentemente, a aquella mujer que se había puesto su mejor traje para esperar a su novio le resultaba imposible contener su impaciencia.

—¡Es preciso que él me encuentre en el momento de llegar! —le imploró al empleado olvidando las formas.

—Sólo está permitido acercarse en caso de tener que recoger a un enfermo...

Y aunque Ceferino no estaba enfermo, a *Ela*, que se sentía morir, le parecía necesidad imperiosa acogerlo inmediatamente, anudarse a su piel con urgencia y culminar un abrazo del que no deberían separarse jamás ni por un instante. En su primer viaje a París, Isabel debía recibirlle, acompañarle, cuidarle, mimarle indefinidamente... hasta devolverle todo el cariño que él reclamaba y que ella se había negado a ofrecer por aquel mísero sentimiento de vergüenza y orgullo.

En cuanto la máquina de vapor paró con estruendo de chirridos y frenos y vomitó a los viajeros en el andén, una recién nacida y emotiva Isabel se abalanzó sobre el muchacho asombrado.

—¡Nena, nena! —se atragantaba el chico al hablar, sorprendido por la repentina mudanza— ¡Qué alegría!



Olvidando todas las convenciones de la buena sociedad española, los amantes disfrutaron de una semana “de noviazgo” sin la vigilancia de las carabinas obligadas en su tierra y, a la vuelta, se presentaron ante los amigos y la familia como definitivamente “prometidos”.

Apenas importaba que Ceferino no tuviera dinero o que la familia de Isabel se extrañase de una boda tan desigual en cuanto a su distinta clase social. Murmuraban que ella hubiera podido escoger a un candidato más encumbrado, pero después de las veleidades teatrales y después de su actual vocación periodística, muy pocas cosas les podían asombrar de una mujer en ocasiones tan extravagante.

La boda se celebró el 8 de julio de 1909, a las doce del mediodía, en una ceremonia sencilla a la que sólo asistieron los amigos íntimos y la familia. Aunque *Ela* había querido casarse con un simple traje de chaqueta, María Tubau, tan aficionada al disfraz por su relación con el arte, la convenció de que se vistiera con un traje de novia. ¡Sería tan emocionante obtener la fotografía de una imagen romántica para recordar ese día! Isabel cedió, porque últimamente se le estaban reblanqueando las entrañas con aquellos sentimientos tempestuosos...

Una vez instalados en un pequeño apartamento después de la boda, Ceferino se planteó si debía tomarse absolutamente en serio su papel de marido convencional.

—Ya no necesitas trabajar... Yo conseguiré más casos para la Corte de Justicia... Poco a poco iré ganando dinero hasta alcanzar lo que tú mereces...

Ela se extrañó de que él no comprendiera algo tan sencillo.

—No quiero dinero. No quiero que nadie trabaje por mí. Necesito hacer lo que hago para estar viva. Lo demás no me importa —y él supo que, si no la aceptaba así, finalmente la perdería.

La Dama seguía adelante y, además, *Ela* siguió publicando algunos artículos en periódicos londinenses... ¡Era tan feliz! Sus encopetados parientes le reprochaban que se dedicase al



periodismo, especialmente cuando además no admitía en sus escritos la censura de la Iglesia, pero aquello no tenía importancia. Siempre se había sentido a contracorriente en los ambientes selectos que la habían ahogado desde la infancia y hacía mucho tiempo que la rebeldía la protegía contra ellos. Cuando escribía sobre teatro, sobre folklore o incluso sobre la artesanía o los trajes típicos de algunas regiones españolas, se veía más libre que si se hubiera mudado a una urbe lejana.

Sin embargo, Cefe languidecía en su trabajo. Nunca le había entusiasmado la abogacía, pero disciplinadamente se obligaba a redactar interminables informes que le quitaban el sueño y que muchas veces morían sepultados en cartapacios y archivos olvidados. Sufría porque sentía que la Justicia no funcionaba y lamentaba la suerte de los desgraciados que veían desvanecerse su ilusión al no tener un valedor que empujase hacia el éxito sus pretensiones. Trabajaba, no obstante, cuanto podía y, por intentar corregir lo que probablemente no tenía remedio, se empeñaba hasta la obsesión, con la esperanza de reordenar un universo de por sí enmarañado. En realidad, hubiera deseado ser pintor, escritor o ensayista.

—No mereces ese trabajo tan lúgubre —le consolaba Isabel—. En realidad, en el fondo de tu alma, eres un artista... ¡Deberías dedicar un poco más de tiempo a la pintura!

Él se entusiasmaba con el apasionamiento de su esposa, se abismaba en la profundidad de sus ojos negros y sacaba fuerzas de flaqueza para seguir soñando con sus anhelos, mientras seguía encadenado al yugo del trabajo.

—Te envidio... Eres capaz de luchar por tus deseos contra viento y marea... ¡Eres mi musa! —e ideaba comprar un lienzo gigante para dibujar un retrato a su esposa.

Sin embargo, un suceso que seguramente ocurría con reiteración acabó por dar al traste con las últimas fuerzas de Ceferino en sus intentos de conseguir la justicia. Cuando cerró la agencia inglesa *The Laffan News Bureau*, al ver que habían disminuido



sensiblemente los ingresos familiares, hicieron las cuentas mensuales y el abogado constató que él mismo apenas conseguía ganar al mes treinta o cuarenta pesetas, mientras que el menor de los oficiales del Juzgado llegaba a recaudar más de cien. Un trabajador al que defendió por un asunto de poca importancia le abrió definitivamente los ojos: le confesó que había pagado veinticinco pesetas a un simple empleado por la copia de una sentencia que en realidad era gratuita. Aunque Cefe denunció el fraude e hizo todo lo posible porque se despidiera al aprovechado, jamás lo consiguió: era el amigo del amigo de un amigo encumbrado en política, que impidió su destitución.

Ceferino se desesperaba.

—¡No es justo! Los verdaderos delincuentes apenas llegan a los Tribunales porque sobornan a los oficiales para que hagan desaparecer las denuncias... Sólo van a juicio los trabajadores pobres, acusados de infracciones ridículas... —y sus ojos se velaban de ira— ¡Trabajadores pobres que ni siquiera tienen dinero para satisfacer su defensa! Cuando van a la cárcel no pueden pagarme... ¡Ni siquiera pueden dar de comer a su familia!

Isabel sufría por su desesperación y hubiera preferido morir también de hambre a ver su dolor. Tras un último intento por expulsar al empleado de las veinticinco pesetas, Ceferino se derrumbó.

—¡No puedo más! ¡No soporto convivir con esta injusticia sin poder remediarla! —y se miraba las manos como si las tuviera manchadas.

Había que tomar una decisión para hacer llevadera la vida, así que Isabel tomó la determinación que él mismo aún no se atrevía a proponer.

—¡No vuelvas a ese horrible trabajo! ¡No consiento que seas tan desgraciado! —y añadió con sugestiva dulzura:— Sobreviviremos con mis colaboraciones periodísticas y con mis traducciones hasta que encuentres otra cosa. Mientras tanto... debes esforzarte en volver a la pintura. Yo estoy segura de que llegarás a triunfar...



Y así se hizo: era preferible ser pobres a sentir que se colaboraba con un sistema corrupto. El hecho de que ella estuviera embarazada y hubiera que prever futuros gastos para mantener al chiquillo no les hizo arrepentirse, aunque finalmente coincidieron en algunas condiciones antes de dar ese paso: se prometieron de común acuerdo que jamás se rebajarían a pedir dinero a ninguna de sus familias. Mientras esperaban el triunfo del hombre, se mantendrían con el esfuerzo de Isabel.

—Saldremos adelante con nuestras propias fuerzas... Lo más importante es comenzar desde el principio: ¡has de emplear tu vida en conseguir tus deseos!

Ceferino se dejaba guiar y, olvidando las directrices de su madre de dedicarse a un oficio importante, aceptó por primera vez abordar en serio sus inclinaciones. Si *Ela* estaba consiguiendo ganarse la vida como periodista, él también podía ser pintor... En esta ocasión su mujer era su mejor valedora: le animó a tomar clases que mejorasen sus aptitudes innegables y, como merecía aspirar a lo más alto, insistió en que acudiera al estudio de Eduardo Chicharro, donde al poco tiempo coincidiría con el mexicano Diego Rivera.

A los pocos días, una ilusión nueva daba luz a los ojos de Cefe, que en un arranque de júbilo se presentó en casa con un enorme paquete. Deshecho el descomunal envoltorio apareció la tela blanca de un lienzo gigante montada sobre un bastidor.

Sobre la blancura de la tela, todavía sin imprimación, los amantes soñaban su futuro:

—Lo que ahora es anhelo dentro de un tiempo nacerá realidad... —le animaba ella.

—Eres mi musa... ¡Lo más importante que haga en mi vida ha de ser tu retrato! —se entusiasmaba él mirando la confianza que latía en sus ojos.

A partir de aquel día el marco que habría de albergar la imagen de Isabel quedó presidiendo las ilusiones de una casa pobre, pero venturosa.



A comienzos del mes de mayo de 1910 el embarazo de *Ela* llegaba a su término y pronto nacería el primer hijo. La mujer estaba convencida de que, tal y como le habían prometido sus parientes y amistades, ése sería, por fin esta vez, uno de los momentos más felices de su vida.

—Estoy deseando que suceda —le confesaba a Cefe cada día—. Su vida y la mía, durante algunos momentos, serán casi la misma cosa... En el momento del parto, probablemente, ha de existir una especial comunión espiritual entre madre e hijo... ¡Va a ser un día muy importante!

Cefe suspiraba y temía por ella porque, aunque la sabía fuerte y valerosa, le atormentaba la posibilidad de que algo pudiera malograr aquel momento.

Cuando el día llegó, en lugar de cualquier sentimiento inefable, lo que *Ela* sintió fue un lacerante dolor que le quitaba el aliento.

—¡El doctor, el doctor! —se apresuró Ceferino— ¡Lo llamaremos inmediatamente!

Llegó el afamado doctor (un viejo amigo de la familia que la atendía gratuitamente) y advirtió que apenas habían comenzado las primeras contracciones, así que intentó tranquilizar a los ingenuos padres primerizos.

—Va todo bien, aunque las cosas llevan su tiempo... ¿El dolor? —se sorprendió el galeno ante las quejas de Isabel— ¡Siempre es así! ¡Bien claro lo dice la Biblia: “Parirás a tus hijos con dolor”! A todas las mujeres les pasa lo mismo...

Con este consuelo el doctor salió, prometiendo volver cuando el parto estuviese más adelantado. Sin embargo, pasaban las horas y la llegada del niño se retrasaba. *Ela* había querido ocultar el alumbramiento a la familia para poder disfrutar a solas de la “comunión espiritual” que indudablemente se debía producir con el niño y, además, poder darles la sorpresa cuando ya todo hubiera concluido, pero los dolores incesantes la urgieron a llamar a su madre.



Doña Ana llegó un poco asustada: apenas quería recordar el ya lejano nacimiento de cada uno de sus siete hijos.

—¿El dolor? —suspiraba la buena señora lamentando el sufrimiento de la hija— ¡Siempre es así! No, no hay nada que yo sepa... aunque tía María me dijo de algún remedio usado por la Reina cuando nació su primer hijo, el Príncipe de Asturias...

Isabel, renunciando a la apetecida soledad para la “comunión espiritual” con el niño, en el colmo de la desesperación rogó a Cefe que fuera a buscar a tía María, que se presentó apresuradamente.

—¿El dolor? ¿El remedio de la Reina Victoria Eugenia de Battenberg? ¡Ninguna española aprobaría utilizar un alivio para eso! ¿Es que no sabes que su último hijo, Fernando, ha nacido muerto? ¡No está bien contradecir a la naturaleza!

Sin embargo, fuera por la insistencia de doña Ana o por la aprensión que le producía ver a su sobrina en tan apretado trance, tía María prometió proveerse de todo lo necesario para que el alumbramiento se produjera en las condiciones más favorables: envió a la criada a realizar una compra misteriosa y, además, rogó a Cefe que fuera a toda prisa en busca de su hija mayor, recientemente casada y enterada de todo lo necesario para el auxilio femenino en cualquier trance.

—¡Ah, sí! ¡El dolor! —exclamó la prima cuando vio a Isabel retorciéndose y gimiendo— ¡Yo tengo una amiga que ha tenido un niño hace poco tiempo! ¡Todo salió estupendamente gracias a la ayuda recibida!

De nuevo se envió a la criada a recabar el auxilio de la amiga, a la vez que realizaba otras adquisiciones necesarias y misteriosas.

Para no molestar a la parturienta, que no consentía en permanecer en la cama y se arrastraba por el pasillo de la casa sujetándose los riñones a medida que la asaltaban las punzadas de las contracciones, el auxilio de las mujeres amigas y familiares se





concentró en una habitación contigua, donde se dispuso todo lo necesario para la acción benéfica prevista.

Al cabo del rato, viendo que ninguna de las mujeres se atrevía a salir de su retiro, Isabel se asomó al cuarto, desde donde la ingenua sonrisa de la prima la consoló:

—¡Todo va a salir muy bien! ¡Tenemos todo lo necesario!

Ela se sorprendía:

—Pero... ¿qué estáis haciendo aquí?

El remedio era muy sencillo y muy práctico. Habían levantado un pequeño altar, presidido por tres estampillas de la Virgen María, una botella con agua, un cirio y una extraña planta.

—Estamos rezando el rosario —se justificó consoladoramente la prima, que siguió explicando el origen de los objetos del culto, algunos prestados por otras amigas—. La botella contiene agua del Río Jordán, que serviría para bautizar al niño si nace en peligro de muerte; el cirio es una ofrenda votiva para ayudar al desarrollo del parto, que se ha de apagar antes de que llegue el final para que no traiga mala suerte; y la planta... ¡es una Rosa de Jericó!

Doña Ana callaba porque, aunque le abrumaba la simplicidad de la fe de las otras mujeres, no tenía ningún otro remedio que ofrecer a su hija. La prima, con sonrisa triunfal, siguió las explicaciones:

—En el comienzo del parto, la rosa permanece cerrada... pero a medida que se acerca la hora del alumbramiento la rosa comienza a abrirse, a abrirse... ¡hasta llegar a su máximo esplendor para permitir el nacimiento del niño!

Ela miró incrédula y dolorida la estampa de las mujeres arrodilladas frente al altar con las imágenes de la Virgen y la rosa, pero cuando se dirigía hacia la puerta un grito la sobresaltó.

—¡Mirad, mirad! ¡El niño va a nacer esta misma tarde! — exclamaba la prima observando cierto desmadejamiento en la flor, mientras se aprestaba a continuar con el rosario.



Sea como fuere, a las pocas horas Isabel sonreía recordando la imagen cómico-piadosa de las mujeres rezando a la rosa. Su hijo había nacido.

—Se llamará Ceferino, claro está —sugirió a su marido. Afortunadamente, no había sido una niña, dolorosamente abocada también a soportar a su vez los dolores del parto.

En la habitación contigua, la Rosa de Jericó, tras el nacimiento del niño, extendía sus pétalos victoriosa frente a la mirada del mundo.

Una muchacha morena tocada con una mantilla negra observa de soslayo a quien la mira. El rostro es fino y la boca carnosa, plegada en una leve sonrisa que parece esconder el desdén de un reproche aún no expresado. La nariz recta soporta la sombra de unos ojos negros que no se atreven a sonreír, empeñados en voluntarioso gesto de obligada seriedad, como si a toda costa se esforzasen en afrontar la vida como una carrera que sólo se gana luchando. El flequillo desordenado y la inclinación de la peineta quieren burlar esa determinación con un desequilibrio jocoso: la ley de la gravedad se burla de los designios humanos. El cuello de la joven se abisma entre los brocados oscuros del mantón recamado, que se desploma sobre el blanco brillante de la falda larga y abombada. El cuerpo, oculto y a la vez envuelto por las amplias vestiduras, sólo deja escapar la albura de una mano delicada, que sujetá con gesto enérgico y levemente forzado la fantasía de un abanico semiabierto, de aire flamencado, adornado con dibujos populares.

—Eres mi musa —había insistido Ceferino durante los largos días de la elaboración del retrato—. Quiero prenderte en el lienzo, quiero enhebrar en la tela el color de tu alma... ¡para que nunca te alejes y tenerte así siempre conmigo!



Acabada la obra, Isabel miraba el dibujo como si quisiera encontrarse más allá del relieve rugoso del óleo, buscando en el fondo un brillo de azogue con la virtud del espejo.

“¿Quién soy yo?”, se preguntaba, “¿soy yo aquella mujer o es ella mi sombra?”. Y más tarde seguía: “¿soy la misma que él ve?” A medida que había ido naciendo la figura en el cuadro, a Isabel le daba la impresión de que sus ilusiones y sus desengaños habían salido volando hasta incrustarse en el marco y al final se miraba buscando encontrarse a sí misma a través de los ojos de Cefe. Sin embargo, en el fondo, en su valoración del retrato, lo más importante era la absoluta complacencia por el trabajo del artista e Isabel vagaba desde la ejecución de la obra hasta la mano del pintor que le daba la vida. No sólo nacía la efigie de una mujer: en ese esfuerzo estaba emergiendo de la nada la ilusión de un futuro. “La mujer con mantilla no soy yo sola surgiendo en el cuadro... También es él mismo, un hombre nuevo, quien está naciendo mientras modela mi imagen”, concluía, sintiéndose la mujer más feliz del universo.

Y así era. Cuando Cefe ensayaba las distintas pinceladas (vasta, pesada y dura, o rápida y continua), cuando sopesaba el efecto de la luz o el tratamiento del color, sus ojos se adensaban en la tela y, por fin, se sentía tan libre como para juzgarse bien consigo mismo: la mezcla óptima de los pigmentos más puros, Isabel y los tonos, separación de elementos, radiación, degradación, las tintas del prisma... Ella, observada por la poesía de su mirada, escrutaba a su vez al hombre que piensa y que siente, cuya retina está presta a captar y fijar sobre el lienzo ese efecto de luz y belleza, y concluía que, efectivamente, él estaba dotado de la emoción y de las cualidades del artista.

Cuando el retrato estuvo acabado, esperaron con angustia el dictamen del maestro. Eduardo Chicharro, afortunadamente, dijo que era estupendo y que había realizado un gran trabajo. No contentos con una opinión laudatoria, pero quizás parcial o





matizada por el cariño, acudieron a un crítico de arte consagrado: Aureliano Beruete, que de nuevo alentó sus ilusiones.

—Ya ves que he acertado confiando en tu arte —se congratulaba Isabel—. Todos insisten en que sigas pintando...

Él se emocionaba por ver cumplidos sus deseos, pero sufría por la falta de dinero. Un día un amigo, por el deseo de ayudar, le consiguió un encargo: un retrato del rey Alfonso XIII vestido con el uniforme de húsares. Sólo había un pequeño inconveniente: el rey jamás iba a consentir en posar y, en su lugar, el pintor debía conformarse con utilizar alguna fotografía. A punto de rechazar el pedido debido a las pocas expectativas de éxito que implicaban esas limitaciones, recibieron la noticia de que, al menos, sí podían tomar en préstamo el traje con que debía aparecer el monarca. Decidieron que Ricardo de la Vega, buen amigo de Cefe, sirviera de modelo, ya que tenía aproximadamente la misma estatura y complexión que el rey Alfonso.

Isabel miraba la mano con pincel de su esposo, que observaba el rostro alargado y pálido del reciente rey Ricardo de la Vega vestido con el uniforme de húsares, y poco a poco sobre el lienzo nacía, con la graciosa mano derecha apoyada en la cintura y el sable en la izquierda, la figura delgada vestida con capote y pelliza, forro de piel, pantalón azul con guarniciones doradas, laurel bordado en el cuello, chaleco adornado con tres órdenes de botones, faja roja, y botas de caña.

Poco tiempo después, por un azar de fortuna paralelo al de Cefe, Isabel obtuvo el encargo de entrevistar a la consorte de Alfonso XIII, la reina Victoria de Battenberg, para una revista femenina. En esta ocasión, el retrato literario, dedicado a las mujeres, ya no contenía los oropeles del traje de guerra, sino que debía recoger la opinión de la dama acerca de la crianza y educación de los hijos. La mujer rubia, de mejillas carnosas y traje ceñido que recibió a la periodista era una reina muy tímida. Martirizada por un corsé que comprimía su cintura para poder recordar a la avispa, la reina exhibía gargantilla recamada y chaleco de armiño. Su blanca





mano, adornada por un solo anillo de brillantes, a veces ocultaba la sonrisa de la boca con gesto cohibido. No era extraño que no consiguiera simpatizar con los españoles, tan ávidos de gestos rotundos.

—La reina lamenta la mortandad infantil —confesaba la periodista a su esposo después del encuentro—. ¡Pero la achaca a la ignorancia, y no a la maldita pobreza que sufren sus súbditos!

—La monarquía también es responsable del hambre —concluía Cefe y juntos lamentaban de corazón la injusticia padecida por el pueblo.

A pesar de las incertidumbres, la vida era grata y pasaba deprisa mientras los enamorados perseguían la carrera de la gloria. Isabel seguía con sus traducciones y sus trabajos ocasionales y a Ceferino le salieron otros encargos, entre ellos el retrato de un sacerdote delgado y enjuto como los modelos del Greco.

—Pero, amigo mío —exclamó el retratado medio en serio, medio en broma, con el cuadro acabado—. ¡Es imposible que yo tenga ese aspecto desmedrado!

Y Ceferino corrió a defender la pureza de su estilo y la realidad de su arte consultando a un antiguo conocido de sus padres, el famoso pintor Joaquín Sorolla.

—¡Me ha dicho que la pintura es muy buena! ¡Y que soy un gran pintor! —exclamó a la vuelta—. Sorolla dice que ya no necesito maestros... ¡y que no deje de pintar!

A este espaldarazo se unió otra buena ventura: presentando el cuadro con el retrato de Isabel en la Exposición Nacional de 1914, obtuvo una medalla. Naturalmente, aquel éxito fue amplificado por las alabanzas de la prensa y Cefe se empeñó en el irreprimible deseo de seguir pintando, de exponer, de estudiar e incluso de escribir...

Más allá de los límites del hogar de los Palencia el mundo seguía, como siempre, girando: en España las tensiones sociales y el hambre aguijoneaban los ánimos, mientras que en Europa estallaba la Primera Guerra Mundial. En la encumbrada familia de Isabel abundaban los germanófilos, pero frente a ella el matrimonio se



situaba, junto a las clases trabajadoras y los intelectuales españoles, a favor de los aliados.

Un segundo embarazo aumentó hasta cuatro los componentes de la familia: el 8 de diciembre nació una niña, que enlazó con su nombre el recuerdo de la abuela paterna María, recientemente fallecida, y el nombre de su madre, Isabel. A la recién nacida María Isabel la llamaron para siempre Marissa.

Ceferino miraba con ojos emocionados el pequeño bulto envuelto en una sábana blanca.

—¿No hubieras preferido otro niño? —preguntó a la madre, todavía lastimada por los dolores del parto.

—Desde que he visto la guerra y sus horrores, por esta vez, ¡deseaba una niña! —exclamó ella con dolor en el alma.

Al poco, la familia se instaló en un piso cercano a la Castellana, que se convirtió en centro de reunión de artistas, periodistas y amigos. Por allí pasaron el músico Andrés Segovia y las hermanas Graa, suizas de origen lituano: Trudy, casada con el escritor y político socialista Luis Araquistáin; y Luisi, que poco después se uniría al periodista y jurista Julio Álvarez del Vayo. Las discusiones sobre la guerra europea, las injusticias sociales o el cultivo del arte llenaban las horas de reunión y los anfitriones e invitados se sentían llenos de energía y de anhelos de mejorar el mundo.

A partir de un similar deseo de trabajo nació en 1917 un periódico liberal favorable a los aliados: *El Sol*, bajo la dirección del filósofo José Ortega y Gasset, que contó con colaboradores destacados: Luis Araquistáin, Ramón Pérez de Ayala, Salvador de Madariaga, el famoso doctor Gregorio Marañón, el dibujante Bagaría... e incluso la colaboración esporádica de Emilia Pardo Bazán. Isabel, ya conocida como articulista en distintos medios, iba a cumplir una antigua ilusión: ella era la encargada de comentar la decoración y vestuario de todos los estrenos teatrales madrileños. Como los teatros daban dos sesiones diarias, una a las seis de la tarde y la segunda a las once menos cuarto, *Ela* se veía obligada a





refugiarse en un café a la salida de la última función para redactar rápidamente una crónica que se editaría en la edición de *El Sol* de la mañana. Allí se reunían en alborotado intercambio de opiniones Manuel Azaña, Valle-Inclán, Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra y muchos más... Por fin, se estaban cumpliendo los sueños: Isabel asistía a todos los estrenos, se codeaba con los intelectuales más admirados, se hallaba en una atmósfera que amaba porque le permitía volcar todas sus capacidades, todos sus intereses, todas sus ilusiones...

Un amanecer, junto al retrato de la mujer con mantilla, *Ela* encontró una sorpresa ideada por Cefe: una reproducción de la efigie de Beatriz Galindo, la maestra de latín de la reina Isabel de Castilla.

—¿Qué me quieres decir? —le preguntó soñolienta.

—¡Mírala! ¡Mírate! Mira esa frente inteligente y soñadora: es igual que la tuya. Mira los ojos, con la determinación del asceta o del suicida... mira la boca, plegada en un suspiro que dice “yo quiero”. Tú eres esa Beatriz Galindo, la Latina, la mujer sabia, la luchadora, la preceptora de reinas y el ejemplo de mujeres.

Isabel se desmadejó en un espasmo de risa, besó a su marido y al poco volvió a comparar los retratos.

—Por ti y por tu idea, de ahora en adelante, firmaré mis artículos con el nombre de la docta dama. Desde hoy —concluyó con voz cómicamente ceremoniosa—, adoptaré para mis artículos de *El Sol* el nombre de la mujer letrada: seré *Beatriz Galindo*.

Y fue *Beatriz Galindo* la que, junto a los artículos teatrales, firmó una columna diaria dedicada a la mujer, desde el 3 de diciembre de 1917 hasta el 17 de enero de 1919, bajo el título de “Diario de la mujer” primero y después “Crónicas femeninas”. Allí se despachó con libertad en los temas que se viera obligada a silenciar en *La Dama y la Vida Ilustrada* por la necesidad de vender la revista: el voto femenino, la deplorable educación que recibían las mujeres, la injusticia de la infancia pobre, la salud, el derecho de la mujer al trabajo, la detestable doble moralidad con que se juzgaba a





los dos sexos, las lecturas femeninas... e incluso la moda en Europa y la belleza, que sólo podía nacer unida a la higiene de las costumbres y a la vida saludable.

Tras acabar su jornada de trabajo a Isabel le gustaba demorarse interpretando los perfiles de su doble retrato. La mano de Cefe había dotado a aquella mujer con mantilla de un guiño de color que simulaba la mirada de Beatriz Galindo. Quizás desde su sueño eterno La Latina se deleitaba, como en un cuento de hadas, suponiendo que una mano de artista la resucitaba de nuevo a la vida...

Mientras terminaba la Guerra Europea, el otoño de 1918 discurría plácidamente en España y, quizás, los madrileños aprovechaban las tardes libres del domingo para pasear lánguidamente por el centro de la ciudad. Isabel y Cefe, en compañía de sus hijos, acostumbraban a recorrer a media tarde las calles principales saludando a antiguos conocidos. Uno de aquellos días el tumulto de viandantes les situó detrás de una curiosa pareja formada por dos elegantes mujeres: una de ellas, muy corpulenta y vestida de negro, parecía arrastrar con su envergadura a otra mucho más delgada, que se apoyaba en su brazo disimulando la asimetría de sus pasos, que se demoraban por causa de una ligera cojera. Las caderas de las dos damas se balanceaban con ritmo acompasado y se alejaban o acercaban desde la distancia hasta coincidir en un ligero choque cadencioso. Observando sus pasos, a Isabel se le quería venir a la cabeza la incertidumbre de un recuerdo que no conseguía renacer...

Después de un tiempo, la más delgada se volvió para mirar la serpiente de colores que constituía la multitud y examinó al matrimonio que seguía sus pasos.

—¡Isabel Oyarzábal! —exclamó, sorprendida.



—¡María Dolores! —respondió ella reconociendo a una amiga de la infancia malagueña.

Ceferino observó cómo se abrazaban las dos mujeres e intentó recordar la imagen de aquella chica que sólo había visto una vez cuando conoció a Isabel, en su primera visita a Málaga. Por sí mismo nunca hubiera llegado a distinguirla, ya que si el recuerdo era bastante difuso y anodino, la mujer que ahora abrazaba a su esposa era una joven elegante y bellísima que quitaba la respiración apuñalando a los circundantes con sus preciosos ojos verdes.

—Y ésta es María Espinosa de los Monteros, la presidenta de la Casa Yost en Madrid. ¿No la conocíais? Somos amigas desde hace unos años, cuando coincidimos en Estepona... —siguió María Dolores completando las presentaciones.

Isabel sólo conocía de oídas a María Espinosa, una de las mujeres más famosas de Madrid, pero sabía que recientemente le habían concedido la Cruz de la Orden Civil de Alfonso XIII, a petición de varios centros docentes y del Consejo Superior de Instrucción Pública. La señora, con una gran sonrisa que traslucía bien a las claras lo contenta que se sentía de sí misma, estaba tocada con un gran sombrero negro, adornado con una ligera pluma, y cubría su figura poderosa con camisa blanca de amplio cuello y una gruesa chaqueta cruzada, de cierto corte masculino, y unas larguísimas y pesadas faldas que casi arrastraban por el suelo. Isabel, sin poder evitar la curiosidad malévolamente, buscaba con la mirada la Cruz de la Orden Civil, por si aún la conservaba prendida en el pecho.

—Y es que María me ha llamado con urgencia para que viniera desde Málaga a Madrid para ayudar... —continuaba María Dolores.

Isabel y Cefe, realmente sorprendidos, inclinaron a un lado la cabeza como para oír con más claridad la causa de la ayuda.

—He fundado una asociación feminista, ¡la primera en Madrid! —intervino la directora de la Casa Yost con gran seriedad—,





y necesito urgentemente el auxilio de todas las mujeres españolas que estén dispuestas a laborar por la dignificación de nuestro sexo.

Cefe, por cortesía, disimuló la displicente sonrisa que le empezaba a asomar en los labios, pero Isabel recordó las experiencias de sus viajes juveniles a Escocia, cuando su prima Eunice Guthrie Murray le presentó a Charlotte Despard, y se sorprendió agradablemente al comprobar que sus doctrinas habían calado en España hasta el punto de interesar a aquella antigua conocida malagueña.

—¿Y ya tienen algunas afiliadas? —preguntó dubitativa Isabel, recontando en su interior las plausibles dificultades para prender la llama feminista entre la burguesía española.

María Espinosa se esponjó en una sonrisa triunfal.

—Querida... ¡Somos más de las que yo misma había imaginado!

El encuentro con María Dolores, después de tantos años, sirvió para avivar una amistad que había permanecido durante este tiempo dormida. Isabel ardía en deseos de reanudar las confidencias, pero a Ceferino, por otros motivos, también le agradó el reencuentro.

—¿Crees que tu amiga consentiría en que la retratase? ¡Tiene unos ojos estupendos!

Así que María Dolores comenzó a menudear sus visitas a casa de los Palencia, en unas ocasiones por mor del retrato y en otras para recabar la colaboración de Isabel para la asociación feminista. Aunque ya existían algunas sociedades en Valencia y Barcelona, la primera sociedad femenina se había fundado en Madrid a raíz de una reunión celebrada el 20 de octubre en casa de María Espinosa.

—En realidad, todo ha nacido por el empeño de una periodista que se llama *Celsia Regis*...

—¿Periodista? —se extrañó Isabel.

—No es periodista, pero publica una revista, *La Voz de la Mujer*. Antes fue maestra y enfermera durante un par de años en



Melilla. Su verdadero nombre es Consuelo González Ramos y tuvo la ocurrencia de reunir a unas cuantas mujeres para sacar su iniciativa adelante. Allí se ideó el nombre de la Asociación Nacional de Mujeres de España y ella misma nombró a María Espinosa como Presidenta. ¡Tenemos que colaborar extendiendo el ideario feminista! ¡Hay que acabar con la minoría de edad que sufrimos las mujeres! Tú sabes que la mujer casada depende para todo del marido: no puede trabajar, no puede administrar su dinero, no tiene ninguna potestad sobre los hijos...

—¿Por eso tú aún no te has casado? —le preguntó Isabel como haciendo una broma.

—No es sólo por eso... Mi vida es muy complicada... Pero tú que siempre has sido rebelde, y hoy casi puedo decir que fue tu ejemplo el que me enseñó a mí a serlo, no debes consentir que siga esta situación sin intentar mejorarla...

Isabel no tenía tiempo para emplearlo en reuniones femeninas. Entre el trabajo del periódico *El Sol*, el cuidado de los hijos, las traducciones, los engorros de la vida doméstica y otras muchas obligaciones añadidas sentía su existencia totalmente colapsada. Por otra parte, la convivencia con Ceferino no le resultaba opresiva aunque la ley la obligase a depender del marido: él jamás haría nada que ella no desease ni, por supuesto, la podría obligar contra su voluntad.

—Pero no eres sólo tú... —insistía su amiga— ¡Hay tantas mujeres desgraciadas! ¡Cuántos maridos se gastan el sueldo en vino mientras los hijos se mueren de hambre, cuando sólo es el hombre el que puede disponer del dinero! ¡Cuántas mujeres se ven obligadas a aceptar a un esposo que las engaña con otra! ¿No conoces el famoso artículo 438 del Código Penal?

—Sí, ya sé... —se obligaba Isabel a responder— Si el marido sorprende a la mujer en adulterio y la mata a ella o al amante, queda libre de pena o sufre, como mucho, destierro. Pero si es la mujer la que sorprende al marido y lo mata, va siempre a la cárcel... ¡Ese nunca será mi problema!



—¿Y el derecho al sufragio? ¿Aceptas que puedan votar los dementes y que tú...? —se interrumpía la joven— ¿Y la investigación de la paternidad? ¿Y la custodia de los hijos? Si una viuda se vuelve a casar, ni siquiera tiene la patria potestad sobre los hijos del matrimonio anterior...

Isabel suspiraba, ya que no podía quitarle la razón, y su visitante aprovechaba para estrechar el cerco.

—Precisamente necesitamos mujeres como tú, que eres culta, que eres periodista, que hablas idiomas... Nos ayudarías a dar conferencias, a traducir las revistas extranjeras, a escribir cartas a las feministas de los otros países de Europa... ¡Nos ayudarías aunque sólo fuera con tu ejemplo!

Y así, en parte por no desairar a su amiga y en parte porque reconocía que era necesario que las mujeres reivindicasesen sus derechos, *Ela* se afilió a la ANME, aunque sabía que carecía del tiempo necesario para atender a todas aquellas obligaciones. Las lejanas horas de su infancia en compañía de María Dolores, aunque fueran entrañables desde la distancia del recuerdo, habían resultado vacías y desesperanzadas de ilusiones, pero las horas de su nueva y activa vida madrileña se convertían en una vorágine estimulante aunque agotadora.

En su recién estrenada militancia feminista, Isabel coincidió con Dolores Velasco de Alamán, vicepresidenta de la Asociación; Julia Peguero de Trallero, secretaria general; Luisa Salinas de Gorostidi, vicesecretaria; Ana Picar, tesorera; Benita Asas Manterola, contadora, y con otras vocales: María Valero de Mazas, María Martos de Baeza, Pilar Gutiérrez, Julia Pérez Baza, Natividad Albertos, Emilia Pastor, Isabel Alda... Al poco tiempo, por ciertas desavenencias con la Presidenta que *Ela* nunca conoció del todo, se dio repentinamente de baja su fundadora, *Celsia Regis*, pero la Asociación siguió adelante ampliando su círculo. Se daban conferencias, se hacían manifiestos acerca de cualesquiera circunstancias políticas, se celebraban comidas con las obreras, se redactaban estatutos... María Dolores ocupaba todo su tiempo en

trabajar para la Asociación y llevaba a casa de la amiga, siempre atareada, cada una de sus actuaciones:

—Artículo 1º de los Estatutos de la ANME: “Oponerse por cuantos medios estén al alcance de la Asociación, a todo propósito, acto o manifestación que atente contra la integridad del territorio nacional”... —y explicaba ante la mirada inquisitiva de su amiga— Sí, esta declaración es muy necesaria: ya sabes que a las feministas nos tachan siempre de locas y nos comparan con las inglesotas encadenadas a las farolas... Artículo 2º... Artículo 4º: “Considerar a la mujer elegible para cargos populares públicos”. Artículo 12: “Personalidad jurídica completa para la mujer...” Artículo 16º: “Desaparición del bochornoso artículo 438 del Código Penal”. Artículo 18º: “Castigo a los malos tratos a la mujer...” Pero también, una novedad para el artículo 34º: “Declarar obligatoria la enseñanza elemental de las criadas...” Y hay otros artículos para el niño: la investigación de la paternidad, el derecho a la lactancia de las madres, que se cumpla la ley del trabajo del niño...

—Sí... ¡Que se cumpla! ¡Que se cumpla! —suspiraba Isabel distraídamente, limpiando a sus hijos los mocos o recogiendo las cuartillas de su máquina de escribir o revisando la lista de la compra.

Ceferino, aunque ironizaba cortésmente sobre los propósitos de la ANME y sus hipotéticos triunfos, procuraba no molestar durante las visitas de María Dolores. En compensación, ella, que lo admiraba, posaba para él en uno de sus cuadros. A pesar de la quietud obligada, corría entre ellos una oculta corriente de amistad.

—¿Seguirás siempre soltera? —le preguntaba él, curioso—. ¿Ningún hombre ha tenido la suerte de conquistar tu cariño?

—Por ahora, ninguno —contestaba ella.

—¿Tan inabordables son las mujeres feministas? ¿No habrá nadie capaz de hacer surgir la pasión en esos ojos verdes?

Ella sonreía con cierta coquetería retadora.

—Por ahora, no hay nadie.



—¿Ni un solo hombre te merece?

—¡Yo no he tenido la suerte de Isabel! —acabó concluyendo ella con una mezcla de ironía y de despecho.

Las cosas estaban cambiando en España y, en muy poco tiempo, se fundaron otras asociaciones femeninas: primero la Unión de Mujeres de España, a finales de 1918, muy similar a la ANME; poco después la Federación Internacional de *Celsia Regis*, en marzo de 1919; e incluso a instancias de la jerarquía eclesiástica, la Acción Católica de la Mujer, de la mano del arzobispo Guisasola.

—El feminismo no tiene nada que ver con la religión —sentenciaba Isabel—. Hacemos bien en declarar nuestra independencia ideológica.

—La Federación Internacional se ha creado para establecer contactos con las feministas portuguesas —comentaba María Dolores—. Parece que *Celsia Regis* tiene más interés en ellas que en nosotras...

—Y la Unión de Mujeres de España... ¿de dónde ha salido? —preguntaba Isabel, que, absorbida por su trabajo, no tenía tiempo de asimilar todas las novedades madrileñas.

—La ha fundado una marquesa, inglesa y francesa a la vez, una tal Lilly Rose Schenrich, casada con un diplomático español, Ramón Cabrera, Marqués del Ter y Conde de Morella, el hijo del militar carlista... Ella es la que subvenciona la asociación que, curiosamente, está orientada a las mujeres de todas las clases sociales y a las obreras. Se han apuntado algunas locas socialistas, como María Lezárraga, Carmen Eva Nelken, María de Lluria, Concepción Aleixandre, María Priego, María de Maeztu... ¡Qué risa! ¡La abeja reina, digo la marquesa inglesa, con sus obreras!

—¿Qué “locas”? ¡No digas eso! Nosotras también somos “locas”. A lo mejor es que todas queremos lo mismo... —sentenciaba Isabel, recordando las antiguas disputas en Málaga entre sus tíos Amalia y María.

—Si ellas quieren “lo mismo”... —se enardecía María Dolores— ¡que vengan a nuestra asociación! Pero no, ¡no es posible!



La Marquesa del Ter también quiere ser Presidenta de una sociedad feminista. Como en Inglaterra o en Francia no ha podido... tiene que agenciararse su propia asociación aquí en España. ¡No me gusta esa señora!

Y las mujeres de la ANME y las de la UME seguían laborando contra viento y marea, para conseguir los mismos ideales, era bien cierto, pero por caminos divergentes.

Isabel había asistido a muchos de los estrenos de Gregorio Martínez Sierra en el Teatro Eslava: *Rosina es frágil* y *Sueño de una noche de agosto* el año anterior, y en enero de 1919, *Sol de la aldea*, escrita por J. Gordini. Siempre había sido elogiosa en sus críticas: la puesta en escena, el gusto por el detalle bien hecho, el ritmo adecuado de cada representación... Sin embargo, aquel señor delgadito, con sus grandes bigotes y su aspecto atildado le producía una sensación contradictoria. Director de teatro, impulsor de revistas modernistas... ¡y además escritor feminista! Gregorio Martínez Sierra llevaba varios años publicando encendidos artículos dedicados a las mujeres en la Revista *Blanco y Negro*, donde las animaba a leer, a trabajar, a educarse, a salir de la apatía secular que padecían muchas españolas; y en los últimos tiempos seguía publicitando el credo feminista en *ABC* a través de una encuesta realizada a una gran cantidad de personajes famosos donde se traslucía su apoyo incondicional a las pretensiones sufragistas. Todo aquello era muy raro... ¡Un caballero sufragista...!

—¡Todo es una farsa! ¡No es él! ¡No es él! —se encendió María Dolores en una de las visitas en que salió el tema a colación.

Estaba próximo el verano y la calidez de la calle encendía las pasiones en los corazones.

— Todo el mundo en Madrid sabe que su mujer, María Lezárraga, o mejor, María Martínez Sierra, como firma desde hace





un tiempo, es la que realmente escribe para él todo lo que produce –añadió.

–Lo cierto es que yo también lo había oído –concedió Isabel–. Él se ocupa de los asuntos públicos y de la dirección de las obras, mientras que su mujer en la trastienda le escribe los diálogos. ¡Por eso sus obras son tan dulces y tan femeninas!

–Y los artículos feministas, aunque los firme él, también se los dicta detrás de la oreja su mujer –terció con malicia Ceferino, que acababa de incorporarse a la conversación–. ¡A un hombre nunca se le ocurrirían esas tonterías!

Mientras Cefe salía apresuradamente después de recibir la mirada cómicamente furibunda de las dos mujeres, ellas siguieron hablando.

–Evidentemente la autora de casi todo es María, especialmente de los artículos dedicados a las mujeres... –dijo Isabel–. Cefe tiene razón en que a un hombre no le interesan esos temas tanto como a nosotras. Pero, ¿por qué María Lezárraga no firmará con su nombre?

–No sé –contestó María Dolores–. Hasta ahora no se había atrevido nunca a dar la cara... Pero desde que se fundó, trabaja para las de la UME... ¡La Unión de Mujeres de España de la Marquesa del Ter! Seguramente será para vengarse de su marido...

–Escribe para el marido, ahora se quiere vengar... ¡No te entiendo!

–Hace mucho tiempo que Gregorio la engaña con la primera actriz de su empresa teatral, Catalina Bárcena. Mejor dicho, no la engaña –se corrigió María Dolores–, porque incluso María Lezárraga sabe lo que hay... y ha seguido escribiendo para él sin quejarse. A lo mejor, por despecho, ahora ha decidido salir del anonimato y convertirse en una fiera sufragista.

–¡Qué indignidad! –suspiró Isabel, pensando en el marido adúltero.

María Dolores pasó al estudio de Cefe, que pronto acabaría el retrato, e Isabel quedó meditando. ¡Qué mala suerte la de muchas





mujeres! Debía ser lamentable estar supeditada a un hombre que, después de alcanzar la gloria gracias a la ayuda de su mujer, la abandona por otra. Afortunadamente, a ella nunca le pasaría esa infamia.

Escribir para que otro reciba la gloria... ¡Qué extraño! Sin embargo, si María hubiera firmado las obras famosas, *Canción de cuna* o *El amor brujo*, ¿habría triunfado también? ¿O se habrían reído de ella y jamás hubiera podido estrenarlas? Quizás con los artículos femeninos pasaba lo mismo... Ella misma también hacía dos años comenzó en *El Sol* con dos pomposos artículos sobre el voto, titulados “El sufragio femenino. Lo que significa el derecho a votar”, que no habían tenido demasiado eco. Sin embargo, si era Gregorio Martínez Sierra, “el amigo de las mujeres”, el que lo decía... la cosa parecía a todos mucho más interesante.

Una carcajada tintineante que venía de la habitación de al lado sobresaltó a Isabel y la distrajo de sus elucubraciones. Cuando *Ela* entró en el estudio María Dolores, con el rostro encendido, se abanicaba brevemente mientras retomaba la postura de la pose. La anfitriona fue expeditiva.

—Tenemos que mejorar nuestras relaciones —María Dolores y Cefe la miraron sorprendidos sin comprender—. La ANME y la UME deben estar en contacto. Si es preciso, yo misma iré a buscar a María Lezárraga para que sirva de puente. Una mujer tan cultivada como ella debe estar abierta a la colaboración.

—¿A la colaboración? —intervino Cefe, y añadió riendo:— Sí, seguro que está muy acostumbrada a la colaboración... ¡Escribe las comedias que protagoniza la amante de su marido!

—Ceferino, ¡no seas tan cruel! —le reclamó Isabel, pero él y María Dolores reían.

A los pocos días *Ela* y María Dolores, a quien había conseguido convencer, se presentaron en el despacho de María Espinosa para proponerle una entrevista con la directiva de la UME. Después de esperar brevemente en una habitación contigua, una empleada les pasó a una estancia sobriamente adornada: en las



paredes algunos anaqueles presentaban distintos modelos de máquinas de escribir de la marca Yost, sobre el suelo barnizado una tupida alfombra amortiguaba las pisadas, frente a la puerta una gran ventana dejaba pasar la luz de la tarde. De espaldas a los ventanales y tras una enorme mesa llena de cartapacios de colores, la Directora de la Casa parecía aún más alta y más gruesa que cuando caminaba por la calle. Sin embargo, en relación con los contactos con la UME, había una novedad que ninguna había previsto y que tomaba cuerpo en un documento que María Espinosa esgrimía ante ellas como si fuera una espada con la que quisiera sacarles los ojos.

—¡Y tiene fecha de 25 de junio de este mismo año, 1919!

Isabel y María Dolores necesitaron algunas explicaciones.

—La Marquesa del Ter acaba de fundar un Consejo Nacional de Mujeres, anotado recientemente en el libro de Registro de Asociaciones con el número de orden 3.356. ¿Y para qué sirve un Consejo Nacional de Mujeres, queridas amigas? —pausa con efecto, antes de seguir—: Ahí está el Conseil National des Femmes Françaises, el Consejo Nacional de Mujeres de Argentina o el de Mujeres de Alemania... —María Espinosa en ese instante las miró como si quisiera acribillarlas y siguió remarcando cada sílaba—. Pues bien, los Consejos Nacionales de los distintos países sirven para establecer contactos entre las feministas de todo el universo, sirven para que las mujeres del mundo entero se unan... Ahora mismo la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer engloba a diversas asociaciones de distintas naciones...

—Ya conocemos los trabajos de la Alianza —interrumpió Isabel para poder preguntar con incredulidad—: ¿Y ellas han fundado un Consejo Nacional... sin contar con nosotras?

María Espinosa estalló en una carcajada sonora.

—¿Sin contar con nosotras? Las de la UME han inscrito su Consejo Nacional de Mujeres sin contar con la Asociación Nacional de Mujeres de España, sin contar con la Liga Española para el Progreso de la Mujer ni con la Sociedad Concepción Arenal, de Valencia; sin contar con La Mujer del Porvenir ni con la Sociedad





Progresiva Femenina de Barcelona... ¡No han contado con ninguna de las que estábamos antes! ¿Y vosotras queréis tender puentes a la UME?

—Es posible que exista alguna explicación... —intentó justificar Isabel.

—¿Explicación? —estalló María Dolores—. La única explicación está en que la Marquesa del Ter nos quiere arrebatar cualquier tipo de influencia o de representatividad entre las mujeres de nuestro país. Quiere que la suya sea la única asociación femenina de España... aunque ella misma tampoco sea española.

Al ver el efecto de sus informaciones en sus visitantes, María Espinosa templó su enfado.

—La Marquesa del Ter se ha creído que puede venir de fuera a darnos lecciones a las españolas o a enseñarnos a votar. No comprende que, desde aquí, nosotras también sabemos organizarnos.

—¿Y por qué esa prisa en registrar un Consejo Nacional que solamente está integrado por ella? —se extrañó María Dolores.

—Seguramente está previendo contactar con la Alianza Internacional o con otras organizaciones internacionales... —sugirió pensativa María Espinosa—. Habrá previsto esa fórmula para adelantarnos...

—Bueno —terció Isabel—. Hace años que recibo *Ius Suffragii*, la revista de la Alianza... Podría escribir para informarles de nuestra asociación... Eso no puede perjudicar a nadie...

—¡Eso es! —exclamó María Espinosa.

María Dolores miró con orgullo a su amiga y se prendió de su brazo para susurrarle:

—¿Comprendes ahora por qué te necesitábamos? En España hacen falta las mujeres como tú: capaces de exigir sus derechos y de expresarse en francés o en inglés, capaces de relacionarnos con otras mujeres del mundo...

Tal y como acordaron, Isabel redactó una nota para *Ius Suffragii* donde se daba cuenta de la fundación de la ANME, de sus





iniciativas y de las ilusiones de las españolas por conseguir el voto, pero no por ello descartó la idea de reunirse con alguna integrante de la UME para intentar cierta comunicación.

La oportunidad surgió de improviso en una tarde lluviosa, cuando Isabel se refugió en un café después de asistir a la función teatral de las seis para esperar a la de las once. En una de las mesas del fondo Carmen de Burgos, *Colombine*, periodista de *El Heraldo de Madrid*, compartía mesa con María Lezárraga. Aunque había coincidido con cualquiera de las dos en más de una ocasión, la reciente enemistad entre sus respectivas sociedades propició que *Ela* se acercase, absolutamente envarada, sin saber qué excusa poner para comenzar la conversación. Sin embargo, el carácter excesivo y extravagante de *Colombine* era capaz de facilitar (o a veces de dificultar) cualquier contacto. Al reconocer a Isabel, alzando su taza de café, la saludó con voz estridente:

—¡Viva el sufragio de la mujer! ¡Vivan las mujeres de España!

María Lezárraga, aferrada a su taza vacía, se encogió de hombros tras una leve sonrisa y con un guiño tímido quiso disimular el naciente sonrojo que su amiga le provocaba. Señaló a Isabel una silla vacía como solicitando disculpas.

—Solamente he dicho mujeres de España —siguió *Colombine* con sus bromas— por evitar el nombre de vuestra Asociación y el de la Unión de María. ¡Por fin, aquí, alrededor de esta mesa de café, estamos las mujeres: asociadas y unidas!

María Lezárraga, mucho más reservada que su compañera, quiso encauzar la conversación por derroteros menos escarpados.

—No hay que hacer mucho caso de las bromas de nuestra *Colombine*: si a veces nos parece ruidosa en demasía, eso se debe a su gran corazón...

Isabel, pues la ayudaban, quiso también ayudar a construir la concordia.

—Desde luego, hace falta un gran corazón para hacer lo que ella ha hecho: casi ninguna nos hubiéramos atrevido a ser





corresponsal en la Guerra de Marruecos... ¡Qué extraordinario valor hará falta para acercarse de ese modo a las trincheras!

Carmen de Burgos se esponjó reconfortada.

—¡Lo hice igualito que un hombre! ¡Como los hombres, o aún mejor! —a continuación, por lo bajo, añadió con picardía— Y el miedo que pasé fue... el mismo, el mismito que pasan los hombres... Sin embargo, esto sólo lo puedo confesar ante las mujeres asociadas y unidas.

María Lezárraga la miró en esta ocasión con cierto reproche.

—Quizás *Beatriz Galindo* prefiera hablar de algo distinto al delirio de la guerra... Por ahora, a las mujeres nos corresponde luchar por la paz... Cuando nosotras tengamos el gobierno del mundo jamás consentiremos en que nuestros hijos vayan a la guerra, ¿no estás de acuerdo, Isabel?

Ela dudaba.

—Si estuviera en peligro la patria... nuestro deber...

Colombine volvió a las andadas.

—¿Qué debemos las mujeres a la patria? ¿Qué me dio a mí la patria cuando vine a Madrid con mi niña en brazos por huir de un marido borracho? ¿A quién le debo mis estudios, que hice a contracorriente, y mis oposiciones de maestra? Y más tarde también he sido yo sola, con mis pobres fuerzas de mujer, la que se ha roto las uñas golpeando las puertas de los periódicos hasta conseguir que admitieran mis artículos sobre modas o recetas de cocina. Quizás otros hayan partido de una situación personal más ventajosa para triunfar...

A Isabel le pareció que aquello encubría una velada alusión indirecta y le devolvió una mirada rencorosa, pero María Lezárraga intentaba dirigir la conversación a buen puerto.

—Como bien sabes, querida *Colombine*, por eso hemos fundado nuestra asociación: para ayudar a las mujeres que, como tú, repletas de virtudes y de inteligencia, pero también de ilusiones, han querido sumarse a la España valiente y activa. Y por eso en la UME



caben todas las mujeres, desde las obreras hasta las damas más cultivadas...

Aquello era demasiado. María Lezárraga era también maestra, hija de un médico rural, educada a fuerza de voluntarismo y de lecturas solitarias, e Isabel pensó erróneamente que con la mención a las obreras estaba aludiendo despectivamente a su procedencia aristocrática. Se puso en pie y se disculpó para salir, renunciando a ulteriores esfuerzos de concordia.

En la calle había dejado de llover, pero la humedad le templó el ardor de las sienes.

—¿Qué pensarán de mí? —se preguntaba—. ¡Seguro que suponen que a mí me ha traído la vida una suerte que no he merecido!

Y por la rabia comenzó a caminar sin sentido. Era injusto que las otras empequeñecieran sus méritos. Ella también había tenido que pelear fieramente para hacerse un hueco más allá del papel que le asignaron el día de su nacimiento. Ella también se había hecho a sí misma y, aunque en un principio disfrutase de todas las comodidades familiares, a las que por propia voluntad renunció al casarse, precisamente por esa renuncia había batallado igual que las que partieron de cero. Si decidió rechazar las ventajas gratuitas para elegir el esfuerzo, siempre en contra de la opinión de los más allegados, ¿esto no valía tanto o más que el tesón de quien había salido de la nada? ¿Es que su valor no servía?

El disgusto le fue robando la razón y concluyó que María Dolores no estaba equivocada: las mujeres de la UME eran vulgares y groseras. Creían merecer en exclusiva el derecho a la rebeldía y el deseo de justicia... Y mientras recordaba a su Presidenta, la “marquesa inglesa” que sufragaba los gastos, se le vinieron a la cabeza las palabras de su amiga, “la abeja reina con sus obreras”, y acabó sonriendo.

El día 17 de noviembre *El País*, *El Imparcial* y algún otro periódico traían una nota sorprendente: la UME convocaba a las delegadas de “cuantas asociaciones femeninas quisieran coordinar su trabajo” a una reunión en su sede, presumiblemente con el objetivo de que se sumaran al Consejo Nacional.

—“La comisión organizadora ruega que se den por invitadas aquellas entidades que no hubieran recibido especial invitación” —leyó sarcásticamente Isabel— ¿Qué invitación hemos podido recibir? ¡Se habrá extraviado por el camino!

—¿No han tardado un poco, desde el mes de junio, para la constitución definitiva de ese Consejo? —preguntaba María Espinosa— ¿Qué cartas esconden debajo de la manga?

La reunión, efectivamente, se celebró el día 20 de noviembre y, como era de esperar, no asistió ninguna otra asociación a excepción de la Federación Internacional de *Celsia Regis*, por lo que se eligió por unanimidad como presidenta de un Consejo Nacional que representaría a las españolas en el extranjero a la Marquesa del Ter, y como vicepresidentas, a la doctora Concepción Aleixandre y a *Celsia Regis*.

Sin embargo, las seguidoras de María Espinosa habían previsto un desenlace distinto. Ana Carvia Bernal, la valenciana fundadora de la revista *Redención* y de la primera sociedad femenina española, la Liga Española para el Progreso de la Mujer, había acudido a la llamada de la ANME y traía en las manos la delegación de la otra asociación valenciana, la Sociedad Concepción Arenal, y de las dos catalanas, La Mujer del Porvenir y la Sociedad Progresiva Femenina.

—Hoy es un día importante para las mujeres de España —declaró solemnemente la presidenta de la ANME, en su despacho de la casa Yost, ante una docena de mujeres—. Hoy nos hermanamos aquí cinco asociaciones femeninas con sus distintas delegaciones en toda España... para constituir... ¡para constituir el Consejo Supremo Feminista de España, la más alta representación nacional ante el mundo entero!



El nacimiento del Consejo Supremo, emulando el surgimiento de su hermano siamés, el Consejo Nacional, se celebró con champán, aunque no se llegase a inscribir en el Registro de Asociaciones, y todas quedaron conformes.

Sin embargo, Ceferino, en casa, no participaba del entusiasmo de su esposa.

—¡Estáis locas! ¡Un Consejo Nacional y un Consejo Supremo! ¿A quién le puede convencer semejante despropósito? ¿De verdad crees que las mujeres, de este modo, podríais llegar a gobernar?

Isabel se tragaba la rabia y se obcecaba en seguir adelante. Tampoco los hombres eran un dechado de virtudes políticas, ni “sus leyes” resultaban en todos los casos adecuadas o morales. Todos los inicios son áridos... Pero lo que a *Ela* más le dolía era esa actitud de desprecio displicente de Cefe al enjuiciar los avances femeninos. ¿Es que no había disensiones en los partidos políticos de los hombres? ¿No había traiciones, envidias o bajezas? Sin embargo, las mujeres habían fundado algo mucho más práctico y sencillo: su criatura ni siquiera se parecía todavía a ningún partido dispuesto a gobernar, apenas había nacido en forma de simples sociedades deseosas de corregir las injusticias del hombre, deseosas de proteger a la mujer indefensa, de ayudarle a sacar adelante a sus hijos, de enseñarle a vivir...

El primer día de diciembre Isabel plantó ante la vista de su marido la primicia que le había ocultado desde hacía unos días: ella misma firmaba un artículo en *El Sol* donde anunciable que se había difundido a través del *New York Tribune* la próxima visita de una representante de la Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer, que iba a llegar a Madrid para gestionar la celebración de su octavo Congreso Internacional.

—¡El primero después de la guerra europea! —se pavoneaba Isabel— Y precisamente la Alianza quiere celebrarlo en España porque ha sido un país neutral en la contienda... Este es el lugar adecuado para que se reúnan inglesas, francesas, alemanas y



***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

belgas... Vendrán también mujeres de Rumanía, de Grecia, de América... ¡y hasta de Japón!

Sin embargo, la noticia del evento pronto se tiñó de sombras.

Chrystal Macmillan, delegada inglesa de la Alianza Internacional, arribó a Madrid el 22 de diciembre para organizar los preparativos del Congreso y al día siguiente ya se reunió en la Cátedra Pequeña del Ateneo con todas las mujeres interesadas en la celebración. Allí se dieron cita en incómoda asamblea todas aquellas que entre sí se seguían hurtando el saludo cuando coincidían por las calles de Madrid: desde la Marquesa del Ter, María Lejárraga, *Celsia Regis*, María de Maeztu, Matilde del Real, Concha Espina y Blanca de los Ríos, de la UME, hasta María Espinosa, Isabel Oyarzábal y Benita Asas Manterola, de la ANME. Al fondo de la sala, María de Echarri, acompañada de dos afiliadas de la Acción Católica de la Mujer y enviada por el Cardenal Guisasola, se entretenía en estirar los puños de la camisa bajo la manga del traje y recomponer el pañuelo que le protegía la garganta.

—Viene por invitación de la UME —susurró María Dolores al oído de Isabel señalando a Chrystal Macmillan—. La idea del Congreso en España no ha surgido en exclusiva de la Presidenta de la Alianza, como creímos. Quien ha convencido a Carrie Chapman Catt de que Madrid es una buena sede para su Congreso ha sido la Marquesa del Ter. Creo que se nos han adelantado...

Efectivamente, Chrystal Macmillan, enviada por la Presidenta de la Alianza, la americana Carrie Chapman Catt, compartía la mesa de reunión con la Marquesa del Ter y, al poco de comenzar el acto, nombró a María Lejárraga secretaria del Comité Español encargado de los preparativos del Congreso. Este Comité debía solventar las distintas necesidades organizativas y se dividiría en un subcomité de propaganda, otro de prensa, otro para el alojamiento de los congresistas y otro financiero.

—Es una gran distinción concedida a España que el octavo Congreso de la Alianza tenga lugar en Madrid —peroraba María





Lejárraga—. Y a nosotras, como buenas “amas de casa”, nos corresponde alojar a las congresistas que vengan de fuera, cada cual según sus posibilidades...

—¿Alojar a las congresistas como buenas “amas de casa”? —saltó Benita Asas Manterola— ¿Solamente alojar a las congresistas? ¿Y no podemos presentar estudios y propuestas? ¿No podemos participar en los debates y decisiones de la Alianza?

Chrystal Macmillan aclaró que las españolas no podrían tomar decisiones hasta que no se hubieran afiliado y que esta afiliación se perfeccionaría durante el propio Congreso. Además, todos los debates se realizarían en los idiomas oficiales de la Alianza: el inglés, el francés y el alemán.

Aquello pareció a María Espinosa una equivocación, y aprovechó la ocasión para manifestar su disgusto.

—¿Quieren decir que se va a celebrar en España un Congreso... en el que no se podrá hablar español?

Chrystal Macmillan sonrió con timidez y mostró la palma de sus manos, abiertas y desnudas, como implorando cortesía para las mujeres llegadas de fuera.

—¿En nuestra patria no hablar español? —volvió a preguntar, indignándose, la Presidenta de la ANME.

—Si lo consintiéramos, ¡mereceríamos que resucitara Cervantes para pedirnos cuentas de ese ultraje! —intervino María de Echarri, que había permanecido en silencio hasta entonces para ocultar su presencia, y al poco salió: en realidad nunca había sido partidaria del sufragio y con su asistencia al acto sólo procuraba entorpecerlo.

Al término de la reunión, las mujeres quedaron confundidas. La Marquesa del Ter y sus seguidoras no habían conseguido ganar la voluntad de sus competidoras, y éstas se mostraban recelosas ante la celebración del Congreso: no se podía hablar español, las sociedades hispanas aún no estaban afiliadas, no se podían tomar decisiones...



Pasaban los días y cada cual laboraba por su cuenta. María Espinosa pretendía extender su influencia y se afanaba para hacerse sitio en el centro del feminismo hispano.

—Lo ha explicado así en la Academia de Jurisprudencia y Legislación— relataba María Dolores—. En España hay tres tendencias distintas: la derecha, el centro y la izquierda. La ANME se sitúa en el centro. Y por eso desdeña tanto las ideas de derechas, que confunden el feminismo con la religión, como las de izquierdas, que nos quieren someter a los dictados de las extranjeras...

—Las españolas debemos pedir nuestros derechos en España y en español, sin subordinarnos ante las inglesas o las francesas —se oía como una letanía en la sede de la asociación.

Finalmente, de las acusaciones veladas entre la ANME y la UME se pasó al insulto descarado y las mujeres sufragistas se encontraron más divididas que nunca. María Espinosa clamaba contra el complejo de inferioridad que, según decía, mostraban sus competidoras frente a las extranjeras y se declaró abiertamente contraria a la celebración de un Congreso donde no se podría hablar en español; Carmen Eva Nelken, desde *La Tribuna*, la acusó de hacer gala de ostentación patriota; las de la ANME devolvieron el insulto a la Marquesa del Ter acusándola de no ser española... y los observadores reían o componían chistes ridiculizando el momento en que pudieran llegar a ser diputados las mujeres.

—No es así, no es así... —sugería Isabel a sus compañeras, pero no conseguía tampoco desviarse del camino errado.

Finalmente, para marzo de 1920, la Alianza Internacional decidió declinar el ofrecimiento de la UME de celebrar su Congreso en Madrid. Había llegado a sus oídos que se había concertado en España una campaña difamatoria contra su organización: en los círculos políticos y religiosos españoles corría la voz de que la asociación internacional pretendía realizar una conspiración contra la Iglesia Católica... Ante este cúmulo de inconveniencias no





merecía la pena aumentar la discordia, de modo que el octavo Congreso de la Alianza Internacional se celebraría en Ginebra.

Después de tantos disgustos y disputas, con la cancelación del evento en Madrid, las mujeres consiguieron, en cualquier caso, descansar. La UME apenas pudo sacar fuerzas de flaqueza después de que se rompieran sus ilusiones y se instaló en un melancólico pesimismo, mientras que la ANME se debatía entre si había merecido la pena discutir o si debieran haber aprovechado mejor la ocasión para relanzar el sufragio en España.

Un día de abril se presentó María Lezárraga ante la puerta del periódico *El Sol* en busca de Isabel. Parecía más triste que la última vez que se vieron, pero estaba animada de una resolución silenciosa. Acabada provisionalmente la contienda sufragista, ambas se miraron con la simpatía que nace de adivinar en el otro un mismo sentimiento de pudor.

—No sé si quieres saber... —le indicó la escritora con una revista en la mano—. Hemos estado tan distantes que no hemos podido ver lo que debíamos...

Isabel miró a los ojos a aquella mujer, apenas cuatro años mayor que ella, sensible y cultivada, y adivinó como en un espejo que estaba deseando combatir el desengaño al igual que ella. ¡Qué lástima de los pasos errados que las llevaron por caminos opuestos!

María Lezárraga, o María Martínez Sierra, la escritora que firmaba con el nombre de otro, le traía el número de abril de la *Revista Católica de Cuestiones Sociales*. Allí María de Echarri, en su columna habitual titulada “Crónica del movimiento católico femenino”, se vanagloriaba de los avances de la Acción Católica de la Mujer, de su crecimiento, de sus éxitos recientes... entre los que se encontraba el haber conseguido que no se celebrase en Madrid un Congreso izquierdista patrocinado por la Alianza Internacional, donde además tampoco se iba a hablar en español...

Isabel comprendió y, aunque se enfadaba, María la envolvió con su mirada bondadosa y resignada para dulcificar la mala suerte con una chispa de humor.





—¿Serían galgos o podencos? —preguntó queriendo restar importancia al asunto, en alusión a las disputas entre sus dos asociaciones.

Isabel rió levemente la broma y aprovechó para sugerir lo que llevaba tanto tiempo deseando.

—Paces?

—Paz. ¡Siempre paz! —concluyó la escritora.

Y las dos coincidieron de nuevo en un pensamiento mimético: el Congreso ya no era en Madrid, pero no todo estaba perdido. ¡Había que seguir trabajando!

—Iremos a Ginebra —casi dijeron a la par—. Como delegadas, como congresistas... ¡o como periodistas!

“Dice Robert Louis Stevenson que el viajero que al emprender la marcha no sabe desechar de sí toda preocupación no merece el privilegio de hacer el viaje. Sin embargo, salvar los mil inconvenientes anejos a pasaportes, autorizaciones, restricciones y Aduanas que hoy padecen los que a viajar se atreven supone un esfuerzo que, a veces, ensombrece la delicia de la aventura. Tales dificultades hacen más asombroso aún el esfuerzo realizado por las mujeres que han llegado a la espléndida ciudad de Ginebra con el objetivo de hacer oír su voz para reclamar sus derechos en todos los lugares del mundo. Entre ellas, merece especial reconocimiento la concurrencia de las delegadas de los pueblos combatientes, que han abandonado sus diferencias para unirse como hermanas en esta asamblea...”

“...Por ello podemos decir que, por medio de la mujer, hoy se ha restablecido la colaboración y fraternal cordialidad entre las naciones que la guerra separó con un mar de sangre. Y así, quedarán desde ahora integradas en la Alianza las mujeres de los más alejados lugares del mundo: envueltas en los pliegues de sus mantos cromáticos, las mujeres de Oriente y las indias de ojos



rasgados y tostada piel conversan con la rubia delegada escandinava...; las chinas impávidas y las dulces japonesas departen amistosamente con las mujeres latinas, de gráciles siluetas. Viendo esta ordenada confusión, es fácil anunciar que la unión definitiva de los pueblos ya no es una aspiración utópica, sino que se va a convertir en una sólida y consistente realidad...”

“...Y el sentimiento más arraigado en el corazón de todas las asistentes es el profundo deseo de paz y la tenaz oposición a la guerra: por ello es indescriptible el tono espiritual que se desprende del Congreso y que confiere a las mujeres que a él asisten una dignidad, una elevación de miras realmente extraordinarias...”

“...Por otra parte, es evidente que el feminismo opone un dique eficacísimo al temido mal de la vejez. Las mujeres aquí reunidas son hermosas, con la belleza que emana del trabajo realizado y de los anhelos hechos realidad: los cabellos blancos son corona triunfante y gloriosa de un esfuerzo prolongado; en las caras el tiempo no dejó más huella de su paso que una alegre serenidad, una suprema dignidad, una vibración de irresistible atractivo; los ojos, animados por llamaradas de entusiasmo, dulcificados por un sentimiento infinitamente tierno de humanidad, no pierden su profundo y magnético encanto...”

“...Entre las peticiones, la igualdad de remuneración del trabajo de la mujer y el del hombre y la absoluta igualdad de derechos entre ambos sexos. España también forma parte de varias Comisiones nombradas para estudiar los distintos problemas; por ejemplo, el Consejo Supremo Feminista de España trabaja en...”

Ceferino dobló el periódico y lo dejó encima de una silla de su estudio. Miró de nuevo el retrato de la mujer con mantilla y susurró que, de nuevo, ella había tenido razón en salir a procurar la justicia, esta vez entre los sexos, y nada menos que desde Ginebra. Además de escribir los artículos para *El Sol* estaba colaborando con Mrs. Abbott, la encargada de las publicaciones de la Alianza, para traducir al castellano el material que enviarían a la prensa internacional... ¡Su mujer entre la flor y nata de las intelectuales





europeas y americanas! Según le había dicho, tanto la UME como el Consejo Supremo habían solicitado su ingreso en la Alianza y habían sido admitidas con la misma representatividad. Se había realizado un gran trabajo y *Ela* estaba deseando seguir adelante: colaborar en los próximos congresos para llevar la voz de España al mundo entero, para solicitar la participación de las mujeres en los organismos internacionales, para extender su ejemplo y su mensaje de esperanza a todas aquellas que aún permanecían en una esclavitud más profunda que las españolas, a las que, en todo caso, había también que liberar... Ceferino recordó el día en que terminó el retrato de su esposa –una muchacha morena tocada con una mantilla negra, que observa de soslayo a quien la mira– y aquel otro día en que, entre bromas y veras, él mismo la había coronado con el nombre de *Beatriz Galindo*: la frente inteligente y soñadora, igual que la de ella; los ojos, con la determinación del asceta o del suicida, y la boca, plegada en un suspiro que dice “yo quiero”...

De improviso, se apoderó de él una extraña sensación agridulce: miró aquellas imágenes con añoranza melancólica y sintió que su mujer acaso estaba escapando de aquella región en que se habían refugiado los dos en el Quai d'Orsay el día del primer y verdadero encuentro. Su permanente vitalidad y el afán inextinguible de renacer con cada nuevo desafío la estaban aupando a regiones extrañas...

Cefe revisó la galería de retratos de su estudio, uno tras otro, y finalmente se serenó. La luz sobre el lienzo, que hacía nacer los contornos, el olor que desprendían las telas, la paleta irisada de matices... Había paisajes, figuras, retratos. ¡Qué afán, el de reflejar en un lienzo la vida! Fijar cada imagen y tenerla, como apresada entre las manos, para que no pudiera escapar... En la sucesión de paisajes, el bosque, la montaña o el mar; entre las figuras humanas, la imagen severa de algún hombre y unos cuantos tipos, graciosos y distintos, unos cuantos tipos diversos de mujer... Cefe acarició con la vista los contornos de cada obra y le resultó especialmente placentera aquella que juzgó quizás más parecida a un modelo real:





una mujer hermosa quería cobrar vida a pesar del ceñido abrazo proveniente del marco.

Cuando Isabel regresó, fue todo un torbellino de actividad y eficacia. Los artículos periodísticos se multiplicaron; la asistencia a conferencias, debates o mítines se hizo casi diaria; e incluso las cartas, los manifiestos y los contactos con otras mujeres parecían robarle hasta el tiempo necesario para respirar. Años atrás había traducido el tratado de *Psicología Sexual* de Havelok Ellis, el cual le había descubierto aspectos esenciales de la sexualidad que muchas españolas desconocían, y ahora, después de Ginebra, se atrevía a redactar un libro propio, dedicado a la psicología infantil, que más tarde se publicaría con el título de *El alma del niño*. Ese trabajo era una deuda contraída con sus hijos, ahora de once y siete años, el principal estímulo de su vida. A la vez, comenzó una de sus más duraderas aficiones para toda su vida: el estudio del folklore y los signos de la cultura popular y la colección de trajes y adornos regionales.

Sin embargo, a pesar de los felices resultados personales y sociales, algunas cosas en casa empezaron a dejar de funcionar bien. Cada día se mostraba más malhumorado. Aunque seguía cosechando éxitos con la pintura, en muchas ocasiones le asaltaba algún estímulo inconcreto que parecía distraerle y que le obligaba a salir al aire duro de la calle para serenarse, desesperado por la soledad de su estudio. Isabel se sorprendía de estos bruscos sobresaltos: él nunca se había comportado así. A la vuelta, los trazos enérgicos del pincel sobre el lienzo se convertían en dagas afiladas, y a veces terminaban por arruinar el dibujo.

—No le hagas caso —recomendaba María Dolores cuando *Ela* comenzaba la confidencia—. Los hombres no se merecen nuestros desvelos excesivos. Son como niños mimados, que sólo están



conformes cubiertos de atenciones... y por eso es preferible ignorarlos. ¡Que sea él el que se preocupe por ti!

Pero Cefe, en casa, casi siempre aparecía ensimismado y ausente. A veces se sobresaltaba al oír su nombre y otras veces se quedaba mirando a los niños o a su mujer con una fijeza extraña y desmedida. Con frecuencia se encerraba en su estudio y allí pasaba las horas obsesionado por comenzar un extraño retrato que no conseguía acabar de pergeñar.

Un día Isabel se enteró de que María Lezárraga, por fin, se había alejado de su marido: la actriz Catalina Bárcena había quedado embarazada y la propia escritora, por dignidad, había sugerido a Gregorio Martínez Sierra que tomase la determinación de vivir con ella. Aquello le hizo meditar y aplicar el caso a sus propios problemas... ¿Y si hubiera “algo” que Cefe pretendía ocultar? ¿Podrían deberse sus cambios de carácter a algún tipo de aventura inconfesable? Pero no, no era posible... Cuando se enamoraron, se juraron mutuamente la fidelidad eterna... Y si hubiera “algo”, habían acordado... si surgía alguna relación indebida fuera del matrimonio, los dos se habían comprometido a aclararlo, a confesarlo, antes de rebajarse a mancharse con el engaño, con esa mentira soez y vulgar que acababa destruyendo la felicidad de tantos matrimonios.

“Te quiero con toda la fuerza de mi alma y de mi corazón. Tequierocontodalafuerzademialmaydemicorazón. Te-quiero-con-toda-la-fuerza-de-mi-alma-y-de-mi-corazón”, recordó emocionada.

Ninguno de los dos, ni ella ni él, podría soportar la doble moral que permite engañar al ser querido... Ninguno podría degradarse tanto...

Cuando confesó sus reflexiones a María Dolores, ella rió extrañamente.

—No pienses en ello. Quizás sea mejor no saber...

—No saber? ¡Menuda respuesta! ¡Nunca era mejor no saber! Todo lo contrario: había que indagar en lo más profundo, había que adivinar todos los pensamientos del otro para asegurarse de que el





verdadero amor, su antigua fidelidad ingenua y sincera, no había sufrido el más mínimo menoscabo... Y sería tan preocupante un desliz efectivo como un simple ensueño sofocado a base de empeño.

—¿Celosita? —se indignó María Dolores— No tienes derecho a tanto... Querer a una persona sólo para ti con todas sus potencialidades y ensoñaciones es abrumadoramente egoísta. Mira a tu alrededor. El aire que respiras, el calor que te alienta, el empedrado que pisas con esos dos zapatitos tan lindos es el mismo que nos corresponde a cualquiera de los humanos que te rodeamos... No hay que exigir lo que la vida no quiere dar...

Isabel se irritó contra su amiga. ¿Cómo conformarse con ignorar las verdades? ¿Y qué sería aquello de no exigir lo que la vida no quiere dar? *Ela* pensaba “yo quiero”, “yo quiero totalmente”, “yo quiero todo en su integridad, sin ambages ni gradaciones”, y con ese “yo quiero” amaba a Cefe exactamente igual que el día en que se decidió a compartir su vida y a quererlo para siempre.

Cuando llegó a casa él no estaba. Ella paseó por todas las habitaciones y, a propósito, dejó para el final el registro del estudio. Allí observó los lienzos, con sus paisajes y retratos, intentando descubrir en sus contornos el misterio que enturbiaba su matrimonio, pero la rabia le impedía adivinar. En cuanto el marido regresó pretendió preguntarle y, como él no parecía excesivamente comunicativo, tampoco quiso presentarse inquisitiva o imprudente. Sin embargo, al rato se sorprendió a sí misma buscando en su aspecto señales de otra mujer: un olor o un hebra de hilo...

A partir de aquel día comenzó el infierno. Ella lo vigilaba en un silencio implacable suponiendo los motivos más degradantes para justificar su probable disgusto y él, aunque en ocasiones pretendía ignorarla, otras veces le devolvía la mirada mansa y melancólica del culpable. *Ela* se debatía entre dudas. Le parecía miserable su propia actitud desconfiada y expectante, pero veía a las claras que se había instalado en su vivir cotidiano un problema nuevo que debía desentrañar. ¿Mejor no saber...? A pesar de que





temía su respuesta más que a nada en el mundo, debería en algún momento interpelar a Ceferino acerca de su cambio paulatino: sonsacarle si había caído, como tantos, en la maraña de un engaño absurdo, adivinar si la seguía queriendo como el primer día... Él no se atrevería a mentir... ¿O sí? ¿Buscaría excusas, se defendería o intentaría ocultar una infamia que quizás los demás ya sabían? ¿Por qué le había recomendado María Dolores no investigar?

Dejando a un lado sus temores, lo cierto era que Ceferino cada día llegaba más tarde a la hora de cenar sin que mediase ninguna justificación convincente, e incluso en varias ocasiones sólo arribó bien entrada la noche.

En una de aquellas tardanzas *Ela* le esperaba despierta, con los ojos enrojecidos, testigos de su inconsuelo. Cuando por fin se enfrentaron, lo hizo sentarse a su lado y, antes de que ella tuviera que esbozar la pregunta, él respondió con el llanto. A continuación habló atropelladamente, con una voz baja y doliente que resonaba en el silencio de la noche. Era cierto: había otra mujer. Era tan bella y estaba tan sola, que le había atraído como un imán arrastra al hierro. Pero a partir de entonces, cuántos sufrimientos habían venido de la mano: qué terrible despertar cada mañana y recordar el dolor que podía producir al ser más querido, qué desesperado disimulo por encubrir sus pensamientos cotidianos, qué culpa, qué rabia de consentir en dejarse llevar por el deseo sordo y punzante que lo arrastraba espoleado hacia ella...

—Ódiame, soy un infame, un necio, un imprudente, un lunático...

—Y... ¿por qué no me lo dijiste... desde el primer momento? —preguntó ella intentando liberarse del dolor que le producía la duración del engaño.

—Pensé que para ti era mejor no saber...

Ela sintió que ya conocía demasiado esas palabras, hizo un leve gesto de interrogación señalando la ubicación del estudio y él, que comprendió la pregunta sugerida, asintió.

—Sí. También está allí.



Isabel se levantó lentamente. De pronto se había hecho la luz. “La otra” también estaba dentro de su propia casa y, aunque fuera como en una metáfora, compartía el mismo aire que ella respiraba y pisaba el mismo suelo. Pensar que su rival (sintió irónicamente que ya podía llamarla de ese modo) se encontraba en su traición tan cerca de sí le producía aún mayor desazón que si le hubieran despojado de todo lo suyo. Se dirigió hasta la habitación que contenía los cuadros y los repasó uno por uno. Cuando llegó al de María Dolores recordó las confidencias y los consejos (“es mejor no saber”) y rompió a llorar. Aquellas personas que más amaba eran las que le producían un daño mayor. ¿Cómo seguir adelante si en un instante se derrumbaba la certeza que había sido razón de su vida hasta entonces? Hubiera preferido dejarse llevar por el odio o por la rabia antes que sentir el desfallecimiento que la desarbolaba. Se tapó con las dos manos la boca para intentar reprimir el llanto que le anegaba la garganta y pensó que las fuerzas la iban a abandonar de tanto dolor.



Al poco llegó Cefe y le presionó suavemente la espalda.

—No es ella —dijo débilmente—. Es aquella otra mujer, la pintora que tanto frecuentó nuestra casa doliéndose de que era infeliz con su marido...

Su mano señalaba un gran lienzo, que contenía el esbozo de una figura borrosa, mil veces retocada por el empeño de una obsesión, pero donde no acababa de formarse un cuerpo femenino.

—Aunque lo sigo intentado continuamente, hasta ahora no he sido capaz de acabar el retrato...

Isabel miró de nuevo sin comprender y vio que sobre la nebulosa del lienzo pasaba su vida toda como en un mal sueño. Ahora, era una mujer sin cuerpo ni rostro definidos quien le acababa de robar su alegría.

Intentó serenarse y recomponer de algún modo las imágenes que giraban a su alrededor sin sentido: si el amor de su marido era mentira, había que acabar cuanto antes con el fantasma de su fingimiento.





—Debes salir de esta casa. ¡No podemos seguir!
Cefe la miró incrédulo.
—Pero yo... te quiero. ¿No comprendes que...?
—¡No comprendo! —respondió ella, tajante, y salió.

El tiempo comenzó a girar sin sentido y ningún acontecimiento respondía a una causa coherente. *Ela* quiso convencer a su marido de que se alejase: le propuso que fuera a París como corresponsal de un nuevo periódico surgido en Madrid, pero él se empecinaba en no dejar la casa del matrimonio.

—Yo te quiero. No puedo estar lejos de ti... ¡estaría perdido!
—¡Esto es indigno! Soy yo la que no desea seguir viviendo contigo mientras sepa que existe la otra —e insistía, abrasada por la vergüenza— ¿Cuántos sabrán cuando me miran que...?

Pero él, como en una cantinela, sólo sabía decir que no soportaría perderla.

Sorprendentemente, Cefe un día le rogó que se entrevistase con su amante, ya que ella se lo había pedido. Quizás, hablando las dos mujeres, aclarasen aquella turbamulta de sentimientos. Él, al fin y al cabo, había sido sincero en ambos casos. Apenas sin tiempo para pensarlo, Isabel accedió.

El encuentro se produjo en el parque del Retiro, primero con el decorado de la soledad de un banco vacío y después con el fondo de las arboledas, mientras las dos mujeres arrastraban sus pisadas sobre las hojas secas del suelo.

De tan sencillas, las cosas resultaron extrañamente difíciltosas.

Ella también era casada, aunque su matrimonio nunca fuera feliz. Quizás por eso a Isabel no le costó entender que se enamorara locamente de Ceferino y que intentase colmar su insatisfacción entre sus brazos. Pero, a pesar de comprender esa parte, le instó a que tomase una determinación: debería elegir entre dejarle... o bien



aclarar públicamente sus posiciones y comenzar en común una nueva vida.

—¿Dejar a Cefe? —se sorprendió la mujer, como si nunca hubiera imaginado esa opción.

No, por ahora no se sentía capaz... Pero ir a vivir con él... después de su fallido matrimonio... ¡era una responsabilidad demasiado difícil de arrostrar! No, no podía determinarse a hacer ninguna de las dos cosas... En todo caso, lo único que quería dejar claro era que no pretendía herir a Isabel: ella nunca lo había merecido. ¡La máxima preocupación de los amantes había sido no hacer sufrir al que no tenía ninguna culpa! Así que después de tan plausibles explicaciones la mujer se despidió con una vaga promesa de sinceridad que, en el fondo, sólo servía para seguir encubriendo con un barniz de palabras amables la relación que iba a seguir manteniendo con Cefe, es decir, en relación con los sentimientos de Isabel, el engaño.

Ela apenas podía dominarse. Las intimidades entre su marido y aquella mujer habían sido expuestas ante sus ojos pretendiendo que ese era un acto de nobleza y valentía, y ella debía contener su dolor y suponer que aquellas confesiones mitigaban su sufrimiento... Ellos se amaban... sencillamente, se sentían empujados el uno hacia el otro... pero a ella no querían hacerla sufrir, ¡qué ironía!, máxime cuando, al parecer, Cefe la necesitaba hondamente...

Aquello no podía ser, así que Isabel pensó que, si Cefe no se iba, lo haría ella. Pero, ¿cómo hacerlo sin suscitar el escándalo? ¿Cómo coger a sus hijos y arrancarlos de su padre? ¿Cómo explicarles aquella infamia?

Mientras sopesaba todos los inconvenientes sin atreverse a sincerarse con ningún familiar ni conocido, recibió la visita de un amigo extranjero cuyos padres se habían divorciado en su infancia. Él le confesó que odiaba que sus padres se hubiesen separado porque necesitaba tanto la compañía de su madre como la de su padre...



Aquella nueva perspectiva complicó aún más el paso que pretendía dar. ¿Cómo tomar una determinación? ¿Estaría justificado impedir el contacto de *Cefito* y Marissa con su padre? Isabel comenzó a dejar discurrir los días sin querer decidir, por ver si el tiempo era capaz de solucionar por sí mismo lo que ella no conseguía arreglar.

Pasaron los meses y Cefe, a pesar de todo, insistía en que la seguía queriendo y en que se estaba alejando paulatinamente de la otra, pero... ¿cómo creerle? A Isabel le parecía imposible cerrar el abismo que se había abierto entre los dos.

Entre tanto, el libro sobre psicología infantil que había estado escribiendo se terminó por publicar en 1921 con el título de *El alma del niño. Ensayos de Psicología infantil*, con prólogo de José Ortega Munilla y juicios críticos de María de Maeztu, Benita Asas Manterola, José Francos Rodríguez y Rufino Blanco y Sánchez. Con este acicate, de nuevo se siguió enfrascando en el trabajo para darse fuerzas y comenzó la escritura de un libro amargo, *El sembrador sembró su semilla...*, que se publicaría un tiempo más tarde en la editorial Rivadeneyra, con una dedicatoria dolorida: “A los que me transmitieron con el don de la vida, salud y fuerzas para luchar en ella”. En esta ocasión prefirió la técnica de la novela para denunciar un tema al que venía dando vueltas desde el Congreso de Ginebra: la necesidad de que se crearan leyes que protegieran de las enfermedades contagiosas de transmisión hereditaria. En el libro, la protagonista, una chica huérfana, sencilla y tímida, al poco de su matrimonio comienza a sentir extraños síntomas que no se atreve a explicar a los médicos por pudor. Finalmente, se descubre que la causa de este malestar y de que su hijo naciera con graves deformidades estriba en que su marido le ha contagiado de sífilis.

Sabía que era un argumento demoledor, pero así estaban las cosas y ella tampoco tenía humor como para continuar defendiendo la falsa moralidad que exigía el silencio ante temas “de mal gusto”. Ya era bastante con el silencio que exigía la actual crisis de su matrimonio. Su vida se había roto y había que recomponer los





trozos que le quedaban a cualquier precio. El amor y la maternidad. La maternidad y los hijos. Los hijos y la salud. La salud y la educación para la vida... Cada idea debía cimentarse en la idea anterior para que el mundo pudiera seguir resultando transitable: desde un sentimiento hasta el otro, desde una obligación a la siguiente... *Ela* miraba a sus hijos, adorables hijos, queridos y pequeños seres engendrados en sí misma. Los miraba y al tiempo que adivinaba la luz de sus ojos pensaba en el amor con que habían surgido, buscaba en ellos su propia sangre que regaba sus venas pequeñas y pretendía a la vez adivinar la herencia de Cefe... *Cefito*, el más parecido a ella, a veces le recordaba a aquel otro niño que debió ser Ceferino Palencia, el hijo de María Tubau... Marissa, con la boca carnosa de la familia del padre, a veces se le asemejaba a otra niña medio inglesa que corría alocada jugando con las olas de una playa de Málaga... Igual que ella había recibido, con el don de la vida, la salud y las fuerzas –ahora tan necesarias– para luchar, debía trasmisir a sus hijos los mismos dones... La salud y la fuerza...

Cuando pensaba en otras pobres mujeres, condenadas a transmitir el pecado del padre por la ignorancia y la insuficiencia de las leyes, se sentía consolada en su soledad. Al menos ella sabía contra quién luchaba.

Cefe, por su parte, durante los meses que siguieron a la confesión del adulterio parecía más reconciliado consigo mismo, a pesar de no haber concluido totalmente la relación perturbadora. Miraba a su esposa trabajar sin descanso y la admiraba aún más que antes: comprendía su sufrimiento y se resignaba menos que nunca a perderla, y mientras transitaba con precaución entre los sentimientos propios, se disculpaba a sí mismo imaginando que, en realidad, estaba convaleciendo de una enfermedad singular, por lo que se daba tiempo esperando la cura. Por ello trataba a su esposa con cariño y suponía que el mismo plazo que le servía a él mismo, también le serviría a ella. Seguro que existía entre ellos algo más profundo que, finalmente, los salvaría a los dos.



—Te quiero, te necesito... —era la cantinela de casi todos los días.

—Déjame... —le contestaba ella tristemente.

En todo caso Ceferino seguía trabajando en sus cuadros y, especialmente, en el retrato misterioso, que por fin parecía que iba surgiendo a la vida. Isabel procuraba alejarse de aquella habitación que sólo le hacía daño...

Un día él la convenció para que viera su último cuadro.

—He terminado el retrato. ¿Querrás decirme qué te parece?

Cuando se dirigieron al estudio él se mostraba emocionado y expectante. La hizo acercarse con los ojos cerrados hasta hallarse frente al óleo y cuando ella los abrió él la escrutaba sin apenas poder dominar su impaciencia. (¡Qué extraño!, pensaba Isabel, poder acercarse sin temblar a la imagen que la obsesión de Ceferino tanto había tardado en copiar.) Al abrir los ojos, sorprendida por sentirse tan dueña de sí y tan fría, admiró la figura delicada de una mujer con vestido elegante y ajustado: los colores, ocre y negro, verde y naranja, quedaban limitados por el trazo grueso de un pincel que marcaba con contundencia los límites de la nueva realidad creada por la mano del artista. En cuanto observó la cara de la dama, casi exclamó:

—¡No se parece... a esa mujer! —y concluyó con extrañeza—: Se parece... ¡a mí!

—Aunque lo he intentado, no he conseguido ni siquiera bosquejar su imagen, porque mis manos nada más saben dibujarte a ti. ¡Sólo soy capaz de reproducir lo que llevo dentro de mí! —él la miró con delirio— ¡No puedo arrancarte de mi corazón!

Le explicó que esta vez realmente había acabado todo con la otra mujer, que la amaba a ella apasionadamente y que no podía imaginar su vida futura sin su cariño. *Ela* buscó dentro de sí el sentimiento o las palabras que no querían surgir y por fin lo apartó suavemente sintiendo que era demasiado tarde.

—Déjame... —dijo, advirtiendo que los ojos se le estaban convirtiendo en dos pozos de agua.



En su vida ya nada adquiría sentido, todo había salido mal. Ceferino, sin embargo, tenía más suerte: él, al menos, todavía era capaz de amar...

Cuando la invitaron a dar una conferencia en la Casa del Pueblo sobre la educación de la mujer se convenció de que había que dejar de lado los problemas personales para volcarse en las necesidades colectivas. La experiencia de Ginebra la había marcado profundamente y sentía, casi como una obligación, el estímulo de luchar por la supresión de las leyes injustas que sojuzgaban a las mujeres, sobre todo a las más desfavorecidas, que sumaban a la pobreza material la ignorancia obligada. Ellas eran las que, más que nadie, necesitaban acceder a una mínima educación que les permitiera, aunque solo fuera, ganar el pan de sus hijos.

Antes de aquella ocasión, nunca había mantenido un verdadero contacto con la realidad de “los pobres”, como llamaban sus primas a los trabajadores cuando proyectaban obras de caridad. Sin embargo, el universo que se abría detrás de la puerta de la Casa del Pueblo la impactó: allí encontró a una gran cantidad de hombres y mujeres inteligentes, capaces y fervientes, que tenían un conocimiento del mundo y de los asuntos políticos y sociales mucho más complejo que el suyo. La relación entre trabajo y capital o la contribución de los trabajadores a la economía nacional o mundial le hicieron reflexionar sobre el antiguo dilema que ya había vislumbrado en la infancia, cuando pudo enseñar las primeras letras a los niños pobres o realizó algún acto de auxilio social: aquellas migajas que donaban los ricos a los necesitados en situaciones extremas no eran actos piadosos de misericordia o caridad, eran una muestra miserable y cicatera de lo que debería ser una verdadera justicia social.

Ese mismo verano de 1921 un viaje de veraneo con sus hijos a la casa de su hermano Juan en Alhaurín le descubrió una



nueva tragedia, aún más dolorosa que el hambre: la contienda del Rif y la sangría de hombres necesarios para alimentar la vorágine de la guerra. Aquel pequeño pueblo aún no tenía escuela, la gente seguía manteniendo las antiguas costumbres que Isabel viera en su infancia, la necesidad continuaba diezmando imperturbablemente a sus moradores, pero todos los recursos disponibles eran destinados por el gobierno a sustentar un ejército que conservara viva el ansia colonialista en África. Allí la comprensión del peligro de la guerra era mucho mayor que desde ningún otro sitio: en los días despejados era posible adivinar desde Málaga la costa de Marruecos e incluso desde Alhaurín casi se percibía el remoto estruendo de las armas, por lo que los habitantes comenzaron a sentir un extraño pavor suponiendo que los moros cruzarían el estrecho para presentarse en la puerta de sus casas. A esta inquietud se sumaba la tragedia de aquellos cuyos hijos habían sido enviados a engrosar las levas forzosas de soldados. En cuanto los aldeanos se enteraron de que los Oyarzábal recibían diariamente la prensa, comenzaron un desfile intermitente para comprobar si aparecían en ella los nombres de sus hijos o conocidos y cualquiera preguntaba por “mí” Antonio, José, Blas o Francisco...

Un día que tuvo que acercarse a Málaga en un pequeño tren de cercanías presenció la tragedia de una madre cuyo hijo, soldado obligado que partía a Marruecos, viajaba en su mismo tren: la mujer, pequeña y morena, vestida de negro, se quiso tirar a los raíles del tren para impedir que partiera.

Un grito lastimero hería los oídos de los que abrieron las ventanillas para interesarse por la parada de la máquina.

—¡Hijo de mis entrañas!

Desde el furgón de la cola un muchacho sollozaba al ver que arrancaban del suelo un bulto ligero que, por impedir que el tren comenzara su marcha, no quería desasirse de los hierros:

—¡Madre!... ¡Madre!

Isabel recordó a las mujeres que en Ginebra habían gritado “¡Guerra a la guerra!” después de la contienda europea. Según las





últimas noticias, en la guerra de Marruecos, el General Silvestre había desaparecido en combate y sólo en el monte Arruit habían sucumbido casi tres mil soldados. Al finalizar la campaña de África Indalecio Prieto calcularía en 8.668 los españoles muertos o desaparecidos en octubre de 1921...

—¡Odio la guerra! —se decía Isabel, y concluía que aquella pugna era el fracaso total y absoluto, sin atenuantes, del ejército español y que aquel era el momento más agudo de la decadencia española.

Frente a esa tragedia los dolores personales adquirían un tinte minúsculo: pese a sus resquemores, sus hijos, afortunadamente, la esperaban felices en casa, y Cefe, que había quedado en Madrid, la aguardaba con impaciencia y amor... Olvidar, perdonar, olvidar... ¡Qué estúpida había sido durante los últimos tiempos! Había sentido rota su vida cuando, en realidad, era increíblemente privilegiada... Casi tuvo ganas a la vez de reír y de llorar: de reír por su sufrimiento egoísta y exacerbado, de llorar por los que debían sacrificar sus vidas jóvenes por una causa perdida...

Cuando volvió a Madrid se sentía ansiosa por buscar nuevos escenarios para olvidar la tragedia presenciada y, al tiempo, preparó un viaje a París en compañía de Cefe con el objetivo de realizar ciertas entrevistas que mandarían como correspondales a sus respectivos periódicos. No hizo falta recordar explícitamente aquel primer viaje a París, donde habían sellado su amor, para volver a encontrarse. Mientras el tren caminaba, Cefe, que había seguido dedicándole una continua y amorosa atención, dejó caer la cabeza soñolienta en su regazo. *Ela* lo miraba mansamente mientras descubría algún cabello blanco y ciertos pliegues irregulares en el cuello: él pronto cumpliría cuarenta años... Una ternura nueva la invadió y analizó, ahora sin pasión, sus últimos desencuentros. A pesar de lo vivido, él la seguía queriendo y ella, aunque de una manera distinta a la de los comienzos, también. Ahora, quizás, lo comprendía mejor o era capaz de juzgarlo desde unos sentimientos



menos exaltados que en la primera y absorbente pasión, de forma más profunda y generosa.

Cefe, que se había dormido, de pronto despertó, la miró y sonrió con la confianza de un niño... Isabel lo besó dulcemente y concluyó que, indudablemente, desde el primer beso que le diera hacía ya tanto tiempo, ella se había convertido en una persona mucho mayor y su mutuo amor se había trocado en algo mucho más profundo y complejo.

A la vuelta quedaron atrás los amigos franceses y el recuerdo reconfortante de sus conversaciones con los intelectuales y artistas del país vecino: Jean Cocteau –de quien decían sus amigos que para siempre tendría catorce años– y el surrealismo; el odio antimilitarista de Henri Barbusse, que ya se acercaba al movimiento bolchevique; las teorías teatrales de Jacques Copeau, fundador del Vieux Colombier –quien tanto impresionó a Isabel en su deseo de huir del mercantilismo para apoyar las verdaderas obras de arte–; la originalidad de la escritora Colette, que ya no practicaba el escándalo y se había convertido en periodista...

Frente a ellos y frente a Francia, que todavía luchaba por recuperarse de la guerra mundial, España les parecía un lugar depresivo. Tras el Desastre de Annual el país entero clamaba preguntándose quién tenía responsabilidades sobre tantas muertes absurdas y pedía una investigación acerca de la guerra de Marruecos, con lo que se creó, por decisión del Parlamento, un comité encargado de realizar una completa indagación. Mientras tanto, los problemas se multiplicaban: los hombres de negocios, los trabajadores, las mujeres, los estudiantes e incluso algunos cargos públicos se manifestaban a favor de la justicia y el progreso y, en todos sitios se demandaba un cambio de gobierno.

Así las cosas, España despertó una mañana con la novedad de que el General Primo de Rivera había dado un golpe de estado y





el país se había convertido en una Dictadura militar. Como primera medida para salvar la patria y su monarquía se disolvió el Parlamento y, a la vez, se decidió destruir todos aquellos documentos que se habían elaborado para dirimir las responsabilidades de la guerra. El nombramiento del General Martínez Anido como Ministro del Interior y sus conocidos métodos de disuasión cuando fuera Gobernador de Barcelona convencieron a los escépticos de que se avecinaba una época de dureza y terror.

Poco a poco la Dictadura fue acrecentando sus detractores, ya que si en un principio contó con algunos apoyos, éstos fueron desapareciendo: la aristocracia se alejó del dictador porque se sintió desbancada, los monárquicos se quejaban de que se había ensombrecido la figura del rey, los intelectuales y los trabajadores se habían opuesto desde el principio...

—Pero, sobre todo, Primo de Rivera aborrece a los intelectuales... —decía Cefe— y aquí los artistas cada vez tenemos menos posibilidades.

La censura prohibió algunas publicaciones y Cefe se quedó sin trabajo en el diario donde colaboraba, ¡pero había que seguir adelante!

—Podemos asomarnos de nuevo al extranjero... —sugirió Isabel.

Y tornaron de nuevo a viajar a París para realizar una exposición de los cuadros de Cefe, que finalmente obtuvo un gran éxito.

Isabel, por su parte, alumbró de nuevo una idea brillante.

—Yo podría dar alguna conferencia sobre el folklore español... Merece la pena difundir en el extranjero la riqueza de los pueblos de España...

La Duquesa de Rohan le consiguió una sala y un auditorio y *Ela* comenzó una serie de “lecturas” sobre los signos de cultura popular que acompañaba con una exhibición de su colección de trajes y adornos regionales. Tuvo un éxito clamoroso y, poco



después, la llamaron de la Asociación Anglo-Hispana de Londres para repetir la misma experiencia, esta vez con la ayuda de una proyección en pantalla de cine.

—Me encanta hablar de España —decía a sus amigos—. Estos trajes bordados, estos mantones, mantillas y abalorios... son la muestra de la riqueza de un país laborioso.

Las “lecturas” se enriquecían con otras manifestaciones, desde un concierto de las Danzas de Granados hasta la actuación de artistas como Laura de Santelmo o Antonia Mercé, *La Argentina*, con acompañamiento de piano y guitarra, todo para que la conferencia se convirtiera en una fiesta de plasticidad y alegría. Por su afición al teatro pronto comenzó a probar nuevas fórmulas para acercarse a los espectadores y ensayó ciertas variaciones en sus conferencias, intentando interpretar, de alguna manera, los diferentes ejemplos representativos de las mujeres españolas. Y tanto si se acompañaba de otros artistas como si realizaba la exhibición con sus propias fuerzas, siempre la muestra resultaba divertida y enriquecedora.

El éxito le hizo volver a Londres en varias ocasiones: al Aeolian Hall, al Victoria and Albert Museum... y de ahí, siempre con el objetivo de difundir el folklore español, viajaría con el tiempo a Estados Unidos: desde Montreal a Miami, desde Nueva York a San Francisco, desde Dakota del Norte a Nueva Orleans... En los viajes a América pudo reencontrarse con su madre y su hermana Anita, profesora de español por entonces, y con un gran número de amigos entrañables, pero la ausencia de Cefe y los niños, que quedaban en España, se le fue haciendo progresivamente más dolorosa. Cada nueva partida le costaba un enfado del esposo, que sacaba a relucir todo tipo de motivos para impedir la nueva aventura. Unas veces le avisaba del mal estado de salud de su padre —don Ceferino tenía ya muy pocas esperanzas de vida— y otras le recordaba los problemas que sobrellevaban los que quedaban en casa.





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

—La Dictadura es cada día más insopportable... ¡Ya son varios los amigos que han sido detenidos o encarcelados! ¡Primo de Rivera odia a los intelectuales!

Efectivamente, los profesores universitarios, los hombres de ciencia y los escritores de todas las materias eran el blanco perfecto para las iras del dictador. Cefe, que hasta entonces había estado alejado de la política por dedicarse con más intensidad a su trabajo, comenzó a frecuentar los círculos de los disidentes y llegó a firmar un manifiesto donde se denunciaba que la Dictadura estaba llevando a España a la ruina. Pedían escuelas, centros de salud, pretendían la distribución de la riqueza, proponían mejoras en el campo y en las ciudades, pero, sobre todo, querían colmar una necesidad que cada día aparecía más acuciante: pedían libertad.

Isabel decidió volver y anclarse de nuevo en su tierra para ver crecer a su país y a sus hijos y, en lugar de luchar por España desde fuera, se afianzó en Madrid. Como fruto de su labor de difusión del folklore, publicó parte de sus experiencias en un libro aparecido en 1926, *El traje regional en España*, que subtituló con una aclaración necesaria: “Su importancia como expresión primitiva de los ideales estéticos de un país”. Se esmeró para que incluyera ilustraciones de grabados, reproducciones, estampas antiguas, cuadros célebres, fotografías y escenas de costumbres.

Palabras, imágenes, palabras... para recordar lo que había sido estampa, música y vida. ¿Cómo recoger, cómo resguardar, cómo preservar el tesoro del alma del pueblo?

—Y por eso nunca me casé —concluyó María Dolores mientras balanceaba insistentemente una pierna.

—Pero... esa no es tu historia... no tienes que dejarte llevar por lo que ha ocurrido a los otros... —la intentaba convencer Isabel— ¡Aunque sea el caso de las personas más queridas!



María Dolores miraba ahora desdeñosamente por la ventana. Hacía mucho tiempo que evitaba recordar la historia de su padre en el lecho de muerte y, por fin, consolarse en el alivio de la confidencia le había hecho bien.

—La que más le amó fue la única en sufrir verdaderamente... y yo no deseo sufrir —insistía María Dolores.

Isabel quedó pensativa.

—“La que más amó”. ¡Bonito título para una obra de teatro!

Y entonces rieron las dos al reconocer un pensamiento común y nacido a la par.

—¿Serías capaz de escribir algo sobre la historia de mis padres? —preguntó María Dolores mientras chispeaban sus ojos verdes.

La tertulia que celebraban todos los sábados Ricardo Baroja y su mujer, Carmen Monné, en su casa del número 24 de la calle Mendizábal había adquirido una nueva dimensión para los contertulios: Pío y Carmen Baroja, Valle-Inclán, Azaña, Isabel Oyarzábal y Ceferino Palencia, Francisco Vighi, Sindulfo de la Fuente, Gustavo Pittaluga y unos pocos más. Cuando Ricardo Baroja se animó a leer a la concurrencia una obra teatral de su minerva, el joven director de teatro Cipriano de Rivas Cherif tuvo la idea de convertir la reunión de amigos en un teatrillo de cámara. No iba a ser un grupo de teatro al uso que ensayase obras para gustar al gran público: compondrían un teatrillo de aficionados sólo para divertirse y para demostrar que se podía hacer un drama de calidad alejado de las malas influencias del teatro comercial.

Ela había abandonado su afición teatral porque adivinó que no era capaz de plegarse a las exigencias de un público iletrado que aplaudía, sobre todo, las malas comedias, así que el teatro nacido en casa de los Baroja colmaba todas sus expectativas artísticas, no sólo en cuanto a actriz, sino que le proporcionaba la ocasión de estrenarse como autora.

—Quizás escriba algo para *El Mirlo Blanco*... —respondió a María Dolores después de sopesar la idea durante algunos minutos.



—¡Estupendo! —exclamó la amiga, refugiándose como siempre en la ironía— Me encantará ser uno de los cincuenta espectadores que pagan las fabulosas 20 pesetas de entrada para asistir al estreno de vuestras obras...

Isabel sonrió. Era cierto: las entradas para su teatrillo de cámara tenían un precio exorbitante y en la sala de los Baroja tampoco cabían muchas personas. Sin embargo, El Mirlo Blanco era una de las aficiones que últimamente le procuraba mayores satisfacciones. Rivas Cherif era el alma de la compañía: elegía a los actores, repartía los papeles, recitaba como nadie, e incluso imitaba a Valle-Inclán sin permitirle enfadarse del todo... Los actores aficionados, contra la práctica habitual de los escenarios al uso, entendían el texto que representaban; las decoraciones resultaban modernas y originales; y tanto los ensayos como los días del estreno eran muy, pero que muy divertidos: nunca podría olvidar el día en que Valle-Inclán hizo el papel de Brígida en la representación del Tenorio, con barba y todo.

El 7 de febrero de aquel mismo año, 1926, habían estrenado el prólogo y el epílogo de *Los cuernos de don Friolera*, de Valle; *Marinos Vascos*, de Ricardo Baroja y *Adiós a la Bohemia*, de Pío. Isabel meditaba: ¿cómo contar la historia de amor que le había escrito María Dolores? Una mujer que ama desaforadamente a un hombre que no la ama a ella y que incluso en el lecho de muerte sólo desea la compañía de su amante... *Ela* quería eludir el sentimentalismo al uso y captar las impresiones de los protagonistas en su pureza descarnada. Por eso quiso evitar adornar a sus personajes con nombres que distrajeran la atención de su verdadero ser y los llamó “la que le ama”, “el enfermo”, “la que él ama”. Lo que quería contar era una situación impactante: el enfermo sabe que va a morir y no quiere disimular la necesidad de ver a su amante... la mujer que le acompaña siempre, “la que le ama”, es capaz de sacrificar su dolor y convence a la amante para que llegue consoladoramente hasta el lecho del moribundo... pero “la que él ama” no lo ama a él y, por egoísmo, desoye su llamada porque no quiere presenciar la





visión de la muerte... Finalmente, el enfermo, que agoniza con la obsesión de tocar la mano de la mujer que ya no le quiere, confunde a “la que él ama” con “la que le ama”, que permite este engaño. ¿Qué importaba el fingimiento cuando se tratase de amor?

La historia de los padres de María Dolores parecía el cuento de una persecución sin descanso: cada personaje se movía en pos de otro, que a su vez corría persiguiendo a quien siempre se alejaba... Isabel sintió un escalofrío al recordar la ya lejana infidelidad de Cefe... Afortunadamente, ellos dos habían acabado encontrándose en un punto común. ¡El amor, que a veces se quiere escapar! ¡Cuántas mentiras habían nacido de un padre tan escurridizo!

“La que más amó” se representó finalmente en El Mirlo Blanco con otro título, *Diálogo con el dolor*, el 20 y 21 de marzo, a la vez que *Miserias comunes*, de O’Henry y *Trance*, del propio Rivas Cherif. Isabel eligió hacer el papel de “la que le ama”, la que amaba desaforadamente, frente a Carmen Baroja, algo más joven que ella, que encarnó a “la que él ama” y que, en cierto momento, decía aquello mismo que le había espetado la amante de Cefe a *Ela* en los jardines del Retiro:

– El amor, tal y como yo lo entiendo, no es abnegado, sino absorbente y egoísta. Ese es el que yo quiero sentir... El tuyo... es un amor maternal.

Ela, casi al final de obra, cuando el enfermo le suplicaba que no le soltase las manos porque iba a morir, gritaba:

–¡Amor mío!

Y, finalmente, ya todo acabado, terminaba con un lastimero:

–Duerme, mi niño, duerme.

La experiencia de gritar parte de su antigua tragedia, mezclada con el drama de que le habló María Dolores, siempre bajo las órdenes de Rivas Cherif, le hizo trivializar de nuevo sus antiguos resentimientos, que por fin quedaron absolutamente superados, en su opinión, “purificados”. ¡Qué extraño el poder catártico del teatro!



En mayo volvieron a representar *Marinos vascos* y estrenaron una obra de Pío, titulada *Arlequín, mancebo de botica*, y otra de Valle, *Ligazón*. En esta última, acompañada de la actriz Josefina Blanco, esposa del autor, Isabel actuaba repitiendo las palabras de otro en lo que Valle llamó “auto para siluetas”. Rivas Cherif había desdeñado el lucimiento de los actores y les había privado de parte de su corporeidad, tal como previera el eximio escritor, y sólo aparecían en dos dimensiones, en un experimento que seguía las últimas modas europeas. A finales de junio, en una función que anunciaba el final de temporada antes de las vacaciones estivales, incluyeron otras obras de Claudio de la Torre, Edgar Neville y Carmen Monné, la anfitriona.

Pero, desde el espectáculo de mayo, María Dolores ya no torturaba a Isabel con la ironía de las veinte pesetas: El Mirlo Blanco había cedido toda la recaudación de aquel espectáculo para provisión de fondos del recién nacido Lyceum Club.





Comenzaron en un pequeño local de la Residencia de Señoritas y después consiguieron alquilar la casa de las Siete Chimeneas, en la calle de las Infantas, que finalmente resultó extremadamente estrecha para todas sus actividades. Por fin, habilitaron el piso de la calle San Marcos.

—Un club como los de Londres, París, Berlín o Roma... ¡El único sitio en Madrid donde una mujer puede refugiarse si desea escapar de la cárcel de su casa! —exclamaba María Dolores, mientras Isabel la miraba condescendiente.

—No sólo sirve para eso. Ya ves que aquí pueden alojarse las mujeres extranjeras que vienen solas a Madrid... y recuerda el éxito de todas nuestras conferencias: García Lorca, Rivas Cherif, Miguel de Unamuno... hasta Alberti, que casi nos organiza un altercado por criticar a algunos escritores de moda...

—Cada uno sabe lo que quiere decir...





—Sólo falló Benavente —recordó Isabel con tristeza—, que no quiso acudir porque no se dignaba a hablar “a tontas y a locas”.

—¿Sabe hablar de otra manera? —ironizó María Dolores—. Pero no importa: ya sabemos que a Benavente no le gustan las mujeres... Además, no tiene nada que decirnos... No tiene nada en común con “el club de las maridas”, como les gusta a algunos llamarnos...

A pesar de esos pequeños sinsabores, Isabel y María Dolores observaban complacidas el gran salón del Lyceum, el primer club femenino en España. Una comisión formada por Pilar de Zubiaurre y las hermanas Graa había habilitado y decorado todas las habitaciones: la salita de té, con sus mesitas de manteles blancos, sus palmatorias y sus espejos y cuadros; la biblioteca, a la que se ascendía por una empinada escalera y que había recibido la mitad de sus fondos por donación de duque de Alba; la sala de exposiciones, que procuraba rifas y subastas con cuadros donados por Ignacio de Zuloaga y los hermanos Valentín y Ramón de Zubiaurre; el cuartito confidencial y el cuarto de baño. En la sala más grande, el salón, provisto de amplios butacones y algunas mesas adornadas con grandes ramos de flores, la directora del Lyceum, María de Maeztu, departía con una de las vicepresidentas, Victoria Kent, mientras Zenobia Camprubí, la secretaria, compañera de Juan Ramón Jiménez, recogía las cuentas preparadas por la tesorera, Amalia Galarraga. La cuota de entrada eran veinticinco pesetas y la del mes, entre cinco y diez pesetas, según las posibilidades de cada asociada. Las 4.000 pesetas de la recaudación de mayo de El Mirlo Blanco habían servido para conseguir aquel ambiente acogedor y elegante y Carmen Baroja, responsable del beneficio, hacía esfuerzos para no perder su habitual humildad al sopesar los resultados de su iniciativa. ¡Lástima que todos los días tuviera que salir en mitad de las conferencias para no llegar tarde a prepararle la cena a su marido malhumorado!

Isabel Oyarzábal, la otra vicepresidenta, revisaba los tablones de anuncios, que daban cuenta de las secciones varias del





Lyceum Club: social, de música, de artes plásticas e industriales, de literatura, de ciencias, internacional e hispanoamericana, y allá al fondo se oía la voz de la tesorera, que se esforzaba en inventar nuevas fórmulas para aumentar los ingresos:

—¿Qué tal un baile de disfraces? ¿Y una fiesta?

María de Maeztu soñaba una ilusión que pensaba convertir en realidad:

—Habrá que terminar de organizar la Casa del Niño... buscar un espacio confortable y abrigado donde recoger a los hijos de las obreras mientras las madres trabajan... En un sitio así, cada niño viviría tan feliz como un infante de España: juegos, cuidados, atenciones, vigilancia maternal y comida sana... ¡Menudo paraíso!

El Lyceum se abría desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche, pero la hora de máxima afluencia se daba alrededor de las siete de la tarde. Era entonces cuando las liceístas entraban o salían hacia la biblioteca o hacia la sala de exposiciones con pasos apresurados que amortiguaba la alfombra; los espejos reflejaban perfiles difusos, tocados con sombreros redondos encajados hasta las cejas o cabelleras descubiertas; los cortinones que cubrían las amplias ventanas se cerraban para proteger a las damas del mundo exterior y la gran araña del techo lanzaba destellos que refractaban contra la madera elegante que forraba las paredes. El Lyceum Club era una puerta abierta hacia el conocimiento y hacia la imaginación, con sus exposiciones y sus iniciativas culturales, pero también, como decía María Dolores, era “un refugio”.

—Y es mentira que no puedan entrar los caballeros... pueden venir acompañando a las asociadas: a la sala de té o a la salita pequeña de la primera entrada. Pero al salón grande sólo pueden acudir los días de fiesta o de conferencias...

Antes de salir, Isabel y María Dolores subieron a saludar a la bibliotecaria, María Lezárraga, que parecía estar jugando con otra asociada a las estampitas ordenando recortes de periódicos.

—*Lorvent dixit* —estalló en carcajadas la bibliotecaria.



—¿Cómo?

—*Lorvent* —explicó María mientras les enseñaba la firma en una hoja de periódico— es el pseudónimo de un canónigo de la Archicofradía del Corazón de María y nos dedica francas alabanzas en su revista, *Iris de Paz*.

La joven que la acompañaba se acomodó las gafitas redondas y leyó entre divertida y malhumorada:

—“El Lyceum Club es un gravísimo peligro que amenaza a nuestra fe y a nuestra sociedad, es un club donde la mujer pierde su propia dignidad...”

María Dolores intervino con desprecio:

—Sí, ya lo han dicho muchos otros: es una verdadera calamidad para el hogar, es el enemigo natural de la familia y del marido... Las mujeres escapan al Lyceum Club para que el marido tenga que preparar él solo los biberones...

—¡No, no! ¡Hoy está mucho mejor! —interrumpió la bibliotecaria, mientras retomaba la hoja—: “Las asociadas, mujeres con las piernas al aire, carecen de virtud y de piedad...”

Las dos amigas miraron la largura de sus faldas con gesto mecánico mientras María sonreía. A continuación prosiguió su lectura en voz alta acentuando el tono dramático.

—“La sociedad haría muy bien recluyéndolas como locas o como criminales, en lugar de permitirles clamar en el club contra las leyes humanas y divinas...”

—Hemos pasado de “tontas y locas” a “locas y criminales” —sentenció con acritud María Dolores.

La asociada de las gafitas leyó también del recorte que tenía en las manos:

—“El ambiente moral de la calle y de la familia ganaría mucho con la hospitalización o el confinamiento de esas féminas excéntricas y desequilibradas...”

—Pero esto es excesivo... —opinó Isabel encarándose con las lectoras, que en su opinión se mostraban demasiado divertidas— No creo que sea exclusivamente una cosa de risa.



—Habrá que enviar a la prensa otro comunicado reclamando, de nuevo, los derechos de las mujeres —sugirió María, siempre conciliadora, ya que prefería no dar demasiada importancia a los improperios ajenos.

Isabel negó con la cabeza.

—Además de enviar la nota, habrá que denunciar estos insultos ante los tribunales.

—¡Excelente! —se entusiasmó María Dolores— ¡Para eso tenemos a nuestra Victoria Kent!

Tras las vacaciones estivales los contertulios de la casa de los Baroja pretendieron retomar su teatrillo experimental, pero Valle-Inclán tenía nuevas ideas en relación con *El Mirlo Blanco*. Había encontrado un nuevo local, que permitía una mayor capacidad de espectadores y poseía un escenario un poco más amplio: el Círculo de Bellas Artes.

—¡Parece una sala de conciertos! —exclamó cada uno de los actores según se fueron asomando al nuevo emplazamiento. Mientras, Valle recogía sus largas barbas para colgarlas del hombro y se frotaba las manos.

La sede recién conseguida dio lugar también a un nombre nuevo: El Cántaro Roto. Valle era el director oficial, aunque Rivas Cherif seguía organizando los ensayos en la sombra. Así, el 19 y 20 de diciembre y el 28 en una segunda función, volvieron a poner en escena las mismas obras que habían presentado en *El Mirlo*: *La comedia nueva*, *Ligazón* y *Arlequín*. Para esas alturas Isabel había conseguido animar a Cefe a que se sumase a la aventura teatral y éste había traducido para ellos *El hombre que casó con mujer muda*, de Anatole France. Sin embargo, Valle-Inclán no era hombre paciente y el nuevo nombre del grupo parecía traer la premonición de una pronta ruptura. Cuando ya llevaban los ensayos muy adelantados, justo unos días antes del estreno, se presentó Don Ramón



anunciando con su gracioso ceceo que acababa de discutir con la Junta Directiva del Círculo y que se suspendían las actuaciones. A nadie le quedó muy claro el motivo de estas disensiones, pero el escritor se mostraba inflexible.

—¡Eze no ez el contrato que yo había firmado! —afirmaba categórico agitando los brazos.

Casi todos convinieron en resignarse a quebrar sus ilusiones con El Cántaro Roto, excepto Rivas Cherif, que no estaba dispuesto a perder a sus actores inteligentes y disciplinados: viendo que el teatrillo se iba a pique, retomó las riendas de la compañía aficionada.

—Volveremos a casa de los Baroja. ¡El Mirlo Blanco debe presentar un nuevo espectáculo!

Y, tal como se lo propuso, volvieron a representar, en marzo de 1927, dos obras de Ricardo Baroja, *El maleficio* y *El torneo*, y otra obra del mexicano Eduardo Villaseñor, *El café chino*.

Como ya sabía Isabel, todas las compañías dramáticas sufren grandes avatares y la de El Mirlo Blanco, efectivamente, tampoco quedó libre de adversidades: Rivas Cherif cayó enfermo y el teatro de los Baroja tuvo que cerrar sus puertas, aunque, como consuelo, los actores retomaron la tertulia que mantenían desde hacía tanto tiempo en su casa.

El transcurso de los días no consiguió enfriar la ilusión de volver a formar una compañía y, un año después, cuando Rivas Cherif ya era cuñado de Azaña, los organizó nuevamente para hacer una representación en Irún, que se daría a finales de agosto. Como novedad se reunieron para los ensayos en Itzea, la casona que Pío había comprado para la familia Baroja en las afueras de Vera de Bidasoa.

—Representaremos *El gato de la mère Michel*, de Carmen Monné, que ya hicimos hace un par de años, y *El torneo*, de Ricardo —propuso Rivas Cherif.

Itzea era una enorme casona de dos pisos, rodeada de un precioso jardín, con el decorado de los verdes montes al fondo. Era





el escenario adecuado para evadirse de los contratiempos de la vida real y para inventar un mundo impostado que se confundiera con el verdadero. Rivas Cherif, para divertir al grupo de amigos, ideaba historias pavorosas, que achacaba bromeando al malhumorado Pío, a quien convirtió para muchos días en “el hombre malo de Itzea”. A Ricardo Baroja, sin embargo, le inventó un apelativo grandilocuente: “el hombre del Renacimiento perdido en Madrid”, con lo que conseguía terminar de fastidiar a su hermano.

Tras el éxito de estas últimas representaciones en Vera de Bidasoa, Rivas volvió a soñar con la creación de un verdadero teatro de vanguardia en España, del que se soñaba a sí mismo director y pidió la colaboración de todos sus amigos, escritores y artistas. Consiguió ilusionar de nuevo a Valle-Inclán, a los Baroja, a Azorín, a Gómez de la Serna, a Manuel Azaña, a Isabel Oyarzábal, a Pastora Imperio...

—Vamos a crear, otra vez, un grupo teatral renovador, un grupo moderno que sirva de ejemplo a los más nuevos de Europa... y su nombre, su nombre...

Magda Donato, la hermana de Margarita Nelken, periodista y escritora a quien *Ela* había reclutado para el nuevo experimento, encontró de pronto el rótulo que envolvía los deseos de todos.

—Se llamará “El Caracol”.

—¿Caracol? —preguntaron con extrañeza.

—CARACOL —contestó triunfal—. Justo lo que somos nosotros: “Compañía Anónima Renovadora del Arte Cómico Organizada Libremente”.

Azorín anunció que El Caracol inauguraría la Sala Rex, en el número 8 de la Calle Mayor.

—La Sala REX —justificó—, porque tiene un Repertorio de Experimentos X.

—Es decir —completó Magda Donato—, X igual a Infinito.

Rivas Cherif seleccionó obras de Cocteau, Molière, Goldoni, Strindberg, pero también probó con los españoles: *A las puertas del cielo*, de Benavente; *El terno del difunto*, de Valle-Inclán; *Los libreros de*





viejo, de Pío Baroja... Los ensayos se multiplicaban y los actores, dóciles ante una mano segura, aumentaban sus ilusiones. Isabel, que recordaba sus primeros pasos con María Tubau, se sentía rejuvenecer jugando a convertirse en actriz.

La Sala Rex era una salita reducida, pero limpia y elegante. Se entraba por un portal amplio, de aspecto lujoso y nuevo, y desde un zaguán alfombrado y de paredes desnudas se pasaba a la sala, con techo de enorme cristalera, alumbrado por dos grandes arañas. Querían estrenar el 17 de noviembre de 1928, pero tuvieron que esperar hasta el 24, cuando pusieron *Lo invisible*, de Azorín y *Un duelo*, de Chejov. Sin embargo, el hecho teatral, en su opinión, merecía un tratamiento complejo y por eso acompañaron la representación de otras novedades: una conferencia de Pastora Imperio sobre la danza, una disertación de Azaña sobre Juan Valera, una charla de Isabel Oyarzábal de Palencia sobre “El traje regional español”, una demostración de vihuela... Seguían las actuaciones, y como Rivas Cherif no se quería ceñir exclusivamente al teatro, se incluyeron recitales, bailes, conciertos, conferencias e incluso cine: el 6 de diciembre, el 19 y el 29, el 5 de enero...

Sin embargo, un suceso imprevisto quebró las actividades culturales de El Caracol. El 5 de febrero se iba a representar *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín* de García Lorca, pero tuvo que retrasarse hasta el 6. Ese mismo día murió la reina María Cristina y el gobierno decretó luto oficial y suspendió todos los espectáculos. Rivas Cherif, que no aceptó que aquello fuera motivo suficiente como para entorpecer sus aventuras teatrales, se empecinó en no demorar más el estreno y siguió defendiendo el cartel, así que el jefe de policía en persona, deseoso de terminar con cualquier excusa con un teatrillo revolucionario, irrumpió intempestivamente en el local con orden terminante de clausurarlo y de requisar la obra de García Lorca, que envió sin remedio a la sección de Pornografía de la Dirección General de Seguridad.

Ese fue el final de El Caracol.





—¡Teatro, teatro! —concluyó Cefe cuando Isabel le contaba las novedades en el refugio de la casa— ¡Cuánto lamento que esta nueva aventura no haya acabado bien!

—¡Qué importa el final! —resumía *Ela*, todavía impactada por los recientes acontecimientos— ¡Lo importante es lo que hemos soñado!

La clausura de la Sala Rex y la censura teatral no eran, sin embargo, acontecimientos aislados en la España convulsa del final del la Dictadura de Primo de Rivera y los Oyarzábal estaban próximos a sufrir aquellas desventuras que iban a servir para dotar de una nueva orientación a sus vidas.

Era un día corriente, poco después de que Sánchez Guerra protagonizara en Valencia la conspiración contra el Dictador que le llevó a la cárcel. Isabel terminaba de ordenar sus papeles antes de comer; Cefe hacía poco que había llegado de su trabajo en la Biblioteca Nacional; Marissa y *Cefito*, que a los 19 años acababa de regresar de la Facultad de Medicina, esperaban sentados a la mesa muriéndose de hambre. Al poco de comenzar llamaron a la puerta y la criada les anunció que dos caballeros preguntaban por don Ceferino.

—Será algún actor buscando trabajo... —bromeó el dueño de la casa, que precisamente era también asesor literario de una compañía teatral, y salió apresuradamente a recibirlas.

El aspecto de los intrusos, sin embargo, era suficientemente extraño como para prevenirla y sus palabras amenazantes confirmaron el peligro. Cefe volvió al salón muy pálido e intentó tranquilizar a sus hijos.

— Debo salir un momento...

Pero el hombre más desagradable, que le había seguido hasta adentro, lo interrumpió.





—Somos policías —y añadió tirándole de las solapas—: ¡Tiene usted que acompañarnos inmediatamente!

Los chicos se levantaron rápidamente de la mesa sin saber qué hacer e Isabel espetó a los recién llegados con enojo:

—¿Por qué tiene que salir? ¿De qué se le acusa?

El segundo individuo, que se mostraba menos intemperante, intentó serenarla.

—No se preocupe, señora... Probablemente sea sólo durante unas horas...

Cefe procuró tranquilizarlos antes de salir.

—Seguramente será un error... Hijo, acércate a casa de mi amigo Enrique de Mesa para que sepa qué está pasando...

El hombre desagradable rió.

—No se molesten... Enrique de Mesa también está detenido desde esta mañana...

—En ese caso, yo también voy con ustedes —dijo Isabel, prendiéndose a su marido.

Pero el policía antipático no quería perder más tiempo.

—Señora, ¡esto no es una broma! —y la empujó hacia adentro de la casa.

Cefe, por evitar que la despedida fuera más dolorosa, se apresuró a acompañar a los recién llegados.

—Volveré pronto... No tengo nada que temer... Pero, sobre todo —añadió suplicante a Isabel— no quiero favores de ningún familiar con un cargo en el gobierno...

Ela comprendió que se refería a que, si era detenido, no debía acudir a su primo, que había aceptado un cargo en el Directorio Militar.

Los tres hombres se fueron e Isabel quedó sola en la escalera oyéndose decir con voz rota las palabras que tendría que repetir con frecuencia durante muchos días:

—¡Mi marido no ha hecho nada!

En la sala sus hijos la esperaban demudados: Marissa sollozaba amargamente y *Cefito* parecía esperar algún tipo de



instrucciones. Isabel se tragó las lágrimas e intentó callar todo aquello que, en realidad, estaba deseando decir: su marido había sido detenido sin ningún tipo de orden judicial, lo habían arrancado de sus brazos sin garantías legales y no se sabía ni hacia dónde lo conducían ni por qué.

Cefito fue a casa de Enrique de Mesa, que, efectivamente, también había sido detenido. En su caso los policías se habían molestado en registrar y desordenar toda la casa, pero tampoco se conocía la causa de la detención.

En cuanto supieron la noticia, muchos amigos llegaron apresurados al domicilio de Isabel, el primero Valle-Inclán, tan valiente y determinado como siempre, pero ninguno pudo ayudar. Pasaban las horas sin ninguna noticia y *Ela* se acercó con su hijo a la Dirección General de Seguridad, donde no les quisieron dar ninguna información. Había, como ellos, muchas otras personas que preguntaban por el paradero de los seres queridos y nadie podía o quería aclarar nada.

—Volvamos a casa —propuso el hijo—. Quizás allí sí lleguen noticias...

Sin embargo, aunque menudeaban los conocidos y los que pretendían consolar, ninguno sabía dónde estaba Cefe.

Llegó la noche y la obligación de acostarse. ¿Cómo dormir con la angustia aferrada a la garganta? *Ela* caminaba a un lado y otro del dormitorio sin poder serenarse. ¿Qué le habían hecho a su esposo? ¿Por qué no volvía?

—¿Dónde está Cefe? —se oía murmurar a sí misma mientras las piernas la arrastraban arriba y abajo en una carrera sin término. Quizás él, en alguna parte, también paseaba arriba y abajo pensando en la angustia de ella. Y, seguramente, muchas otras mujeres, también como ella, deambulaban insomnes recordando al esposo, al padre o al hijo, secuestrados por la policía. ¿Qué hacer? ¿Qué plan podría servir?

A la mañana siguiente los periódicos trajeron una extraña noticia: Ceferino Palencia y Enrique de Mesa habían sido





destituidos de su puesto de trabajo en la Biblioteca Nacional por haber calumniado al gobierno. Aquello dio a Isabel una idea: ¡la prensa quizás sabía algo!; y se dirigió apresuradamente a la redacción de *El Sol*, donde hacía tiempo había trabajado.

—No, aquí no sabemos nada... Además nos han prohibido expresamente publicar que hayan sido arrestados...

A pesar de la gravedad de la situación, no había nada que hacer... *Cefito* y Marissa partieron para acudir a sus clases y *Ela* quedó, de nuevo, esperando. Esperando y deseando encontrar cualquier excusa para poder salir de la casa a cruzar calles y avenidas a la busca de quién sabe qué noticia, por nimia que fuera, de Ceferino.

Después de bastantes días en la tortura de la espera, por fin, Isabel recibió una nota de Cefe donde le avisaba de que iba a ser trasladado a un lugar desconocido y pedía que le llevase algunas ropa y un poco de dinero. Cuando llegó a la Comisaría recogieron de sus manos el paquete, pero no le permitieron verlo. Sólo mucho tiempo después supo que su marido, encerrado en la habitación contigua, estuvo escuchando sus preguntas y su llanto mientras el funcionario negaba saber nada de lo que ella demandaba.

Un tiempo más tarde comenzó a recibir algunas cartas de Cefe: estaba en la prisión de Logroño y, aunque pareciera estrambótico, había hecho muy buenos amigos. Todos los detractores del régimen estaban deseando ayudarse entre sí.

Aquella noticia le ayudó a serenarse un poco y a hacer frente al resto de los problemas que surgían día a día: después del despido de Cefe la situación económica de la familia se estaba volviendo insostenible, así que habría que comenzar a buscar nuevos medios de vida. La solución llegó pronto en forma de una oferta del periódico inglés *Daily Herald*, que la quiso nombrar corresponsal en Madrid. *Ela* recordó su época en *The Laffan News Bureau* y en *The Standard*, y más tarde en *El Sol*. No era fácil escribir en las actuales condiciones de censura, pero... ser periodista era una de las cosas que más le gustaban. ¡Había que trabajar!



Después de unos meses, llegó una agradable noticia: la madre de Isabel y su hermana Inés iban a regresar de Estados Unidos, probablemente en mayo, para establecerse en Cáceres, ya que la hermana viajaba como enviada del Instituto Rockefeller para llevar adelante un programa de salud. Sin embargo, a los tres meses de la vuelta, la madre ya estaba enferma de gravedad: había regresado a casa sólo para morir. En esta ocasión fue Isabel quien tuvo que aprestarse a dar la mala nueva a la familia y escribió a todos los Oyarzábal dispersos por la geografía del mundo: a María, que permanecía en su convento de Bélgica; a Ricardo, en Cuba; a Anita y José, en Estados Unidos; y a Juan, en Málaga. Todos acudieron a la llamada y se reunió la familia al completo en Madrid para pasar las Navidades, intentando ante la madre simular un venturoso encuentro casual.

—Conozco mi problema —le susurró a *Ela* a escondidas—, pero no les digas a los otros que lo sé...

La muerte se apiadó de la anciana y la llevó suavemente, sin aspavientos terribles: cuando su espíritu abandonaba su cuerpo ella quedó sonriendo.

Con el paso del tiempo y tras largos meses en prisión, Ceferino Palencia y Enrique de Mesa por fin volvieron a casa. Sin embargo, los problemas no habían terminado: Cefe no podía encontrar trabajo porque todos temían emplear a un disidente político. El destino de Enrique de Mesa estaba teñido de sombras aún más oscuras: había regresado enfermo, ya que su espíritu delicado no había podido soportar la crudeza y los sinsabores de la cárcel. Desafortunadamente, al poco murió.

Ante la imposibilidad de conseguir un empleo en España, Cefe decidió volver los ojos a Francia y encontró un puesto como traductor para la Paramount Film Company en París. Detestaba separarse otra vez de su familia, pero eso era mejor que seguir acorralado en Madrid observando, en silencio obligado y forzosa inactividad, cómo se complicaban las cosas. Isabel lo visitaba con frecuencia, presa de una terrible contradicción: frente al deseo de





verle, se veía obligada a volver con premura a Madrid, ya que las algaradas en la universidad se sucedían con frecuencia y ella temía por el hijo...

Primo de Rivera, finalmente, fue depuesto y le sucedió el General Berenguer, que pretendió ser tan implacable como su antecesor. Naturalmente, el movimiento obrero incrementó sus protestas y se intensificaron los desórdenes. Los partidos republicanos se alzaron contra la monarquía pretendiendo un cambio de régimen y, tras la represión, algunos dirigentes huyeron y otros fueron arrestados y enviados a prisión: Alcalá Zamora, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Miguel Maura, Álvaro de Albornoz... En el mes de diciembre, Galán y García Hernández se sublevaron en Jaca y fueron fusilados. En Madrid lo intentarían el General Queipo de Llano, Ramón Franco, Ignacio Hidalgo de Cisneros y otros, que tras el fracaso se hubieron de exiliar con Cefe en París, donde ya llevaba dos años...

Y mientras tanto, *Ela* hacía maravillas para salvar la censura e informar a su diario londinense de lo que pasaba en España. Los mejores estaban en la cárcel o en el exilio, el país se retorcía de hambre y la censura no dejaba respirar a ninguno. En estas condiciones, ¿qué había que hacer? Isabel en alguna ocasión sentía ganas de cerrar los ojos y vivir únicamente su propia vida sin comprometerse con un mundo que viraba a la deriva, pero... no, eso no era posible. No podía ignorar la llamada de la libertad, no podía olvidar las privaciones que sufría la gente, no podía consentir dejarse gobernar por un poder irresponsable y arbitrario...

¡España iba poco a poco despertando y ella tenía el deber de ayudar! ¡No se puede vivir sin libertad!



— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —

IV. PATRIA, ESPEJISMO DE LA LIBERTAD

Isabel miró con intranquilidad el reloj preguntándose cuándo volvería su hijo. Estaba terminando la traducción de *Anna Christie*, de Eugéne O'Neill, que le había pedido la compañía de Lola Membrives, pero cierta desazón le impidió continuar. Todos los días había algaradas y protestas en la Universidad y todos los días *Ela* esperaba con impaciencia y angustia la vuelta de *Cefito* a casa. Su hijo, como el que más, participaba activamente en toda denuncia contra la tiranía. ¿Cómo evitarlo? Él era joven y su sangre se rebelaba contra la injusticia que se mantenía por la fuerza. Ella también, en lo más profundo de su corazón y a pesar de sus temores de madre, creía obligado ofrecer resistencia a los abusos y buscar una España mejor. ¿Cómo no colaborar con la lucha a pesar del peligro? Su hijo se arriesgaba todos los días difundiendo mensajes contra la monarquía y pasando octavillas que volaban por el aire para reclamar la justicia. Muchos estudiantes habían sido arrestados, apaleados... ¡Pero no había otra lucha más lícita!

Por fin, oyó abrirse la puerta y suspiró, más tranquila, aunque siguió con sus cavilaciones. Cefe seguía en París, Niceto Alcalá Zamora continuaba en la cárcel, el *Daily Herald* solicitaba con insistencia noticias de España y ella también tenía la obligación de ayudar dando a conocer en Europa los sucesos de su patria... De pronto, una idea luminosa dibujó una sonrisa traviesa en sus labios. ¿Por qué no arriesgarse? Se lo debía a su hijo, se lo debía a su esposo, se lo debía a su España...

Al día siguiente se presentó en la cárcel con las hijas de Alcalá Zamora, que tenían permiso para visitar a su padre, y tomando el puesto de una de ellas se adentró por los largos pasillos. Pensaba que la entrada en prisión la impresionaría, pero fue mucho peor de lo que había previsto. El primer golpe a sus espaldas con el sonido de la puerta le recordó el cautiverio del Internado, pero el eco al cerrarse de las siguientes y pesadas puertas de hierro, vigiladas por guardias, y los desnudos corredores barridos por el



gélido viento de enero que la adentraban en un intrincado laberinto le hicieron suponer que bajaba al infierno. Sin embargo, cuando alcanzó el final de su camino, la imagen de los hombres que encontró en aquellas celdas fue mucho más alegre. Entre el grupo de presos políticos, que no estaban separados de los comunes, Niceto Alcalá Zamora, con bigotito recortado y apariencia todavía juvenil a pesar de su pelo blanco, las saludó sonriendo.

—Estamos haciendo planes...

—Planes?

—Planes para cuando salgamos... Habrá que buscar soluciones, habrá que dictar leyes, habrá que repartir...

—Estamos seguros de que pronto nacerá la República...

—Y para entonces necesitaremos una guía, un plan de trabajo para que todo funcione...

A comienzos de febrero de 1931 el *Daily Herald* publicaba en su primera página la fotografía del hombre que, agarrado a los barrotes de su celda, estaría llamado a ser, sólo un poco más tarde, el Presidente de la República de España. Esta entrevista para Isabel fue el reto trazado con el objeto de ayudar a los suyos (“¿cómo no comprometerse a colaborar?”), aunque, sin quererlo, también resultó el hito que la hizo conocida como periodista en el mundo entero.

Ela sintió que la salida desde el fondo de los calabozos hacia el exterior en la calle anuncia un renacer imparable. Alcalá Zamora, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, Miguel Maura, Álvaro de Albornoz, los artífices del Pacto de San Sebastián encarcelados, eran muy optimistas respecto al futuro, e incluso la gente corriente les prestaba incondicionalmente su apoyo: por todas partes se respiraba el triunfo de la razón y, por lo tanto, el triunfo de la República.

Al poco tiempo volvió Cefe de París, alentado por una especie de amnistía de los exiliados, y juntos pudieron asistir al juicio que se celebró contra los revolucionarios. Por primera vez una mujer vestida de toga, Victoria Kent, se presentaba ante el



Tribunal Superior de Guerra y Marina para defender a Álvaro de Albornoz, en compañía de otros abogados. ¡Una mujer defendiendo a un hombre! ¡La primera mujer en el mundo en intervenir ante un Consejo de Guerra! La absolución de su defendido y su victoria anunciaron al poco una nueva era: la razón vencía a la injusticia, las mujeres participaban en la vida del país, triunfaban las ideas frente a la tiranía...

Ela y Cefe pudieron celebrar unidos la liberación de los procesados. Juntos por fin y afiliados al Partido Socialista, asistieron a las elecciones municipales de abril, que se convirtieron en un verdadero plebiscito que serviría para instaurar la República. La Monarquía iba a ser derrotada y los hombres que recientemente habían sido juzgados por defender los derechos de los oprimidos tenían la intención de constituir un Gobierno Provisional que sirviera para hacer realidad los deseos del pueblo.

El día catorce de abril amaneció brillante y soleado. Isabel salió temprano de casa para recabar noticias de los diarios más importantes y ya en las escaleras un compañero le advirtió:

—¡Se ha proclamado la República en Eibar, al norte de España!

Otros pasos apresurados traían más novedades.

—¡Se ha proclamado la República en Barcelona y en Zaragoza!

Isabel, desde lo más profundo de su alma, gritó:

—¡Viva la República!!!

Aquel día, la comida en casa de los Oyarzábal, que era toda una celebración, se vio interrumpida por una llamada de Niceto Alcalá Zamora a Cefe.

—Tú que has estado viviendo con los refugiados, avísales inmediatamente de que el rey se ha visto obligado a salir de España esta noche. El Gabinete del Gobierno Provisional se reúne sin demora, así que Indalecio Prieto y Marcelino Domingo deben regresar aquí inmediatamente. ¡Si es posible, esta misma noche!





A partir de entonces comenzó un torbellino de actividad incesante y desinteresada. España había sufrido una larga enfermedad y la República hacía resurgir la esperanza de la mejoría con una increíble energía. Durante años el pueblo español había intentado desembarazarse de la ignorancia y la pobreza con escasas fuerzas y pobres resultados, pero éste era el momento de redimirse totalmente de las dos. Había que trabajar, en primer lugar, por la educación, que serviría para mejorar todo lo demás, pero a la vez había que establecer leyes para disponer regadíos en las tierras estériles, para levantar centros de salud en todos los pueblos, para incrementar las posibilidades de la industria y, cómo no, a la vez que todo lo anterior, había que preservar el arte.

Isabel y Cefe estaban ansiosos por apuntarse a lo que fuera y asistían a todo tipo de reuniones y grupos de trabajo: el Comité para Mejorar la Enseñanza de Niños Sordomudos, la Mesa que revisaba los Hospitales de los Trabajadores Mutilados, la Junta para la Supervisión de las Donaciones a Enfermos, e incluso la Plataforma que pergeñaría una Sociedad para la Protección de las Plantas y los Animales...

Un día, el buen amigo Luis Araquistáin, que en esos momentos desempeñaba el cargo de Subsecretario de Trabajo, llamó a Isabel por teléfono.

—¿Quieres formar parte de la Delegación española en la Conferencia Internacional del Trabajo de la Sociedad de Naciones?

Isabel recordó su viaje a Ginebra de 1920 para asistir al Congreso de la Alianza Internacional para el Sufragio Femenino y se decidió con rapidez.

—Estoy preparada para lo que vosotros creáis necesario — contestó sin dudarlo.

—Me interesaría que te ocupases, especialmente, del trabajo de las mujeres y los niños.

La posibilidad de que la mujer trabajase, tanto en labores especializadas como en los oficios más humildes, era un tema sobre el que *Ela* había meditado desde su primera juventud. Pero, del



mismo modo que ella había deseado voluntariamente mantenerse a sí misma con su esfuerzo, también había conocido la maldición del trabajo realizado en condiciones insalubres por mujeres y niños a cambio de un jornal miserable. Procurar mejorar esas condiciones era una ocupación realmente apasionante; así que a partir de aquel día y hasta el momento de la partida, se dedicó a estudiar con denuedo la legislación internacional y las condiciones de los trabajos realizados por mujeres y niños. Para *Ela* era un reto personal que merecía todo esfuerzo y la República no le podía ofrecer otro puesto más placentero. Además, la Sociedad de Naciones en aquellas fechas era la esperanza más firme de todos los que se consideraban a sí mismos pacifistas. No podía quitarse de la cabeza el Congreso Feminista de Ginebra: aquel centenar de mujeres que clamaban por la paz y la abundancia, sus miradas apasionadas buscando el hermanamiento universal, la presencia venerable de Carrie Chapman Catt, con su cabellera blanca y el ensueño de sus ojos azules... Las mujeres de la Alianza también habían confiado en la Sociedad de Naciones, y esta era una buena ocasión para colaborar en el gobierno del mundo desde adentro.

Cuando llegó a Ginebra como delegada del Gobierno sintió una absoluta sensación de reverencia: España había estado ausente durante la Dictadura de Primo de Rivera y la presencia de la República española en ese momento serviría para entrar en acción hasta crear un verdadero y nuevo orden internacional. Y, en efecto, la Delegación española causó expectación entre los representantes de los otros países: por una vez se presentaban unidos los enviados de tres fuerzas distintas: el Gobierno, los empresarios y los trabajadores. Los delegados de los países democráticos recibieron a la tríada con efusividad; los demás, con irritación no disimulada.

Ela, tal como le habían encargado, tomó parte en las deliberaciones de la comisión que preparaba una Convención para la defensa de los niños trabajadores y escandalizó a los asistentes proponiendo limitar las horas de trabajo de los aprendices. Nadie opuso ningún argumento coherente a su propuesta; aunque no se



aceptó. “¡Los niños no deben trabajar! ¡Sólo deben asistir a la escuela!”, pensaba, frente a un universo que no comprendía que para llegar a convertirse en un ser humano completo el niño debería, en primer lugar, formarse en todas sus potencialidades.

Pese a todo, el Primer Parlamento del Mundo la impresionó: empleadores y obreros defendían sus intereses abiertamente, pero sin violencia, con el arma única de la palabra. Nunca podría olvidar a Léon Jouhaux, Albert Thomas o Marguerite Thibert.

También en esta misma época, ya en Madrid, conoció a la gran científica Marie Curie. Cuando se la presentaron, apenas pudo dirigirle la palabra por la emoción de estar frente a una mujer de tan gran inteligencia, volcada además hacia todas las causas nobles, entre las que especialmente valoraba la paz. Isabel observó su figura frágil y delicada, que conservaba a pesar de tener más de sesenta años, su cara pálida y su magnífica frente, los ojos profundos y las manos nerviosas... Otra mujer que se había hecho a sí misma, otra mujer que había luchado a muerte para construir una vida... Esa imagen se iba a convertir para siempre un recuerdo indeleble en su memoria y en un acicate para los momentos difíciles.

Mientras tanto, Cefe fue nombrado Gobernador Civil de la Provincia de Almería. Viajar a Ginebra, volver a España, viajar a Madrid, viajar a Almería, volver a Madrid: la vida se había convertido en un carrusel vertiginoso. Y, de nuevo, realizó Isabel otro viaje a la Sociedad de Naciones, aunque en esta ocasión la aventura la desengaño: la reunión había perdido su primer carácter ingenuo y ahora ya no se discutían sencillamente las condiciones entre trabajadores y empresarios... ¡la labor que se hacía era más bien una soterrada manipulación de presión política e intrigas! *Ela* dedujo que, lastimosamente, comenzaban a prevalecer los antiguos métodos políticos, pero a escala mundial...

Después de Almería, Cefe fue nombrado Gobernador Civil en Guadalajara, y más tarde en Teruel y Zamora. La República exigía que le fueran sacrificados todos los días y todas las horas, todas las fuerzas y todas las ilusiones. Los deseos y sentimientos





personales no interesaban, sólo importaba la construcción de una España mejor.

—Tengo que conocer mejor el trabajo de las mujeres y los niños... —elucubraba Isabel— Es preciso realizar un esfuerzo digno...

Y por apurar los perfiles de su puesto, decidió preparar las Oposiciones al Cuerpo de Inspectores Laborales: así, a la vuelta de sus viajes a Ginebra, podría seguir con el mismo intento en España.

—Mamá, ¿no eres un poco mayor para estudiar esos libros? —le preguntaba bromeando *Cefito*, con los suyos de Medicina debajo del brazo.

Isabel jugaba a parecer una ingenua mentirosa:

—¡Bah! Si apenas he llegado a los cincuenta...

Cefito reía.

—¿Cincuenta? Aparentas por lo menos cincuenta y tres... ¡o quizás cincuenta y cuatro! —decía mientras la abrazaba y le besaba el cabello, que todavía no se había vuelto blanco.

Cuando *Ela* conoció a los oponentes que optaban a su misma plaza, un escalofrío reflejó en sus ojos la sombra de un reto: no había entre ellos ni una sola mujer. ¡Pero aquello sólo era un incentivo para mejorar sus esfuerzos! Después de aprobar las oposiciones y conseguir el primer puesto se sintió definitivamente orgullosa de formar parte habitual de la Delegación del Gobierno Español en las asambleas de la Sociedad de Naciones, ahora por sus propios méritos, y mantuvo el nombramiento hasta noviembre de 1933. Y se sentía tan orgullosa de su esfuerzo como de lo que la nueva España estaba consiguiendo: el derecho al voto de las mujeres, que ya tenían los mismos derechos que los hombres, la separación entre la Iglesia y el Estado, la nueva Constitución, los avances de las condiciones de los obreros, la construcción de escuelas, la búsqueda de la justicia...

“¡Hay que trabajar, hay que trabajar!”, resonaban en el recuerdo las palabras de María Lezárraga, y *Ela* sonreía.



Sin embargo, a pesar de los avances realizados, el Gobierno de la República iba a tomar un nuevo rumbo cuando las elecciones de noviembre de 1933 dieron la victoria a los partidos de Lerroux y Gil Robles, que pretendieron deshacer las disposiciones del bienio anterior.

Mientras tanto, Isabel acababa de regresar de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, preocupada por el avance de las ideas nazis y por el abandono de Alemania de la Convención. ¿Estaría próxima otra guerra? Después del desastre de 1914, eso era lo último que debía ocurrir.

—Las mujeres odiamos la guerra —decía María Lezárraga—. Sobre todo, las madres...

Isabel la miró sorprendida, pero fue María Dolores la que le quitó la palabra de la boca:

—Pero si tú no eres madre... —y añadió— Yo tampoco lo soy y también odio las guerras...

A María Lezárraga le sonreían los ojos sin que llegase a percatarse de ello.

—Todas las mujeres somos madres, aunque no hayamos tenido hijos de carne y hueso. Somos madres de los hombres a los que amamos, somos madres de todas nuestras obras, cualesquiera que sean, somos madres de todos los hijos de nuestra patria...

En Europa ya existía un Movimiento Mundial de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo y se había celebrado en París, el 8 de agosto de 1934, un Congreso mundial, así que las más avanzadas se reunieron en los locales del Partido Comunista en Madrid para fundar el Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo: Clara Campoamor, Catalina Salmerón, Victoria Kent, Gloria Morelli, Matilde Cantos, Matilde Huici, Dolores Ibárruri, Irene Falcón, María Lezárraga, Isabel Oyarzábal...

—Para los hombres, la patria es la madre, “la madre patria” —seguía insistiendo María Lezárraga—; pero para nosotras, las mujeres,



la patria es el hijo: el alimento del hijo, su seguridad, su educación, la abundancia... Por eso, las mujeres somos enemigas de la guerra, que destruye nuestra patria. ¡Guerra a la guerra!

Isabel miraba a su compañera, empeñada en su amor dulce y universal, pero a ella la lucha contra la guerra y a favor de la paz entre todos los pueblos se le confundía, en primer lugar, con el recuerdo de los rostros de Marissa y *Cefito* y, a continuación, con todas las caritas de niño que había conocido... Por contra, recordaba a Mussolini y a Hitler y temblaba pensando en su posible influencia europea... Eso no podía ser: las mujeres debían unirse para lograr una paz universal, ya lo habían intuido así en el Congreso de Ginebra, después de la Gran Guerra; debían luchar sin descanso contra las ideas fascistas; y ahora mismo, en España, debían comprometer toda su fuerza en consolidar la democracia.

Poco después, la entrada de miembros de la CEDA en el gobierno de Gil Robles provocó una huelga general en las grandes ciudades, que en la cuenca asturiana adquirió tintes de revolución social. La represión no se hizo esperar, con el envío de la Legión africana y el arresto de Luis Companys, presidente autonómico catalán, y de Manuel Azaña, que casualmente se encontraba en Barcelona. Mientras en Asturias se cometían todo tipo de atrocidades contra la población, en Madrid fueron encarcelados Largo Caballero, secretario general de la UGT, y un centenar de dirigentes izquierdistas. Y entonces comenzó el registro de las casas de casi todos los socialistas y republicanos reconocidos.

Una mañana Isabel se sobresaltó ante la visita intempestiva de catorce guardias civiles, seis miembros de la policía secreta y dos camiones de las fuerzas de asalto. Aquel día había quedado sola en casa, con la única compañía de la joven criada y la cocinera y, cuando bajó a comprobar la causa del ruido en la puerta, de pronto se vio amenazada por las armas reglamentarias de dos guardias civiles y los revólveres de seis policías. Aunque nunca había sentido tan frágil su cuerpo como en aquel momento, la magnitud de la amenaza le pareció cómica en comparación con el nimio peligro





que ella misma representaba. Si hubiera podido, se hubiera reído como ante la representación de una opereta italiana.

Los policías entraron en tromba y registraron toda la casa, con especial atención el estudio de Cefe, donde se demoraron en una búsqueda absurda alrededor de la bata que él utilizaba para pintar. De pronto, un par de guardias fijaron su atención en un gran cuadro que representaba un desnudo, a la vez que dirigían hacia él sus armas. *Ela* se sorprendió de que aquellas figuras pudieran suscitar semejante reacción: la carne descubierta, inerme y rosada, quizás hería la sensibilidad de aquellos hombres pertrechados de fusiles... Pero no era así. Después de acercarse con pasos cautelosos, sin dejar de apuntar al gran marco, dieron un pequeño rodeo hasta descubrir que detrás del cuadro no se ocultaba ningún peligroso republicano...

Aunque no obtuvieron ningún fruto reseñable, los registros en casa de Isabel continuaron durante varios meses. Pero así seguía todo en España: todo el mundo era vigilado, no se permitía a nadie hablar con libertad y, en especial, la prensa estaba absolutamente controlada. Desde el exterior se pedían noticias, detalles, sobre la marcha del país, pero las autoridades vigilaban expectantes a cualquier periodista que se atreviera a contarlo.

—Han detenido a un periodista británico, pero la embajada ha conseguido sacarlo de la cárcel y repatriarlo —advirtió un día Cefe a su mujer—. Lerroux ha aclarado que todo ha sido muy fácil... porque el artículo que en un principio le achacaron no era realmente suyo.

Isabel frunció las cejas en una interrogación angustiada.

—¿De qué artículo se trata? ¿De qué periódico?

Cefe le tomó las manos.

—El *Daily Herald*. El artículo, en realidad, ¡...era tuyo!

Ela estuvo esperando durante bastantes días que llegara el momento de su detención, asustándose con cualquier ruido o con el simple ladrido de los perros en la distancia, pero eso no se produjo. Quizás todo aquello había sido una amenaza, una forma de



obligarla a mantenerse en silencio, un silencio difícil de calificar: era cierto que cualquier cosa que se escribía debía pasar la censura, pero a veces lo que la censura toleraba tampoco era bien visto por las autoridades...

Con todo, muchos otros sufrían penurias mayores. Las mujeres y niños de Asturias, mientras los hombres habían sido masacrados o permanecían en las cárceles, se morían de hambre. Por eso, en los partidos de izquierdas se organizaron colectas secretas, ya que estaba prohibido cualquier tipo de ayuda: todos eran considerados rebeldes por igual. El Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, que fue legalmente desarticulado, se hubo de convertir en la Asociación Pro Infancia Obrera y se volcó en la actividad de solventar lo más perentorio. Durante meses, Isabel colaboró en un Comité de ayuda con Julio Álvarez del Vayo y María Lejárraga, y se jugaban la vida del mismo modo los que daban ayuda que los que la recibían. Todo esfuerzo era pequeño ante la catástrofe: cientos de hombres y mujeres habían sido torturados y ejecutados, alrededor de tres mil permanecían en la cárcel por “ofensas políticas”, muchos estaban sin casas y, lo más dramático, muchos niños huérfanos o cuyos padres seguían encarcelados deambulaban aterrorizados por las montañas sin saber adónde ir...

Durante casi un año comités de todos los partidos democráticos trabajaron incesantemente: se preocupaban por los prisioneros y buscaban alojamientos temporales a los niños sin casa. Isabel se ocupaba de enviarlos a Valencia, a Alicante o a Andalucía, donde eran acogidos por familias deseosas de colaborar. Debían recuperarse de sus sufrimientos y, en muchos casos, comenzar por salir de su estado de shock. Al organizar una de estas expediciones, *Ela* pudo comprobar en sus propias carnes la brutalidad de la fuerza ciega que acababa de castigar tan injustamente a los asturianos. Para esas fechas, la ayuda a los niños ya estaba permitida, así que la agresión se debió al mal humor: cuando Isabel intentaba mantener el orden en un grupo de niños que debía



subirse en un tren, un guardia de asalto dejó caer sobre su hombro un enorme puño con la fuerza de un martillazo. Un policía secreta se acercó apresurado a pedir disculpas a la dama.

—No lo tenga en cuenta... Él no sabe quién es usted...

—¿Quién soy yo? —se revolvió Isabel, aún más dolida por estas palabras que por el puñetazo— ¿A mí no se me debe tocar, pero a los demás sí está permitido lastimarles?

Y ante la mirada incrédula del policía, le espetó:

—No tengo nada que ver con ustedes. ¡No me deben guardar consideraciones especiales!

Ela se sentía insultada. ¡Miserables diferencias sociales! Si tuviera que elegir, si tuviera que decidir cuál era su sitio, nunca se establecería con los poderosos, con los ricos, con los elegidos, con los intocables. Ella era pueblo como los pobres niños asturianos, como las mujeres torturadas, como los trabajadores masacrados.

De vuelta a casa, una sorpresa agradable pudo alegrar los días próximos a la Navidad: sus hijos habían organizado un grupo teatral, “El tingladillo”, en el que ensayaban junto a otros amigos: Victoria Casares Quiroga, hija del exministro y futuro presidente del Gobierno de la República; Paz, Sara y María Luisa Vilches, hijas del famoso actor Ernesto Vilches; y Carmina Llopis, sobrina del subsecretario de Educación. Sólo pudieron ofrecer dos representaciones, con espectadores tan selectos como cuando Isabel representaba en casa de los Baroja: de nuevo, Azaña, Casares Quiroga, Marcelino Domingo, Fernando de los Ríos... Entre el repertorio de “El tingladillo”, una obra de Isabel, “La mujer que no conoció el amor”, anuncia que su autora había comprendido que el amor, como decía María Lezárraga, consiste en querer especialmente a los que necesitan de ti, como los niños perdidos en los montes de Asturias, como los desheredados.

Marissa, caracterizada como “la mujer que no conoció el amor” se dolía, en las palabras escritas por su madre, de no haber podido tener hijos; pero la tierra, la madre tierra, contestaba:





—Hay muchas maneras de ser madre y tú podrás serlo si, en lugar de escucharte a ti misma, pones tus manos sobre el corazón del mundo para sentir sus latidos.

Cuando “la mujer que no había tenido hijos” ponía sus manos abiertas sobre la tierra, ella seguía:

—Cada uno de esos latidos es la queja de alguna criatura hambrienta de cariño o ávida de ciencia.

“La mujer que no conoció el amor” ya lo había aprendido y salía rápidamente para ayudar a los desvalidos. ¡Fin de la función!

Los republicanos, los comunistas, los socialistas, las mujeres de la República, las Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, los hombres y mujeres de buena voluntad, todos juntos, debían poner sus manos abiertas sobre la tierra para que ésta les señalase la criatura hambrienta cuya llamada les haría sentirse vivos. ¡Cuánto camino quedaba para que el teatro del mundo pudiera acabar noblemente su función!

El 16 de febrero de 1936, un sábado por la mañana, tres de los Oyarzábal salían temprano de su casa para votar: Isabel, Cefe y *Cefito*, quien lo hacía por primera vez. Su distrito electoral era uno de los más aristocráticos de Madrid, y mientras esperaban en la cola observaron a los ciudadanos que votaban con ellos, la mayoría damas y caballeros distinguidos, ancianas enjoyadas y una veintena de monjas a quienes el obispo había inducido a aprestarse a votar contra el ateísmo; pero junto a ellos también había doctores, artistas, profesores, estudiantes y una larga lista de trabajadores... Por la tarde ya se sabía que había triunfado el Frente Popular. Dos días después, Manuel Azaña era nombrado Presidente de la República, y Casares Quiroga, Presidente del Ejecutivo.

Isabel se sumergió en una nueva vorágine de trabajo: el Frente Popular había prometido a los obreros despedidos por apoyar la huelga general de octubre del 34 que volverían a ocupar



su puesto de trabajo en el más breve plazo de tiempo... y sólo en Madrid había miles de hombres y mujeres que llevaban dos años sin empleo. Se crearon mesas negociadoras con un presidente, un secretario, y dos representantes de los trabajadores frente a otros dos de los empresarios. *Ela* fue nombrada presidenta de la mesa que se ocupaba de las mujeres trabajadoras del gremio de la confección textil en Madrid. No había tiempo que perder, ya que la necesidad no podía esperar, y las jornadas de trabajo de la mesa negociadora iban desde las ocho de la mañana hasta las diez o las once de la noche. Por fin, a mediados del mes de junio se resolvió el último caso e Isabel pudo alegrarse de haber acabado una labor que le había supuesto tan arduas discusiones con los empresarios hasta hacer cumplir la ley.

Al día siguiente, después de presentar los resultados de las personas readmitidas, el Ministro de Trabajo le dijo:

—¡Estupendo! Ahora ya puedes apresurarte para asistir a la Conferencia Internacional del Trabajo.

Aquello le agradó: durante el año anterior había rehusado asistir para no tener que representar a un gobierno reaccionario y solamente había colaborado acompañando al grupo de los trabajadores; así que, cuando los amigos la recibieron como enviada oficial del Gobierno español, lo celebraron y la felicitaron porque el país, de nuevo, marchaba bien.

A finales de junio, Cefe y los dos hijos fueron al aeropuerto a esperarla, a la vuelta de Ginebra.

—¿Va todo bien? —preguntó, al advertir cierta preocupación en la familia.

—Relativamente... —respondió *Cefito*— Tenemos unos nuevos vecinos con aspecto de espías alemanes... y, además, ayer descubrieron a un grupo de falangistas armados, atrincherados en la Iglesia de San Jerónimo...

—¡Todo esto da un poco de miedo! —concluyó Marissa.

Apenas quince días más tarde, el 17 de julio, Isabel tenía encomendado pronunciar un discurso para clausurar un congreso



de enfermeras en Madrid y justo antes de comenzar un compañero le avisó:

—¿Has oído las últimas noticias? ¡En Marruecos se ha producido un pronunciamiento militar contra la República!

En cuanto acabó su intervención, procurando dominar su nerviosismo, salió en busca de su familia, que la esperaba en el coche.

—Vamos a la sede de *La Libertad*, a ver si tienen más noticias —propuso Cefe.

Allí, las oficinas estaban atestadas de gente pidiendo información, pero Cefe, que formaba parte de la plantilla, consiguió entrevistarse con el director.

—Es cierto, se ha producido un pronunciamiento militar —les explicó después de una breve reunión—. ¡El General Franco ha volado desde Canarias a Marruecos y ha tomado el mando de la rebelión!

Aquella noche ninguno durmió. Isabel la pasó procurando telefonear al *Daily Herald* de Londres, mientras Cefe y los hijos escuchaban las noticias de la radio.

Al día siguiente los periódicos publicaron la noticia del pronunciamiento y las medidas que el Gobierno estaba tomando, pero la sublevación se iba extendiendo por el resto de la Península y en todos sitios comenzó a sonar el estallido de las armas. En Madrid también se produjeron tiroteos, y *Cefito*, que había salido al punto de la mañana, llamó a su casa para avisar.

—No salgáis de casa. ¡Es muy peligroso! Hay francotiradores en muchas ventanas y tejados. Yo estoy recorriendo las calles con la ambulancia a ver en qué puedo ayudar... ¡Hay algunos muertos y bastantes heridos!

—Tengo que salir —respondió Isabel, angustiada—. No consigo ponerme en contacto con el *Daily Herald* desde aquí... No me queda más remedio que hacerlo desde la centralita de la Gran Vía.





—Yo también tengo que salir —añadió Marissa como un eco: su novio estaba enfermo con fiebres tifoideas y ella sentía la necesidad imperiosa de acompañarle.

De improviso, la vida se había convertido en una pesadilla peligrosa y comenzaron todos a vivir con la sensación angustiosa de no saber si seguirían los cuatro a salvo al final de la jornada.

Al día siguiente otro riesgo se sumó al de los francotiradores: el General Fanjul se había atrincherado en el Cuartel de la Montaña y amenazaba con tomar Madrid. Para evitarlo, las tropas leales al gobierno de la República y las milicias populares, fuertemente armadas, rodearon las instalaciones con el objetivo de conquistarlas.

En la ciudad el tráfico era bastante denso, a pesar de que los francotiradores seguían disparando contra los conductores. Isabel estuvo conduciendo durante varias horas a través de las calles de Madrid para intentar ponerse en contacto con su periódico, con peligro de su vida. Cuando llegó la noche, las dos mujeres y Cefe, por fin, se reunieron en casa a la hora de cenar. El día había sido terrible: aparte de los desórdenes que habían presenciado, ya eran conscientes de que el levantamiento de Franco suponía el comienzo de una guerra sangrienta e injusta.

Hubo que irse a la cama, pero era imposible dormir. *Ela* intentaba olvidar la obsesión de la radio y se obligaba a acostarse, aunque a los dos minutos volvía a levantarse para buscar las noticias otra vez. En un momento, cuando casi estuvo a punto de quedar dormida, la llamada por teléfono de un periodista amigo la sobresaltó.

—A las cuatro de la mañana van a bombardear el Cuartel de la Montaña.

—¿A las cuatro? —respondió ella, perpleja.

El mensajero era un profesional bien informado, que siempre manejaba comunicaciones verdaderas. Seguro que la noticia era cierta. Pero, ¿dónde estaría su hijo? ¡Probablemente conducía la ambulancia por las proximidades del Cuartel!



Ahora sí que ya era realmente imposible descansar. Y más cuando Constancia de la Mora la llamó al poco rato para confirmarle la noticia, que conocía a través de su marido, Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe de aviación republicano.

Todavía eran las dos de la mañana. El matrimonio miraba con aprensión a través de la ventana. Ningún sonido especial turbaba la noche: acaso los ladridos de algún perro rasgaban la oscuridad apenas iluminada por algunas estrellas. Parecía imposible que algo tan dramático fuera a trastocar en un par de horas el silencio apacible de la noche callada...

De pronto, el teléfono volvió a enervarles con su sonido metálico: era un corresponsal extranjero que buscaba información.

—No vayas a dormir. Quizás ocurra algo... —le prometieron vagamente.

Dieron las tres de la mañana y después de otros interminables sesenta minutos, las cuatro. El silencio seguía enseñoreándose de la noche. Se asomaron a la ventana, escuchando. Quizás no se produjera finalmente el ataque... Isabel salió al jardín y paseó con impaciencia arriba y abajo. ¿Qué sería preferible? De no hacer nada, acaso se estuviera perdiendo un tiempo precioso... Sin embargo, el contestar a las armas con la fuerza de las armas, mientras su hijo se exponía conduciendo la ambulancia, le producía una terrible desazón.

De improviso, sonó un trueno terrible en la lejanía: era el estruendo de un cañón. Mientras *Ela* contenía el aliento, un bronco y largo eco retumbó en el cielo persiguiendo al primer estallido y, a continuación, muchos otros en arrebatada confusión. Había comenzado un fuego ininterrumpido. Isabel se apoyó en la corteza de un árbol.

—¡Dios! ¿Dónde está mi hijo? —se lamentó, y a continuación— ¿Qué pasará con los que sólo tienen para defenderse palos y piedras?

Se llevó las manos a la garganta para ahogar el llanto, intentando desechar de su imaginación la visión de los heridos y los



muertos que indubitablemente estaba sucediendo. Enseguida, dos figuras angustiadas se acercaron corriendo: eran María y Asunción, la criada y la cocinera.

—¡Ay, señora... señora! ¿Dónde está el chico?

El chico era *Cefito*, al que habían visto nacer en la casa y al que adoraban desde siempre.

—El chico está a salvo —mintió Isabel, queriendo a la vez engañarse a sí misma.

Marissa también se asomó a la ventana preguntando por su hermano, pero, afortunadamente, al poco volvió a sonar el teléfono.

—Mamá, ¿estáis todos bien? —era *Cefito*.—. No puedo ir a casa... he de salir con la ambulancia hacia la sierra...

Unos minutos más tarde volvieron a informarles por teléfono: afortunadamente, el Cuartel de la Montaña había sido tomado ¡y ya no suponía ningún peligro!

Cuando a lo largo de la mañana siguiente pudieron reunirse con *Cefito*, lo encontraron impartiendo instrucciones a un grupo de mujeres, esposas y hermanas de algunos de los combatientes, que se habían ofrecido como enfermeras para ayudar a los suyos. Tenía un aspecto tan cansado y desastrado como el resto, pero una luz de esperanza y alegría brillaba en sus ojos.

—No os preocupéis por mí —dijo alegremente—. Estoy bien, aunque tengo un trabajo tremendo...

En la calle seguía el peligro de los francotiradores, algunas iglesias se habían convertido en depósitos de armas y muchos hombres, de distintas edades y variadas clases sociales, se alistaban voluntarios para ir al frente. Algunos conventos, cuyas monjas habían sido desalojadas, eran utilizados como escuelas, para que ningún niño estuviera solo por la calle y muchas mujeres querían ayudar. Marissa se unió a un grupo que se reunía en la calle de Fúcar, coordinado por las esposas de algunos aviadores, entre los que se encontraban Constancia de la Mora, su hermana Teresa,





***La canción de mi añoranza.* Isabel Lizarraga Vizcarra**

esposa del capitán González Gil, y Concha Prieto, la hija del líder socialista.

Mientras tanto, Isabel se había integrado en un grupo encargado de la asistencia social, aunque su principal empeño se cifraba en continuar informando al *Daily Herald*, cosa que cada día resultaba más difícil. Había que permanecer durante horas en la centralita de teléfonos esperando turno mientras el resto de los correspondientes se comunicaba con sus periódicos. Ella sentía la obligación de contar lo que estaba pasando realmente: el mundo entero debía comprender que, frente a lo que decían algunos, los españoles leales al régimen no eran asesinos peligrosos que estaban teniendo su merecido por querer destruir las más hondas tradiciones, sino los defensores de la legalidad democrática. Sin embargo, pronto vio que, desde fuera de España, la República no iba a contar con ayuda: los aviones italianos y alemanes comenzaron a transportar desde Marruecos a España a las tropas sublevadas, pero los países democráticos rechazaron enviar armas al gobierno legítimo.

Con todo, los días transcurrían rápidamente, sin tiempo apenas para pensar. Acaso la llegada la noche sorprendía a Isabel vagando en silencio por la casa vacía, esperando la llegada de Cefe desde su periódico. Apenas veían ya a los amigos y la familia coincidía solamente en momentos fugaces. La vida se había convertido en un continuo ir y venir en busca de un rayo de esperanza para el futuro, mientras la conciencia del presente se ahogaba en un baño de sangre.

Julio Álvarez del Vayo, Ministro de Estado en julio de 1936, solicitó intempestivamente a Isabel en su casa.

—El Gobierno quiere enviarte como diplomática a uno de los países escandinavos.

—Pero... ¡yo soy más útil aquí en España! —objetó ella.



—Quizás no eres tú quien debe decidirlo... —le contestó el Ministro suavemente, pero con firmeza.

Partir hacia Escandinavia suponía, además de olvidar su labor de asistencia social y alejarse de España, perder su trabajo en el *Daily Herald*. *Ela*, hasta ese momento, había procurado vivir su vida de acuerdo con sus deseos: había despreciado una vida cómoda y ociosa para cumplir con su propósito de mantenerse a sí misma, había rechazado el apoyo de su encumbrada familia para poder pisar libremente los escenarios y finalmente convertirse en conferenciente y escritora... ¿Debería sacrificar ahora todo eso para ayudar al Gobierno de la República? ¿Sería necesario abandonar su trabajo (¡quizás también a su marido y a sus hijos!) por un ideal?

Con todo, Álvarez del Vayo no le concedió ni un momento para poder decidir.

—No pienses en eso todavía... ¡Antes de nada, debes volver a la Asamblea de la Sociedad de Naciones en Ginebra!

Así, después de meter algunas cosas precipitadamente en un par de maletas, Isabel abandonó Madrid. La acompañaron su hija Marissa, a quien no había querido dejar sola porque estaba enferma; Isabel García Lorca, hermana del poeta asesinado; y Laura de los Ríos, hija de Fernando de los Ríos, que la esperaba en Ginebra para llegar a Washington a ocupar el cargo de embajador.

El viaje en tren se hizo interminable: hubieron de pasar primero por Valencia, y desde allí fueron a Barcelona y después a Ginebra. Habían coincidido con gran número de heridos, que eran evacuados a las ciudades costeras de España, e Isabel se lamentaba de tener que abandonar su país dejándolo en tal estado: allí quedaban los hijos de su patria precisamente en el momento más dramático, cuando más necesitados estaban de ayuda. *Ela*, para consolarse, apretaba insistenteamente la mano de Marissa, pero adivinaba en la hondura de su propio corazón que, quizás, éste era un viaje sin retorno. ¿Cuándo volvería a una patria de la que se estaba alejando con tanta premura? No pudo evitar que unas lágrimas densas y calientes, contra su voluntad, bañasen sus mejillas.



En cuanto llegaron a Ginebra, le dio la impresión de haber amanecido en un planeta distinto. Había desaparecido el ardor de los discursos patrióticos, el sufrimiento de los heridos y el dolor por los muertos, el miedo por la guerra y el afán de la victoria y, en su lugar, reinaba una calma indiferente ante España, que a veces se trocaba en hostilidad. Álvarez del Vayo, cuando llegó, hizo un impresionante discurso ante la Sociedad de Naciones sobre la situación española, aclarando que no se estaba produciendo una guerra civil, sino que el país se debatía por liberarse de una invasión extranjera, pero nadie quiso darse por enterado. Los delegados de casi todos los países se enrocaron en la teoría de que era preferible preservar la paz mundial y se escudaron en el Pacto de No Intervención para no enviar su ayuda a España. En realidad, estaban asustados por la guerra y querían evitar verse involucrados ellos mismos en un conflicto armado.

Álvarez del Vayo, impaciente por recabar apoyos, avisó a Isabel:

—Antes de enviarte a Estocolmo, queremos que hagas una gira por Estados Unidos y Canadá para hablar de la situación española. Saldrás en el *Queen Mary* el quince de octubre.

Ante la gravedad de las circunstancias y la indiferencia de los europeos, Isabel pensó que no se podía negar: viajaría para pedir con todas sus fuerzas ayuda para los defensores de la República. Como compañía, se ofrecieron Marcelino Domingo, líder de Partido Radical-Socialista, y el Padre Sarasola, el famoso fraile franciscano.

Sin embargo, unos días antes de partir a Estados Unidos, aún tuvo que viajar a Edimburgo para hablar ante el Congreso del Partido Laborista Británico e intentar recabar su apoyo frente al Pacto de No Intervención. Así que desde Ginebra viajó a París, donde se reunió con Luis Jiménez de Asúa, y juntos arribaron a Londres. Al llegar al aeropuerto, con la intención de desplazarse desde allí a Edimburgo, les informaron muy amablemente de que la revisión de sus pasaportes les obligaría a retrasarse ligeramente...



Todo estaba en regla, pero había que esperar... Ante el enojo de los viajeros republicanos, la demora se prolongó inexplicablemente, quizás por causa de oscuros manejos, y las cuestiones burocráticas no ocuparon una hora, sino cinco. Los pasaportes eran legales y no faltaba ningún requisito, pero curiosamente nada se podía hacer para agilizar la partida... Cuando llegaron a Edimburgo después de soportar tan injustificables retrasos, la sesión del Congreso ya se había celebrado y, como ya se había votado la cuestión de la No Intervención, no se pudo modificar.

Isabel y Jiménez de Asúa estaban furiosos.

—No nos daremos por vencidos... —decidieron— ¡Si hemos llegado hasta aquí, nadie podrá silenciarnos!

Al día siguiente, gracias a la influencia de unos buenos amigos, consiguieron imponer su voz en una alocución previa a la Conferencia, que los medios de comunicación, por fortuna, recogieron ampliamente. Jiménez de Asúa habló en francés para explicar la negativa del gobierno francés a enviar unas armas que España ya había comprado y pagado, e Isabel habló en inglés a un público que progresivamente se fue enardeciendo. Finalmente, casi todos los asistentes se pusieron en pie para oponerse al Pacto de No Intervención y para hacer llegar a lo alto una petición unánime:

—¡Armas para el pueblo español!

Sin embargo, los esfuerzos de los oradores no tuvieron un efecto práctico inmediato e Isabel se tuvo que consolar con la idea de que, al menos, la opinión pública cuestionaría la postura del Partido Laborista ante el gobierno de Londres.

Cuando dejaron Edimburgo para regresar a Ginebra *Ela* recordó con nostalgia la época de su infancia que había pasado allí. ¡Por qué caminos extraños la había llevado la vida! Se miraba a sí misma clamando por armas ante el público vibrante y no comprendía cómo podía haberse convertido en la *Ela* actual aquella niña rebelde que una vez fuera de visita a casa de los Murray, sus primos.





De vuelta a Ginebra, donde debía terminar su trabajo en la Asamblea de la Sociedad de Naciones, recibió una sorpresa agradable: Cefe y *Cefito* la esperaban para pasar con ella cuatro días juntos. Cefe había sido enviado como Cónsul a Letonia y, de paso hacia el Báltico, se hizo acompañar por *Cefito* para que le ayudara a establecerse en Riga.

—Volveré a España lo antes posible —repetía *Cefito* obsesivamente—. Aunque mi padre quiere arrastrarme con él, ¡mi sitio está en España!

Aquello la hizo reflexionar nuevamente. España necesitaba la ayuda de todos y su marido y su hijo estaban dispuestos a emplear su vida en el intento. Cefe, como ella, había dejado todo lo suyo para ocupar el lugar que le habían encomendado, y *Cefito*, que no dudaba en poner en constante peligro su vida, sufría por haber abandonado su puesto. Cefe, en la obligada partida para cumplir su deber, no dejaba de sentirse desgraciado: al igual que su hijo, no deseaba dejar su país y, por otra parte, ese viaje de *Ela* a Estados Unidos... ¡resultaría tan largo! ¡Iban a estar separados tanto tiempo!

Pero en aquellos momentos terribles los deseos y sufrimientos personales no contaban. ¡Había que ayudar!

El 15 de octubre zarpó el *Queen Mary* desde Cherburgo. Después de una travesía tranquila con el único inconveniente del mareo, en cuanto llegaron a tierra, los emisarios de la República comenzaron una vorágine de viajes y charlas sin descanso. En los dos meses escasos de gira, los asuntos personales quedaron olvidados y sólo existió un vendaval de palabras que hacía vibrar a un público entusiasmado, entregado a la causa desesperada de España.

Cuando todo hubo acabado, los recuerdos confusos se agruparon en un orden caótico en la mente de Isabel: los periodistas en las cercanías del muelle, gritando: “¿Es verdad que ustedes piden que Estados Unidos intervenga en la guerra?”; la despedida de Marissa, refugiada con Laura de los Ríos en New York; el mitin en Toronto, con un público trémulo de emoción; las

visitas a Ottawa y Quebec; aquella llamada telefónica insistente que anunciaba: “El Boletín del Estado ha publicado su nombramiento como Ministra Plenipotenciaria en Suecia” y su propia respuesta: “¿Ministra Plenipotenciaria? Sí, ya lo sé”; la presencia constante de Marcelino Domingo y el Padre Sarasola, compañeros leales; la comida en la McGill University de Montreal, con tantos miembros distinguidos de la Facultad; el asalto obsesivo durante las noches de sus propias dudas: “¿Estaré capacitada para el cargo?”; la conferencia en el Madison Square Garden de New York, de la mano del doctor Harry F. Ward, con veinte o veinticinco mil personas que estrechan sus manos para sustentar con su abrazo a la España trágica: veinticinco mil corazones latiendo al unísono, traducidos milagrosamente en talones bancarios, oro y promesas por valor de treinta mil dólares; el periplo por Canadá, desde el este hasta el oeste: Saskatoon, Edmonton y Port Arthur durante muy pocas horas; el desayuno con las mujeres de Winnipeg, la comida con el alcalde de la ciudad, el mitin en el teatro a las tres de la tarde, la cena en el Royal Institute of International Affairs y el otro último mitin en la noche justo antes de tomar el tren; la lectura apresurada de la prensa diaria, que describía los bombardeos hasta la indignación, y el aviso: “¡España invadida por tropas extranjeras, sin poder defenderse en virtud del Pacto de No Intervención!”; y más viajes: la preciosa ciudad de Vancouver, la ciudad de Victoria durante veinticuatro horas y el giro hacia la costa del oeste: Seattle y Portland en visita fantasma; San Francisco, con el recuerdo fabuloso de Andalucía y la compañía de Upton Sinclair, John Steinbeck, Humphrey Cobb, Dorothy Parker y Haakon Chevalier; la espléndida bienvenida en Los Ángeles; el vuelo a Denver para la charla en la Universidad de Colorado; y después, de Denver a Florida: el mitin en el campo de fútbol; la noticia de la muerte de su hermano Ricardo, poco antes de la caída de Málaga en manos de los fascistas; y desde Florida al Medio Oeste: en St. Louis una fotografía de Isabel de hacía ocho años anunciando el mitin: “¡De cuando viajaba para hablar del folklore español!”; Wisconsin,



Chicago, Boston y sus jóvenes esposas recién casadas, que se arrancaban el sencillo aro de boda para donarlo a la República; por último, Washington, en visita a la Casa Blanca: Eleanor Roosevelt, la esposa del Presidente, ansiosa de noticias de España y compasiva con los niños españoles...

Trenes y aviones, carreteras, ciudades y árboles, montañas y gentes, cuarenta y dos ciudades en cincuenta y tres días y una colecta de casi doscientos mil dólares, los aplausos de aquellos que lamentaban el destino de España... todo se hacía un maremágnum complejo y desordenado en el recuerdo de Isabel. Durante aquellos días no había sentido el cansancio, ni había tenido la conciencia de otra cosa que no fuera su lucha por la causa. Arrastrada por una corriente imparable, se había precipitado de un lugar a otro, doblegada por algo más fuerte que sus propias urgencias, sin advertir la fatiga, impelida por la presión de una fuerza ciclópea. Una noche cualquiera podía haber sonado el teléfono con la voz lastimera de Cefe desde Riga, o la llamada ansiosa de *Cefito* (“Mamá, ¿cuándo vuelves?”). *Ela* se había disuelto en la vorágine de su misión en Estados Unidos: buscar apoyos para la República, recabar fondos para los niños de España, conseguir adhesiones al Gobierno legítimo. Se había anulado para que viviera su causa y lo había conseguido. Si los gobernantes de los diferentes países apoyaban el Pacto de No Intervención, sus ciudadanos, por el contrario, en todos los lugares que habían visitado, se manifestaban en franca oposición a esta negativa, apreciaban la cuestión republicana desde un sentimiento de hermandad universal y eran capaces de derramar sinceras lágrimas de dolor ante un pueblo que sufría la más flagrante injusticia al resultar privado de medios para defenderse y que permanecía atado de pies y manos mientras sus enemigos tenían la libertad de destruirlo.

El 15 de diciembre el *Queen Mary* partía hacia Europa. Isabel miraba alejarse desde el horizonte los rascacielos gigantes, erectos y elegantes como chapiteles de una iglesia fabulosa. Se abrazó a sí





misma para reencontrarse en su propio cuerpo. ¿Qué nueva tarea le esperaba más allá del océano?

Cuando llegó a París, acompañada de su hija Marissa, se dirigió inmediatamente a la Embajada.

—Debes partir inmediatamente hacia Estocolmo —le apremió el Ministro de Estado.

Aquello contradecía su deseo ferviente de pasar por Madrid, pero hubo de sofocar sus sentimientos. Marissa, para colmar su desdicha, la miró con un reproche angustioso: hacía muchas semanas que no tenía noticias de su novio, Germán Somolinos, de quien, además, no había podido despedirse. ¡Seguro que en este tiempo le había ocurrido algo terrible en uno de los frecuentes bombardeos!

Sin embargo, la necesidad de apresurarse no admitía réplica y Álvarez del Vayo les explicó los motivos de la urgencia.

—El Gobierno de la República, que tenía como embajador en Estocolmo al diplomático de carrera Alfonso Fiscowich y Gullón, después de que prometiera lealtad, le concedió la embajada de Berlín... pero allí se encontró con que su antecesor no quería dejar el puesto porque se había proclamado a sí mismo delegado de Franco...

—¿Y..? —preguntó Isabel sin entender qué tenía que ver todo aquello con ella.

Su interlocutor alzó las cejas y, a pesar de las circunstancias, continuó su relación en cierto tono humorístico:

—Su esposa es alemana, miembro de la familia Zeppelin, y entre ella y otros familiares le han convencido de que Hitler va a ayudar a Franco a tomar el poder; así que Fiscowich ha vuelto a Estocolmo y ha ocupado de nuevo la embajada declarándose ferviente partidario de Franco...



—Pero... ¡eso es absurdo! Los únicos representantes legítimos de la República son...

—Sí, es absurdo; pero él ha tomado posesión de la vivienda de la Legación española y dice que se va a mantener allí hasta que Franco gane la guerra.

—¡Hasta que Franco gane la guerra! ¡Qué ridículo! ¡Esa vivienda es propiedad del gobierno legítimo de España! —se indignó Isabel, que no tenía la más mínima intención de ver el asunto bajo ningún aspecto cómico.

—Además, los españoles que residen en Estocolmo han solicitado al Ministro de Estado que envíe al representante legal de la República lo antes posible...

No había elección: ¡deberían partir inmediatamente!

No obstante, como era la víspera de Navidad y faltaban dos días para que despegase el avión, Isabel decidió viajar previamente a Bruselas, desde donde se acercarían a Lieja a visitar a sus hermanas: María, a la que no veían desde hacía más de ocho años, e Inés, que también había ingresado recientemente en el mismo convento.

Cuando se reunieron, al cabo del breve viaje, la prudente María miraba a Isabel como si no pudiera reconocer en ella a su hermana pequeña.

—¿Cómo puedes defender con ese empeño a un gobierno enemigo de la iglesia? —le reprochó finalmente.

Inés, que había visto más mundo y quizás había profesado como religiosa sólo para huir de él, comprendía mucho mejor las mentiras que le atribuían al Gobierno de la República y no cayó en la tentación de la duda. A pesar de todo, el reencuentro tenía que acabar en un abrazo.

—Yo me alegro de que mis hermanas sean monjas... —concluyó Isabel al alejarse— Al menos, están fuera de España y aquí en Bélgica, según parece, ¡no corren ningún peligro!

Al día siguiente comenzó la verdadera aventura hacia Estocolmo. Habían recibido instrucciones precisas de tomar una ruta segura, evitando Alemania, así que eligieron un avión que se



dirigía directamente desde Ámsterdam a Copenhague y Malmö, sin paradas intermedias. Cualquier otro que hiciera escala en Hamburgo supondría el riesgo de ser interceptadas y consiguientemente arrestadas por la policía alemana, que las devolvería a Franco para una muerte segura. ¡Era vital evitar Alemania!

Aquel día el avión apenas transportaba pasajeros. Isabel, con el mapa de Europa extendido sobre las rodillas, apuntaba con trazos imaginarios el lugar de destino y la franja de tierra alemana que habría que sobrevolar. Como siempre ocurre, al poco de despegar una masa de nubes lechosas cubrió todo el espacio que abarcaba la vista, y los campos, ciudades o montes de abajo se hicieron invisibles. Después de un buen rato dobló el mapa y comenzó a estudiar los documentos necesarios para su cometido en Estocolmo. Sin embargo, en un momento dado, le dio la impresión de que el avión descendía y, cuando miró por la ventanilla, observó con sobresalto que ya se distinguían los árboles y las casas bajo sus pies. Enseguida el avión aterrizó con el estruendo obligado.

¿Dónde estaban? Era demasiado pronto como para haber llegado a Copenhague, pero no había ninguna otra escala anunciada... ¿Había sucedido algún imprevisto o es que se habían confundido de avión? Las dos mujeres se miraron asustadas sin atreverse a confesar su temor.

El pájaro de acero se siguió deslizando por la pista de aterrizaje y apenas se vislumbraba nada más que algún trozo de hierba verde cubierto por una ligera capa de nieve. Poco a poco pudieron distinguir algún otro avión y al punto vieron que estaban todos adornados con la inconfundible señal de la esvástica, al igual que la torre de control. El avión se detuvo y los jóvenes pilotos que las habían llevado hasta allí se vistieron con sus abrigos de invierno y saltaron al suelo.

Madre e hija adivinaron en los ojos de la otra la misma pregunta angustiada: “¿Qué le van a hacer a mi madre ahora?” ¿Qué le va a pasar a mi hija?”.



—Si alguien te habla, simula que no vienes conmigo —advirtió Isabel en un susurro—. ¡No aceptes bajar del avión y contesta en francés!

Marissa intentó sonreír para animar a su madre, que insistió para infundirle valor:

—Este es un avión holandés. ¡No nos pasará nada si seguimos en él!

Ante aquello no cabía más que una sonrisa escéptica, ya que, en realidad, no había ninguna escapatoria. Sin embargo, la preocupación por la hija no era la única causa de ansiedad: Isabel llevaba consigo documentos importantes que no debían caer en manos alemanas bajo ningún concepto. En última instancia, ¿cómo podría deshacerse de ellos?, ¿qué método serviría para destruirlos?

En los momentos de tensión excesiva, al igual que en un salto mortal, suelen venir a la cabeza soluciones absurdas y *Ela* recordó aquella anécdota de la infancia cuando en el Colegio María Luisa se comió la carta prohibida que le había descubierto una monja. Durante segundos angustiosos sopesó la hipotética opción de deglutar las enormes carpetas... ¡Pero aquello era absurdo! ¡Ella no podía tragar ese montón de papeles! ¡Eran unos documentos excesivamente voluminosos!

Después de largos minutos subió un hombre al avión, se acercó lentamente a la cabina y entró. A continuación entró el segundo. ¡Eran los pilotos! Isabel dedujo con alivio que los jóvenes aviadores, al parecer, eran alemanes y habían parado sencillamente para recoger el correo. Al cabo, el motor comenzó esperanzadoramente a rugir de nuevo, el aparato ensayó una carrera y por fin se elevó hacia el cielo hasta remontar las nubes y evitar el peligro.

Allá arriba *Ela* pudo recuperar el control de sí misma y se atrevió ya a mirar de nuevo a su hija. Marissa estaba tranquila, observando el espacio vacío: en el fondo de sus ojos ya no quedaba temor e incluso quizás hasta había olvidado el sobresalto. Su madre adivinó la causa de la exigua mudanza: los pensamientos de la hija



estaban muy lejos, en España... Su alma joven de enamorada no temía el propio peligro y sólo guardaba la melancolía tristísima de la ausencia obligada de Germán Somolinos.

Llegaron a Copenhague según el horario previsto y, después de un rápido vuelo de quince minutos, a Malmö. Desde allí, los más de seiscientos kilómetros hasta Estocolmo los hicieron en tren.

Mientras la máquina surcaba en silencio los campos, *Ela* se preguntaba: ¿Cómo resultarían los suecos? ¿La recibirían con hostilidad por su oposición al representante anterior o la reconocerían como enviada legítima? Isabel no quería comentar sus preocupaciones con Marissa, que miraba por la ventanilla a través de la inmensa llanura blanca. Afuera se sucedían kilómetros y kilómetros de nieve, salpicados con abetos altísimos y algunas pocas casas de madera pintadas de rojo brillante. Todavía no aparecían pueblos ni ciudades. ¿Cómo sería el frío en los países del norte? Ella había soportado el invierno en Estados Unidos y Canadá parcialmente asfixiada por un largo y pesado abrigo de lana que vistió durante meses... Y, de nuevo y sin poderlo evitar, la desazón permanente: ¿cómo seguiría la lucha en España? Madre e hija habían podido tomar un refrigerio en la estación del tren, que encontraron adornada con dulces mensajes navideños (“Goodwill to all men”). Mientras tanto, ¡cuántos compatriotas se hallarían en esos momentos cercados por el hambre o afligidos por la muerte de seres queridos! ¡En España aquellas bienaventuranzas, en el ácido momento de la tragedia, eran sólo un sarcasmo!

Por fin, comenzaron a aparecer algunas casas tras las ventanillas del tren, que se fueron adensando hasta convertirse en una maraña de calles, edificios y puentes. La máquina se detuvo y un pequeño grupo de españoles se apresuró a recibirlas. Marissa sonrió al comprobar que aquel extraño conjunto de seres que hablaban español con acento del sur estuvieran ataviados con



pesadas capas y abrigos de piel como si fueran exploradores del Ártico. Entre ellos se encontraban el señor Ugarte, recientemente nombrado Agregado Comercial, el secretario de su departamento y el traductor de la Legación española en Suecia, Ernesto Dethorey.

Tras la llegada, como la vivienda de la Embajada estaba ocupada por Fiscowich, los anfitriones las acompañaron al alojamiento provisional del Gran Hotel, adonde se dirigieron procurando pasar desapercibidas.

—Preferiría evitar de momento a la prensa —advirtió Isabel, porque suponía que su aparición podría implicar algún tipo de zozobra mediática.

Dethorey asintió.

—Las declaraciones de Fiscowich a favor de Franco causaron estupor... Todo el mundo está pendiente de tu llegada, preguntándose qué vas a hacer para recuperar la Embajada...

—Indudablemente, tendremos que expulsar a los intrusos! —exclamó ella con determinación.

Sin embargo, aquella era una situación delicada. ¿Cómo podría sacar por la fuerza al pretendido representante del gobierno golpista? Era mejor esperar a comprobar las medidas que efectivamente fuera a tomar el Gobierno, porque, hasta que Fiscowich no fuera expulsado, el pueblo sueco iba a querer analizar, discutir e interpretar cada uno de sus movimientos, cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos... Por otra parte, Isabel odiaba la parafernalia de aquel tipo de puestos diplomáticos, que implicaban la obligación de sonreír y callar a la espera de una ocasión propicia... ¿Sería capaz de hacer bien ese trabajo sibilino y tortuoso? ¡Cuánto mejor hubiera sido seguir en España!

Tras largos momentos de dudas, por fin, una certeza la serenó respecto a su nueva vida. Frente a las arenas movedizas de la diplomacia oficial, ella tenía la mejor compañía: ¡la seguridad de que su causa era justa! Ella era la representante oficial del Gobierno de España, la que estaba investida de la efectiva autoridad que los españoles habían dado con sus votos al Gobierno de la República y,



por tanto, su obligación consistía en procurar con dignidad absoluta que se restableciese la legalidad...

La llegada de Isabel Oyarzábal fue rápidamente descubierta y al poco llegaron al hotel unos cuantos periodistas y un grupo de simpatizantes que querían darle la bienvenida. También les esperaban en su habitación varios ramos de flores, entre ellos el de Alexandra Kollontai, la embajadora soviética en Suecia, a quien ya había conocido *Ela* en Ginebra. Con la calidez de esas muestras de afecto era ya mucho más sencillo presentarse ante los periodistas...

Al día siguiente se anunció la visita oficial de Rickard Sandler.

—¡Ojalá no le haya molestado demasiado nuestra prensa, hoy tan insistente! —fueron sus palabras de bienvenida.

Rickard Sandler, que había sido Primer Ministro sueco a la temprana edad de 41 años, en aquel momento ocupaba el Ministerio de Asuntos Exteriores. Era un hombre extremadamente delgado, que unía a su enérgico talante una impecable amabilidad. De acuerdo con las más exquisitas reglas de la cortesía quiso justificar de alguna manera la aceptación por parte de Suecia del Pacto de No Intervención, que él en su fuero interno rechazaba: las presiones británicas, el temor a una guerra, los intereses comerciales, la lejanía geográfica de España... No obstante, también le aclaró que la postura oficial del Gobierno sueco en relación con la Legación española era la de preferir a la representante de la República frente al partidario de Franco. *Ela* se sintió aliviada al oírle declarar que los suecos se manifestaban respetuosos con la legalidad democrática.

—Sin embargo —susurró Sandler con cautela—, yo le rogaría que en esta cuestión espinosa esperase a que el Ministerio de Asuntos Exteriores diera el primer paso...

—Estoy dispuesta a solucionar este asunto de la forma más desapasionada —prometió Isabel advirtiendo que se aligeraba de un peso enorme.



—El subsecretario, el señor Christian Gunther, es amigo personal del señor Fiscowich —añadió Sandler—, y pretende ser él quien se encargue de las negociaciones: en estos momentos la señora Fiscowich se está reponiendo de una reciente enfermedad y no desea moverse de la casa...

—En ese caso no es necesario que lo haga —convino Isabel—. Puede permanecer en ella todo el tiempo que quiera, pero yo insisto —añadió firmemente— en que deseo tener acceso inmediato a la Cancillería y tomar posesión de todos los documentos, públicos y reservados, sin pérdida de tiempo.

—De acuerdo —concluyó el Ministro, sonriendo—. Tendremos que agilizar la presentación de sus credenciales...

Si las reglas internacionales de la diplomacia le parecían a Isabel extremadamente complejas, las peculiaridades suecas lo resultaban todavía más. Cuando la prensa anunció que sería llamada por Su Majestad el Rey Gustavo V de Suecia para presentar sus credenciales antes de tomar posesión de la Legación española, se preguntó cuál sería el extraño papel que debía desempeñar para acabar con éxito esta nueva misión.

La solución se presentó con la aparición del Barón Barnekow, el Jefe de Protocolo para los Asuntos Exteriores: él tenía previstos todos los pormenores de la lista oficial con los compromisos de su futuro inmediato, que debían resolverse, naturalmente, en la observancia de las normas más estrictas.

—El día 5 de enero, cena con el Cuerpo Diplomático en la Residencia del Ministro de Asuntos Exteriores; el 11, solemne Apertura las Sesiones Parlamentarias en el Palacio Real; el 15, cena de Su Majestad a los Diplomáticos Acreditados...

Marissa observaba divertida a su madre, mientras el Barón Barnekow, en su fuero interno, se preguntaba si una revolucionaria republicana se avendría a ajustarse a las normas rigurosas de su antiquísima monarquía.

—Eso sí: antes de acudir a todas esas citas, de las que recibirá formal invitación, tendrá que presentar personalmente sus





credenciales a Su Majestad en un acto que tendrá lugar el próximo día 4...

Isabel intentó evitar que se reflejase la satisfacción en su semblante. En otras ocasiones, la admisión para la presentación de credenciales se había producido una o dos semanas después de la llegada del diplomático en cuestión; mientras que en su caso sólo se demoraría unos días.

El Barón Barnekow continuó con la enumeración de sus admoniciones hasta que llegó a un punto que, al parecer, le resultaba un tanto espinoso.

—La puntualidad es extremadamente importante y también, desde luego, este otro particular... de interés incuestionable... es decir, en el caso de un hombre... pero usted...

—¿Otro particular? —se sorprendió Isabel, que no se imaginaba que pudiera haber ningún problema que no resolviera la cédula republicana de su nombramiento.

—¡Eh, sí! —el Jefe de Protocolo acabó resolviéndose— Naturalmente, habrá que precisar el vestuario apropiado para una mujer en esta ocasión... ¡Los caballeros siempre se han presentado vestidos de etiqueta!

Ela recordó divertida la anécdota que Alexandra Kollontai había contado en una de las reuniones de la Alianza Internacional: cuando la nombraron Ministra del Gobierno Soviético en Suecia, hacía ya nueve o diez años, era la primera mujer en el mundo que ostentaba este cargo y el propio Barón Barnekow le expuso los mismos remilgos en relación con su traje. Alexandra Kollontai había decidido aparecer vestida con un sencillo traje negro y un pequeño sombrero. El traje negro fue inmediatamente aceptado, pero el pequeño sombrero suscitó graves dudas y elucubraciones en Barnekow. Sin embargo, después de complejas discusiones acerca del dichoso tocado, se especuló que si el día de la presentación amanecía ventoso la dama, sin sombrero, llegaría despeinada; por lo que, indudablemente, era no sólo recomendable, sino absolutamente insustituible el detalle del sombrero.





—Pensaba vestir un sencillo traje negro —soltó Isabel aparentando un ingenuo titubeo. Y mientras Barnekow aliviado asentía, añadió: —¡Y un pequeño sombrero!

El día 4 de enero la embajadora española tenía acordado aparecer en el Palacio Real para su pomposa presentación ante Su Majestad Gustavo V, Rey de Suecia de los Godos y de los Vendos, pero para entonces el usurpador Fiscowich todavía no había abandonado la Legación. Según sus seguidores, esa ceremonia seguramente se retrasaría o, mejor, nunca tendría lugar.

Sin embargo, a la hora convenida, el Barón de Geer, *Introductoire des Ambassadeurs*, vino a buscarla al hotel para escoltarla al Palacio Real. Bajaron en el ascensor hasta el vestíbulo, donde fueron asaltados por la prensa, y donde, según le contaron después, también se encontraban algunos partidarios de Fiscowich, que en el último instante no se atrevieron a interceptar a la “roja peligrosa” para impedirle acudir al evento. Desde allí salieron a la calle nevada, en la que les esperaba el lujoso coche oficial, arrastrado por seis caballos y custodiado por postillones.

En el Palacio, a las doce en punto, Gustavo V la recibió en un acto solemne. El monarca, vestido totalmente de uniforme y adornado con lucientes condecoraciones, permanecía esperando en el centro de la habitación. *Ela*, que no se quiso dejar impresionar por el boato de la representación, no se podía quitar de la cabeza la única cuestión importante: España, España y su lucha, España sangrando por causa de la democracia, España batallando por la justicia y la democracia del orbe entero, en el cual también se incluía al pueblo sueco... El rey Gustavo, tan delgado, tan alto y elegante a sus setenta y nueve años, tomó de sus manos las credenciales, la hizo sentar y le preguntó sobre su patria. ¡Qué lástima, la destrucción de un país tan hermoso! ¡Qué lástima, el bombardeo de ciudades y la muerte de mujeres y niños!

Isabel Oyarzábal le enumeró la presencia de tropas extranjeras que habían entrado en España para ayudar a los fascistas rebeldes, tal como constaba en el informe enviado por Álvarez del



Vayo a las Naciones Unidas, pero en cuanto a otras ayudas al gobierno de la República precisó:

—Han acudido, por su propia voluntad pero desprovistos de armas, hombres de cincuenta naciones distintas para defender a la democracia. Estos héroes —añadió con intención de mover la voluntad del monarca— no han sido enviados por ningún gobierno extranjero, ni han sido equipados por sus países como ha ocurrido con las tropas alemanas e italianas de Franco... ¡Si España hubiera recibido aunque sólo fuera un tercio de la ayuda aceptada por los insurgentes, la guerra ya habría acabado!

Gustavo V la miró como a través de una niebla densa y repentina, hizo ademán de querer decir algo y luego calló. Al poco, después de ampararse tras una amable sonrisa, preguntó:

—¿Le ha gustado Suecia? ¿Conoce ya Estocolmo?

La embajadora española se vistió con la máscara de su disfraz de diplomática y se forzó a contestar las banalidades obligadas.



Por la tarde se hubo de atender, de nuevo en palacio, al apretado programa oficial: primero, la presentación de respetos a Su Alteza Real Gustavo VI Adolfo, Príncipe Heredero de Suecia, y a su segunda esposa, Su Alteza Real la Princesa Luisa Alexandra Mountbatten, Princesa de Battenberg y prima, por tanto, de la que fuera Reina de España; y en segundo lugar, los saludos a su hijo, primogénito del matrimonio anterior con Margarita de Connaught, Gustavo Adolfo y a su esposa Sybilla de Sajonia.

Mientras Fiscowich se preguntaba qué haría una republicana española que recientemente había aplaudido la expulsión de los reyes de su patria departiendo con los monarcas de Suecia, Isabel procuraba limar asperezas y la conversación discurría desde los senderos del arte en el Museo del Prado hasta el horizonte de la Sociedad de Naciones. Pero tras el vestuario acordado para la





representación, el sencillo traje negro y el pequeño sombrero de la mañana, *Ela* seguía recordando con angustia su misión, y a pesar de que hablaba del arte, en el fondo de su corazón se dolía por el Pacto de No Intervención y no apartaba de su imaginación al pueblo masacrado por las bombas porque carecía de defensa ante los ataques aéreos. Por otra parte, había muchas otras líneas de actuación que ella debía procurar. España estaba quedando desabastecida de productos de primera necesidad: leche, mantequilla, queso, carne en conserva... Y no se podía perder la oportunidad de hacer llegar al mercado sueco la fruta que producían Barcelona, Valencia y Almería... Se consolaba pensando que arreglar todo eso vendría más tarde, cuando hubiese resultado admitida sin limitaciones.

Al día siguiente fue presentada al Primer Ministro, Per Albin Hansson, un hombre de tez bronceada y ojos claros que le recordó a Largo Caballero, y por la noche acudió a la cena que ofrecía el Ministro de Asuntos Exteriores: ¡por fin se reunía con los otros miembros del cuerpo diplomático y podría descubrir a los partidarios y enemigos de la República! Ya se había presentado ante algunos amigos, como Fröken Kerstin Hesselgren, Presidenta del National Council of Women sueco; el senador Branting, Jefe del Comité de Ayuda a España y Barbro Alvin, la inteligente reportera del periódico liberal *Dagens Nyheter* y primera corresponsal de guerra sueca, que le había dedicado algún espacio en su periódico. También había recibido el saludo del embajador mejicano... Oportunamente llevaba prendida en el pecho la medalla de la Orden del León Blanco, que le había concedido hacía dos años el presidente checoslovaco Masaryk como reconocimiento a sus estudios sobre el arte popular checo; así que, cuando llegó el turno a su ministro, él no pudo dejar de ofrecerle su apoyo amistoso...

Isabel, luchando contra su austera naturaleza, saludaba prodigando sonrisas. ¡Había que seguir recabando colaboradores! Y mientras condescendía ante la tiranía de la cortesía obligada, desgranaba un obsesivo recuento mental de los posibles apoyos o





enemistades de su causa: contaba con la ayuda del decano del cuerpo diplomático, Mr. Wollebaek, y su esposa, los embajadores mexicano y chino, el francés y el turco y, sobre todo, tenía el apoyo Alexandra Kollontai... Los representantes de los regímenes autoritarios, naturalmente, la rechazaban, pero había que ganarse a los tibios...

Cuando la marea de saludos la llevó al fondo de la sala divisó a la embajadora rusa y una mirada recíproca a sus respectivos y sencillos trajes negros les hizo sonreír a la par. Alexandra Kollontai era seis años mayor que la española, pero le llevaba unos cuantos más de ventaja como diplomática, así que se había establecido entre ellas un acendrado sentimiento de camaradería: eran las únicas mujeres en desempeñar aquel alto cargo oficial. A sus sesenta y cuatro años, Kollontai conservaba una gran energía y una apariencia de enorme vitalidad: su cabello rizado y oscuro ornaba un rostro carnoso de gran personalidad y sus ojos rasgados, sorprendentemente claros, traslucían una gran sabiduría, corroborada por la boca, grande y gruesa, fruncida en un gesto que discurría desde la ironía a la complicidad. Isabel hacía cábala, mientras observaba la inteligencia y la astucia de la embajadora rusa, siempre brillante, que se movía con soltura entre los asistentes, dirigiéndose a ellos tanto en inglés y francés como en alemán o sueco. ¡Cuánto le quedaba a ella hasta ganar el favor de todos para el triunfo de la República! Aunque por otra parte, pensaba, no todos sus amigos confiaban en una pronta victoria de la democracia... Alguno de ellos, como Per Albin Hansson, le había dicho que no creía posible que los republicanos ganaran la guerra. Sin embargo, Isabel no podía tolerar esa hipótesis: quizás él sustentaba esa teoría porque conocía muy poco al pueblo español... ¡No quería ni pensar en la derrota! Si hubiera alguna opción de resultar vencidos, su estrategia hubiera debido organizarse de forma totalmente distinta...

Por otra parte, a pesar de que ella había sido investida de toda autoridad como Ministra de España, la Legación seguía



ocupada por Fiscowich, que había decidido desoír los ruegos del Ministro de Asuntos Exteriores para que la abandonase. Es más, había desmentido groseramente que su esposa estuviese enferma y se reafirmaba en su tesis de que, como Franco iba a ganar la guerra, el representante legítimo de España era él. Frente a ello, Isabel seguía procurando mantener la situación dentro de los límites de la cortesía, como le sugirieran sus delicados anfitriones, pero el asunto se estaba convirtiendo para la prensa en un lance cómico. “Fiscowich, refugiado en la embajada, ha pasado todo el día sin salir”, había escrito un periodista, que añadía regodeándose en el detalle grotesco: “protegido por la fuerza de dos policías y dos ferocísimos terriers”. Otro más aludía al ministro rebelde como “Fiascowich”... ¡Qué imagen ridícula la de España! Habría que seguir laborando por dar la apariencia más digna posible...



Pasaron los días y, mientras tanto, continuaba el baile de disfraces: había que mantener la falacia de la feria de las vanidades oficiales. El día 11 de enero se dio la Apertura oficial de las Sesiones Parlamentarias del año, con la asistencia de ministros, senadores y autoridades, e Isabel acudió a representar a su país, sin adivinar que con su colaboración se iba a suscitar una cómica confusión protocolaria.



La jornada comenzó con una misa oficial y después se celebraba la ceremonia de Apertura en el Palacio Real, que presenciarían con todo boato reyes y dignatarios. Por ello, los hombres, vestidos elegantemente para la ocasión, lucían finas bandas y condecoraciones y sus esposas, enormes collares y largos trajes de noche. Cuando Isabel llegó, encontró al Barón Barnekow, encopetado maestro de ceremonias, intentando colocar en el orden debido a los embajadores extranjeros, que debían desfilar en una adecuada exhibición, prevista hasta el menor detalle. Como *Ela* había sido la última en llegar a Suecia, le correspondía el último puesto en la cola y lo ocupó conteniendo el aliento. Todos los mandatarios se colocaron en su sitio en una fila de parejas, cada hombre con su esposa, y fueron bajando las escaleras hasta llegar a





su lugar en el hall, en la tribuna de los diplomáticos. Una vez allí, las damas consortes de los embajadores tenían que pasar en primer lugar y apropiarse de los asientos de la hilera frontal, mientras los hombres ordenadamente quedaban sentados tras ellas, como escoltándolas.

Alexandra Kollontai e Isabel eran las únicas ministras del sexo femenino y además se presentaron sin pareja consorte, en una suerte de celibato o viudedad obligada, de manera que tuvieron que sobrellevar el boato de la representación desfilando en soledad, una detrás de la otra. Cuando llegaron a la tribuna protagonizaron sin quererlo la pequeña confusión que, posteriormente, recordarían con hilaridad: cierto colaborador bienintencionado y defensor fervoroso del axioma “las señoras primero” pretendió que se sentasen delante, junto con las damas consorte, pero ellas se resistieron a ocupar el lugar que se les atribuía por el sexo, reservado a las féminas acompañantes, tan lujosamente ataviadas en aquella ocasión. Afortunadamente, llegó a tiempo el Barón Barnekow, que se apresuró a rescatarlas y situarlas como ministras de pleno derecho junto a sus colegas masculinos, en el lugar designado para los embajadores, fuera cual fuera su sexo.

Así, una vez que cada uno ocupó su debido sitio, tras la llegada de los reyes y en medio de una explosión de trompetas, dio comienzo el acto: en primer lugar tomaron la palabra el Primer Ministro, Per Albin Hansson, y el Ministro de Asuntos Exteriores, Rickard Sandler, y por fin el rey pronunció el protocolario discurso final. El acto resultó perfecto y, tal como probablemente ocurriría en los años y siglos anteriores, se observó una cumplida perfección protocolaria.

Unos días más tarde, el señor Sandler fue a visitar a Isabel al hotel.

—¿Qué le pareció la Apertura oficial del Parlamento?— preguntó amablemente, aunque añadió simulando ingenuidad—: A usted, como republicana... ¿no le habrá sorprendido que se celebrara en el Palacio Real?



Ela ya no se iba a dejar engañar, así que contestó haciendo gala de una astucia recién aprendida:

—Son ustedes muy afortunados con su monarquía y con su sistema de gobierno actual: han conseguido hacer arraigar la democracia parlamentaria sobre las raíces del pasado... —pero quiso añadir una nueva sugerencia—: Otros países, para conseguir esa democracia, ¡hemos tenido que desarraigárla!

Cuatro días después se celebró la cena que ofrecía el Rey a los Diplomáticos Acreditados, de nuevo bajo las estrictas reglas y consabidas convenciones, más rígidas y difíciles que las de ninguna otra monarquía a pesar de su talante ejemplarmente democrático. *Ela* asistió, de nuevo, a los desfiles de personalidades, a los saludos y reverencias, a los finos diálogos e ingeniosas respuestas, refugiada obligadamente tras la dolorosa sonrisa que enmascaraba sus verdaderos deseos y sus lacerantes incertidumbres. Por fin, una noticia de Georg Branting le trajo un rayo de esperanza: la cuestión de la Legación pronto se resolvería. Como Fiscowich no atendía a razones, se había terminado por solicitar al Gobernador Civil de Estocolmo que le expulsase como al intruso que era. Una vez enviada la orden, se rumoreaba que el invasor, obligatoriamente, iba a tener que mudarse!

La mansión que todo el mundo llamaba *Prinz Karl Palats* había sido adquirida por Primo de Rivera para alojar al rey Alfonso durante los dos o tres días en que ocasionalmente pudiera visitar Suecia, y era mucho más lujosa que los apartamentos que la mayoría de los otros embajadores ocupaban. Antes, había pertenecido al hermano del rey, el príncipe Karl, y a la princesa Ingeborg, que lo habían abandonado por motivos económicos.

Fiscowich, forzado a elegir entre irse voluntariamente o desalojado por la policía, había optado, a la postre, por hacerlo por





su propio pie. Sin embargo, había dejado un ingrato recuerdo para los próximos moradores.

—¡Mira qué lástima! —dijo Marissa señalando un objeto.

La bandera de la República aparecía, como en un último escarnio, hecha trizas en el suelo. Marissa se acercó e intentó delicadamente extender a sus pies los jirones revueltos.

—Quizás no fue él, sino cualquiera de sus acompañantes —insinuó Isabel—. Al fin y al cabo, él sirvió a la República en los primeros momentos por su propia voluntad...

Marissa negó con la cabeza, mientras su madre revisaba los objetos del escritorio: ningún expediente, ninguna instrucción, ninguna carpeta, un libro de cuentas en blanco... Isabel volvió los ojos hacia su hija, que había quedado sentada en el suelo, con los hombros abatidos, intentando inútilmente recomponer el desastre.

—Él debería haber pensado que miles de sus compatriotas en España están muriendo por defenderla —añadió Marissa señalando la bandera con los ojos empañados en lágrimas. Su novio, Germán Somolinos, era médico de la aviación republicana y se jugaba diariamente la vida en defensa de la tricolor. Isabel intentó levantar a su hija del suelo y Marissa se dejó guiar como sonámbula mientras escapaban entre sus dedos los jirones rojos, amarillos, morados. *Ela* anunció con firmeza:

—No perdamos tiempo; hay mucho que hacer. ¡Habrá que salvar lo que queda!

De nuevo comenzó un trabajo frenético. Las relaciones comerciales habían resultado interrumpidas durante los seis meses de ausencia oficial en la embajada y había que recuperarlas: había que abrir nuevos mercados para los productos españoles, había que recabar información acerca de la situación puntual de muchos lugares de España, había que neutralizar la propaganda negativa que se difundía acerca de la República y, cómo no, había que atender a quienes se presentaban allí para cumplimentar cualquier petición.

En cuanto a este último cometido, curiosamente y a pesar del Pacto de No Intervención, muchos de los visitantes de la





embajada llegaron precisamente a ofrecer armas, tanto defensivas como ofensivas. “¡Qué extraño negocio el de enriquecerse a costa de traficar con la distribución de la muerte!”, pensaba Isabel. Aunque el comercio de armas no figuraba como una de sus competencias, en muchas ocasiones se veía indirectamente enterada de algunos asuntos: cargamentos dirigidos al Gobierno de la República que caían en manos de Franco, capitanes que se dejaban comprar por el enemigo o bien que, siendo leales, desaparecían o eran ejecutados... También eran numerosos, en tiempos de guerra, los “inventores” de armas: cada poco tiempo llamaba un desconocido para solicitar una entrevista secreta en la que explicaba con dibujos y planos una forma rápida de aniquilar a un gran número de personas. *Ela* se asombraba de esa rara cualidad de la naturaleza humana en tiempos de guerra e incluso, a veces, suponía que el género humano estaba comenzando a padecer una epidemia de maldad colectiva... ¿Cómo terminar con aquella locura? ¿Qué tipo de sortilegio podía contener la tragedia de la guerra en España para recuperar la democracia y la paz?

Un día, Marissa visitó a su madre en su despacho para mostrarle un anuncio, aparecido en un periódico conservador sueco, que recomendaba un extraño libro. El dibujo de la propaganda mostraba una fotografía de Isabel Oyarzábal junto a un título: *La verdad sobre España*.

—¿Has visto este libro? —preguntó entre divertida e indignada— Aunque no incluye exactamente tu nombre, a primera vista tú pareces la autora...

Isabel leyó en voz alta algunos de los varios subtítulos citados en la propaganda.

—“Amor libre”, “Nuestras iglesias en llamas”... Da la impresión de que soy defensora de todas esas cosas...—aventuró.

—¿Cómo han querido insultarte de esta forma tan burda? —se dolió la hija— ¿Cómo se atreven a confundir a la opinión pública con una estratagema vulgar?





Cuando recabaron el nombre del autor, apenas visible en la portada del libro, comprobaron que se trataba nada menos que del político nazi Joseph Goebbels, en un intento soez de desacreditar a la República española. Esa misma tarde se presentó el Ministro Sandler para disculparse de las artimañas de la prensa al haber incluido la imagen de Isabel para confundir a los lectores.

—Siento que alguien haya querido enfadarte con una estupidez como ésta —se humilló.

—¡Oh, no! En realidad, me siento halagada —y *Ela* decidió utilizar la ironía en lugar de enfadarse—. ¡Han preferido vender el libro de Goebbels con la imagen de alguien leal a la República!

Mientras tanto, continuaba el trabajo y la embajadora Oyarzábal intensificó sus contactos con el Comité Sueco de Ayuda a España, que desde el comienzo de la guerra trabajaba para aliviar los sufrimientos de mujeres y niños. Georg Branting, a cargo del Comité central, permanecía en constante contacto con las distintas ramificaciones de la institución en pueblos y ciudades y siempre hallaba personas dispuestas a enviar dinero, ropa o comida a las regiones devastadas o, al menos, voluntarios interesados en colaborar en su empeño. Así, se estaba organizando un hospital bajo la dirección del doctor Silverskiöd, ayudado por dos colegas y algunas enfermeras experimentadas, que pretendía establecerse en Alicante. Además, en vista de los bombardeos constantes que arrasaban ciudades enteras, el Comité decidió traer un buen número de niños a Suecia y alojarlos en casas apropiadas, donde serían atendidos por enfermeras y por profesores suecos y españoles. Finalmente, después de sopesar varias hipótesis, se decidió evacuar a estos niños a Francia, debido a que el clima era menos riguroso para ellos.

Los días pasaban e Isabel y Marissa continuaban en la lujosa mansión: el Palacio de Príncipe Carlos, con sus amplias habitaciones, elegantes despachos y hermosos jardines se había convertido en una morada de ensueño más allá de las posibilidades de cualquier diplomático. Pero ellas dos languidecían. Aunque se



sentían físicamente instaladas en Suecia, sus pensamientos volaban inevitablemente hacia España. Marissa seguía añorando dolorosamente a su novio, en constante peligro, e Isabel se veía asaltada por ideas obsesivas: los hombres que luchaban y morían, las mujeres esperando y llorando, los niños que nacían para sucumbir... En muchas ocasiones el recuerdo de la guerra y la pena le arrancaban lágrimas amargas, que procuraba ocultar extremando el esfuerzo de no dejarse llevar por esos sentimientos. Sabía que un diplomático, fuera hombre o mujer, no era libre de expresar sus dolores en cada momento, sino que debía guardarlos en lo más profundo de su corazón, encarcelados en silencio.

Mientras paseaba por los amplios y lujosos salones –unas veces morosamente, otras con pasos frenéticos–, *Ela* sentía que perder la facultad de pensar libremente sobre España o y la posibilidad de llorar por ella resultaba aún más doloroso que haber perdido la libertad física. El Palacio de Príncipe Carlos no era un refugio elegante, era la jaula dorada donde debía enterrar y amordazar su pasión por la patria.

–¡Germán va a venir a Estocolmo! –gritó alegremente Marissa con un telegrama en la mano.

Los jóvenes se habían prometido en España hacía muchos meses, pero por causa de la guerra llevaban separados demasiado tiempo. Mientras tanto, él había sido herido y Marissa desesperó durante días porque no recibía ninguna carta. Terminada la convalecencia, el chico decidió visitar Estocolmo, y Marissa, por fin, desterró de su cara la sombra de preocupación permanente que durante tanto tiempo la había acompañado.

–Sólo seré feliz cuando acabe la guerra y Germán vuelva a mi lado –solía decir.

Ahora podría al menos cumplirse la segunda premisa.





Cefito, mientras tanto, había querido realizar la aventura inversa y, después de una gran insistencia, había conseguido la licencia de su padre para regresar a España. Cefe, meses atrás, había llamado desde Riga:

—Ya no sé qué hacer para retenerlo... Insiste en que desea volver...

Isabel consultó con su hijo.

—¿Por qué ir a España? ¿No tienes miedo de arriesgarte en la guerra?

—Yo odio la guerra... Y sí, también tengo miedo, quizás más que nadie... —respondió él sinceramente— No soy un héroe, pero simplemente... en estos momentos no me siento bien lejos de España... ¡Tengo que ayudar!

—Es mejor que haga su propia elección —decidió finalmente su madre, resignada, antes de que el hijo viajara a Valencia.

Ahora que Germán venía a Estocolmo, quizás también trajera alguna novedad...

Pero poco antes de su llegada, a comienzos de febrero, una noticia les conmocionó: Queipo de Llano había tomado la ciudad de Málaga con la ayuda de la marina y la aviación italianas. Además, había provocado una terrible masacre entre los miles de civiles que huían hacia Almería.

Isabel y Marissa quedaron desoladas: ¿Málaga en manos de los rebeldes? ¡Aquella hermosa ciudad, inerme ante el enemigo, había sucumbido a los fascistas! *Ela* recordaba su infancia en la casa encalada, en la que había jugado con su cabra Morenita, y el hermoso Paseo de la Alameda donde se había encontrado con Cefe tanto tiempo atrás. Pero, junto a esas remembranzas alegres, se le venía a la cabeza la tragedia de los momentos actuales: las pobres mujeres de ojos oscuros tendidas en la carretera con sus hijos en brazos, hipnotizadas por la vista del peligro que había llegado del mar, ese mar que tanto le había hecho a ella soñar. También pensaba en sus hermanos: en Ricardo, recientemente fallecido, y en Juan, cuyo acendrado catolicismo podría quizás protegerle contra la



violencia de los invasores. Su único hijo, también llamado Juan Oyarzábal, había terminado la carrera naval y en aquellos momentos comandaba un destructor de la flota republicana, a la edad de veinticuatro años. ¡Ojalá ninguno de los ocupantes de la ciudad supiera del destino del hijo!

Pocos días después de la pérdida de Málaga, el Gobierno Sueco quiso impedir que sus ciudadanos se desangrasen en la guerra de España y vetó el alistamiento de voluntarios. Sin embargo, la prohibición llegó demasiado tarde: muchos amantes de la democracia ya habían partido para defender la libertad y la justicia. A Isabel le conmovía la generosidad de esos jóvenes, sobre todo porque sabía que algunos no podrían volver... ¿Qué sentirían las madres al ver partir al hijo hacia tierras extrañas en pos de una idea? *Ela* no quería pensar... Las imágenes de Germán y *Cefito* en España, sin querer, la sobrecogían.

Por fin, llegó Germán a la casa y la felicidad de su aparición coincidió con una llamada de Cefe, que anunció otro motivo de gozo: la victoria en el frente de Guadalajara. ¡Qué gran alegría! Una ventaja debía servir para consolidar la siguiente y, cada vez, el fin de la guerra y la victoria final estarían más cerca. Sin embargo, en Estocolmo, las noticias de España causaban efectos opuestos: los vaivenes y vicisitudes de la contienda impelían a cada cual a fijar su posición personal respecto a uno u otro bando. Isabel analizaba las distintas reacciones de sus compañeros embajadores: los representantes de Gran Bretaña, Bélgica y Rumanía, que habían sido amigos de Fiscowich y preferían a Franco, le mostraron en ese momento su abierta animadversión, mientras que los de México, Francia, Noruega y Dinamarca la apoyaban permanentemente. Con todo, la máxima cordialidad siempre provenía de Alexandra Kollontai, que se había convertido en una amiga entrañable, entregada siempre a animarla y a procurar el envío de dinero o medicinas a España.





En abril, Isabel tuvo que viajar a Ginebra para participar en el Comité de Expertos sobre Esclavitud y en cuanto terminó la Convención, aprovechando la proximidad geográfica, decidió llegar hasta España. Después de recabar el correspondiente permiso ante el Ministro de Estado español, tomó un tren hasta Toulouse y allí un avión a Valencia, donde se encontraba *Cefito*. ¡Era la primera visita a su patria desde hacía siete meses!

Llegó en un hermoso día de primavera, cuando el perfume amargo de las naranjas disputaba su protagonismo con la dulzura de los recuerdos. Su hijo fue a recibirla y, después de asaltar el autobús que la acercaba desde el avión hasta el final de la pista, la sacó de allí literalmente en brazos. Aunque no iban a disfrutar de mucho tiempo juntos, desearon aprovechar al máximo la estancia y durante esos días ninguno de los dos quiso recordar el peligro ni la inseguridad de moverse por los escenarios en guerra. Debían sacar partido a todos los minutos y a todos los segundos de un reencuentro que, en realidad, tenía que ser efímero.

—Desde que te fuiste, ya ves que han cambiado muchas cosas— le dijo orgullosamente el hijo.

Efectivamente, frente a los desórdenes de los primeros días, el Gobierno republicano había instruido a un ejército disciplinado y eficiente y *Cefito* no paraba de hablar del heroísmo de los soldados.

—Además, los españoles se han plegado a las circunstancias que impone la guerra— seguía explicando—, y ni siquiera ha decaído la fe en sus ideales.

En prueba de ello Isabel comprobó que el catorce de abril, aniversario de la República, todos los balcones de Valencia se engalanaron con banderas y flores. Para celebrar el evento, Manuel Azaña, que se había llegado desde Barcelona a Valencia, ofreció una recepción al cuerpo diplomático, en la que se encontraron. Al día siguiente Isabel y el Presidente de la República, en memoria de su vieja amistad, se citaron para cenar, junto a la esposa de Azaña, Dolores Rivas Cherif, hermana de Cipriano.



A pesar de las adversidades, *Ela* estimó que el Presidente tenía buen aspecto. ¡Qué distintas circunstancias les unían ahora y qué lejos quedaban los días alegres de la tertulia de los Baroja y las representaciones del Mirlo Blanco! Los recuerdos amables les dolían como un clavo ardiendo en el corazón, pero decidieron sobreponerse a las circunstancias y encarar el futuro con valentía. Manuel Azaña, desde el abismo de sus gafas redondas, procuraba sobreponerse a la tragedia de tanta vida malgastada y al horror que siempre le había producido la guerra. “¡Ojalá la fuerza de las palabras hubiera sido superior a las armas!”, pensaba Isabel, “¡Ojalá su fino discurso de orador hubiera conseguido acabar con la guerra!”.

—¡El fervor popular es ahora más fuerte que nunca! —dijo él como despedida.

—¡Nada podrá erradicar la fe en la República del pecho de los españoles! —concluyó *Ela*, ya sereno su espíritu, y salió de la residencia presidencial con el corazón ligero, soñando la ilusión de que el ejército republicano pronto conseguiría devolver al país la normalidad democrática.

Antes de regresar a Estocolmo, sólo quedaba cumplir con otra cita obligada: la visita a la unidad médica proveniente de Suecia y Noruega, que se había instalado en Alicante. Una vez allí, se percató de que todo funcionaba perfectamente y de que los voluntarios se encontraban entusiasmados con su trabajo.

—Nunca olvidaremos esta tierra... —le dijeron los doctores escandinavos—. ¡Jamás habíamos conocido a personas tan agradecidas!

Pasados aquellos pocos días, había que volver... Isabel había concluido su labor oficial en España y también había visto ya a su hijo. A pesar de la añoranza por su patria, debía partir, entre otras razones porque Marissa la esperaba con impaciencia: ¡Germán y ella habían decidido casarse antes de que él volviera a ingresar en su puesto, tan cercano a las trincheras, a finales de abril!



El mediodía de un viernes *Ela* tomó el avión que la devolvía a Toulouse. No había querido llorar en la despedida para no estropear el recuerdo de ese momento: el hijo le había puesto en las manos un ramo de claveles valencianos mientras le gritaba el saludo de los milicianos:

—¡Salud!

Su figura delgada, su cabello rubio y el balanceo de sus manos al decir adiós se perdieron en la lejanía. Finalmente, su imagen fue sustituida por la aparición de los aviones de combate alineados y preparados para la lucha.

—¡Maldita guerra! —gritó Isabel para sí— ¡Maldito destino que nos obliga a separarnos de quien más queremos!

Al día siguiente llegaba a Estocolmo. Germán y Marissa fueron a recibirla y la llevaron a casa. Una vez allí la obligaron a sentarse y le contaron cautelosamente sus planes. Tal y como le habían anticipado, Germán debía reincorporarse con premura a su puesto de médico de aviación y Marissa... ¡Marissa quería acompañarle! Isabel había sido muy ingenua al suponer que su hija pequeña, a la que consideraba tan débil e indefensa, iba a quedarse por siempre con ella: ante la presión de la madre y la fuerza del amor había vencido, naturalmente, la última.

—Pero... ¡tendrás que ir de una ciudad a otra, sufriendo los traslados del médico! —alegaba Isabel, sin conseguir ningún efecto sobre su hija.

Naturalmente, no hubo forma de convencerla, así que prepararon el viaje de partida para inmediatamente después de la ceremonia.

Cefe consiguió presentarse el día de la boda, que resultó un acto sencillo, con pocos invitados. Los novios parecían extremadamente jóvenes y, sobre todo, Marissa, tan pequeña, tan delgada y quebradiza, le parecía a su madre incapaz de protegerse a sí misma. ¿Cómo podría arreglárselas en un país en guerra?

Dos días después, Cefe también partió hacia Riga a cumplir su trabajo e Isabel quedó sola en la enorme casa vacía. En contraste





con su reciente soledad, el frío y la nieve comenzaron a esconderse a la espera del próximo invierno y una tímida primavera comenzó a florecer en Estocolmo. La naturaleza quería cobrarse su ración de optimismo y, junto con los árboles verdes y las ramas florecidas, hasta los habitantes de aquel gélido país se volvían más alegres. La vida se empeñaba en seguir adelante por encima de los rigores del alma y *Ela* se obligó a sí misma tozudamente a seguir adelante.

Una primera carta de Marissa la reconfortó: estaba encantada de volver a vivir en España y prometía cuidar con todo su empeño de madre a sus dos chiquillos: *Cefito* y Germán. “Hay muchas maneras de ser madre...”, recordó Isabel: eran las palabras que “la mujer que no conoció el amor” susurraba en un escenario. Y, precisamente, una forma de ser madre consistía en escuchar los latidos del mundo para cubrir las necesidades de los hijos de otros... El amor de mujer de Marissa se estaba también convirtiendo en amor de madre... Su propio amor de madre a *Cefito* y Marissa se extendía a los hijos de su pobre patria ensangrentada. Y su amor de mujer, ¿dónde estaba?, concluyó lastimada por la ausencia de Cefe. ¿Cómo era capaz de preservar su amor de mujer en la actual soledad?

Ela quería apresar ese amor de mil caras, que giraba en un torbellino alrededor de su cabeza. Pero frente a él y frente a todos los amores, se enseñoreaba en lo profundo de su alma el terror amargo de la guerra.

Aunque sólo era mediados de mayo y hacía poco tiempo que Marissa y Germán habían partido, Isabel fantaseaba con su porpicio regreso a Valencia. Una llamada telefónica la desilusionó.

—Tienes que presentarte en Génova para la inauguración de la Conferencia Internacional del Trabajo —era el Ministro plenipotenciario español en Berna, Antoni Fabra Ribas, delegado permanente en la Sociedad de Naciones.



—Pero... no puedo acudir... tengo previsto ir a España... — respondió ella.

Fabra Ribas sonrió indulgente desde el otro lado del hilo telefónico, porque sabía que era imposible una negativa.

—Pronto recibirás las instrucciones para Ginebra. Hay algo importante que te va a tener ocupada un tiempo... ¡Seguro que nos vemos allí!

El Ministro de Asuntos Exteriores, José Giral, llamó al poco rato desde Valencia para insistir sobre la importancia del viaje. El Gobierno de Largo Caballero había sido sustituido por el del doctor Juan Negrín, que había incluido en su gabinete a tres socialistas, dos republicanos, dos comunistas, un representante de Cataluña y otro del País Vasco: por eso era necesario intensificar las relaciones diplomáticas con los conservadores británicos y los de otros países.

Isabel reprimió su anhelante deseo de ver a sus hijos y se dispuso a asistir. Cefe, *Cefito* y Germán habían sacrificado sus vidas y sus deseos personales para apoyar a la República, incluso desde el peligro del campo de batalla. ¡Ella también cumpliría con su obligación!

Cuando llegó a Ginebra, Fabra Ribas le aclaró las razones que justificaban las prisas.

—Este año hay elecciones para el Consejo de Administración y España no puede permitirse el lujo de perder su representación.

De los 28 integrantes del Consejo de Administración, 10 correspondían a los gobiernos de los países de mayor importancia industrial —Gran Bretaña, Alemania, Estados Unidos, Rusia, Italia y Japón— y los ocho restantes eran elegidos por los delegados gubernamentales de la Conferencia.

—Es cierto, ahora que España está siendo despojada de tantos derechos, no debe quedar fuera del Consejo— convino Isabel.

—Yo tengo que partir inmediatamente hacia España —dijo Fabra Ribas—; así que, durante mi ausencia, te dejo a ti la responsabilidad de convencer al resto de los delegados para que voten a nuestro favor.



¿“Convencer” a los otros delegados?, pensó *Ela*, ¡Qué gran responsabilidad! Especialmente cuando “convencer”, en realidad, quería decir “presionar”... Algunos países eran partidarios incondicionales de la España republicana, mientras que otros eran abiertamente contrarios. Su labor, por tanto, consistiría en trabajar para recuperar a los dubitativos. Isabel pensó en recabar apoyos entre los países sudamericanos: México era un firme partidario, aunque Chile no apoyaba al gobierno legal; Argentina probablemente seguiría las indicaciones de Inglaterra... Suecia y Noruega apoyarían a España... Pero, ¿qué pensarían hacer China o Egipto?

De improviso, una terrible noticia llegada de España alarmó a la comunidad internacional. Tras el ataque de dos aviones republicanos al acorazado alemán *Deutschland* en Ibiza, Hitler, como represalia, había ordenado bombardear sin previo aviso una ciudad costera. Esta ciudad indefensa fue Almería, donde se hallaba refugiada una población de mujeres, niños y ancianos que habían pretendido huir de la guerra y que, en su lugar, encontraron la desolación y la tragedia.

Sin embargo, esta no fue una única causa de desasosiego mientras *Ela* permanecía en Ginebra. Dos días después de la noticia de Almería, Cefe, que había viajado a Valencia con el resto del cuerpo diplomático, se puso en contacto con ella para avisarle de otra novedad inesperada.

—Llamo para darte una buena noticia... —dijo con acento forzado.

—¿Qué es? —preguntó Isabel con ansiedad, queriendo imaginar una victoria en el frente.

—Bueno, es algo que te va a hacer feliz... —siguió Cefe, preparando un incierto camino, hasta que se decidió—: Marissa ha sufrido un ataque de apendicitis, pero la acaban de operar... ¡y está muy bien!

Aquello, a pesar de la buena voluntad del esposo, no era una buena noticia, sino una nueva y preocupante ansiedad que sumar a





las que *Ela* ya sentía. ¡Marissa no era suficientemente fuerte como para soportar una operación importante! ¡Una persona tan débil y tan flaca no debía permanecer en el hospital de una ciudad amenazada constantemente por los bombardeos! Isabel sintió un acuciante deseo de salir inmediatamente hacia España, pero... ¡no podía hacer eso! No podía abandonar su trabajo sin haberlo terminado: todos los acuerdos, todas las promesas y conversaciones tenían que causar sus efectos. Así que, contraviniendo sus fervientes anhelos de madre, *Ela* perseveró en su puesto en Ginebra a la espera del resultado de las votaciones.

Cuando el día llegó, los delegados, uno por uno, se encaminaron a depositar su papeleta. El bombardeo de Almería había provocado una ola de protestas internacional y, quizás, esa tragedia aumentase la simpatía por España... Las miradas se tornaban huidizas y *Ela* temía la probable traición... Algun representante observaba misteriosamente a los belgas como si esperase el resultado de un acuerdo... el embajador mexicano se volvió hacia Isabel mientras a ella le repicaba el corazón anhelante... Recuento de votos y lectura de los resultados... ¡Por fin! ¡España había ganado por tres votos!

—¡Hemos vencido! ¡Estaremos presentes en el Consejo de Administración! —suspiraron los españoles.

Culminado el trabajo, Isabel se apresuró hacia el hotel, se vistió con su ropa de viaje, cerró la maleta que ya tenía preparada y salió en estampida hacia la estación, donde tomó un tren nocturno hacia Marsella, para embarcarse allí en avión hasta Barcelona. Había que atender a las necesidades familiares sin dar tregua al descanso.

Cefe y *Cefito* la fueron a buscar en coche para bajar hasta Valencia y, después de unas cuantas horas, pudieron reunirse con Marissa. Ella yacía en la estrecha cama de una pensión donde se alojaba con Germán y en aquellos momentos la acompañaban dos doctores amigos.





—Debería haber seguido en el hospital —se excusó uno de ellos—, pero hay tantos hombres heridos que no ha sido posible continuar atendiéndola allá...

Germán estaba muy preocupado por su esposa y, además, debía presentarse en el aeródromo para seguir con su trabajo dentro de las próximas cuarenta y ocho horas. Al poco, propuso el arreglo que *Ela* deseaba pero no se atrevía a procurar.

—Será mejor que te la lleves a Estocolmo —le susurró en voz baja—. En su estado, no debe quedarse sola.

La madre de Marissa suspiró: apenas precisaba de unos días para ordenar sus obligaciones y, en la semana de plazo que habían prescrito a la enferma para poder viajar, podría presentarse ante el Ministro de Estado con el objeto de recibir sus instrucciones y conseguir el permiso de vuelta. Cefe tampoco disponía de más tiempo y, a pesar de la angustia por el estado de su hija, tuvo que salir hacia Riga esa misma tarde. Acordaron que las dos mujeres partirían de Valencia dentro de apenas siete días y dejarían solos a los muchachos. Esta vez no hizo falta consolar a Germán de la próxima separación: él mismo sabía que, dado el estado de suma debilidad de la esposa, era lo mejor.

Esa misma noche, cuando ya todos estaban en la cama, el aviso del sereno golpeando las puertas de la calle con insistencia frenética los sobresaltó. Apenas estaban volviendo desde la maraña de sus sueños a la realidad de la vigilia, comenzaron a sonar las sirenas con su ululante lamento y la radio se desató desgranando tajantes instrucciones:

—¡Mujeres y niños! ¡Acudan a los refugios! ¡Se han visto aviones sobre el mar! ¡Apaguen las luces! ¡¡Acudan a los refugios!!

Las luces de todas las casas se extinguieron rápidamente y los vecinos de los pisos de arriba bajaron por la escalera vestidos de cualquier manera: unos con zapatos y otros con zapatillas, algunos con batas de dormir y otros cubiertos por sábanas. Dudaron durante algunos segundos entre acercarse al refugio más cercano o quedarse en la planta baja.



Isabel entró en la habitación de sus hijos y encontró a Germán envolviendo a Marissa en una manta.

—¿Crees que será bueno moverla? —preguntó en un suspiro.

—Estará menos expuesta junto a la pared —contestó él, doliéndose por tener que trasladar a la enferma.

Entre los dos la colocaron en el suelo junto a la viga maestra del edificio, buscando el lugar más alejado de la ventana para protegerla de posibles esquirlas. Mientras tanto, se oían las carreras alocadas del resto de los vecinos que buscaban amparo.

Marissa, en la oscuridad, apenas suponía un bulto liviano y quebrantado, protegido por el cuerpo de Germán.

De pronto, se oyó un estrépito sordo desde la lejanía.

—Ya vienen —se oyó una voz resignada desde la escalera—. Ahora es demasiado tarde para llegar al refugio.

Otro estruendo aún más cercano siguió al del comienzo y, al poco, llegó *Cefito* desde su casa, unas manzanas más abajo.

—¿Qué tal estás? —preguntó a Marissa en su cobija de mantas.

—Yo estoy muy bien... —contestó ella, angustiada— Pero tú... ¿por qué has venido en lugar de acudir al refugio?

En la calle sonó un tercer estrépito y después un cuarto rugido. *Cefito* abrazó a su madre.

—¿Estás asustada?

Ela no lo sabía. Todo era de pronto tan irreal, que no sabía cuáles eran exactamente sus emociones. Un trueno de motores vino a interrumpir cualquier especulación y un nuevo estrépito más cercano les cortó la respiración. Marissa seguía inmóvil y la madre se acercó a protegerla. Sobre vino una luz cegadora, un repiqueteo y el estruendo de cosas que caen con la sensación de que ella también caía hacia lo hondo... Al poco, sonó el silbido agudo de ambulancias que rasgaban las calles y el traqueteo de un arma solitaria que contestaba desde tierra a la incursión aérea.

El bombardeo se alejaba: *Cefito* sonrió mientras Germán se desanudaba del cuerpo de Marissa. Todos quedaron esperando.



—¿Volverán? —preguntó Isabel, traduciendo la incertidumbre de todos, que permanecieron en silencio.

Al poco rato el locutor de la radio los tranquilizó:

—Los aviones se han ido. Pueden descansar. ¡Ha terminado el peligro!

Los vecinos, desde la escalera, se despedían para dirigirse de nuevo a la cama.

—¡Buenas noches! Camaradas... ¡buenas noches!

Isabel se acostó, aunque sabía que no podría dormir. El bulto del cuerpo de Marissa, liviano en brazos de Germán como la figura de un niño, se le aparecía en todos los ángulos de la habitación. ¡Qué frágil e indefensa resultaba su hija! Debía rescatarla inmediatamente de Valencia y llevarla a Estocolmo, lejos de los bombardeos, para que recibiera una atención adecuada y se alimentase convenientemente. Ella ya suponía que no aguantaría mucho tiempo alejada de Germán..., pero en esas circunstancias era la única forma de mantenerla a salvo, aunque fuera de manera provisional.

El resto de las noches durante la estancia en Valencia se repitió la misma situación: silbidos, sirenas, la voz de la radio alertando del ataque, el estrépito de las casas destruidas, a veces más lejos y a veces más cerca, el ruido del motor de los bombarderos, la angustia y, al final, después de las sirenas de las ambulancias, el silencio.

Uno de aquellos días Isabel y *Cefito* se reunieron con el doctor Juan Negrín y su hijo Juan, a la hora de comer, en un restaurante cerca del mar. El nuevo Presidente del Gobierno era un hombre extremadamente culto. Doctor en Medicina por la Universidad de Leipzig ya a los veinte años, investigador y profesor de Fisiología antes de comenzar su vida política, hablaba cinco idiomas y hacía gala de una cortesía en grado sumo y de un gran corazón. Mientras hablaban, el sol jugaba a reflejarse en el agua del Mediterráneo, un mar que, quizás, a Negrín, le recordaría el mar de su infancia canaria. Sin embargo, más allá de la luz, el brillo acerado





de sus ojos oscuros se estremecía por las circunstancias terribles de la guerra. Su mayor empeño, en aquellos momentos, consistía en desvirtuar el Pacto de No Intervención y conseguir armas para defender a las ciudades de los ataques aéreos.

—Nuestro Gobierno puede garantizar que sólo se utilizarán de forma defensiva —insistía con su suave acento canario—. Debes conseguir que el Gobierno sueco nos las venda... ¡Se salvarían tantas vidas!

Sin embargo, aunque la conversación se demorara en reinventar aquella hipótesis, ambos sabían que los poderes fácticos europeos jamás consentirían que Suecia vendiese armas al Gobierno de la República.

—Cada vez es más patente que muchos países desean aliarse con Franco —sentenció Isabel con pesimismo.

—En ese caso —terció el Presidente de Gobierno—, ¡los españoles quedarán obligados a defenderse con palos y piedras!

Isabel miraba el horizonte más allá del restaurante donde se sirvió la comida: el mar azul de Valencia invitaba a soñar con disfrutar de la playa y jugar con la arena, las olas se balanceaban suavemente en la orilla y el día desgranaba sus horas con calidez. Frente a tan espléndida naturaleza, los comensales, por su parte, ¡sólo habían podido hablar de muerte, de sangre y de los horrores de una guerra terrible contra el totalitarismo!

La mañana del séptimo día, finalmente, Isabel y Marissa abandonaron Valencia. *Ella* no quiso mirar atrás. Mientras avanzaba el automóvil que las alejaba, suponía a *Cefito* y Germán agitando sus manos, pero no tenía valor para verlos. Se le partía el corazón al pensar en los peligros que padecerían y en la posibilidad de que encontrasen la muerte.

Sin embargo, meditaba mientras se alejaba, “¿qué era peor que quedar en peligro de muerte o resultar herido por bombarderos italianos?”. Ella sabía que los heridos, al menos, yacerían junto a otros compañeros en territorio español, suspirando o llorando en su propio idioma... Lo peor no era eso. Lo peor no era el peligro



propio. Lo peor, para ella, era dejar a los seres queridos atrás, atrás... para llegar a un país lejano donde probablemente le esperaba la indiferencia o el odio de los que ignoraban su causa. Lo peor era el regreso, de nuevo, a la cortesía fingida y al silencio exigido por las buenas formas y por la etiqueta... Pero ella era una *diplomática* y debía sacrificar sus deseos personales a las necesidades de la patria... ¡No podía desmayar, no podía fallar a ninguno! Había que seguir adelante hasta conseguir ayuda para España: no eran sólo las armas, tan difíciles de adquirir; había que conseguir leche, mantequilla, tocino... cualquier tipo de materias primas, tan escasas ya en España...

En Benicarló se detuvieron para comer y allí encontraron a un grupo de escritores españoles, que estaban esperando la llegada de colegas de todas las partes del mundo.

—Vamos a Valencia, a celebrar el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas... ¿Por qué no te quedas? —la animó algún escritor conocido.

—¡Ojalá pudiera! —suspiró *Ela*, que se debatía entre la llamada de la periodista *Beatriz Galindo* y las obligaciones de la embajadora Oyarzábal.

Desde su gran responsabilidad de contenido político no podía evitar sentir algo parecido a la envidia: ¡los escritores independientes eran las personas más libres del universo! Sin embargo, no se podían demorar y madre e hija se sometieron a los dictados de las ruedas del coche, que las llevaron hasta Barcelona y de allí a Mataró, donde tuvieron que pasar la noche por una avería.

Al día siguiente, una vez llegadas a Francia, volaron a Estocolmo.

El mundo, de nuevo, se había volteado y les mostraba una imagen del revés: el tibio verano sueco, de improviso, sustituía al calor valenciano con olor de naranjas, y el silencio de la cortesía obligada desvanecía la amargura de los ecos de las bombas. Durante su ausencia, el estío había ahuyentado las sombras de la noche y sólo existía un tenue crepúsculo entre las nueve de la tarde y las





once: a esa hora se asomaban por la ventana para ver un estrecho rayo de luz que se extendía desde el oeste hacia el este y que se iba ensanchando hasta enseñorearse del cielo hacia las dos de la madrugada.

Mientras Suecia se bañaba en un ocaso de luz, Isabel adivinaba que en España, en aquellos momentos, restallaba el reflejo fantasmagórico de los incendios provocados por las bombas.

Marissa se recuperaba rápidamente y, entre tanto, los días en agosto comenzaron a ser menos largos. *Ela* se alegraba porque le hastiaba ese exceso de luz, que contrastaba con las sombras permanentes de sus preocupaciones. Para procurar que el tiempo se consumiera con presteza acumulaban distintas ilusiones: Marissa se interesó por las enseñanzas en Suecia, ya que ella se había graduado en la Escuela de Magisterio en Madrid, e Isabel se dedicó, en el escaso tiempo libre de que disponía, a estudiar el arte popular escandinavo: los trajes, la cerámica, la música y las danzas... todo aquello que reflejase de algún modo el verdadero sentimiento del pueblo sueco. Eso le recordaba constantemente a su querida patria, donde en tiempos más felices había investigado y recogido tantas muestras del folklore español. Cada vez que estudiaba el acervo cultural del pueblo, tanto si se trataba del arte sueco, checo o español, siempre había encontrado, en su fondo, todo lo bueno que guardan los seres humanos en cada parte de la tierra.

En el mes de octubre, el Comité Sueco de Ayuda a España se puso en contacto con Isabel para proponerle organizar una exposición de dibujos y pinturas de artistas españoles, siempre con el motivo de la guerra. Era una buena forma de mostrar ante los suecos la presencia de España, así que la idea amplió sus horizontes y se decidió que, además de la exhibición de dibujos, durante toda una semana se impartiría una serie de conferencias y lecturas sobre la cultura española. Finalmente, los actos tuvieron lugar en la



primera semana de noviembre, en conmemoración del primer aniversario de la resistencia del pueblo de Madrid frente al asedio de las tropas rebeldes, y fueron recogidos puntualmente por la prensa sueca.

Ela revisaba cada día las informaciones sobre los actos para sopesar la influencia y el prestigio de la causa republicana: la prensa fascista no informó de ninguno, pero varios escritores suecos muy conocidos, como Erik Blomberg o Marika Stjerstedt, participaron en la celebración con sus poesías y artículos y fueron profusamente reseñados por el resto de los periódicos, que alababan su colaboración con el heroico pueblo español en lucha por su libertad. Hasta el rey Gehrard ofreció su teatro, el Folkens Theater, para un acto en que se exhibió una película de Ernest Hemingway, *Spanish Earth*, y a continuación, de nuevo y en sueco, se representó *La mujer que no conoció el amor*, de Isabel. Fue todo un gran éxito.

—Hoy, al oír la palabra “España”, el mundo entero recuerda nuestra tragedia y conoce el peligro que nos acecha en el futuro — concluyó *Ela* al término de la celebración.

Sin embargo, a pesar del apoyo que merecía la causa republicana, comenzaron a advertirse ciertos efectos imprevistos en las redes comerciales internacionales: un grupo de empresarios que sufría las consecuencias de la congelación de los créditos y la carencia de negocios sugirió la conveniencia de contar con un interlocutor en la zona de Franco. Isabel supuso que detrás de aquella propuesta se hallaba la influencia de Fiscowich, que mantenía contactos con los fascistas de España y de otros países, y se dirigió al Gobierno Sueco para protestar por lo que consideraba una intromisión ilegítima.

—Por el momento nosotros no enviaremos a nadie —le respondió el Ministro Sandler—, pero sabemos que otros países ya tienen algunos agentes en Burgos, negociando con Franco...

Aquello era un nuevo motivo de angustia: probablemente había grandes presiones para establecer los contactos oportunos y, detrás de todo, ella sabía que existía la soterrada voluntad de acabar





aceptando al propio dictador... Afortunadamente, la mayoría de los intereses suecos se hallaba en la zona republicana: de la zona rebelde sólo se precisaba la madera, mientras que la costa mediterránea, hacía muchos años, proporcionaba a los suecos naranjas desde Valencia, melocotones, azafrán y ciruelas desde Cataluña, pasas y almendras desde Alicante y productos de minería desde otras zonas de la España leal.

Todo aquello sólo indicaba que había que intensificar las negociaciones comerciales. España necesitaba los productos suecos y Suecia precisaba de la fruta española... ¡Había que seguir trabajando!

Marissa, al terminar su convalecencia, volvió a España y *Ela* quedó de nuevo sola en la casona vacía. Para consolarse pensaba que así contaría con más tiempo para desarrollar su trabajo y se sumergía en sus obligaciones de forma compulsiva. Comprar y vender, discutir y negociar se convirtieron en una obsesión cotidiana, de tal modo que al final del día casi siempre conseguía haberse olvidado de sí misma. Los momentos en que descansaba de la vorágine se extrañaba de encontrar ante el espejo a una mujer que sólo hablaba del precio de las naranjas y de las rutas de la flota mercante.

“¿Quién soy yo ahora?”, se solía preguntar cuando el sentimiento de desamparo la lanzaba en vertiginosa caída al vacío. “¿Dónde está la mujer con mantilla? ¿Dónde está la periodista, la esposa o la madre de dos hijos? ¿Yo soy la misma que fui? ¿En qué me he llegado a transformar en estos últimos tiempos?”. Se miraba en el espejo buscando en la sombra de su ceño a la joven que en otro mundo lejano había amado el teatro, pero el reflejo de azogue sólo le devolvía, en un gesto acerado, la mirada dura y doliente de sus oscuros ojos negros.

De este modo regresó otra vez el invierno y, cuando en Estocolmo la luz casi permanente del verano fue sustituida por una extensa oscuridad, a Isabel le llegaron unas nuevas credenciales que le obligaban a compaginar su función de ministra en Suecia con un





nuevo nombramiento. El Ministro Plenipotenciario en Helsinki, como hiciera Fiscowich, había decidido alistarse en el bando de Franco, y a pesar de que había sido cesado, también como Fiscowich, se había parapetado en la embajada finlandesa y no quería abandonar ni el apartamento que ocupaba ni los archivos y documentos de la Legación. Por segunda vez, a ella le correspondía representar al Gobierno de la República y expulsar al usurpador de las pertenencias y funciones del gobierno legal.

En la fría tarde de un nueve de diciembre Oyarzábal se embarcó hacia Finlandia y después de un viaje de varias horas llegó a la capital, donde la esperaba Fernando Careaga, el joven diplomático que haría las funciones de secretario de la Legación durante su estancia. Sabía que le esperaba la misma representación que hacía apenas un año realizó en Suecia: la atención de los periodistas, la vigilancia de los partidarios del exministro anterior, la presentación de credenciales y las negociaciones para el desalojo, la expectación de los miembros del cuerpo diplomático, amigos personales en muchos casos del mandatario traidor...

Fernando Careaga la recibió acompañado de varios simpatizantes de la República y le presentó al Jefe de Protocolo de Asuntos Exteriores... ¡Había comenzado de nuevo el juego de la tragicomedia de las credenciales!

Al día siguiente se reunió con el Ministro de Asuntos Exteriores, Rudolf Holsti, a quien ya conocía de su trabajo en Ginebra y que se calificó sincero demócrata y amigo de España. Como en el caso sueco, el Ministro aconsejó, en primer lugar, procurar solucionar el conflicto de manera amistosa, persuadiendo al exministro a abandonar las instalaciones, pero Fernando Careaga ya lo había intentado sin éxito. Sólo quedó la solución de poner el asunto en manos de un abogado y, mientras tanto, buscar otro emplazamiento para la verdadera Legación, desde donde se pudiera continuar el trabajo diplomático sin mayor pérdida de tiempo. Había que restablecer los intercambios comerciales, había que





solicitar un crédito al Ministro de Finanzas, había que consolidar los lazos anteriores...

Isabel conocía el camino del buen resultado y no debía dudar, así que solicitó una entrevista con el Presidente de la República, Kyösti Kallio, quien le invitó a tomar el té con su esposa. La corte finlandesa le guardaba una sorpresa agradable: no le imponía las mismas dificultades protocolarias que la sueca.

En cuanto entró en la habitación donde le esperaba el Presidente, éste la recibió con un cálido apretón de manos y le presentó a su esposa. Todo era cordialmente sencillo: ¡para algo Finlandia era una de las más antiguas repúblicas europeas! Sin embargo, apenas pudo entablar conversación con sus anfitriones sin la presencia de un traductor, ya que ninguno de los dos hablaba otro idioma que el finés. La pareja se interesó amablemente por el desarrollo de las hostilidades en España y *Ela* se ocupó en describir el horror de la guerra, la angustia de los bombardeos sobre ciudades indefensas y la injusticia de una sublevación realizada por la fuerza de las armas. La señora Kallio, una pequeña y dulce mujer de cabello canoso, escuchaba en silencio, mientras el Presidente la taladraba con sus intensos ojos y, a ratos, su boca gesticulaba bajo el enorme bigote. El traductor imitaba las exclamaciones y silencios de Oyarzábal y, al poco rato, ésta se percató de que la señora Kallio estaba llorando.

¡Qué extraño el poder de la palabra, capaz de generar sentimientos! Isabel se dolía de la tragedia de España y quería reproducir en su representación diplomática una realidad que existía indudablemente en la distancia de tantos kilómetros, y sus palabras llegaban al traductor, que convertía su mensaje en otras palabras y en expresión ardiente capaz de impresionar al auditorio.

Cuando advirtió las lágrimas de la señora Kallio, *Ela* pensó que su representación sí tenía sentido, y que el sacrificio de estar lejos de España merecía la pena porque servía para acercar a su patria hasta los confines del mundo.





La vuelta a Estocolmo fue fácil. Cuando se ha perdido un hogar, la llegada al lugar de asilo parece algo similar al comienzo del regreso. Y allí seguían el hielo y la nieve, los abetos y la gente vestida con abrigos de piel y con aquellos grandes sombreros que protegían su cabello rubio y bajo los que destellaban sus ojos azules.

Una llamada de Cefe la reconfortó.

—Pasaré las Navidades contigo —le dijo desde el otro lado del hilo telefónico.

Ela suspiró: su visita probablemente no duraría mucho tiempo, pero al menos suponía un alivio en esos tiempos difíciles en que a veces flojeaba el corazón. Como la toma de Teruel por las tropas republicanas había aportado una inyección de esperanza para todos, los esposos se decidieron a celebrar, de algún modo, la Navidad. Colocaron un gran abeto en el hall de la Legación española y organizaron allí una velada para todos los españoles residentes en Estocolmo. Bajo el gran árbol se repartieron regalos y brindaron por la victoria en España que todavía soñaban, y bajo el gran árbol casi todos recordaron las Navidades españolas de los años anteriores.

Cuando los invitados se fueron, Isabel y Cefe quedaron frente al fuego escuchando las noticias de España. ¡Qué sentimiento de frío producía el sonido metálico del aparato de radio! Y frente a ello, ¡qué recuerdos agridulces los de la época en que los niños cantaban villancicos junto al nacimiento de barro!

—¿Tú crees que *Cefito* y Marissa tendrán nacimiento este año? —preguntó Isabel a su marido sintiendo tentaciones de echarse a llorar.

Él negó con la cabeza mientras la abrazaba.

—Ya sabes que Franco siempre aprovecha las celebraciones para atacar las ciudades indefensas...

—Sí, ya sé... Atacar las ciudades indefensas con tanques hechos en Alemania, pero bendecidos por obispos y sacerdotes españoles... —dijo ella con amargura.





—Tanques que se llaman con el nombre de la Virgen —añadió Cefe sombrío—: Nuestra Señora de los Dolores, Nuestra Señora del Pilar, Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción... ¡Los nombres de la armada española de los viejos tiempos!

—¡Buen día, el de la Navidad, para asesinar a los niños españoles! —concluyó Isabel ocultando con las manos sus ojos.

Al poco, el reloj desgranó las doce campanadas de la media noche y los esposos se desearon feliz Navidad. Habían guardado para ese momento la carta de España recibida aquella mañana y, abrazados, leyeron lentamente las noticias de los hijos: Germán había sido destinado a Barcelona y *Cefito* se reuniría con ellos a final de año; Marissa y Germán habían estado en Madrid, asombrados por la valiente defensa de una ciudad que carecía de víveres y de leña y carbón en un invierno inclemente; habían visitado su antigua casa, donde aún permanecían las antiguas criadas, María y Asunción, que les habían ofrecido chocolate...

—¿Chocolate en Madrid? —se extrañó Cefe— ¿Cómo habrán podido conseguir chocolate en Madrid, si falta de todo?

Isabel, por fin, ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas que había retenido durante toda la noche.

—Yo les envié chocolate, queso y azúcar hace ya más de seis meses...

—¿Y lo han estado guardando... todo este tiempo? — preguntó el hombre, incrédulo.

—“No quisieron probarlo” —siguió Isabel con la lectura de la carta— “por si veníamos alguno de nosotros... y no tenían nada para ofrecernos de comer”.

Cefe se echó las manos a la cabeza, sin acertar a echarse a reír o a llorar.

—¡La generosidad de los españoles es, a veces, inquietante!





Isabel encaró el comienzo del año 1938 con temor. ¡El triunfo de Teruel había costado tantas vidas! La defensa de la plaza seguía implacablemente, pero a ella le asustaba preguntarse por el precio pagado. Cada mañana leía la prensa con miedo por si todos los esfuerzos realizados y las vidas entregadas no hubieran servido de nada. De hecho, muchos compañeros suecos hacía tiempo que le avisaban de que suponían que, al final, Franco ganaría la guerra. Pero ella no podía admitir esta opción y prefería mantener intacta su fe en la victoria. Esa era, además, la consigna que recibía de Valencia: había que seguir adelante.

Con todo, Teruel finalmente cayó y el dictador abrió una enorme brecha en el ejército republicano, que se vio obligado a abandonar el emplazamiento que tantas vidas había costado.

Un día de febrero recibió una carta de Marissa. Con su caligrafía delicada le contaba que iba a volver a Estocolmo debido a “ciertas novedades”, pero un poco más adelante Germán tomaba la pluma para anunciar abiertamente la causa: “Marissa está embarazada y no debe permanecer más tiempo aquí”. Isabel experimentó sentimientos contradictorios: por una parte le horrorizaba la idea de que su hija pequeña estuviera sufriendo en su estado la tensión de los bombardeos continuos y el acicate del hambre; pero, por otro, un estallido de dicha la anegó: “Mi chiquilla volverá conmigo para quedar a salvo de nuevo”. Inmediatamente escribió a Cefe para darle la buena noticia, aunque en su fuero interno se sentía culpable de no poder atender a todas las otras madres en la misma situación. ¿Cuántas mujeres embarazadas quedarían en España? ¿Cómo alimentar a todas ellas y a sus hijos?

Cuando Marissa llegó, al ver su aspecto lamentable, *Ela* entendió la firmeza de Germán al enviarla a Estocolmo.

—Durante más de veinte días solamente he comido setas hervidas —explicó para justificar su estado de delgadez—. Sin embargo —añadió con los ojos empañados por lágrimas—, este tiempo siguiendo a Germán de un aeropuerto a otro... ¡ha sido el más feliz de mi vida!



La situación internacional, a la vez, se volvía por momentos más y más complicada: la presión de Alemania sobre Checoslovaquia por la zona de los Sudetes se había vuelto insopportable y, mientras tanto, Francia e Inglaterra se empecinaban en su teoría de *laissez faire, laissez passer*.

—¿Qué va a ocurrir en tu país? —preguntó un día Isabel a un amigo checoslovaco.

—¡Sólo Dios lo sabe!

—¿Habrá una guerra como en España? —insistió, suponiendo las consecuencias que tendría para su propio país un conflicto internacional.

—¡Ni siquiera eso! —concluyó el amigo, desesperado— ¡Todo el mundo va a traicionarnos!

En marzo, el Gobierno avisó a Oyarzábal de que en Ginebra se reuniría de nuevo el Comité de Expertos sobre Esclavitud, del que formaba parte, y le instó para que asistiera.

—De acuerdo —contestó ella—, pero con una sola condición: a la vuelta me pasaré por España...

Aceptada la condición y previsto el viaje, Marissa se empeñó en acompañarla: ¡vería de nuevo a Germán! *Ela* intentó disuadirla insistiendo en el peligro de semejante aventura para una mujer embarazada, pero... ¿quién podía oponerse a sus deseos? ¿No se impacientaba también ella misma por las ansias de ver a su hijo?

Por otra parte, la situación en España, según los periódicos, empeoraba por momentos. Los fascistas atacaban continuamente Barcelona con la intención de separar a Cataluña del resto de la franja mediterránea y la ciudad fue bombardeada durante tres días y sus tres noches cada dos horas. La gente moría a centenares y, si no moría, quedaba horriblemente mutilada. ¡Y en medio de tanta barbarie, los seres amados permanecían indefensos! Madre e hija sufrían la misma angustia constante y los nombres de *Cefito* y Germán ocupaban su mente durante todos los momentos. Cada una suponía absurdamente que con su presencia, de algún modo,



socorrería al amor de sus entrañas contra los bombardeos y contra la muerte.

Comenzaron su viaje hacia España como último destino, en un itinerario que incluía visitas intermedias. En una primera escala, llegaron a París, donde el embajador en Francia, Ángel Ossorio y Gallardo, las recibió con gravedad.

—Barcelona está siendo destruida sin misericordia por no tener medios de defensa... Ni cañones, ni aviones... ¡ni nada!

—¡Francia no los ha querido enviar! —exclamó *Ela* con desesperación.

—Querida... —contestó el embajador amargamente— esta es la teoría recién bautizada con un sonoro nombre: *safeguard of civilization*. ¡Es así como ahora se llama el Pacto de No Intervención!

Esa misma noche se celebró una cena en la embajada con un invitado de honor, Paul Boncour, Ministro de Asuntos Exteriores francés. Mientras comían, los boletines con las últimas noticias sobre Cataluña interrumpían las conversaciones.

—¡Otro ataque! —exclamaba el locutor.

—¡Otro ataque! —coreaban los comensales.

—¡Ya van veinticinco desde la mañana!

—¡Han muerto muchas personas!

—¡*C'est affreux!* ¡*C'est affreux!* —gritaba el Ministro francés, aterrado.

“¿*C'est affreux?*”, se preguntó Isabel. ¿Era lícito horrorizarse de las terribles matanzas mientras se permanecía de brazos cruzados, permitiendo el desastre? ¿Podía ella seguir tragando la rabia para conservar el silencio prudente y cortés de los diplomáticos? Por un momento perdió la razón y se oyó a sí misma gritando ciegamente al Ministro francés mientras temblaba de ira:

—¡*Oui, c'est affreux!* Pero no sólo son horribles las bombas... ¡También es horrible la apatía, la crueldad y la ceguera de los países democráticos, como Francia, que no nos proporcionaron las armas necesarias para defendernos!

Al día siguiente partieron hacia Ginebra con el eco de los titulares agoreros sobre España: “La armada del Gobierno español se arriesga a quedar dividida en dos”; “Cataluña en inminente peligro de quedar separada del resto de España”; “Barcelona en la oscuridad”... Efectivamente, en seguida se enteraron de que los fascistas habían tomado la instalación de generación eléctrica de Tremp, en Lérida, y Barcelona había quedado sin energía. Pero las noticias fueron empeorando cada vez más: Lérida y parte de Tarragona habían caído y sólo quedó cierta comunicación con Valencia a través de una delgada línea de tierra.

Una vez en Ginebra, Isabel ocupó debidamente su puesto en el Comité. Sin embargo, encontraba gran dificultad para concentrarse en la cuestión de la esclavitud, ya que constantemente le asaltaba el pensamiento obsesivo de cómo podría el ejército republicano defenderse sin armas. El transcurso del tiempo durante las dos semanas de estancia en Ginebra le acabó resultando insufrible. No podía ocuparse en comprender los finos discursos de sus compañeros, a veces vacíos, a costa de olvidar la actual y sangrante tragedia de su patria. ¡Estaba perdiendo un tiempo precioso que la separaba de los suyos!

Finalmente, cuando acabó la Conferencia, telefoneó al Ministerio de Estado español, que nuevamente ocupaba Julio Álvarez del Vayo, en sustitución de José Giral.

—¿Ya puedo ir a España? —preguntó impaciente.

—Si tú loquieres... —contestó el Ministro vacilando, y añadió: Supongo que eres consciente del gran peligro que...

—¡Naturalmente! —terció ella con determinación.

El riesgo del viaje era evidente, pero Isabel sólo padecía el que correspondía a Marissa: el largo camino en automóvil, la exposición ante los bombardeos, las malas condiciones de los alojamientos, el peligro de ser detenidas... Sin embargo, ella sabía que su hija jamás hubiera consentido en abandonar.

Salieron en coche hasta la frontera entre Francia y España, donde las recogió otro vehículo prometido por Álvarez del Vayo.



“Resistir es vencer”, se decía Isabel recordando las palabras de Juan Negriín mientras observaba a Marissa esforzándose por mantenerse firme en el asiento trasero. “Resistir es vencer”.

Cuando llegaron a Barcelona todo estaba sumido en la más profunda oscuridad, debido a la ausencia de energía eléctrica, pero lograron encontrar con rapidez el alojamiento de los chicos. ¡Ellos estaban todavía a salvo! Cuando llegaron ante *Cefito* y Germán, confundidas entre la risa y un llanto que nacía de la ansiedad, apenas tuvieron fuerzas para abrazarlos y observar sus semblantes demudados. ¿Cómo ser capaces de hablar o pensar en tal estado de agitación? Los cuatro se conformaban con acariciarse e intentar reconocer en los cuerpos ajenos los estragos de la preocupación y las adversidades. ¡Al menos, estaban juntos y provisionalmente a salvo!

Al día siguiente Isabel acudió a su cita con Álvarez del Vayo. A pesar de que por muchos lugares se veían los socavones de los ataques aéreos, vio que no toda la ciudad estaba destruida. La gente de la calle, que parecía haberse acostumbrado en cierto modo a esa forma de vida, deambulaba demacrada, con aspecto de no haber comido durante días, pero conservaba milagrosamente, contra viento y marea, la fe en la victoria.

—Quiero que acudas a Londres antes de regresar a Estocolmo —le indicó Álvarez del Vayo.

—¿Por qué a Londres?

—He solicitado que te admitan en una intervención en la Cámara de los Comunes. Pensé que lo estarías deseando... —dijo mientras la miraba inquisitivamente, intentando adivinar su respuesta.

—Si quieres que vaya, lo haré —contestó ella lentamente—, pero no creo que sirva para nada...

Álvarez del Vayo rió con amargura mientras revisaba cansado los rimeros de papeles que tenía encima de la mesa.



—Gracias. No espero milagros —añadió—, pero quizás no sea malo que alguien les explique claramente lo que de verdad está ocurriendo aquí...

Los pocos días de estancia en España transcurrieron veloces. Isabel los consumió conversando con su hijo y completando información respecto a su labor en Estocolmo: la nueva regulación del trabajo de las mujeres y los niños, los acuerdos entre el Departamento de Comercio Español y las sucursales en Suecia y Finlandia, los avances en educación...

Uno de aquellos días cenó en el Ministerio de Guerra con el doctor Negrín, que parecía calmado y capaz de manejar los problemas con mano firme: su excepcional fortaleza física seguramente le ayudaba a sobrellevar con entereza la amargura de aquella época desolada. Sin embargo, el día 14 de abril, aniversario del advenimiento de la República hacía ya siete años, se reunió otra vez con Azaña y le preocupó su aspecto enfermo y deprimido. El inteligente orador no podía soportar la destrucción arbitraria e ilógica de la España preclara que él había ideado.

Acabó el plazo concedido y ya no había tiempo que perder. Era evidente que Barcelona padecía un problema de desabastecimiento de alimentos gravísimo y la franja que la separaba de Valencia se hacía por momentos más y más estrecha... ¡Cualquier esperanza, aunque fuera tan desesperada como intentar conmover a los parlamentarios ingleses de la Cámara de los Comunes, era un esfuerzo que merecía la pena!

Después de abrazar compulsivamente a *Cefito* y Germán, las mujeres partieron. No parecía cernirse sobre ellas un peligro inminente: precisamente durante aquellos días los bombardeos cesaron porque Franco había decidido condensar sus ataques en cualquier otro lugar estratégico. Sin embargo, durante todo el viaje en automóvil, madre e hija no pudieron evitar vigilar obsesivamente el cielo en busca de aviones enemigos.

Mientras se alejaban, *Ela* miraba desfilar ante sus ojos a las gentes y los pueblos de España, los campos y los árboles, la línea





serena del mar y la Costa Brava. Un sentimiento de melancolía desolada la anegó: tenía que conservar para siempre en el recuerdo todos aquellos paisajes y todas aquellas personas que ahora abandonaba en los momentos de guerra.

—¡Salud! —les gritó y, tras breves instantes, su imagen se confundió en el torbellino ciego que provocaban las ruedas veloces del coche.

Miss Ellen Wilkinson, Duquesa de Athol, y Mrs. Corbert Ashby, Presidenta de la Alianza Internacional para el Sufragio Femenino, viejas amigas de Isabel, la saludaron a la entrada del Parlamento.

La Cámara de los Comunes, como muchas otras cosas en Inglaterra, era única, y producía un confortante sentimiento de continuidad de las instituciones, con su hermoso edificio y sus trajes antiguos. Isabel había abandonado París profundamente disgustada por la indiferencia de sus gobernantes, que simulaban no advertir la gravísima situación que atravesaban España y Europa. Ahora, frente a los flemáticos ingleses y mientras se esforzaba en seguir desgranando ordenadamente las razones de la guerra en España, las dificultades del Gobierno legal o las posibilidades para el futuro se preguntaba si su discurso podría tener alguna repercusión favorable.

—Pero usted —preguntó torpemente uno de los parlamentarios cuando ella acabó su discurso—, ¿cree que Franco, cuando gane la guerra, seguirá contando con la tutela de alemanes e italianos?

Oyarzábal comprendió el verdadero sentido de la pregunta y se indignó por la ignorancia de su interlocutor, un servidor y un representante del pueblo inglés, elegido al fin y al cabo para defender el bienestar de los ciudadanos. Contaminado por la propaganda anticomunista, el hombre suponía que Alemania e Italia



estaban realizando un favor a España y a toda la humanidad por ayudar a frenar el avance del comunismo, sin prever que pronto, muy pronto, los ángeles guardianes Mussolini y Hitler iban a proyectar su sombra sangrienta sobre su propio país. El parlamentario inglés suponía que las ventajas democráticas que España había conseguido durante la República no valían lo suficiente como para defenderlas a sangre y fuego.

—¡Si Franco gana! —Isabel tomó aire para ganar tiempo y para serenarse y, al poco, continuó—: Si Franco gana la guerra, Alemania e Italia, efectivamente, mantendrán su influencia: continuarán en las Islas Baleares hasta impedir las comunicaciones entre Francia y sus posesiones del Norte de África; controlarán Ceuta y Algeciras hasta que el Estrecho de Gibraltar se vuelva una trampa para Gran Bretaña; instalarán armas en los Pirineos para presionar a los Aliados en el sur; levantarán observatorios en La Coruña y Vigo para vigilar todas las posiciones en el Atlántico. Todo eso podrán verlo sus señorías... si Franco gana la guerra.

Los parlamentarios ingleses sacudieron la cabeza desconcertados, negando una opción que les resultaba desorbitada.

—¿Si Franco gana? —insistió Isabel sugiriendo que era dudosa la victoria— ¿Aconsejaría usted a Gran Bretaña que abandone las ventajas democráticas... si ya las tiene?

En cuanto llegó al hotel, espetó a Marissa sin contemplaciones:

—Mañana mismo partimos a Estocolmo.

Nada se había ganado con la conferencia en la Cámara de los Comunes. Las palabras, ensartadas en sus oraciones y en sus estructuras debidas, con sus exclamaciones, sus pausas y sus reiteraciones, habían subido a lo alto y habían caído de nuevo sobre el auditorio asombrado, pero el Gobierno británico no iba a tomar en cuenta ni una sola de sus admoniciones. Acaso algún parlamentario bienintencionado, a nivel meramente personal, habría advertido una milésima de luz en alguna parte de la fogosa intervención... En cuanto al resto, ¡estaba todo perdido!



El regreso a Estocolmo resultó desolador: Marissa volvió enferma y tuvo que permanecer durante días en cama para recuperarse de las impresiones padecidas y para poder soportar las preocupaciones presentes. Madre e hija habían visto a Germán y *Cefito*, era cierto, pero se preguntaban durante cuánto tiempo más seguirían conservando la vida

El día 16 de junio el rey de Suecia celebró su ochenta cumpleaños después de unos preparativos que habían durado varios meses. Isabel, que había permanecido muy ocupaba enviando suministros a España, sentía una gran indolencia ante la obligación de asistir a una nueva recepción ceremoniosa, pero no pudo esquivarla. Todos los invitados se presentaron elegantemente vestidos: las señoras lucían brillantes diademas y lujosos vestidos de noche y los hombres rivalizaban en galantería... En España la gente moría, y *Ela* se preguntaba qué hacía ella allí, mareándose entre el bullicio de los asistentes a aquella feria de las vanidades. Las mujeres en España estaban hambrientas, sin casa, sin maridos, sin hijos...

—Madame Palencia, ¿se siente como en casa por fin ahora en Suecia? —le preguntó de improviso, pero muy amablemente, la Princesa Ingeborg.

—Como en casa? —respondió *Ela* volviendo en sí abruptamente— Yo sería muy ingrata con Vuestras Majestades si no fuera así...

Palabras y silencios, palabras. Palabras que esconden la emoción o que sirven a veces para inflamar ilusiones. Palabras para el consuelo. ¿Qué palabra, capaz de designar la ansiedad más allá del dolor, era suficiente en esos momentos para hablar de la tragedia de España?

Pero la vida seguía abriéndose paso incansable y un par de meses después, un 18 de agosto, Marissa la urgió a acompañarla al hospital: iba a nacer su hijo.





—¡Oh, mamá! ¡Espero que no sea un niño! —le susurró mientras la llevaban a la sala del parto— ¡No quiero que vaya a la guerra!

Isabel recordó su primer alumbramiento y sus deseos de que el recién nacido no fuera una niña para evitarle los sufrimientos del parto. Sin embargo, ahora en España, ¿cuántas mujeres deseaban no tener un varón? ¡Pobres hijos, arrancados de los brazos de las madres y engullidos por la guerra como carne de cañón!

Mientras Marissa recibía asistencia médica, Isabel quedó por un instante en la sala de espera. Al poco, sin poder soportar la impaciencia, salió a pasear: del jardín a la calle, de la calle al jardín y después a la sala de espera. Por fin, una doctora vino a avisarle de la buena nueva:

—¡Un niño! ¡Ha sido un precioso niño!

—¿Un niño? —respondió sin advertir que decía inconvenencias— ¡No puede ser! ¡Marissa quería una niña!

La doctora Lind, sonriendo, se oprimió suavemente la mano y *Ela*, de improviso, se echó a llorar. ¡Qué extraño sentimiento el de haber sido abuela! Tendría que telefonear a Cefe inmediatamente... Ese hermoso niño, nacido en Suecia, ya no podía llamarse con las dos palabras que habían elegido hacía un tiempo: Juan y Enrique, como sus dos abuelos, materno y paterno. En las circunstancias actuales, tendría que adoptar un nombre sueco: tendría que llamarse Jan.

El Ministro de Estado español estaba reorganizando sus efectivos en el extranjero y avisó a Isabel de que debía ampliar su ámbito de influencia: desde ese momento en adelante debía controlar también la zona de Noruega y Dinamarca.

Aquello no era una buena noticia, entre otras cosas porque Noruega había recibido grandes presiones internacionales para enviar un delegado gubernamental a la zona de Franco y eso



significaba que ya faltaba menos tiempo para que Suecia también lo hiciera. Por otra parte, seguía pensando Isabel, el caso de Dinamarca presentaba otras complicaciones: existía una regulación para los propietarios de los barcos pesqueros que a ella le resultaba bastante enmarañada...

Una llamada súbita la sobresaltó.

—El Gobierno ha decidido suprimir la Legación de Letonia —la voz de Cefe, por teléfono, sonaba extrañamente serena—. Estoy embalando todo para partir a Estocolmo cuanto antes.

La supresión de la Legación, en realidad, había sido solicitada por el propio Cefe al Ministro de Asuntos Exteriores en bastantes ocasiones. Letonia estaba gobernada por un dictador de carácter extremadamente reaccionario que no le permitía trabajar. Al contrario, debido a su fobia antidemocrática, aplicaba el máximo rigor y castigo a aquellos simpatizantes que se atrevían a ponerse en contacto con la embajada española y vigilaba y encarcelaba sin motivo aparente a los que ofrecían su ayuda a la causa republicana. Así que Cefe, que se sentía en última instancia responsable de estos desmanes, por fin, descansó. Los muebles y archivos de la Legación debían ser trasladados a Estocolmo; por lo que, después de hacer el inventario y recoger sus enseres, partió para entregar los documentos oficiales y, también, para conocer a su nieto.

Sin embargo, a los cuatro días de llegar a la ciudad, ya estaba deseando marcharse.

—¡Tengo que ir a España! —repetía una y otra vez— Ahora que ya no tengo trabajo que hacer en ningún sitio, mi puesto está en Barcelona, con nuestra gente...

Germán, que había llegado para ver a su hijo, también se mostraba terriblemente impaciente por volver: los dos sentían que no tenían derecho a perder un tiempo que sólo debía ser utilizado para la defensa de la República, así que, contra los deseos de las dos mujeres, decidieron salir cuanto antes juntos hasta Barcelona. No quedaba otro remedio que admitir la partida y madre e hija se miraban mutuamente, como en un espejo, sin atreverse a



comunicarse entre sí su zozobra por no aumentar la ansiedad que veían en los ojos de la otra.

Siguieron los días y las noticias que llegaban de España casi siempre iban a peor: continuaba la batalla del Ebro, pero las fuerzas leales iban perdiendo terreno progresivamente, aun a costa de abandonar los campos cubiertos por sus muertos. Los sucesos internacionales tampoco eran nada alentadores: en octubre las tropas alemanas, tras los Acuerdos de Munich, ocuparon los Sudetes. Checoslovaquia, tal como adivinaron tiempo atrás, había sido traicionada por todos y a pesar de su espléndido ejército ni siquiera pudo luchar. Por último, el final de 1938 trajo a Isabel el disgusto que llevaba casi un año esperando: Mister Sandler terminó por solicitar su comparecencia oficial en el Ministerio de Asuntos Exteriores para darle una mala noticia que auguraba, probablemente, el principio del fin.

—Por favor, siéntese —le rogó sonriendo nerviosamente mientras se aclaraba la garganta.

Ela adivinó que el gobierno sueco no había podido resistir las presiones internacionales, que se sumaban a las de las grandes firmas industriales suecas, y había consentido en enviar un agente comercial a la zona de Franco, pero no deseaba ayudar al Ministro a comunicarle la mala nueva, así que permanecía en silencio.

Después de preguntarle por la salud de su hija y de su nieto, por el viaje del marido y hasta por su propia salud, mientras Isabel se empecinaba en un profundo silencio, el ministro Sandler, finalmente, anunció:

—Señora Oyarzábal, el Gobierno lamenta profundamente tener que comunicarle que...

¡Por fin! Sentada dignamente, sintiendo que sus uñas se clavaban en las palmas de las manos, Isabel escuchó la nueva traición a España, con el reconocimiento implícito de un representante fascista. ¿Ese era el premio que merecían los bravos luchadores que habían ofrecido su vida por la democracia? ¿Esa era la cosecha que pudieron alcanzar gracias a su generoso sacrificio?





Los ojos comenzaron a escocerle y sintió que un rumor de lágrimas le arrasaba la garganta. Pero, ¿es que iba ella a echarse a llorar, delante de Sandler? ¡Jamás! ¡Nunca en su presencia! *Ela* apretó aún más los puños cerrados y se escondió tras una impenetrable máscara de dureza, mientras Sandler seguía hablando.

—¡Oh, él nunca tendrá ningún privilegio diplomático, como usted tiene! Sólo va a ser un mero interlocutor ante los industriales y los hombres de negocios...

Isabel apenas le oía. En realidad, se sintió como si, después de llevar durante largo tiempo a un niño enfermo en los brazos, alguien se lo hubiera robado. Cuando el Ministro acabó, ella se levantó sin pronunciar ni una sola palabra y salió. Cualquier otra cosa hubiera sido superflua.

—No sufras, madre —la quiso consolar Marissa, de vuelta a casa—. Tú hiciste lo mejor que pudiste...

Era cierto: al menos ella no había conseguido hacerlo de otro modo. Luchó con todas sus fuerzas por desalojar a Fiscowich, pero dos años más tarde no había podido evitar el reconocimiento del enviado de Franco. ¡Ojalá aquellos que estaban luchando en España para librar al mundo de la catástrofe tuvieran más suerte que ella al hacer lo mejor!

Sin embargo, al poco se enteraron de que “hacer lo mejor” tampoco había servido a los amigos de España: cuando llegó Navidad, las fuerzas de la República ya habían perdido la batalla del Ebro y Franco había ocupado Tarragona. Con esas inquietantes noticias apenas podían concentrarse en nada que no tuviera que ver con España y las dos mujeres devanaban sus deseos y sus incertidumbres en la soledad de los solemnes pasillos del Palacio del Príncipe Carlos. Con todo, Isabel y Marissa se obligaron a celebrar de algún modo las fechas de Navidad. Se sentaron bajo el árbol e intentaron consolarse con la presencia de Jan. Al final de la noche Marissa abrió una carta de Germán, que guardaba desde la mañana, donde sorpresivamente les explicaba que se encontraba en Madrid.





—Ha volado desde Valencia hasta allí sobre territorio enemigo, para visitar a su madre, debido a que su padre ha muerto de improviso por una angina de pecho —aclaró Marissa y añadió sobrecogida por el detalle macabro—: Como no queda madera en Madrid, no han podido comprar ningún ataúd... unos amigos han conseguido unas cajas donde colocar el cuerpo antes de darle sepultura...

Mientras la hija lloraba, Isabel no tuvo más remedio que procurarle consuelo.

—El padre de Germán ha muerto... ¡Pero a nosotros nos toca vivir! —tomó a Jan y lo puso en brazos de su hija—. ¡Tenemos que seguir adelante para guardar su memoria!

Durante el mes de enero de 1939, la única actividad que Isabel pudo soportar fue la de sentirse inmersa en un desbordante trabajo. Ésa era la única artimaña que le permitía resistir sin pensar en la guerra. Porque, cuando no lo lograba, deambulaba como sonámbula alrededor de la casa sin ninguna finalidad, con el único y ferviente deseo de excavar en la tierra un hoyo profundo donde enterrarse hasta desaparecer, hasta poder acallar su voz interior que le hablaba de España. A la vez, extraños remordimientos la torturaban: ¿Dejar de pensar? ¿Olvidar?... No, no. ¡Eso no debía ocurrir! ¿Cómo olvidar a su gente, tan querida como sus propios hijos?

A finales del mes de enero las tropas de Franco estaban tan cerca de Barcelona que los republicanos tuvieron que abandonarla para evitar ser capturados como ratas. Isabel escrutaba obsesivamente los signos y marcas que jalonaban el mapa de España que había extendido sobre su mesa. ¿Dónde se encontrarían los suyos? *Ela* sabía que *Cefito* había sido enviado al hospital de Vic, a más de setenta kilómetros... En cuanto a Cefe y Germán... ¿qué habría pasado con ellos? ¿Seguirían todavía en Barcelona o habrían



sido ya capturados? Cuando alcanzaba este punto el calambre permanente de angustia que la atenazaba se volvía aún más agudo y creía enloquecer. Entonces se levantaba violentamente de la silla y recorría los pasillos y salas de su residencia como debatiéndose por escapar de los dorados barrotes de su prisión.

Muy poco después llegó la noticia de que la capital catalana había caído. Mientras el ejército se batía en retirada, Isabel imaginó la interminable hilera de hombres, mujeres y niños que abandonaban sus casas y posesiones para comenzar la derrota de su éxodo hacia Francia. Extendió de nuevo el mapa de España en su mesa y señaló la frontera que progresivamente iba marcando las posiciones del ejército republicano, una línea que cada día cambiaba según se acentuaba más y más la retirada. A medida que se estrechaba la marca de las posiciones republicanas, *Ela* alimentaba la misma incertidumbre: ¿en qué lugar se encontraban los suyos? Esta cuestión siempre quedaba sin respuesta.

El día 1 de febrero la prensa anunció la celebración de una asamblea de las Cortes en la localidad de Figueras, muy cerca de los Pirineos. Isabel se preguntó por qué semejante reunión en plena retirada, cuando medio millón de personas, junto al valiente ejército republicano, estaban siendo bombardeadas en su trayectoria hacia la frontera. En seguida comprendió que aquel último esfuerzo respondía a la voluntad del Presidente del Gobierno de no dejarse derrotar por las circunstancias. A las once de la noche, en el sótano del viejo castillo de la ciudad de Figueras y con la asistencia de 72 miembros del Parlamento, Juan Negrín quería proponer ante el mundo democrático unas condiciones de paz: “la independencia de nuestro país y libertad contra toda influencia extranjera”; “que se permita al pueblo español elegir su propio régimen”; “que, después de la guerra, cesen todas las persecuciones y represalias”. En caso de no conseguir estas premisas, los españoles seguirían luchando... Los territorios leales a la República se habían dividido en dos y los españoles habían seguido luchando; Barcelona había caído, pero en





Madrid, en Guadalajara, en Valencia ¡los republicanos seguían luchando!

Frente al deseo de no consentir la derrota, Isabel se sentía desorientada. Ella se mantendría firme en su puesto hasta el último extremo, indudablemente, pero en aquellos momentos no recibía desde España ninguna noticia oficial, ninguna instrucción, ningún aviso... Seguro que cada uno de los miembros del Gobierno estaba peleando denodadamente y no había ocasión para ninguna interferencia. ¡Había que salvar tantas vidas en medio de la gran confusión! Mientras tanto, masas compactas de hombres, mujeres y niños escapaban quizás hacia la libertad, quizás hacia la muerte, perseguidos cruelmente por los aviones de guerra. Y junto a las noticias confusas devanaba sus propios sentimientos desesperados: algunos trenes, ocupados por empleados civiles, habían partido desde Barcelona –¿Cefe estaría allí?–; las fuerzas aéreas se habían refugiado en Figueras –¿quizás Germán...?–; ¡Vic había caído! – ¿dónde se hallaría *Cefito*?...



El 5 de febrero de 1939, por fin, recibió un telegrama: Germán, junto a muchos otros valientes que habían luchado por defender la democracia en España, al llegar a Francia, había sido recluido en un campo de concentración. Con él se encontraba su hermano menor, que había luchado en Guadalajara, en Madrid y en la campaña del Ebro. “Alejandro está herido...”, se indicaba al final.

Al día siguiente otro telegrama de Cefe tensó aún más si cabe la espera: él había conseguido ponerse a salvo al otro lado de la frontera, pero buscaba alguna información sobre su hijo, sin éxito. El 7 de febrero transcurrió sin noticias. El 8 Ceferino telefoneó: tras varios intentos había conseguido sacar a Germán y a su hermano Alejandro del campo de concentración de Prats de Molló. ¡Estaba dedicando todo su tesón en reunir a toda la familia! El 12 de febrero seguían sin conocer el paradero de *Cefito*. La prensa informaba de que el presidente Azaña estaba en París, pero Negrín y Álvarez del Vayo seguían luchando en una estrecha franja





de tierra en España. El último llamamiento del Ministro de Estado en la Sociedad de Naciones pidiendo ayuda también había fracasado.

“¿Dónde está mi hijo?”, se preguntaba Isabel mientras transcurrían las horas y los días sin noticias. Aturdida por la angustia, sentía la absurda ilusión de que, si ella misma salía a buscarlo, acabaría encontrándolo, tanto si estaba herido como si había sido capturado. Sin embargo, era imposible dejar Estocolmo en aquellos momentos... El secretario de la Legación, que fuera recientemente nombrado, ya había presentado su dimisión... “¡Las ratas abandonan al barco que se hunde!”, reflexionaba, y esa repugnancia frente al deshonor la mantenía encadenada a su puesto: “¡Yo no seré uno de los traidores que quieren escapar!”.

Dos días más tarde un atisbo de esperanza anunciaba un comienzo de alivio.

—¡Me han dicho que *Cefito* estaba en Figueras hace una semana! —era la voz de Cefe al teléfono—. Se negaba a salir de España hasta que fueran evacuados todos los heridos a su cargo...

Aquello parecía una buena noticia. Sin embargo... todos sabían que la ciudad había sufrido terribles bombardeos durante los días 5 y 6 de febrero, y que el día 8 había sido ocupada. A estas alturas, ¡podía estar herido, o haber sido detenido... o haber muerto!

Por fin, el 16 de febrero un amigo envió el ansiado telegrama: *Cefito* había sido localizado en un campo de concentración, en Argelès-sur-Mer.

Isabel acusó el descanso de la buena nueva en forma de un golpe de risa nerviosa entreverado de lágrimas. ¡Su hijo había salido de España y seguía vivo...! Habían caído tantos, que un sentimiento de gratitud ferviente la obligó a apoyarse en una silla cercana... ¡Su hijo podía salvarse y, por fin, ella se sentía la mujer más afortunada del mundo!

La salvación milagrosa de *Cefito* fue el incentivo que *Ela* esperaba para recobrar nuevas fuerzas. Ahora sabía que, después de reunir a la familia, podría así recomponer de alguna manera la vida. Mientras tanto, era imposible obtener instrucciones de parte del Gobierno de la República, así que se concentró en ayudar a los refugiados. Georg Branting, el Jefe del Comité de Ayuda a España, había viajado al sur de Francia para auxiliar a los que cruzaron la frontera y telefoneó informando sobre las circunstancias del éxodo.

—El *Infierno* de Dante no es una descripción adecuada para lo que yo he visto —decía enormemente impresionado—. Es tan terrible, tan inconcebiblemente espantoso, que a veces pienso que estoy viendo una película. ¡Parece imposible que suceda algo así en la propia realidad!

Fuentes fidedignas le avisaron de que Manuel Azaña seguía en la embajada en París y que pretendía que se diese la paz, aun a costa de capitular y rendirse, pero Negrín defendía la postura contraria: mantenía que esa rendición enviaría directamente a las garras de Franco a cientos de republicanos inermes y por eso ordenaba que se siguiera luchando...

Con todo ello, Isabel procuraba no difundir noticias contradictorias sobre la situación española ni sobre las consignas de los mandatarios y respondía con evasivas.

—Todavía no tengo nada oficial... —avisaba a los que preguntaban— Mañana, o quizás pasado mañana, sepa algo...

El día 25 de febrero le llegó la noticia de que el Gobierno de la República se hallaba en Madrid, dispuesto a continuar con la lucha. *Ela*, absurdamente, rechazó discutir otras posibilidades que las que le dictaba su deseo: había surgido, de nuevo, la esperanza en su interior y juzgaba que la perdida de Cataluña quizás no significase la derrota completa. Negrín tenía toda la confianza del ejército y su presencia obraría milagros... ¡Madrid, Madrid! Madrid resistiría como al comienzo de la guerra, como en noviembre de 1936... Desde Estocolmo, Isabel musitaba entre dientes: “¡No pasarán! ¡No pasarán!”.



El 5 de marzo, escuchando una emisora de París, se enteraron de que el ejército republicano había abandonado el puerto de Cartagena: al parecer, algunos militares partidarios de Franco se habían sublevado y habían pretendido quemar los barcos. La rebelión fue prontamente abortada, pero ¿por qué se rebelaron los oficiales? ¿Obedecían a un complot organizado... o es que había traidores dentro de las propias filas republicanas?

Unos días después llegó el rumor de que el coronel Casado se había alzado contra la voluntad de Negrín para buscar el cese de las hostilidades en Madrid. En la Legación de Estocolmo los teléfonos no dejaban de sonar: periodistas, amigos, conocidos... todos querían saber la opinión de Oyarzábal, que nunca antes había oído hablar de Segismundo Casado. Más tarde se supo que, mientras el Gobierno regresaba a Francia, Casado había constituido una junta con Julián Besteiro, un distinguido erudito socialista, para allanar el camino ante la entrada de Franco.

—Yo creo que Besteiro no ha jugado un papel claro durante la guerra —susurraba Isabel a los más allegados, aunque en su fuero temía desde la distancia que los estuviera traicionando.

El Ministro Sandler se presentó ante ella para preguntar por la situación oficial.

—No me ha llegado ninguna información directa —tuvo que confesar—. Pero yo ¡no reconozco al Consejo Nacional de Defensa de Besteiro y Casado!

Sandler, que probablemente manejaba una información más fiable de lo que *Ela* sospechaba, la miró con precaución.

—Yo sigo representando al Gobierno legalmente constituido —aclaró Isabel firmemente—. ¡No acato la autoridad de ningún general u oficial rebelde, cualquiera que sea su nombre!

Rickard Sandler le tendió la mano. Aquella delgada mujer de mirada profunda, con el cabello recogido en un moño tirante, parecía el emblema de la tenacidad y el empeño, y a él siempre le habían impresionado los orgullosos defensores de las causas perdidas.



El día 21 de marzo se daba una cena en el Palacio Real, para la que Oyarzábal había recibido una invitación oficial. En aquellas fechas, todos los países de Europa y de América, con las excepciones de la Unión Soviética y México, habían ya reconocido el gobierno de Franco, y probablemente Suecia lo haría enseguida, pero Isabel pensaba seguir ocupando su puesto hasta el último momento.

—Me mantendré en mi lugar hasta el minuto final —dijo a Marissa mientras se vestía para la celebración.

Recordó que el embajador checoslovaco había excusado su asistencia al evento porque, el mismo día en que recibió la invitación, Alemania tenía ocupado casi por completo su país.

—Y él se ha retirado, en mi opinión, muy precipitadamente... —explicó Isabel a su hija—. Yo, sin embargo, no lo haré así... Si el gobierno sueco espera a que se celebre esta cena para reconocer a Franco, yo no moveré ni un dedo para adelantar su decisión...

—¿Serás capaz de sonreír? —preguntó Marissa mirando con admiración a su madre.

Isabel volvió los ojos desde el espejo, donde en realidad no se veía a sí misma, y los enfrentó con los de Marissa.

—¿Sonreír mientras los refugiados abandonan sus escasas pertenencias y pierden su vida? —respiró hondo para darse valor—. ¿Hablar de cosas indiferentes como si no existiera la tragedia de España? ¡Eso ha sido mi obligación más penosa durante los últimos tiempos!

Mientras partía hacia la recepción oficial, Isabel pensó con inconfesable alivio que, al menos, aquel iba a ser probablemente el último acto como embajadora.

Para el día primero de abril *Ela* había registrado un inventario de las pertenencias de la Legación en presencia del notario. Se dirigió con él a todas las dependencias, recorriendo



habitación por habitación, hasta comprobar personalmente que cada cosa estaba en su sitio. Los insurgentes estaban ya en posesión del país entero y cada nación iba a decidir reconocer o no a Franco, según sus intereses, así que ya no era posible seguir representando al gobierno que fuera legalmente elegido por el pueblo español. En el Palacio del Príncipe Carlos no quedaba ningún objeto personal de Isabel, que se había mudado a un hotel.

Aquella mañana Ernesto Dethorey, el traductor oficial que la recibiera hacía dos años, acompañaba al Ministro de Asuntos Exteriores para la presentación del inventario por parte de la embajadora saliente. Igual que entonces, los periodistas intentaron entrevistarla con insistencia, pero ella los rechazó: no era la representante española que Suecia se proponía reconocer, ni tenía ningún nombramiento oficial... no se sentía obligada a atenderles. Sin embargo, aceptó agradecida los enormes ramos de flores que le brindaron sus innumerables amigos.

Cuando abandonó el edificio, con la cabeza bien alta, sabía que había hecho lo mejor ("Tú hiciste lo mejor que pudiste", le dijo Marissa); pero, sobre todo, sentía en lo más hondo de su alma que, tras el agotamiento del trabajo realizado, después de apurar durante meses el esfuerzo de la hipocresía y tras el desconsuelo de la derrota, por fin, ahora era libre.

En cuanto cruzó la frontera con un numeroso grupo de refugiados, Cefe fue conducido a Les Haras, un campo de concentración cercano a Perpiñán, donde las condiciones no eran tan penosas como en el resto. Su máxima preocupación, al recuperar la libertad, fue reencontrarse con los chicos y rescatarlos de los campos de Prats de Molló y Argelès-sur-Mer. Debía sacarlos de Francia, como fuera, para llevarlos a salvo hasta Estocolmo.

Cuando se reunieron, después de mil gestiones en organismos legales y peticiones a conocidos, Cefe tampoco se



sorprendió de su aspecto. Durante meses apenas habían comido más que lentejas cocidas y algo de pan (él mismo había perdido más de treinta kilos durante los tres meses de Barcelona) y ahora sólo poseían las escasas ropa s que llevaban puestas. Además, ninguno tenía ningún documento, al igual que la mayoría de los refugiados, que los habían perdido o, simplemente, se los habían arrebatado en la frontera. Los tres necesitaban salvoconductos y los billetes hacia Suecia.

Primero, ideó enviar a Germán y Alejandro, que estaba herido, en un coche oficial hasta París, donde un amigo de su padre les había ofrecido un alojamiento temporal. Él y su hijo viajarían en tren, evitando en lo posible a la policía.

En la capital francesa, las cosas no resultaron fáciles. Los fascistas franceses estaban elaborando listas con los nombres de los republicanos más destacados para poder ofrecérselos a Franco y la cacería estaba en su punto álgido: la policía redoblaba la vigilancia sobre hoteles y casas de huéspedes y controlaba sin descanso la calle. Todo el mundo resultaba sospechoso: cualquiera que llevase una chapela o una pobre vestimenta podía ser español, o cualquier persona con extrema delgadez o aspecto abatido...

Germán y Alejandro esperaron, confinados en su habitación, a que Cefe consiguiera los papeles en el consulado de la República en París, que aún mantenía cierta actividad, pero los visados para ir a Estocolmo debían ser belgas, alemanes o ingleses, y eso llevaría más tiempo. Mientras tanto, Cefe y *Cefito* se veían obligados a dormir cada noche en un sitio distinto, para abandonarlo antes de que al amanecer llegase la policía. Para mayor seguridad, organizaron el viaje por la ruta más larga, a través de Inglaterra, hasta el puerto de Göteborg.

En Estocolmo, Isabel había solicitado permiso para acoger españoles refugiados y esperaba la llegada de los suyos hasta tomar una decisión acerca del nuevo rumbo que ahora habrían de tomar sus vidas.





—Señora Oyarzábal —había contestado amablemente el ministro Sandler—, no necesita usted ningún permiso para que sus familiares sean admitidos en Suecia.

—No todos son parientes cercanos... —adujo ella.

—Para mí, si vienen de su parte, ¡son exactamente lo mismo!

Cuando los hombres llegaron, la primera impresión fue espantosa: estaban terriblemente delgados, apenas un saco de piel y de huesos, y absolutamente cansados. Cefe conservaba una pequeña maleta, pero los otros tres sólo tenían lo puesto y habían perdido hasta los instrumentos médicos.

—No te preocupes, mamá —dijo *Cefito*, intentando ensayar una broma— ¡Todos los españoles estamos iguales!

Sin embargo, para *Ela* Cefe era el mayor motivo de preocupación. *Cefito*, Germán y Alejandro eran jóvenes y se sentían suficientemente fuertes como para recuperarse y encarar una vida nueva, pero Cefe, cuando subía las escaleras para acercarse hasta ella, le había parecido un anciano: delgado hasta la escualidez y encorvado, parecía a punto del desmaya. ¿Qué había pasado con el intelectual fornido y animoso que hizo de gobernador civil durante la República? ¿Dónde quedaría el joven enamorado que paseó junto a ella en el Parque del Retiro de Madrid?

—No puedes imaginar cómo fueron las últimas horas hasta que entramos en Francia —le confesó a ella con la mirada perdida—. Ver la carretera cubierta de cadáveres de hombres, mujeres y niños... ¡y tener que caminar sobre ellos en algunos momentos! ¡Nunca podré olvidar esa pesadilla!

Ella lo abrazó, intentando tragarse las lágrimas. ¡Al menos, se hallaban todos juntos y a salvo!

Sin embargo, las habitaciones que ocupaban en el hotel sueco no eran un destino definitivo: había que decidir qué hacer con su vida, y lo más urgente era encontrar trabajo. Franco había confiscado todas las propiedades de los republicanos y los chicos habían llegado con las manos vacías.



—El ministro Sandler me ha anunciado que se va a levantar la prohibición de que ejerzan en Suecia médicos españoles — insinuaba Isabel a los jóvenes—. Quizás aquí encontraríais trabajo...

—¿Y aprender sueco? —respondía *Cefito*— Creo que no me gustaría vivir aquí... Quizás Londres...

—Yo tampoco quiero abandonar Europa...—sentenciaba Cefe— ¡Cuanto más cerca de España, mejor! Aunque... supongo que no será fácil que “los rojos” encontremos trabajo.

Ante esas dificultades, Alejandro, Germán y *Cefito* determinaron por fin que la mejor opción era México, el único país que había abierto sus puertas sin restricciones a los refugiados.

—Yo tengo muchos amigos que se dirigen a México... —dijo Germán— ¡Será un buen sitio para empezar de nuevo!

—Y, además, ¡se habla español! —concluyó Marissa.

Isabel y Cefe acataron la decisión de sus hijos: después de todo lo que habían sufrido, no estaban dispuestos a separar a la familia de nuevo. Para apurar sus convicciones, decidieron partir el mismo día en que el gobierno sueco concediera el reconocimiento a Franco. No pensaban traicionar sus ideales ni dar tregua a la injusticia padecida por su pueblo.

Antes de partir, faltaba un último esfuerzo para reconstruir su pequeño universo: debían rescatar a Juan Oyarzábal, oficial de marina republicano y sobrino de Isabel. Cuando la guerra acabó, había zarpado hacia Túnez, donde fue detenido y enviado a un campo de concentración situado en una mina en la frontera del desierto. Tras un intenso trabajo diplomático y después de pagar todos los gastos de su liberación, por fin se reunió en Estocolmo con ellos. La facción republicana de la familia Oyarzábal, arrancada de su tierra y sus raíces, estrechaba sus lazos sobre sus propios miembros y se disponía a partir.

El 1 de junio Isabel y Cefe, Germán, Marissa y su hijo Jan, Alejandro, *Cefito* y Juan Oyarzábal tomaron el barco que les llevaría a Nueva York, desde donde se dirigirían a México. Un gran número de amigos y simpatizantes despidió desde el muelle a la que fuera



embajadora de la República española. Georg Branting acababa de pronunciar en su honor un discurso de despedida y la cubierta del barco quedaba repleta de los ramos de flores que le habían lanzado sus partidarios.

—Isabel —le avisó Cefe—, quizás deberías despedirte... Tienes que decirles algo... Agradecerles su ayuda, en tu nombre y en el nombre de España...

Ela observó a la muchedumbre que la saludaba: diplomáticos que la habían acompañado en los actos oficiales, amigos que conocieron sus angustias desde su llegada al comienzo de la guerra hasta la derrota final, compañeros del Comité de Ayuda a España, periodistas en busca de la última fotografía que les diera un titular sorprendente...

En señal de despedida, según la costumbre noruega, lanzó el puñado de serpentinas que tenía en las manos y entre sus dedos quedaron casualmente las que ostentaban el color de la república: amarilla, roja, morada. ¿Volvería a Suecia?, se preguntó. ¿Es más, volvería, algún día, a España? Pero en esos momentos, debería decir algo... Tenía que agradecerles... Debía despedirse... Subió un escalón para hacerse visible e intentó pronunciar algunas palabras. Sin embargo, cuando quiso hablar, cuando probó a musitar una pequeña reflexión, una breve oración, le ocurrió el contratiempo que había conseguido evitar en sus apariciones en público durante los dos años y medio de residencia en Suecia: sin que fuera capaz de evitarlo y contra todo pronóstico, dos lágrimas, cálidas y redondas, resbalaron por sus mejillas y cayeron al agua.

— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —



V. DESDE LA OTRA ORILLA

Ciudad de México, otoño de 1945

¡La guerra nos quita tantas cosas! Y no me refiero exclusivamente a las vidas destruidas. Entre los que quedamos, a algunos les ha despojado de sus casas y de sus bienes materiales y a otros, como los refugiados, nos ha arrancado de nuestras raíces, de nuestras costumbres, de nuestro pasado. Pero todos, seguramente todos, podemos ser igualmente víctimas de otra pérdida, aún más irreparable: el abandono de la ilusión por la vida.

Los jóvenes pueden sentir que nada está en orden y que no hay justicia en el mundo.

—Parece que es mejor ser un sinvergüenza que una persona honesta —decía *Cefito* en los primeros tiempos del exilio, ante las dificultades.

Y los que llevamos muchos años sacrificando esperanzas podemos caer en la tentación de suponer que, ahora, ya todo da igual.

Mi marido quería rendirse.

—¿Para qué seguir adelante? ¿Para qué esforzarse? ¿Para qué volver a empezar? Hemos vivido ilusiones, hemos luchado... ¡hemos perdido!

Los días podían ser tibios o calurosos, las noches permitían descansar de la luz y de los ruidos, y nada era tan importante como dejarse ir en una melancolía inútil y amarga. ¡Qué gran indiferencia y qué apatía ante la posibilidad de disfrutar de algunas cosas bellas!

La elección de México había sido, sin duda, acertada. El gobierno de este hermoso país había abierto los brazos a todos los refugiados españoles con generosidad absoluta. Pero aún así, había que solventar las cosas más perentorias de la vida. En primer lugar había que encontrar, simplemente, una casa donde vivir, algo que no es siempre tan fácil. Muchos mexicanos se mostraban suspicaces ante los extranjeros: algunos tenían ciertos prejuicios en cuanto a las



ideas políticas de los “rojos” exiliados y otros se preguntaban si nosotros conseguiríamos, en el mejor de los casos, pagar el alquiler.

Finalmente, encontramos una vivienda, un espacio amplio que nos acogiera a la extraña familia: a mi sobrino Juan y a mi hijo, a mi hija, mi yerno y su hermano Alejandro, a mi nieto, a Cefe y a mí.

A continuación nos dedicamos a buscar trabajo. Cefe suspiraba por los libros abandonados en España y por sus pinceles y pinturas perdidas... ¿A qué se podía dedicar en este nuevo mundo? Los chicos estaban impacientes por hacer algo, pero carecían de medios: ¿de dónde sacar el dinero para comprar un sucinto instrumental médico?

Un día, Alejandro, el más joven de todos, que había comenzado a estudiar Ingeniería Agrícola al comienzo de la guerra, llegó a casa gritando triunfalmente:

—¡Ya tengo trabajo!

Le habían contratado en una panadería para descargar los sacos de harina y ayudar en la tienda. Y a esta buena fortuna inicial, le siguió una suerte mejor, porque pronto encontró otro oficio más acorde con sus cualidades: entró como delineante en una oficina.

Al poco, los otros jóvenes se las arreglaron para encontrar su camino. Germán, que había trabajado en los laboratorios de la Facultad de Medicina en Madrid, instaló un pequeño laboratorio, ayudado por Marissa. *Cefito* abrió una consulta médica en la habitación contigua. Ambos se sentaron a esperar que llegaran pacientes: la escasez de medios la suplirían con trabajo e ilusión.

Mi sobrino Juan, sin saber en qué ocuparse, comenzó a escribir una historia de la Marina española y a realizar algunas traducciones. Pronto encontró editor.

Mientras tanto, yo había cambiado. Nunca he llegado a tener el pelo completamente blanco, pero cuando me miraba al espejo me parecía que una corona de nieve se instalaba en la sombra. Contra mi condición anterior, con mucha frecuencia lloraba. No eran lágrimas amargas ni tampoco se parecían a aquellas otras que en la



juventud hubiera vertido por rebeldía; simplemente semejaba como si el corazón se derritiera suavemente. A veces, también reía, especialmente cuando jugaba con mi nieto Jan. Durante el día, cuidaba las plantas de mi balcón; buscaba la calidez del sol en la ventana; y, sin darme apenas cuenta, soñaba. Pero casi todos mis sueños sucedían en el pasado, porque apenas me atrevía a imaginar los del futuro.

Repasando los últimos años, me sentía perpleja conmigo misma. Durante la guerra española había padecido sentimientos encontrados que ahora salían a la luz en forma de lágrimas. Sintiendo, como siempre he sentido, un profundo deseo de paz, yo misma había procurado que otros países viniesen a luchar en nuestra defensa; condenando por principio las armas, yo había rogado que fueran enviadas a España; sintiendo un inquebrantable respeto por la vida humana, en ocasiones yo también había deseado su destrucción... Todo por la democracia, todo por la libertad: no sólo la libertad física, sino también la libertad económica, ya que la pobreza es otra forma de opresión, tan dolorosa como la esclavitud verdadera.

Y cuando mis pensamientos llegaban al vértice que divide el límite de los ideales pasados y la realidad de la derrota, todavía me asaltaban otros sentimientos aún más pesarosos. ¿Y los otros? Los que quedaron en España, los que siguen en las cárceles, los que mueren de hambre, ¿cómo ayudarles? ¿Seré yo culpable de tener lo que ellos no tienen? ¿Seré culpable de haberme salvado?

No, no quería pensar, no debía pensar en eso. Yo también había pagado un alto precio. Mi marido, mis hijos y yo habíamos pagado un alto precio. Y no me refiero a la deuda ridícula con que Franco ha intentado humillarnos: el Tribunal de Responsabilidades Civiles ha condenado a Ceferino a la pérdida de la nacionalidad, al exilio durante quince años, a la confiscación de todos los bienes y propiedades y al pago de una multa de diez millones de pesetas... ¡Diez millones! ¡Como si alguna vez hubiéramos tenido uno solo!





El precio había sido tener que dejar España y quedar aquí sin raíces, sin pasado, abocados a afrontar el futuro mientras volvíamos los ojos indefectiblemente hacia atrás, obligados a luchar de nuevo no sólo contra las dificultades habituales de la vida, sino también contra las trampas y engaños que nos infligía nuestro propio corazón.

A pesar de la novedad de las lágrimas que me habían nacido en los ojos y a pesar de los cabellos blancos, había que seguir adelante. Viendo que Ceferino no tenía una ocupación estable, le insistí para que siguiera pintando, aunque al comienzo no consiguió encontrar la inspiración adecuada. No podía quitarse de la cabeza los recuerdos de España e intentó pintar de memoria los mismos motivos que le habían servido en su tierra: al poco de distribuir en el cuadro las primeras manchas de color, lo rompía, desesperado por no ser capaz de reproducir lo que su deseo le dictaba.

—Pensar en España te está destrozando —le dije un día, y me devolvió una mirada tan triste que al punto me arrepentí de habérselo dicho.

—Es que... quiero seguir ayudando a España... Por eso mi pintura se inspira en ella. Ese es mi deber y mi deseo.

—Pero tú puedes ayudar a España de otra manera —le contesté, abrumada por la inmensa piedad que me inspiraba su sufrimiento—. Aunque tomes motivos mexicanos, el hecho de ser español e interpretarlos con tu talento para el arte servirá para que España sea más conocida... y para devolver a este país la ayuda que nos ha prestado.

Él calló, porque durante aquellos días se sentía terriblemente deprimido, pero a partir de entonces comenzó a mirar el mundo que le rodeaba con más atención.

Intenté volver a escribir y para ello me incliné hacia aquello que me hacía más feliz: ni nieto Jan. Escribí dos libritos para niños que me publicó la editorial Longmans Green: *Saint Anthony's pig*, con ilustraciones de Cefe, y *Juan, son of the fisherman*. Esa misma editorial me encargó mi autobiografía, *I must have liberty*, y unas





memorias sobre mi patria, que titulé *Smouldering freedom*. ¿Qué mejor forma de recordar a España y de rendirle el homenaje que merece?

Y, de nuevo, viajar por Estados Unidos para hablar sobre España: “La verdad sobre España”, “Las mujeres en la diplomacia”, “Mujeres de nuestro tiempo”; también traducir, y escribir en periódicos: *España peregrina, Romance...* Estaba comenzando a recuperar el impulso imparable de la actividad.

—*La petite Madame Curie* —cuchicheaba el pequeño Enrique de Rivas mirándome, cuando vino de visita a mi casa.

Yo ya sabía que ahora, en México, los españoles han empezado a llamarme con ese apodo humorístico. ¡Si ese chicuelo supiera cuánto admiro a la verdadera Madame Curie desde que la conocí en Madrid! Germán y Marissa siguen atendiendo su laboratorio y es lógico que yo les ayude en todo... Hasta cuando les robaron sus instrumentos quise emplear el dinero de mis conferencias y de mis libros en volverlo a levantar.

¡Pobre Madame Curie, con los dedos quemados por empeñarse en sus investigaciones! Yo también, humildemente, soy una *pequeña Madame Curie*: el travieso Enrique de Rivas, hijo de mi gran amigo Cipriano, que hace poco vino a México después de cumplir su condena en España (¡cumplir condena solamente porque fue cuñado de Azaña!), no tiene por qué esforzarse en llamarme a escondidas con el cómico apodo. Yo, como ella, he ardido terriblemente dos veces: la primera con el alma y la segunda, recientemente, con el cuerpo.

Mi alma se abrasó con la guerra de España y, después de quemar mis naves al partir, renací de nuevo en la generosa tierra de México. Cefe también ardió y han pasado varios años hasta que ha conseguido recuperarse y volver a vivir: ha vuelto a pintar... ¡y hasta hace exposiciones en las Galerías de Arte Mexicano, con gran éxito! Cefe ha revivido bajo la influencia mágica de la inspiración



popular mexicana. Su último triunfo ha sido una reproducción de los juguetes fabricados por el pueblo, que ha encarnado en la figura de hombres y mujeres mexicanos tristes, enigmáticos, irónicos, fanfarrones... Ha sido el pueblo, de nuevo el pueblo, en el que reside la fuerza de toda cultura, el que le ha llevado hacia el éxito: reseñas en los diarios, venta de lienzos...

Y después de que ardiera mi alma, para que mi transformación en Madame Curie pudiera resultar completa, también ardió mi cuerpo. Hace un tiempo, mientras limpiaba con gasolina un vestido de noche, escuché de improviso una terrible explosión y me sentí cubierta de llamas. Sufrí graves quemaduras y conservé la vida sólo de milagro. Después de pasar ocho días luchando contra la muerte, conseguí aferrarme a la vida: mi cara y mi cuello se habían quemado levemente, pero el resto del cuerpo era una sufriente ampolla que me hacía padecer un dolor indescriptible.

Desde la cama, durante la convalecencia, enloquecida por el dolor, no podía hacer otra cosa que pensar y, si nací otra vez, lo hice desde un sentimiento acendrado y distinto: el sentimiento absoluto de la compasión. Pensaba que, igual que yo, en esos momentos, seguro que había muchísimas personas sufriendo en el mundo y suponía que por ello el dolor debería tener algún sentido. ¿Para qué puede servir el dolor? ¿Acaso para aprender?

Pero... ¿qué enseña el dolor? El dolor enseña a tener fortaleza, resistencia y valor; aunque, sobre todo, enseña a tener compasión y paciencia. El dolor enseña a reafirmar los deseos de paz y el rechazo a la guerra.

Y ahora, la mujer quemada, *la petite Madame Curie*, ya no es aquella ingenua muchacha morena tocada con mantilla negra del cuadro de Cefe, que seguramente también se quemó en la guerra de España. La muchacha morena se ha convertido en esta mujer adulta, grave. Su boca carnosa se ha adelgazado en unos labios finos, firmemente apretados, acostumbrados a no dejar escapar ninguna queja; el flequillo desordenado ha desaparecido y queda a la



La canción de mi añoranza. Isabel Lizarraga Vizcarra

vista la frente despejada, nimbada por un cabello entrecano, rizado. Y de la muchacha con mantilla y peineta, que una vez Cefe comparó con la efígie de Beatriz Galindo, sólo quedan bajo la frente soñadora, los ojos, esos ojos que aún mantienen, contra viento y marea, la determinación absurda del asceta o del suicida y, en la boca, el suspiro imborrable que clama “yo quiero”...

Siempre me ha gustado mirar el mar. Las olas, con su vaivén acompañado y monótono, me traen la ilusión absurda de que la vida transcurre de manera placentera para todos los seres humanos. Desde esta orilla del Pacífico, desde la otra orilla, recuerdo aquel otro mar de la infancia que ya no puedo contemplar.

En mi recuerdo ha quedado guardado el color de la infancia como en una caracola irisada, y es el tacto de su nácar el que me trae la memoria del mar y la arena de Málaga. Ya sé que es mentira, pero si aplico el oído a su boca, aún creo oír mis canciones de niña, y el sonido de los suspiros y deseos que me hacían reír y llorar. El pasado es como ese aire denso de la caracola, como su sonido que ya no se oye, como la espuma que ya se ha secado y que un día vino hasta la orilla del agua.

¿Volverás algún día, alma mía? ¿Volverás algún día hasta la arena de Málaga? En la lejanía de aquella otra playa de mi patria, más allá de esta muralla de agua, quizás alguien más esté ahora recogiendo, como en un espejo, la misma canción de mi añoranza...

— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —

— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —

— |

⊕

| —

⊕

⊕

— |

⊕

| —